3 1761 08104093 3

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/recuerdosdetrein00zapi

BIBLIOTECA DE AUTORES CHILENOS—VOL. IX

RECUERDOS

DE

TREINTA AÑOS

(1810-1840)

POR

JOSÉ ZAPIOLA

> El hombre es un ser eminentemente histórico: cada uno de nosotros contribuye por su parte a hacer la historia; pero cada uno tambien recibe de ella a la vez influencias que le modifican profundamente.
>
> GÖRRES.

QUINTA EDICION

GUILLERMO MIRANDA
EDITOR
SANTIAGO, AHUMADA 51
1902

2.811

LIBRARY
MAR 9 1972
UNIVERSITY OF TORONTO

F
3094
Z3

5839—Imp. Mejía, Santiago, Nataniel 65

ADVERTENCIA DE LA CUARTA EDICION

La presente se califica como 4.ª edicion por las razones siguientes:

La primera parte, casi en su totalidad, se publicó en *La Estrella de Chile* dos veces, con intervalo de seis años, i por tercera vez en un volúmen agotado hace tiempo.

La segunda parte, publicada tambien en *La Estrella*, i en seguida en *El Independiente*, fué por último dada a luz en otro volúmen separado. Ambas publicaciones, pues, cuentan tres ediciones hasta la fecha.

Al contenido de esos dos volúmenes reducidos a uno en esta edicion, hemos añadido cinco capítulos nuevos de alguna estension.

Se ha dado tambien mayor amplitud i claridad a ciertos datos, i añadido un considerable número de otros que habíamos omitido. Hemos completado, por último, en lo posible las «Noticias Locales,» que dan fin a este volúmen; para lo que hemos contado con

la buena voluntad del señor don Luis F. Prieto del Rio.

Uno de los motivos que nos han estimulado a dar esta última edicion, es la favorable acojida que ha merecido de distinguidos historiadores de la República Arjentina, donde algunos de sus artículos han sido reproducidos; debido, seguramente, a la íntima relacion de nuestro modesto libro con numerosos hechos i personas de aquella nacion.

El señor jeneral don Jerónimo Espejo, notable jefe de aquel ejército, i del nuestro, a quien debe la historia americana distinguidos servicios, nos decia en una de sus cartas con que nos favorece con frecuencia:

«Vuelvo a repitir con el mayor gusto mis felicitaciones por la feliz i honorable ocurrencia de publicar sus «Recuerdos,» obra que han apreciado en su verdadero mérito los señores Lamas, Lopez, Carranza i otros que la han leido con todo el interes que inspira, i lamentando que el editor de ella no haya trasmitido algunos ejemplares a estas librerías, donde habrian sido espendidos inmediatamente.»

El señor doctor don Anjel Carranza, historiador i literato arjentino, nos decia en una carta, en que nos pedia nuestros «Recuerdos:» «Estoi esperando la primera parte, habiendo recibido la segunda, de sus importantes «Recuerdos.» que han despertado viva atencion en este pais.....» En otra posterior añadia: «agradezco sus dos opúsculos, que encuadernados, ocupan un lugar en mi biblioteca americana. Escuso decir el gusto con que los he leido, i tambien su influjo en un trabajo histórico donde serán citados con encomio. Es de sentir se encuentre agotada su edicion.»

Al leer lo anterior no faltará quien nos tache de vanidosos. Confesamos nuestro pecado: la modestia no es nuestra virtud favorita, i por si alguien lo duda, añadiremos, que dos conocidos literatos chilenos,—señores don Ambrosio Montt i don Enrique Solar nos decian, recien publicada la primera parte de nuestro trabajo, que habian principiado su lectura en la noche, i no la habian suspendido hasta el dia siguiente, en que la concluyeron.

Nos viene, pues, de perilla: *Vanitas vanitatum.*

NOTA.—Para ahorrar a muchos lectores la molestia de repetidas notas que tendríamos que agregar publicando esta edicion con reciente fecha, hemos determinado transcribir estos «Recuerdos,» tal cual se publicaron en la tercera edicion de 1872.

Esta advertencia nos parece suficiente para desvanacer cualquiera duda sobre fechas, que pueda presentarse, sobre todo en los cinco capítulos publicados despues de esas fechas.

INTRODUCCION

Dándonos el placer de dedicar algunas líneas a este libro, llenamos dos compromisos.

Cuando era necesario decidir a su autor a entregarlo a la prensa, exijió de nosotros que esplicáramos su significado. Accedimos gustosos, como se recibe un honor, i por cierto que lo es servir de introductor en la sociedad del señor Todo el Mundo a un galante i digno caballero.

¿I cómo no decir algo sobre él? De aquí surjió un nuevo compromiso, contraido con los editores, i que nos proporciona la ocasion de hacer justicia, tributando elojios.

Para ello no necesitamos hacer grandes esfuerzos; coordinar algunos recuerdos es todo. Ni habria posibilidad de escribir sobre un libro compajinado con tantas viejas memorias, sin recojer otras, que, aunque no sean de antigua fecha, sirvan para indicar la fuente de verdad de donde saca su importancia, el

valor histórico i el mérito que única i esclusivamente le pertenece, pues ya dejaron de existir los otros que podian revelar al porvenir los secretos del pasado.

Algunos apuntes biográficos arrebatados a la modestia de nuestro amigo, en las espansiones del que habla en el seno de la amistad, bastaran para perfilar su figura, aunque mucho tememos que, queriendo hacer un retrato, hagamos apenas un mamarracho.

Pero, al fin, la culpa será de los que elijieron tan pobre escritor para trazar una figura que pudo servir de tema a un hermoso cuadro.

No lo olvidaremos nunca.—Cuando en las largas i frias noches del invierno de 1871, nos reuníamos algunos amigos para hacer, conversando, ménos fatigosas sus primeras horas, cansados, sin duda, algunos con la monotonía de la vida presente, se entretenian en interrogar a los que algo sabian del pasado.

Entónces los temas de conversaciones no escaseaban, ni la tertulia se dispersaba tan temprano como de costumbre.

Por cierto que no eran muchos los que podian hablar de la época que mas interes por conocerla despertaba en todos. Pero si no eran muchos, no faltaban algunos que recordaran con esa injénua naturalidad, que es peculiar de Chile, algunos interesantes episodios de la historia nacional, desconocidos o menospreciados por los que la han escrito. Las preguntas se sucedian a las respuestas i a éstas las francas carcajadas de los que apenas nos dábamos cuenta de la inesplicable mutacion operada en nuestro pais en el corto período de cuarenta años.

Como era natural, todo daba nuevo tema a la con-

versacion. El edificio que se derrumba, el templo que se incendia, la casa vieja que es sostituida por un palacio, los paseos públicos que se forman en los espacios que ayer no mas servian de muladares, eran de veras un aliciente para continuar en la intemperante curiosidad que escudriña i desentraña historias i leyendas que son de un tiempo que ya pasó.

Entre los interrogados, habia uno que sufria con mas calma nuestras interminables averiguaciones, i que las contestaba siempre con gracia i sal inimitables.

Frizando en los setenta años, de regular estatura, con un cuerpo vigoroso i entero, con una cabeza que ostenta una frente espaciosa, sobre la cual caen algunos escasos cabellos albos como la nieve, era nuestro amigo, como lo es hasta hoi, el alma de las tertulias de la tarde.

Dotado de una memoria prodijiosa, no olvida ni los nombres ni las fechas, i los apunta con tal precision que cualquiera creeria que acababa de rejistrar documentos o de curiosear los papeles de una biblioteca.

Pensador juicioso, un tanto pesimista; entusiasta por todo lo que juzga justo; apasionado servidor de las ideas del partido en que vive enrolado, mas para satisfacer una necesidad de su vehemente espíritu, que por alcanzar puestos que no ambiciona su holgada medianía, ni honores que llegarian un poco tarde para hacerle carrera; hombre franco i leal, pertenece al número de los que se modifican mejorando, de los que, obrando en todo caso con honradez, no se avergüenzan de enderezar su camino siempre que los guia a un fin que califican bueno.

Bajo la nieve de su cabeza bulle el pensamiento con todo vigor, como late su corazon apresuradamente cada vez que se trata de hacer algo que interesa al pais.

Gracioso en el decir, amenizando su conversacion con recuerdos i anécdotas que adquieren mas valor referidas por él con parcimonioso laconismo, está siempre dispuesto a alternar con la risa las profundas i frias reflexiones que saca de todo lo que no llena el ideal que se ha forjado como la espresion, en la política, en el arte, en la administracion de la justicia i del bien público.

Su nombre es José Zapiola; su vida un exacto reflejo de la afanosa i escasa vida del que dedica al cultivo del arte su actividad i todo su tiempo, haciendo de él un culto para el espíritu i una carrera para obtener el pan.

Nacido en los primeros dias del siglo presente, bajo el techo de un hogar pobre, salió de él para aprender en una escuela pública las primeras letras, como nos lo refiere él mismo en una de las pájinas de este libro, i para entrar mas tarde en el taller de un joyero.

El mundo de las letras era entónces de mui reducidos horizontes; para vivir en él con consideraciones se necesitaba haber sentido en su frente el beso cariñoso de la fortuna. El arte de la joyería era demasiado rutinario i atrasado para satisfacer a un espíritu inquieto, apasionado, sediento de ser algo un dia.

Ni las letras ni las artes mecánicas encontraron en Zapiola lo que se llama un buen discípulo. En la escuela i en el taller entretenia sus aburrimientos tara-

reando algunas canciones populares i los toque de la corneta.

Un dia la suerte puso en sus manos un pito, i desde entónces no pensó sino en ser músico. Con el producto de la venta de un mate de plata, que era la mas valiosa prenda de su madre, compró un clarinete, que habia pertenecido a un tísico; i sin maestros, sin libros, sin mas método, ni mas lecciones que su oido i su paciencia, llegó a repetir con facilidad los aires de pífanos i tambores del batallon de Talavera.

Esto sucedia en 1815.

Cuando la victoria de Chacabuco vino a afianzar en nuestra patria el reinado de la libertad, vinieron a Santiago, formando en las filas del ejército arjentino-chileno, dos bandas de música, las de los batallones 8.° i 11, que fueron la gran novedad de aquellos dias, en que los oidos se habian acostumbrado a no sentir otros conciertos que los gritos de alarma de los tímidos, las quejas de los perseguidos i las burlas i las injurias de los talaveras.

Entre los muchachos que rodeaban la banda cada vez que salia a la calle, se encontraba siempre Zapiola. No iba allí para entretenerse sino a estudiar, pues queria con sus ojos arrebatar a los músicos el secreto para sacar con las llaves del clarinete el sinnúmero de infinitas i variadas melodías que con ellas produce una mano hábil.

La asiduidad del novel músico le conquistó el afecto del jefe de la banda, Matías Sarmiento, que se ofreció para ser su maestro i su guia. Era todo un hombre de buena voluntad; faltábale el estudio; no conocia ni el número ni la cantidad de las notas; para leer la música se servia mas de su oido i de su

instinto que de los principios de su escasa ciencia.

Unas pocas lecciones bajo la direccion de tan modesto maestro, bastaron a Zapiola para ponerle en aptitud de ocupar un asiento en la orquesta del teatro que funcionó por la primera vez en la plazuela de la Compañía.

Al cabo de poco tiempo, de simple músico pasó a ser profesor i director de la orquesta.

No lo seguiremos en la vida de artista. Es ella un insondable abismo en que se agrupan. confundidas las glorias i las decepciones, las amarguras i los triunfos, las escaceses i las holguras del que vive para agradar al público, ese inconstante ídolo, a quien se inciensa, a quien se corteja, i cuyas sonrisas buscan con empeño los artistas.

Sentado en el escaño de los músicos, fué el teatro su escuela literaria. Leyendo hoi lo que la crítica dice del drama de ayer, reflexionando mañana, a la luz de sus consejos i de sus lecciones, en el momento en que se repite la pieza en cuestion, fué el proscenio para nuestro amigo lo que el gabinete anatómico para el estudiante, en donde con el escalpelo en la mano analiza, i estudia, i aprende a conocer el variado e inesplicable mecanismo de la máquina humana.

Es el proscenio una escuela terrible, aun para los que lo miran desde afuera. Es un mundo con todas las seducciones de la apoteósis, que mucho de las apoteósis tienen los triunfos del artista, que enloquece con su talento a un público sediento de novedad i de encantos, con todos los peligros de *Scila* i *Caribdis*, que tal es la volubilidad del público que ayer conducia en triunfo a un artista al Capitolio i hoi lo arrastra con escarnio a las Jemonías.

Cuando se pone el pié en esa pendiente, es preci-

so recorrerla, segun la espresion de Dumas, hasta el fin, saboreando alternativamente la copa llena de ambrosía o de acíbar, siempre con gusto, con la sed de Tántalo, ya para embriagarse de placer o vengarse del desengaño.

¡I por otra parte no descansar jamas! Como en el oido del Judio Errante, en el del artista suena siempre la voz de *¡marcha, sigue, no te pares!* I los artistas caminan i no descansan.

Zapiola pagó, como artista, tributo a esta fatalidad. Un dia tomó el camino de Buenos Aires. Eran sus compañeros de viaje Robles, autor de la cancion nacional de Chile, i un comerciante, que iba a buscar en otras ciudades nuevo campo para sus desgraciadas especulaciones.

Todos los aperos para el viaje le fueron suministrados por amigos, artistas como él, recien llegados al lugar de donde emigraba. Cuando a las 12 de la noche de un dia de Marzo del año de 1824 pasaba por la plazuela de la Recoleta, en camino para la cordillera, no llevaba en el bolsillo sino un *real*, i por todo equipaje la ropa que vestia i dos pares de espuelas, que, de mil amores, habria cambiado por unas estriberas, pues no las tenia su montura.

Buenos Aires fué un mundo nuevo para el artista. En su único teatro funcionaba una compañía de ópera lírica, en cuya orquesta encontró un puesto como segundo violin.

El oscuro emigrado no pasó desapercibido para los intelijentes. Massoni, el célebre violinista, le pidió que lo acompañara en su beneficio, tocando un concierto de clarinete. Zapiola fué esa noche feliz; el público lo colmó de aplausos, que fueron un premio para el emigrado i que le abrieron un nuevo campo

en que pudo vivir en una situacion mas cómoda i holgada.

En 1825 volvió a Chile. Su saludo a Santiago fué un concierto que obtuvo un éxito asombroso.

Aprestábase en esos dias la espedicion libertadora de Chiloé; Zapiola tomó parte en ella como profesor de la banda del batallon número 7, habiendo asistido como tal a la batalla de Bella-Vista, que consumó la independencia de Chile.

Apesar de que su profesion era la música i que la ha cultivado con afanoso teson durante cincuenta largos años, no ha absorbido el arte toda su actividad.

«He tomado tambien parte, dice él mismo, en otras clases de orquestas,—en que todos querian ser directores, o por lo ménos *solistas*; mas la edad i la esperiencia me han curado, si no del todo, en parte, de esa enfermedad que me ha hecho viajar varias veces contra mi gusto.»

Enrolado en el partido liberal, tomó parte en todas las peripecias de la política, figurando siempre entre los primeros derrotados. No sonreia al político la misma fortuna que al artista. Las coronas de rosa de éste se cambiaban en coronas de espina para aquél.

Premiado en 1845 con una medalla de oro, por haber sido señalado por una comision municipal, i «la voz pública, como el mas digno i acreedor al premio de música,» fué nombrado en 1867 presidente del Conservatorio de Música, i en 1864 maestro de capilla de la iglesia Metropolitana de Santiago.

Cuando ménos lo pensaba quizás, ocurriósele un dia a la política golpear nuevamente a la puerta del antiguo soldado, que, no habia obtenido hasta en-

tónces otro premio que el de ver convertida en jirones su raida casaca.

No le iba a exijir mas sacrificios; iba a ofrecerle un puesto. No habia ni tiempo suficiente para rehusarlo. Al dia siguiente la lista de municipales del departamento de Santiago llenaba el lugar de su *último* suplente con el nombre de José Zapiola.

Nada mas espiritual que oir de los labios de nuestro amigo hacer el cómputo del tiempo en que terminará su carrera política.

El que la empieza a los 68 años, no puede soñar mucho con el mañana, ni ménos podemos pensar en él, aunque ese mañana fuera de reparadora i completa justicia, los que desearíamos prolongar indefinidamente el presente, ya que para las cabezas nevadas es lo único real i efectivo.

I sin embargo, al estampar estas palabras, abrimos involuntariamente nuestra alma a la esperanza, i a ella confiamos nuestros votos.

Zapiola ha sido un municipal incómodo: ni ha callado ante las aplaudidas alcaldadas, ni ha dejado de hacer guerra a las malas prácticas, i a las viejas corruptelas. Para muchos ha sido un insoportable retrógrado. En su exajeracion llegó un dia a negar su voto al proyecto para comprar una copa de plata para premiar al caballo mas corredor, miéntras no se equiparara con este premio el que se da anualmente al mejor maestro de escuela.

I a fé, que es gran atraso, pedir igual premio para los maestros i los caballos corredores. ¿Por qué ha de merecer mas de 25 pesos un maestro que envejece en el trabajo, ni ménos de 300 un fogoso caballo que come, bebe i corre para provecho de su dueño?

Otro dia pidió que la Municipalidad prohibiera los

bailes de máscaras. Las orjías patentadas habian alarmado hasta a los que de nada se alarman; se hacia ver el mal; se pedia su pronto remedio. Hubo lujo de teorías liberales en el seno de la Ilustre Corporacion; quien temió que clausurar los teatros para las bacanales nocturnas fuese cerrar las *válvulas* de la sociedad.

Zapiola fué el primero en cargar contra la inmoralidad i el último en abandonar el campo.

¿Para qué recordar otros hechos? Maniático lo han llamado algunos. ¡Santa manía que vijila, que estudia, i que hace el bien! Actualmente ha vuelto a ser elejido municipal i ha procedido como ántes.

Tal es don José Zapiola, el interlocutor de las tertulias que hemos recordado.

Las largas tardes de verano habian venido a dar la señal de dispersion en el seno de ella. Cuando quedaban mui pocos, i era llegada la hora de ir a buscar en el campo sosiego i salud durante la estacion de los soles de fuego, de las mieses i de las viñas, algunos concibieron la idea de suplicarle se resolviera a escribir las muchas i variadas anécdotas con que, durante meses enteros, habia sorprendido, noche a noche, nuestra curiosidad.

A las primeras i repetidas súplicas contestaba con escusas, que terminaron con un profundo silencio.

Los redactores de *La Estrella de Chile* lograron al fin lo que todos tanto anhelábamos. Con las iniciales O. O. se publicó el artículo biográfico, titulado *Carrasco*. Es un bosquejo trazado *con amore*.

Pronto siguieron los artículos sobre *la música*, *la instruccion primaria*, *la política*, *las fondas*, *los cafées* i *las chinganas*, etc. Todos eran devorados por los lectores. ¡Qué realismo tan encantador! qué na-

turalidad! qué colorido tan local i tan verdadero! El retrato del *dómine* de la antigua máxima—*la letra con sangre entra*—daria tema a un pintor para un cuadro histórico, que con una sola figura retrataría una época.

¡I luego las fondas i los cafées, que eran el único centro de reunion de la sociedad santiaguina, que empezaba a lanzarse al mundo que no duerme la siesta a medio dia, ni cena en la noche! De tales bosquejos podríamos decir lo que un dia oimos a un intelijente al contemplar un cuadro de Goya, que representaba un mozo de cordel; sus únicas palabras fueron: ¡se vé la mugre!

¿No es verdad que se vé en ese artículo el hollinado salon en que pasan sus veladas los padres de los que hoi las entretienen en los artesonados i suntuosos salones de los clubs?

¿I no serán de ningun valor, para quien intente trazar en grande escala el cuadro de la sociedad chilena en el primer tercio del siglo XIX, estos inimitables bosquejos? Mucha importancia se les atribuye sin duda, cuando tantos hai que han contribuido a salvar de las pájinas de un periódico, que, por mucho que dure, no resiste al empuje del tiempo, los artículos que, compajinados, forman los *Recuerdos de Treinta Años*.

Hé aquí el oríjen de este libro. Apuntándolo satisfacemos a su autor.—¿No se atrevia a salir al público, sin que álguien dijera que se le obligaba? Lo hemos complacido; aunque sabemos que, de buen grado, habria querido aparecer como autor presuntuoso, ántes que en un retrato que, si no es exacto ni refleja el orijinal, está trazado con el cariño que inspira el amigo, con la franqueza que comunica el

hombre de talento, con la espontaneidad que lo dice todo, porque ni cede al halago, ni obedece al miedo, ni quema incienso al poderoso, ni espera otra recompensa que un apreton de manos del hombre, a quien ha sometido al martirio de ser mirado durante largas horas, apesar de sus resistencias, que podríamos llamar el orgullo de su modestia.

Que nuestros parabienes lleguen calorosos al hogar del autor i del amigo, i le recuerden que los postrimeros frutos, si no tan lozanos i frescos como los primeros, son siempre de inestimable valor, cuando el árbol que los produce es de los pocos que, resistiendo a los golpes del hacha del tiempo, eleva al cielo sus ramas en medio de los muertos despojos de la que, ayer no mas, era opulenta selva.

Santiago, Diciembre 13 de 1872.

VENTURA BLANCO.

El Presidente Carrasco

1.—Este personaje ha sido desfigurado por algunos de nuestros historiadores, por contradicciones infieles o por motivos pueriles.

Como si la revolucion del año 10 no estuviera justificada por sí misma, se la ha empequeñecido en muchos casos dándole como motivo venganzas de tiranías exajeradas o de actos insignificantes.

Los mandatarios de América en esa época se encontraron en idéntico caso que los Papas contemporáneos o antecesores de la Reforma, a quienes se creyó necesario calumniar, aumentando sus faltas o inventándolas, cuando no las habia. A unos se les atribuia crímenes que hacian reir al mismo Voltaire; a otros faltas que jamas cometieron.

Al mismo tiempo que los españoles llamaban Pepe Botella, por el vicio de ebriedad que no tenia, a José Bonaparte, i *tuerto* a ese mismo rei que tenia sus dos ojos intactos, en América se llamaba tiranos a gobernantes que jamas cometieron un acto de tiranía.

Carrasco, a nuestro juicio, se encuentra en este caso.

No es una defensa de este pobre viejo la que vamos a emprender; aunque esto no seria estraño en un siglo en que Judas i hasta el mismo Diablo, han encontrado calorosos defensores i panejiristas.

¿Cuál es nuestro objeto entónces? Contar un cuento, cuyo prólogo vamos ya sospechando que se ha alargado mas que el mismo cuento.

II.—Jeneralmente nuestros historiadores dicen que las primeras víctimas de la Independencia de Chile fueron Ovalle, Rojas i Vera. «Fueron aprehendidos en sus casas, en la media noche; los llevaron al cuartel de San Pablo i a las dos de la mañana del siguiente dia los condujeron a Valparaiso *en caballos de posta.*» Carrasco no habia descubierto lo que hemos visto mas tarde: hacer viajar muchas leguas a pié i aun descalzos, en el rigor del verano, a presos políticos no ménos dignos de consideracion, prévio despojo completo.

Si en estos últimos tiempos se hubiera encontrado, lo que mucho dudamos, un tribuno del temple del doctor Argomedo, no creemos que ninguno de nuestros gobernantes hubiera, como Carrasco, tolerado que se le apostrofara como lo hizo, con motivo de aquel suceso, el célebre procurador del año 10; pues lo de los *dos mil hombres* presentes en la plaza para secundarle, no fué mas que una feliz hipérbole del orador.

Cuando Carrasco se hizo hizo cargo del mando, a su llega a Santiago, nombró un secretario, el doctor Rosas, enemigo declarado del gobieno español i uno de los corifeos mas pronunciados de la revolucion. El cabildo, foco de esa revolucion, solicitó i obtuvo

de Carrasco nombrar doce rejidores *ausiliares;* lo que duplicaba en esa corporacion el número de conspiradores.

Cuando procedió a la prision de los señores Ovalle, Rojas i Vera, lo hizo solo a instancias que de Lima i Buenos Aires le dirijian aquellos virreyes, poniendo en su conocimiento que en Chile se conspiraba contra su gobierno; a lo que contestaba: «necesito hechos *positivos* para tomar medidas». ¿Han necesitado tanto muchos gobiernos posteriores para perseguir i desterrar a sus enemigos políticos, de toda esfera i posicion? Se declama contra el gobernante que redujo a prision a los tres jefes de la revolucion; i a renglon seguido, si ya no se ha hecho ántes, se narran con toda minuciosidad los preparativos de esa revolucion, sin omitir ni aun las casas en que se tenian las reuniones, siendo la preferida la del señor Rojas, una de las tres *víctimas*. Tendriamos muchos hechos que citar en comprobacion de lo que decimos; no lo creemos necesario. Ciertas calumnias pertenecientes a la vida privada se desvanecen por sí mismas; por esto diremos poco sobre ellas.

Se le acusa de su aficion a las riñas de gallos. Nadie ignora que el jeneral Freire i el doctor Marin, alto personaje de la revolucion, tenian la misma aficion, sin que esto haya dado lugar a reproche.

Se le atribuye tambien una pasion inverosímil por una negra de su servidumbre.

Estraño capricho el de Carrasco, preferir una Pompadour *negra* donde tanto abundan las blancas!...

Carrasco era de estatura comun, de mirada benévola, cargado de espaldas, i en ese tiempo de edad avanzada.

Invariablemente se hacia acompañar, de dia i de noche, de una sola persona.

Con ese mismo acompañamiento se paseaban mas tarde por las calles de Santiago Osorio i Marcó.

El uso de una escolta numerosa i lujosamente montada i vestida, no fué conocida hasta el gobierno del Director O'Higgins, despues de Chacabuco.

III.—En vísperas del 18 de Setiembre del año 10, si nuestros recuerdos no nos engañan, como de costumbre, pasaba Carrasco por la calle de Santo Domingo en direccion al tajamar. Era dia de fiesta, i un grupo de ocho o diez niños de siete a ocho años se entretenia en jugar a los soldados.

Al pasar por frente a ellos se detuvo fijándose con cierta complacencia en el jefe que los mandaba, con una seriedad i aplomo dignos de un comandante de reclutas. La presencia de Carrasco aumentó su entusiasmo. Este lo llamó para preguntarle: —¿Cómo te llamas? —Rafael Marquez de la Plata.—Carrasco se quedó un momento pensativo: quizá recordando al rejente, padre del niño, que debia serle mas que sospechoso.

Le tiró cariñosamente de una oreja, i siguió su camino.

De ese batallon solo viven, el jefe i el que traza estas líneas.

Nota.—El señor Plata murió en Julio de 1876.

La Policía de Aseo i Salubridad

I.—En este tiempo en que la viruela i sus estragos han alarmado i con razon, a los habitantes de la capital, atribuyéndose su orijen esclusivamente a las condiciones hijiénicas de la ciudad, no hemos podido ménos que recordar el modo de ser de este mismo pueblo a este respecto, hace mas de medio siglo; sin que a pesar de lo que vamos a referir hayamos presenciado en nuestra larga vida algo parecido a lo que ahora estamos esperimentando, no obstante las inmensas mejoras que hemos alcanzado de cuarenta años a esta parte.

Nuestros lectores verán si tenemos o nó motivo para dudar de lo que con tanto apiomo se afirma como inconcuso.

II.—La Plaza de Armas no estaba empedrada. La Plaza de Abasto, galpon inmundo, sobre todo en el invierno, estaba en el costado oriente. El resto de la plaza hasta la pila, que ocupaba el mismo lugar que ahora, pero de donde ha emigrado el *rollo*, su inseparable compañero, hace mas de cuarenta años, el resto de la plaza hasta la pila, decimos, estaba ocupado por los vendedores de mote, picarones, huesillos, etc., etc., i por los caballos de los carniceros. Ya pueden considerar nuestros lectores cuál seria el estado de esta plaza que solo se barria mui de tarde en tarde, no por los que la ensuciaban, sino por los presos de la cárcel inmediata, armados de grandes ramas de espino que no hacian mas que levantar polvo, dejándola en el mismo estado, pero produciendo mas hediondez, como era natural.

No hace cincuenta años, la comida para los presos de la cárcel se hacia frente al mismo pórtico de ese edificio, i los grandes tiestos en que se confeccionaba, la ceniza i demas restos de esta operacion, jamas desaparecian de ese lugar.

A esto hai que agregar una ancha acequia que atravesaba, como ahora, toda la plaza. Esta acequia, descubierta en su mayor parte, sin corriente, i no siendo de ladrillo, proporcionaba mas facilidad para la aglomeracion de cieno. Lo que habia en sus orillas no necesitamos decirlo; pues para los vendedores no habia otro lugar de *descanso*, de tal modo que cuando el sol calentaba se levantaba un humo denso producido por las evaporaciones de las inmundicias acumuladas allí.

De oriente a poniente i a cinco metros de distancia de la pared norte de la plaza, corria otra acequia, cubierta de una losa en toda la estension de esa cuadra. Toda ella ocupada por los vendedores de *ojotas*.

Allí acudian los que usaban este calzado, que entónces eran muchos, por su bajo precio, un real. Las ojotas viejas quedaban donde se compraban las nuevas; i esta arma arrojadiza suministraba a los muchachos un elemento para empeñar todos los dias festivos esas *guerras de ojotas*, a las que jamas faltamos, por la inmediacion de nuestra casa al campo de batalla.

Con este calzado vimos salir a nuestro ejército, unido al arjentino, que marchó a dar Independencia al Perú en 1820, a las órdenes de San-Martin.

III.—Esto era la plaza principal, evitando otros detalles nauseabundos. La calle mas inmediata, al

oriente, la de San Antonio, seria largo de describir, seremos tan sucintos como nos sea posible.

En la cuadra en que está el costado oriente del Teatro Municipal habia una letrina. Entónces no era conocido el nombre «Para Todos» que, sin ser mas limpio, quiere decir lo mismo. Dicha letrina solo servia para indicar que a sus inmediaciones se podia evacuar ciertas dilijencias, pues no era posible pasar por esa vereda sin gran peligro, i aun así, con las narices tapadas.

Continuando al norte, habia otra letrina a los piés de la casa que es ahora de don Melchor Concha. Sus condiciones eran aun peores que las de la anterior por su inmediacion a la plaza.

Mas al norte aun, i llegando a la cuadra que está entre la calle de las Monjitas i la de Santo Domingo, i a una de esa plaza, la cosa era mas séria. Toda la vereda del poniente estaba obstruida por basuras i por otras cosas peores. Lo que vamos a referir dará una idea a nuestros lectores, si han llegado hasta aquí, de lo que era esa calle.

Un dia que pasábamos por allí, advertimos medio enterrados dos trozos de madera labrada. Tomamos sus estremos, i al levantarlos, nos encontramos con una escalera, de cuatro o cinco metros de largo, cubierta apenas con basuras. Esta escalera, segun los comentarios de los transeuntes, debia pertenecer a ladrones que para servirse de ella no necesitaban llevarla a su casa, siendo aquel lugar seguro i mas próximo para sus espediciones nocturnas.

Decir que en esta calle, aunque en menor escala que en otras, abundaban los perros, gatos i otros animales muertos, que nadie se encargaba de recojer, nos parece inoficioso. Una mañana apareció un

burro con una pata quebrada, tendido en el crucero que formaban las calles de San Antonio i Santo Domingo, en la casa que es ahora del señor Santa María. Como entónces no eran las calles de lomo de toro, en esos lugares habia cieno permanente. El burro se tendió allí, quizas acosado por la fiebre. Los muchachos de las inmediaciones le dabamos de comer i beber; pero al cabo de algunos dias nuestro enfermo murió. Allí se estinguieron sus restos, sin que ningun *buen vecino*, ni la policía, de que no se conocia ni el nombre, se tomaran el trabajo de hacerlo arrastrar al rio, última morada de sus iguales o parecidos.

IV.—Continuando por la misma calle, al norte, nos encontramos con la de las *Ramadas*, tapada hasta hoi al poniente, por una pared del convento de Santo Domingo. Allí, por un derrame de una acequia inmediata, se formaba, decimos mal, habia en permanencia una laguna pestilencial cubierta con las yerbas que produce toda agua detenida. Su hondura no permitia el paso de ningun carruaje i solo la atravesaba jente de a caballo. Estaba justamente frente a la casa de esquina, que era entónces de un señor Carrera.

Por último, tomando a la derecha, en direccion al rio, nos encontramos con nuestra soberbia Plaza de Abasto, sin rival en el mundo, segun los viajeros: lo que no es un elojio para nuestra Municipalidad, pero que pesará por muchos años en su caja, o mas bien, en la de los contribuyentes.

Esta plaza tenia entónces un destino mui diverso, apesar de su inmediacion al rio, eterno depósito de toda clase de inmundicias. Allí se arrojaban todos

los desperdicios de las habitaciones inmediatas, i cuando, en 1818, se dió una temporada de toros, última vez que se efectuó esta diversion, fué preciso emplear mucho tiempo en disponerla para ese objeto. El nombre que entónces tenia i que con trabajo han olvidado los viejos, era «el basural.» Esto lo dice todo.

Cuando, en 1817, entró a Chile el ejército de los Andes, se encargó a los soldados de los dos batallones que quedaron en Santiago de vijilar sobre las personas que hacian sus *dilijencias* en la calle, obligando a pagar a los infractores cuatro reales en un caso i un peso *en el otro*..... Los Talaveras habian sido mas estrictos, i tanto, que obligaban a los infractores a llevar al rio el cuerpo del delito, *sin valerse de ningun tiesto*.....

V.—La Alameda, orgullo de nuestra capital, no era otra cosa, antes del año de 1820, desde San Francisco hasta San Miguel, que un inmenso basural con el adorno inevitable de toda clase de animales muertos, sin escluir caballos i burros.

En consecuencia de lo que hemos dicho respecto al estado de aseo de nuestra poblacion, ya supondran nuestros lectores que no teníamos los ochocientos baños públicos de la Roma imperial. Contábamos con el Mapocho, que en toda su estension hacia las veces de aquellos, i que, a ciertas horas del dia en verano, reunia jentes de toda clase que *recreaban* la vista de los paseantes, por su completa desnudez.

En este ramo no habia mas policía que un lego de Santo Domingo, frai N. Roco, que, acompañado de un hombre armado de una varilla, perseguia a los muchachos que ordinariamente se bañaban en un al-

bañal del rio que daba agua a una pila del convento.

Habia otro baño público mas reducido, pero mas cómodo por su situacion. Ocupaba el mismo lugar en que ahora se encuentra la columna de los historiadores Tocornal, Benavente, García Reyes i Sanfuentes, que en la calle de las Delicias da frente a la del Estado. Los derrames de la acequia, que entónces no era de cal i ladrillo, formaban una laguna cenagosa que en verano era frecuentada a toda hora por hombres i niños que se bañaban con toda confianza i sin que nadie los incomodara.

Los baños de cal i ladrillo no fueron conocidos hasta que Alexandry abrió por los años 20 o 21, un pobre establecimiento de este jénero tras del cerro de Santa Lucía, en la calle de Mesias, con agua sucia. No necesitamos decir que, respecto a baños *tibios* para el público, no fueron conocidos en Santiago hasta que los estableció Dinator en el actual reñidero de gallos, despues del año 1830.

VI.—El Cementerio solo se estableció el año de 1819, si no estamos equivocados. Los pobres de las últimas clases eran sepultados en el *Campo Santo*, situado en el estremo sur de la calle de Santa Rosa. La inmensa mayoría del resto de la poblacion recibia este servicio en las iglesias, sobre todo en una pequeña capilla situada en la calle del Estado, al costado oriente de Santo Domingo i al norte de la casa que es ahora del señor Besa. Esta capilla pertenece ahora a las monjas de la Caridad. Allí se sepultaba invariablemente a los reos que eran ejecutados en la plaza principal o en *el Basural*. Sepultábase tambien en la huerta de la capilla. Todo ello a una cuadra i media de la plaza principal.

Esta circunstancia nos recuerda la observacion de Chateaubriand, a saber: que, cuando en Francia se dejó de sepultar en las iglesias, i solo se hizo en los cementerios, no se notó ninguna diferencia en el estado sanitario de las poblaciones.

Para nosotros, testigos presenciales durante nuestra vida de lo que hemos referido, no es cosa probada que el desaseo sea la causa *única* de la actual epidemia, como se afirma; pero no creemos tampoco que esta circunstancia sea un motivo para gozar de buena salud.

VII.—Por lo demas, la viruela que nos aqueja ha puesto de manifiesto otras pestes. La vanidad i otras miserias mas perniciosas han encontrado ocasion para manifestarse, i hemos visto sin asombro a ciertas personas embocar la trompeta farisaica para hacer sonar sus notas mas agudas i penetrantes a fin de notificar al público los servicios que prestan...

La Escuela Primaria

I.—El año de 1812 habia una escuela en Santiago cuyo número de alumnos pasaba de 300. Era *gratuita*, i sin embargo, concurrian a ella niños de las familias mas notables. Sin pertenecer a esta categoría, estudiábamos en ella. Cuando decimos *estudiábamos*, se entiende que hablamos de catecismo, lectura, escritura i las cuatro primeras operaciones de aritmética: no se enseñaba otra cosa. Los que querian hacer estudios mas importantes ocurrian a otros es-

tablecimientos rejidos por particulares o por relijiosos que se consagraban en sus respectivos conventos a estas funciones. Aun no se habian instalado el *Convictorio de San Cárlos* ni el Instituto.

Se fundó tambien en ese tiempo un establecimiento que se llamó la Academia.

Entónces, como ahora, la antigüedad clásica suministraba el titulo a estos establecimientos, con la diferencia de que en Aténas no habia mas que un Liceo, i ahora nosotros tenemos uno en cada provincia. Aristóteles debe estar de parabienes...

Nuestra escuela estaba situada en la calle de la Catedral, a cuadra i media de la Plaza de Armas, en un gran salon del antiguo Instituto, del que ahora ocupa una parte el edificio del Congreso.

Permaneció en ese local hasta fines de 1814, en que fué ocupado, con el resto, por el batallon de Talaveras, hasta despues de la batalla de Chacabuco, época en que se dió al batallon número 8 de los Andes.

Esta narracion, por consiguiente, se refiere al período trascurrido desde 1812 hasta 1814. Un año despues dimos por terminada nuestra carrera escolar.

II.—El maestro (este título que llevó Jesucristo se encuentra mui modesto en el dia i se le ha reemplazado por el de *preceptor*, *institutor*, *apóstol*, etc.) el maestro, decíamos, se llamaba frai Antonio Briseño, lego mercenario, de figura imponente; cara angulosa i pálida, boca de oreja a oreja, nariz de podon, ojo escudriñador e intelijente. Toda la escuela se alegraba cuando se le veia sonreir con algun estraño, pues con sus discípulos jamas sucedia esto. Un gorro negro, mas o menos sumido, nos advertia

del estado de *amabilidad* en que se encontraba. Por lo demas, de costumbres ejemplares.

A esta escuela asistian niños de los barrios mas apartados de la ciudad. No eran tan exijentes como ahora, que quieren que la escuela esté en la puerta de la casa. I es de advertir que entónces era la asistencia doble: la primera a las siete u ocho, segun la estacion, i la segunda invariablemente a las dos de la tarde.

Esceptuando la enseñanza i la tinta, todo lo demas era de cuenta de los alumnos. En cuanto a las plumas, solo se conocian las de ave. Estas, el papel i los libros valian cuatro veces mas que hoi.

La operacion de *tajar* las plumas ocupaba la primera hora de la mañana, para lo que el maestro, ayudado de un alumno, se colocaba a la entrada de la escuela, a fin de hacer diariamente aquella operacion en todas las plumas de los que escribian.

La escuela estaba dividida en dos secciones, no por el grado de adelantamiento ni por la clase de estudios, sino por la categoría social a que pertenecia el niño. Los mas distinguidos en este sentido ocupaban los dos lados del salon mas próximos al maestro, que tenia su asiento en la testera. Los ménos favorecidos de la fortuna tenian lugar tambien en ambos lados a continuacion de la primera clase.

Un dia en que, segun nuestros recuerdos, habíamos hecho cierta travesura, nos dirijió frai Antonio estas palabras: «*¡Zapiola, pase Ud. a la segunda!*» Al recibirnos en la escuela, el maestro nos habia colocado en la *primera*, a causa, sin duda, de vernos con *medias*, cosa poco comun en los niños de entónces; i decentemente vestido; pero es probable que algun soplon pusiera en su noticia que el tal Zapiola

no pertenecia al órden ecuestre i que debia ir a la segunda, al lado de los *suyos*....

Banda de Santiago, con alusion al apóstol, se llamaba la doble fila de la derecha; i *banda de San Casiano*, la de la izquierda. Poco ántes habian llevado los nombres de *Roma* i *Cartago*.

Los alumnos mas adelantados o de mejor conducta recibian un pequeño cuadro de papel con calados i dibujos, que se llamaba *parco*. El objeto de este papel era que, cuando el poseedor cometiera alguna falta, al recibir el castigo, lo presentara para quedar libre. Habia *parcos* de distintas categorías, para distintas clases de faltas; a veces, cuando ella era mui grave, el maestro lo rompia i el delincuente recibia su merecido, sobre todo cuando lo habia obtenido por compra, lo que era corriente. Los mas caros eran de dos o tres reales.

III.—En el dia, es cuestion mui debatida la clase de penas que debe aplicarse a los niños por sus faltas. En ese tiempo estaban en uso cuatro castigos: arrodillarse, el *guante*, la palmeta i los azotes. El primero, considerado como el mas suave, era mas comun. El *guante* se aplicaba con alguna frecuencia, pero en poco número. La palmeta tenia lugar para las faltas de mas consideracion. Era bastante dolorosa, pues este instrumento consistia en un pequeño círculo de madera agujereado i con un mango de cuya punta lo tomaba el que aplicaba el castigo, que rara vez excedia de cuatro o seis golpes en la palma de la mano. Por último, venian los azotes, que solo se aplicaban en casos mui graves, con todas las precauciones posibles para evitar la humillacion del paciente. Esta pena era mui rara i siempre tenia lugar fuera de la vista de los otros alumnos.

Felizmente los azotes han desaparecido de la escuela; solo falta que se les proscriba *de todas partes*...

La mayor parte de estos castigos han sido reemplazados por otros; uno de los mas comunes es en el dia el *encierro*. Esta pena presenta en muchos casos grandes inconvenientes para los preceptores; pero, aun cuando así no fuera, bastarian solo las *consecuencias* que de ella resultan en muchos casos para rechazarlo como la mas funesta...

Francamente somos partidarios del *guante*.

Lo hemos aplicado en nuestra larga vida de profesor de bandas de música sin ningun inconveniente, casi hemos dicho, con excelentes resultados.

Responde de esto el considerable número de artistas de mérito conocido i de excelentes ciudadanos que hemos formado en esta enseñanza. Nos gloriamos de poseer un corazon, no solo inclinado a la clemencia por nuestros semejantes, sino por todo ser sensible. Lo esencial es la prudencia del maestro, pues el castigo mas suave, mal aplicado, puede convertirse en una humillacion i un suplicio para el alumno.

Las declamaciones de *filántropos* reclutas i de pedagogos *aficionados* no tienen mas mérito que el estilo campanudo en que se hacen.

IV.—Los sábados habia *remate* en nuestra escuela, como en todas, que no eran muchas. Este consistia en salir al medio del salon dos alumnos, uno de cada banda, a examinarse, al tenor del catecismo de la doctrina cristiana, apuntándose el número de malas contestaciones para castigarlas en proporcion. Estos remates solian tener lugar en la plaza principal los

sábados en la tarde. El público concurria en gran número, aplaudiendo a los niños que lo hacian mejor.

Las planas de escritura se presentaban diariamente, i el maestro estampaba en ellas las siguientes anotaciones: S. siga; I. L. M. imitar la muestra; B. buena; M. mala. Estas clasificaciones daban lugar a correcciones proporcionadas. Venia, por fin, la temible A. azotes. Este calificativo era mui raro, como lo era efectuar su consecuencia.

Los sábados se presentaban las mejores planas escritas en la semana. El maestro escojia dos o tres alumnos de cada banda i mandaba a los mismos contendores a las tiendas de comercio para que fueran calificadas por los comerciantes, a quienes se suponia jueces idóneos e imparciales en la materia. El juez daba el fallo con su firma al pié. Los tenderos prestaban gustosos este servicio porque su negocio no era tan activo que se lo impidiera.

Entónces no eran, ni con mucho, tan frecuentes los *calduchos*, palabra nueva; pero la guerra de la independencia en los años 13 i 14 nos proporcionaba gran abundancia de ellos.

Como, segun los partes de nuestro ejército, todos los encuentros i batallas eran para nosotros otras tantas victorias, al llegar a Santiago esas noticias, las campanas nos advertian que mui luego se presentaria un soldado en la escuela con la órden para el maestro de dar asueto a los niños. Cuando, en estos casos, el soldado tardaba o no venia, algunos alumnos se lo proporcionaban mediante *cierto espediente*.

Ordinariamente dos o tres dias despues, empezaban por lo bajo a circular rumores que ponian en duda la certidumbre de la victoria, i ántes de una semana, los *sarracenos*, mas bien servidos que el

gobierno en esta parte, daban como averiguado que la cosa habia sido al reves; i que el único motivo para tanto repique era que el ejército real se retiraba despues de derrotar al nuestro. El asueto no habia tenido ménos efecto por eso.

No hemos necesitado un Capefigue que desmienta o ponga en duda nuestras victorias, pues la lectura atenta de nuestra historia nos habria puesto al corriente del asunto, si ántes no lo hubieran hecho los actores i testigos de esa época.

V.—El barrido de la escuela se hacia los sábados por la mañana, despues de retirarse los alumnos.

No *todos* barrian, porque la *igualdad ante la lei* no se observaba entónces mas que ahora.

La escoba consistia en un manojo de manzanilla ordinaria, de poco mas de medio metro de largo, amarrado por un estremo.

El roce de esta yerba con los ladrillos producia un olor insoportable, de que solo se puede formar una idea comparándolo con el de la mostaza mas vigorosa. Este olor producia entre los barrenderos una tempestad de toses, estornudos i otros ruidos análogos...

VI.—En cuanto a libros, si se esceptúa el catecismo, cada uno se ejercitaba para la lectura en el que podia proporcionarse. Jeneralmente eran libros piadosos. Los impíos e inmorales no empezaron a circular en Chile hasta el año 20, a mui alto precio. *Las Ruinas de Palmira*, un tomo en 4.º, se vendia al principio a 30 pesos. Vivo está un condiscípulo nuestro que lo vendia en su tienda mas tarde, con una gran rebaja, a onza de oro. *El Contrato Social*, diminuto volúmen en 8.º, lo compramos i vendimos,

despues de leerlo, en 4 pesos. Con un oficial de ese tiempo, que ahora es jeneral, nos arreglamos para comprar *El Orijen de los Cultos*, (compendio) en 12 pesos, dando cada uno la mitad. Las obras inmundas de Pigault Lebrun, Parny, etc., etc,, no eran mas baratas.

Rousseau dice: «Plutarco es mi hombre.» Nosotros podíamos decir entónces:— Rousseau es el nuestro. La *Profesion de fé del Vicario de Saboya*, tan estensa como es, la sabíamos en gran parte de memoria.

La lectura de estos libros, i de otros mas o menos impíos i abominables, dieron cuenta de nuestras creencias; pero Dios quiso mas tarde alejarnos, mediante otras lecturas, de la senda que conduce fatalmente al chiquero de Epicuro.

Si tal escasez de libros habia el año 20, cuando comerciábamos con todo el mundo, ¿qué sería ocho o diez años antes, en que solo se acercaban a nuestros puertos, es decir, a Valparaiso, los buques españoles, i en que recibíamos por tierra de Buenos Aires algunos escasos efectos? Lo que es librerias, puede decirse que no eran conocidas, sino se da este nombre a tal o cual tienda, de españoles siempre, donde entre los jéneros, se divisaba uno que otro volúmen. Un hecho hablará mas claro que nuestras observaciones. Cuando, en 1813, se abrió el *Convictorio de San Cárlos*, preludio del Instituto, que se instaló pocos meses despues, el gobierno, dirijiéndose a los padres de familia, les decía: «El gobierno tiene destinadas personas que, con la mayor seguridad i actividad, proporcionen libros elementales e instrumentos científicos a todos los que quieran com-

prarlos en Buenos Aires o en Europa para instruccion de su familia.»

VII.—Habia tambien en la escuela un personaje de que no hemos hablado: *el emperador*. Este empleo recaia siempre en algun alumno que habia pasado por todos los puestos subalternos. Era llamado cada vez que habia que hacer algo de importancia dentro o fuera de la escuela, i en las ausencias del maestro lo reemplazaba; pues el *sota-maestro*, (ahora se llama ayudante) o no lo habia o funcionaba en cortas temporadas. El *emperador* de esa época era don Cayetano Briseño, algo entrado en años, vestido con cierto lujo poco comun, sobre todo para las personas de su edad: tendria 20 años.

Jamas vimos a un alumno, ni de los mas encopetados, dirijir al maestro, ni a ninguno de sus condiscípulos que ejercian alguna autoridad, palabras poco respetuosas, ni aun oponer una resistencia obstinada al aplicársele algun castigo. No habiamos llegado a los tiempos felices en que los niños, antes de salir a la calle, encienden su cigarro, i el que no lo ha hecho, detiene al primer hombre barbado que encuentra para pedirle fuego. Verdad es que ya se acercaba la época en que un presidente de la república, *liberal*, por supuesto, regalaria a un niño de 18 años, alumno del Instituto, por sus buenas disposiciones, las obras *completas* de Voltaire, como libros de estudio i recreo.....

VIII.—Para terminar (i ya es tiempo) pondremos a continuacion los nombres de los pocos alumnos de nuestra escuela que aun viven; lo haremos por órden alfabético, pero sin la malicia chasqueada de los fabricantes de la última lista municipal de 1871.

* Acevedo, don Domingo.
* Camaño, don Cayetano.
* Correa de Saa, don Domingo.
* Correa de Saa, don Juan de Dios.
* Gandarillas, don Santiago.
* Gandarillas, don Juan José.
Gandarillas, don Juan de la Cruz.
* Marin, don Ventura.
* Sessé, don José María.
* Vicuña, don Pedro Félix.
El autor de este artículo.

IX.—Antes de despedirnos de nuestro maestro i de nuestros condiscípulos, haremos saber a nuestros pacientes lectores que, al organizarse por primera vez el Instituto, fué nombrado aquél ¡qué horror! *catedrático* de primeras letras!! Un motilon sentado en fila con el senador Ruiz Tagle, con seis doctores, entre los cuales se contaba el Siéyes de esa época, don Juan Egaña. ¡I esto sucedia en tiempo en que nadie habia oido pronunciar la palabra *democracia!*

Si ahora se repitiera aquel escándalo, es seguro que nuestros flamantes doctores harian coro a los niños del Instituto para maldecir al Arzobispo, a los clérigos i a los inevitables jesuitas, que nosotros denunciamos como autores de la sequedad del tiempo i como introductores de la viruela. ¿Por qué no han de tener tambien la culpa de estos males que nos aquejan, ellos que tienen la culpa de todo?

* Estos señores han muerto despues de la tercera edicion de este libro.

Cafees, Fondas i Chinganas

I.—El que escribe estas líneas empezó a conocer estos lugares en 1819, a la edad de 17 años. Por estas fechas ya caerán en cuenta nuestros lectores que cuando vinimos al mundo «este siglo tenia dos años.»

Por nuestras indagaciones hemos calculado que los cafées fueron conocidos en Chile poco ántes de 1808, pero bajo el nombre de *trucos*, con alucion a un juego mui parecido al de billar, que solo se introdujo en Santiago en el año de 1812 o 1814.

Estos establecimientos son mas antiguos en Lima. El primer café se instaló el año de 1775, media cuadra al oriente del templo de Santo Domingo.

Hace algunos años ha desaparecido, con el edificio en que estaba.

Uno de estos cafées (no habia mas que dos) estaba situado en la plaza principal, en el mismo lugar que ahora ocupa el Casino del Portal Fernandez Concha. Los altos, con vista a la plaza, i que estaban en un cuerpo, constituian el mejor salon para los concurrentes. Este salon servia de comedor, de centro de tertulia i de sala de juegos de *carteo*.

Los tales altos se elevaban poco mas de tres metros del suelo. Esto es tan cierto que, en el terremoto de 1822, que nos sorprendió en ese lugar, vimos gran número de personas descolgarse por ellos a la plaza, sin que ninguno recibiera daño de consideracion. Al cuartito, a que acabábamos de llegar en ese momento en busca de un amigo, le viene como de molde la descripcion que hace Goroztiza de un garito

español, i que deben conocer muchos de nuestros lectores, por lo que solo copiamos el principio:

«En un ahumado aposento
Anegado en porquería,
He visto en un solo dia
Lo que no vería en ciento.»

Allí se jugaba al *monte* sin que las impertinencias de la policia (este nombre es posterior a esa epoca) incomodaran a los aficionados. Ya supondran nuestros lectores que en esta materia no hablamos a *humo de paja*....

Apesar de la falta de vijilancia i de celo para perseguir el juego, no faltaba su correctivo, que consistia en una multa que se imponia a los dueños de casa que permitian juegos prohibidos, pero que solo tenia efecto en casos raros i análogos al que vamos a referir.

Un amigo nuestro, compañero de profesion, solia, de tarde en tarde, escurrirse en las *tertulias* (asi se llamaban las casas de juego) como ahora, sin mas gasto que el de un trompo, se llaman *filarmónicas* los salones de baile. Cuando perdia, se retiraba sin decir nada. Al dia siguiente se presentaba la mujer reclamando del dueño de casa lo que habia perdido el marido, i lo que no habia perdido tambien. Todo era cubierto por miedo a la multa i a sus consecuencias.

II.—En dicho café se jugaba desde medio dia hasta cualquier hora de la noche, malilla, mediator, primera i báciga. En cuanto al monte de baraja, pues, no era conocido el de *dados*, siendo uno de los en-

tretenimientos mas productivos para el *dueño de casa*, no tenia horas limitadas,

Habia una detestable *mesa* de billar, alumbrada por cuatro velas de sebo, que eran las únicas que se conocian, colocadas en dos cruces que pendian del techo sobre la mesa. En los intervalos en que no se jugaba se apagaban las luces; ménos una, para no dejar en tinieblas a los concurrentes. Esto duraba miéntras no se *armaba* otro partido. Los tacos con suela i tiza no se usaban aun; lo que daba lugar a ciertos espedientes que eran de uso forzoso. Antes de jugar nos apoderábamos de la lima para emparejar la punta del taco. La tiza la supliamos de un modo mui injenioso: la punta limada la apoyábamos en la pared, que nuestros lectores supondran no era empapelada, pues hasta entónces era desconocido este adorno, i le dabamos vuelta como a un molinillo. Esta maniobra, que tambien se hacia en los ladrillos del piso, si suplia la tiza, llenaba la pared de agujeros; pero al fin satisfacia una necesidad a gusto de todo el mundo. Los filos del taco, como es natural, se prestaban admirablemente para romper el paño. Debemos añadir que éste no era como ahora de una sola pieza, puesto que, siendo el que se usaba del ancho ordinario, habia que añadirlo, de suerte que en un costado de la mesa habia una costura que tomaba todo el largo, haciendo perder la direccion a la bola cuando era impulsada con poca fuerza. Los efectos del taco con suela solo fueron conocidos el año 32, cuando vimos jugar al señor Barré, profesor de piano.

Las mesas de billar tenian invariablemente un adorno. Este era un rodapié que cubria las patas i el interior i que prestaba un servicio útil. Tras este rodapié se guardaban las camas del billarero i de los

mozos del servicio, de lo que resultaban ciertos inconvenientes, que ya sospecharán nuestros lectores... Este café habia pertenecido a Jaramillo, su fundador; pero en nuestro tiempo era de Dinator.

III.—El otro café, situado en la calle de Ahumada, frente a la puerta del que fué pasaje Búlnes, pertenecia a don Francisco Barrios, español de cuño antiguo i de bondad proverbial. De pobre aspecto i de ménos dimensiones que el anterior, era frecuentado siempre, sin embargo, por la jente de tono. La sala de malilla, que era la mas concurrida, se hacia a veces insoportable por la fetidez que despedia la acequia interior que la atravesaba. Tenia cierta analojía con el café de *Bodegones de Lima*, que, como es sabido, solo tiene por parroquianos a los viejos. Concluyó arruinando a su dueño el año 25 o 26. En cuanto al anterior, fué suspendido tres o cuatro años despues, con buenas utilidades para Dinator, que emprendió en el Tajamar la contruccion de la Cancha de Gallos.

IV.—En 1822 los señores Renjifo i Melgarejo abrieron un gran café en la calle de la Catedral, a dos cuadras de la plaza de armas, en la casa que ahora pertenece a don Fernando Errázuriz. Las numerosas i grandes ventanas que caen a la calle de Morandé, que aun se conservan, fueron colocadas entónces. Se estableció allí mismo una especie de escuela de baile dirijida por don Manuel Robles, autor de la antigua cancion nacional. Como compensacion del trabajo del señor Robles, cada concurrente a ese salon contribuia con un real, con el cual se pagaba tambien una buena orquesta. Este café hizo gran ruido; pero dos años despues fué cerrado con pérdidas considerables para sus empresarios.

Tres años mas tarde se instaló el *Café de la Nacion* en la Plaza Principal, en el centro de la cuadra que hoi ocupa el Portal San Cárlos. Su primitivo dueño fué don Rafael Hévia, mui conocido en esta clase de negocios, i que se trasladó a ese lugar, suspendiendo un cafecito situado en la calle de Compañía, a media cuadra de la Plaza, que con todo aplomo ostentaba una tabla en su frente que decia: *Café Serio del Comercio.* El público, sin embargo, jamas pudo olvidar su nombre primitivo, que, con alusion a la fragancia que se sentia desde la calle, lo habia llamado fonda de los m... Este nombre bien podian llevarlo todos los establecimientos de esa época, pues como utensilio indispensable, tenian siempre en el primer patio uno o dos *cancos* que estaban destinados a prestar ciertos servicios a los parroquianos i transeuntes.

El mismo Hévia abrió el año de 1831, un café en la plaza, en el lugar que hoi ocupa el Palacio Arzobispal. Era el mas bien montado que se habia visto en Santiago; pero diez años mas tarde se cerró por falta de concurrencia. El servicio para refrescos era de plata.

V.—Por fin, i para concluir con esta reseña, el año de 1831, se abrió otra casa con el título de *Café de la Baranda*, en la calle de las Monjitas, a una cuadra de la Plaza de Armas, en la casa que es ahora de don Pedro Marcoleta. En este café, que seria llamado por los parisienses *Chantant*, habia canto, con acompañamiento de harpa i guitarra, ejecutado por varios *artistas* de primer órden, entre los que deben contarse a las inolvidables *petorquinas*, de que luego hablaremos.

En sus salones se jugaba lotería, como ántes se habia hecho en el café de Dinator. Este juego era el favorito de los empresarios, por una razon mui sencilla. De cada *peso* de la suma a que ascendia cada lotería, la casa sacaba un *real*. Ya calcularán nuestros lectores que con este sistema, a las pocas jugadas, el dinero casi en su totalidad pasaba como por encanto al bolsillo del dueño de casa. Esto justificaba un refran mui repetido entónces: *de Enero a Enero la plata es del lotero.*

No hemos olvidado, ni tampoco algunos de nuestros contemporáneos, cierto descubrimiento injenioso del empresario aquel.—Para apuntar los números que se iban pregonando, se ponia sobre las mesas varios pequeños montones de granos de maiz, con los que se cubrian los números que a cada uno le tocaban. Por distraerse, o no sabemos por qué otro motivo, los jugadores se echaban los granos a la boca i despues de mascados se los comian o los botaban. El lotero, que, cada vez que terminaba el juego, notaba considerable disminucion de aquel cereal, recurrió a un espediente, que si no acredita su aseo, prueba sus instintos económicos. El maiz que debia servir en la noche, ya que no se jugaba de dia, era puesto a remojar en cierto líquido, que por respeto a las narices del que nos lea, no nombraremos, lo secaba en seguida i formaba sus montones como de costumbre. Los aficionados cayeron en cuenta, no sabemos si por el sabor o por el olfato, de la operacion, i dejaron de comer maiz.

VI.—Ya que hemos hablado de fondas, recordamos que habia en esos tiempos las siguientes, a mas de las ántes mencionadas: la de *Lampaya*, que despues fué

de *Chena*, en la calle de la Catedral; i la del *Tropezon*, llamada así, sin duda, por estar a la subida sur del puente grande. Estas fondas, sin una sola escepcion, tenian gran número de covachuelas, con la capacidad apénas necesaria para *dos* personas...

Los braceros para encender cigarros eran de piedra de enlosar, de mucho peso i volúmen, para evitar *que se perdieran*.

Habia tambien otras dos fondas idénticas a las anteriores. A media cuadra de la plaza i en la calle del Estado una, la otra a la misma distancia, en la calle de las Monjitas. Los dueños, Aguila i Hernandez, las suspendieron el año de 1823.

VII.—Dicen que el número ternario se encuentra en todas las cosas: nosotros nos encontramos con él en nuestro caso.—*Café*, *fonda* i *chingana*, son tres. Diremos algo sobre las últimas.

Las mas antiguas que hemos conocido fueron entre otras, la de *ña Rutal* i la de *ña Teresa Plaza*. Esta era la chingana jefe i la que de aquellas duró hasta mas tarde. En sus primeros tiempos estaba situada en una callejuela intermedia entre el Tajamar i la Cañada, ahora Alameda de las Delicias, frente a la pequeña pirámide, colocada al oriente del puente de la Purísima. Allí estaba el *Parral*, que tal era el nombre de esta famosa chingana, cuya reputacion habia atravesado los Andes, por las relaciones de nuestros paisanos. Conocimos en Buenos Aires, en los años veinticuatro i veinticinco, entre otros, un notable cantante arjentino, Viera, que nos repetia: «no tengo ganas de ir a Chile sino por bailar un *zamba* (baile en voga entónces) en el *Parral*».

Este individuo, que habia sido antiguo oficial cívico,

contaba con su mas valioso blason, haber sido comensal de la señora doña Javiera Carrera, al custodiarla en su prision en aquel pueblo.

El Parral, traia su nombre, como su vecino *El Nogal*, de un pequeño parron, bajo el cual tenia lugar el baile, principal atractivo de esa chingana. No crean nuestros lectores que allí habia como ahora se usa, un pequeño proscenio en alto donde se canta i baila. Entónces la concurrencia, cada vez que se iba a bailar, rodeaba a los bailarines para poderlos ver, lo que ocasionaba una confusion fácil de calcular. Advertiremos de paso que allí no escaseaba la jente *de tono*.

Las chinganas de esta especie i al aire libre solo funcionaban durante el verano. Pero en todo tiempo las habia en gran número i en todos los barrios; i, si no nos equivocamos, hubo ministro que con toda seriedad reglamentó el modo i los dias en que debian funcionar.

Así se mantuvieron, mas o ménos decadentes, hasta el año 31, en que llegaron a Santiago las famosas *petorquinas*, que hicieron en el *arte* una revolucion mas trascendental que la que ocasionaron en Italia los sabios emigrados de Constantinopla en el siglo XV. La capital se cubrió de chinganas i en la Alameda, desde San Diego hasta San Lázaro, i en la calle de Duarte en sus dos primeras cuadras, era rara la casa que no tuviera este destino. Algunos maliciosos de entónces, queriendo hacer de don Diego Partales, ministro en esa época, un Maquiavelo de chingana, le atribuyeron el propósito de fomentarlas para distraer de la política al pipiolaje, recien caido del poder.

Las *petorquinas*, así llamadas por el pueblo de

que venian, eran tres. Se estrenaron bajo los hermosos parrones de los baños de Gomez, calle de Duarte. La concurrencia, de las familias mas notables de Santiago, era atraida no solo por la perfeccion i novedad de su canto i baile, sino tambien por la decencia con que se espedian. Nadie, por otra parte, se habria atrevido a exhibir algo parecido a lo que hemos visto mas tarde en nuestros teatros. ¡Aquel público era aun mui atrasado para ver i aplaudir el *cancan!*

VIII.—En nuestra vida de café, desgraciadamente mui larga, nos encontramos con algunos tipos que aun no hemos olvidado. Recordamos tres en este momento: un santiaguino, un gallego i un andaluz. Este último era empleado público i mui entrado en años. La escala, que es ahora de la Intendencia, conducia a su oficina. Sin exajeracion puede decirse que no la subia en ménos de un cuarto de hora. No era lo que ahora son muchos, sin tantos inconvenientes, *jubilado*. Su cena, ya que no almorzaba ni comia en el café, era una jícara de chocolate. Apénas lo veia el mozo sentarse a la mesa, le traia la servilleta i *dos* cuchillos. Miéntras llegaba el chocolate, nuestro viejo se entretenia en afilar un cuchillo con otro.

Llegaba el chocolate acompañado de un enorme pan, de la panadería de Fierro, i de los de a seis por medio. Al recibirlo don Joaquin lo dividia en dos mitades: sopeaba en la jícara con una i guardaba la otra en el bolsillo. Al dia siguiente a la misma hora al servirle la jícara, sacaba del bolsillo el medio pan i se guardaba el pan entero. Este ya no volvia al café, pues era reemplazado por otro nuevo, que pasaba por la misma operacion.

IX.—El consumo de víveres i demas artículos no era caro.—Dos hojas de bisteque (no sabemos escribirlo en ingles) valian medio real; una hoja con un huevo, medio real; un respetable trozo de huachalomo asado, un medio real; un par de huevos fritos, id; una gran tasa de té, café o leche, id. Los guisos costaban en la misma proporcion. De suerte que el hombre que no quedaba satisfecho con el consumo de real i medio o dos reales, era preciso que fuera mas exijente que Lúculo. Es verdad que los consumidores notaban a veces que la leche tenia un sabor mui pronunciado a sebo, i era fama, que para evitar que se *cortase*, se derretia en ella una vela, pero de sebo *limpio*.

Para consuelo de nuestros lectores, les diremos que ántes del año 30 visitamos a Buenos Aires, i despues del 40 a Lima, en varias ocasiones, i que, segun lo que allí hemos visto i oido, no eran allí las cosas de mejor data en esos tiempos; i si no fuera por no abrumarlos con nuestros recuerdos, les referiríamos lo que cuenta la duquesa de Abrantes de lo que en esta parte era Paris entre los años 10 i 14.

X.—Una buena noticia... vamos a concluir.—Un dia, el año 28 o 29, contábamos con sorpresa, en el café de la Nacion, entre una i dos de la tarde, *doce* mesas de malilla, báciga, etc. ¡Esto en dia de trabajo! Como término medio i calculando entre jugadores i mirones, computamos cinco personas por mesa; lo que nos da el número de sesenta personas desocupadas, por no decir jugadores. Como hace muchos años que dejamos de frecuentar estos lugares, conservábamos este recuerdo con desagrado i como un reproche para aquella época; pero hace poco tiempo

entramos, tambien en dia de trabajo a las dos de la tarde, en uno de esos lugares i vimos que de ocho mesas de billar que allí habia, *siete* estaban ocupadas, con su respectivo acompañamiento de mirones. Entre todos sesenta o setenta individuos, imberbes la mayor parte.

La ociosidad, pues, ha ganado terreno, i lo único que hai de nuevo es, que lo que ántes se llamó café o fonda, hoi se llama hotel o casino, i que el consumo de licores espirituosos ha progresado de un modo que espanta...

Música, Teatro i Baile

I.—No hace mas de setenta años que la música en Santiago consistia en cincuenta o sesenta *claves* repartidos entre las casas pudientes de esta ciudad; veinte o treinta *arpas*, inclusas las de las chinganas, e innumerable cantidad de guitarras. A esto debemos agregar algunas *espinetas*, especie de clave pequeño, pero no de ménos áspero sonido. El *salterio* era aun mas escaso. No hemos conocido mas que uno el año 20, tocado con cierta perfeccion por una señorita Roman. Tenia mucha semejanza con la lira, pero era de mas recursos i sonoridad. Se tocaba con uñas artificiales i sus cuerdas eran de alambre.

En los últimos años del siglo anterior, llegaron de España los dos primeros pianos que se conocieron en Chile. Se hicieron venir para el señor don Manuel Perez de Cotapos el uno, i para la señora doña Teresa Larrain de Guzman, el otro. El primero de es-

tos pianos se encuentra en la hacienda de Ocoa; el segundo, hasta hace mui pocos años, se hallaba en el Barrancon, fundo de los señores Cerda.

Ambos son de la fábrica de Juan de Mármol. Año 1792, Sevilla.

En algunas familias, sin embargo, se cultivaba la música en proporcion a esos escasos recursos, i en nuestra niñez oimos hablar con entusiasmo de las tertulias de la señora Esterripa, de las señoras Orunas, Velasco i Muñoz, cuyas voces han dejado fama hasta nuestra época. En esos tiempos nadie habia olvidado a Salinas i Barros que habian hecho en el arpa las delicias de la antigua aristocracia. Con gusto recordamos a Cartabia, flautista *orecchiante* i al portugues Juan Luis, comensal infalible del señor José M. Astorga, rascador de violin i maestro de baile con quien mas de una vez tuvimos el honor de tocar cuando aprendíamos.

Una noche en que el rejente Ballesteros daba una de esas tertulias a que era tan aficionado, álguien nos llevó a ver por las ventanas del patio aquella reunion ceremoniosa; luego vimos llegar una mujer gorda i morena, brillante de lentejuelas, de piés a cabeza. Los *tapados* repitieron: ¡La Bernarda! ¡la Bernarda!—El rejente, al verla, tomó una silla, la puso en un lugar *conveniente* i la invitó a sentarse.

Cantó en seguida i fué aplaudida furiosamente.

En los dias siguientes oimos repetir a varias personas: el rejente pasó el asiento a la Bernarda!

Este nombre se borró en seguida de nuestra memoria; pero cuando muchos años despues, llegamos a Buenos Aires, nos encontramos en una casa, vecina a la casa del señor don G. Real de Azúa, con una hija i un nieto de la Bernarda, que habia emigrado

el año de 1814. Allí supimos que nuestra paisana habia muerto despues de haber sido mui aplaudida por aquel público, i recibido como última ovacion en el teatro, un gato muerto arrojado desde la cazuela.

El nombre del rejente Ballesteros nos trae a la memoria un episodio de nuestra revolucion del año 10.

Cuando el 1.° de abril de 1811 estalló en Santiago el movimiento contra revolucionario encabezado por el comandante Figueroa; se encontraba en esta ciudad don Manuel Dorrego, jóven arjentino que habia venido, segun oimos, a graduarse de doctor en leyes.

Su patriótico entusiasmo i sus relaciones con muchos de sus paisanos, que habian tenido una parte importante en la revolucion de Chile, lo indujeron a solicitar un grado militar en ese dia, en que podia prestar servicios importantes a la revolucion.

Fué nombrado teniente, i se le dieron doce o quince hombres para que apresara al rejente Ballesteros, momentos despues de la fuga del comandante Figueroa de la Plaza de Armas.

Llegó Dorrego a la casa del rejente, lo vimos, i encontrándola cerrada, hizo caer la cerradura con un balazo; pero inutilmente, porque no encontró al que buscaba, a pesar de estar oculto en la misma casa.

Dorrego, estaba llamado a representar un [illegible] papel i a morir en el patíbulo *por órden* de [illegible] compañero de armas: el jeneral Lavalle.

Se han hecho grandes elojios de su elocuencia. Pudimos oirlo en las cámaras de su pais, pero no tuvimos esta fortuna.

El balazo del fusil se conserva en la puerta, de

que es poseedor el señor don Nicolas Barros Luco, en su hacienda de Lampa.

La casa mencionada está situada en la calle de Santo Domingo, número 38.

II.—La orquesta de la Catedral, pues no habia otra, constaba de ocho instrumentos, incluso el órgano, tres voces i el Maestro de Capilla. Cuando funcionaba fuera de esta iglesia, se anunciaba esta novedad con gran júbilo de los devotos i aficionados.

Nada decimos del teatro, porque entónces como ahora, los espectáculos escénicos no eran artículo de primera necesidad para nuestro público. Se observa sin embargo, que los teatros aumentan miéntras que la aficion disminuye. Las continuas quiebras de las empresas esplican este *fenómeno.*

III.—Los instrumentos de cobre eran desconocidos entre nosotros. La corneta, el clarin, etc., viejos ya en todas las colonias españolas, aun no habian llegado a Chile. El primero de estos instrumentos se oyó, por la primera vez, al arribo del batallon Talavera en 1814.

Por lo que hace a los instrumentos de percusion, era tal su escasez que, segun el parte del jeneral Carrera, pasado al gobierno despues del asalto de Yerbas Buenas, aquella sorpresa, que debió ser decisiva a favor nuestro, no lo fué por la muerte *del tambor*, el único seguramente de que podia disponer el jefe del ejército. Esto nos recuerda lo que dice Rousseau: que «una piedra o un árbol a la derecha o a la izquierda en un campo de batalla, puede decidir de la victoria.»

IV.—En aquella misma época se formaba en esta

capital una pequeña banda de música que debia reemplazar a los instrumentos *de cuerda* que hasta entónces hacian el servicio militar. Una de las primeras veces que esta banda salió a luz fué para publicar el bando de las paces celebradas con Gainza en 1814. Circuló por toda la ciudad tocando tres o cuatro vals de dos partes, i la tropa marchaba al paso que ahora lo hacen los tambores i músicos cuando tocan llamada, pero sin la menor uniformidad en la marcha; por este motivo causó tanta sorpresa el ver marchar al batallon de Talavera *pié con pié*...

El mismo año de 1814 desertó de la *Phœbe*, buque de guerra ingles, el músico Guillermo Carter. Tocaba varios instrumentos, i mui bien el clarinete. Fué mui protejido por los Carreras, sobre todo por don Juan José, que tomaba lecciones de ese instrumento i que lo encargó de formar la banda de que hemos hablado, que se agregó al célebre batallon de granaderos, cuyo jefe era. Por la primera vez se oyeron en Chile la trompa, el trombon, el bascorno, que ha desaparecido; pero lo que mas llamaba la atencion era el serpenton, que como su nombre lo indica, era una gran culebra negra i enroscada. Este instrumento pertenece a la familia de los bajos de madera, i por lo agradable de su sonido se usa en algunas iglesias de Francia, sobre todo para acompañar a los sochantres en ciertos casos en el canto llano.

Los violinistas de la antigua banda aprendieron a tocar instrumentos de viento i fueron la base de la nueva.

Habia retreta todas las noches, saliendo de la Plaza de Armas en direccion del cuartel de San Diego.

Jamas siguió a campaña a su batallon ni a ningun

otro. Se habia hecho de esta banda un medio de gobierno por el entusiasmo con que acudia el pueblo a oirla. Los músicos eran decididos carrerinos, lo que demostraron quizá con alguna exajeracion en la calle pública al otro dia de la caida del director Lastra, 1814.

Esta revolucion tuvo una particularidad,—era doble, i ámbas debian estallar en una misma noche.

La familia Larrain, *los ochocientos*, aunque amiga del Director Lastra, preparaba la suya con gran actividad, i don José Miguel hacia otro tanto desde su escondite.

Sus ajentes encontraron mas simpatías en las tropas de la guarnicion, que solo exijieron que se presentara a la hora convenida.

Así lo hizo, i no fué necesario disparar un tiro para deponer a Lastra, i establecer nuevo gobierno.

El repertorio de música de entónces no pasaba de dieziseis o veinte sinfonías de Stamis, de Haydn i de Pleyel. Con esto habia lo suficiente para el servicio de la Catedral, de las otras iglesias i del teatro, cuando lo habia.

La música de iglesia estaba en el mismo caso. El repertorio de la Catedral se componia en su totalidad de lo que habia escrito Campderrós, lego español de la Buena Muerte que se habia traido de Lima para organizar la capilla en los ultimos años del siglo pasado; para lo que fué preciso hacer venir poco despues de Buenos Aires un violin, Teodoro Guzman, i un violoncello, Ramon Gil. Este es el mismo oficial que por su entusiasmo patriótico se incorporó a nuestro ejército, haciendo con los Carrera, su primera campaña del sur. Murió en Concepcion de resultas de sus heridas. Su nombre, que ántes, leíamos

en los lienzos, que se acostumbra poner en las festividades del 18 de Setiembre, ha desaparecido hace muchos años; pero en su reemplazo se conservan los de algunos a quienes el rei de España no habria tenido ningun cargo que hacer por sus servicios a la revolucion.

Habia otra orquesta digna de recordarse por su rareza. Era la que acompañaba, pero solo *de noche*, al Santísimo Sacramento de la Catedral cuando se llevaba a los enfermos. Esta orquesta consistia en *un* violin i *un* bombo, llamado entónces *tambora*.

V.—Por lo que llevamos dicho, se vé que toda la filarmónica de Chile, en último resultado, podria resumirse en la bandita de que hemos hablado, la que en su mayor parte estaba compuesta de los músicos de la Catedral.

La pérdida del pais en la batalla de Rancagua concluyó con la banda de granaderos, i podríamos decir con toda música bélica; porque de los cuatro batallones del ejército realista, solo el de Chiloé tenia una banda diminuta i detestable, i aun así fué poco oida en Santiago por su corta permanencia. El elegante batallon de Talaveras no tenia música; pero sí una banda de tambores i pífanos que alternaban con otra pequeña de cornetas perfectamentes tocadas.

Así estuvimos hasta que llegó a Chile el ejército de San-Martin, el año de 1817. Ese ejército trajo dos bandas regularmente organizadas sobresaliendo la del número 8, compuesta en su totalidad de negros africanos i de criollos arjentinos, uniformados a la turca. Cuando, tres o cuatro dias despues de la batalla de Chacabuco se publicó el bando que proclama-

ba a don Bernardo O'Higgins supremo director de Chile, el pueblo, al oir aquella música, creia estar en la gloria, segun decia.

San-Martin i O'Higgins tuvieron por primer alojamiento, despues de esa batalla, el primero la casa de los señores Valdes, a una cuadra de la Plaza de Armas, en la calle de la Merced, número 76, i el segundo la casa del frente que fué del señor don Juan Alcalde, i que es ahora de otro señor Alcalde (número 95).

Cuando el año 20 marchó al Perú el ejercito unido, solo quedó entre nosotros una banda en embrion que el ingles Cárter enseñaba en la Moneda, en el salon donde ahora esta la inspeccion del ejército. Esta banda, al formarla, se habia agregado al batallon número 1 de Chile. Habia tres batallones con el mismo número: el de los Andes, el de Chile i el de Coquimbo.

VI.—Poco mas o ménos en este estado de esterilidad i atraso permanecimos hasta que don Carlos Drewetke, aficionado aleman, llegó a Santiago el año de 1819. Este caballero trajo las colecciones de sinfonías i cuartetos de Haydn, Mozart, Bethowen, Crommer, etc. El señor, Drewetke, reunia, no sin trabajo, ciertos dias de la semana, a los músicos para ejecutar algunas de estas composiciones, desempeñando la parte de violoncello i repartiendo consejos sebre el arte, desconocido hasta entónces. En este tiempo hacíamos nuestros primeros estudios musicales, i al trazar estas líneas, recordamos con gratitud algunos de sus consejos.

Dos años despues, 1822, llegó a esta ciudad la señorita doña Isidora Zegers, i este acontecimiento

efectuó una verdadera revolucion en la música vocal.

La señorita Zegers no venia sola, traia consigo otra gran novedad, las óperas de Rossini. Su vocalizacion brillante i atrevida; su afinacion irreprochable i una voz que, sin ser de gran volúmen en las notas graves, alcanzaba hasta el *fa agudísimo* con toda franqueza. Estas i otras cualidades de no ménos valor hacian a la señorita Zegers el mejor intérprete de la música de Rossini. Las árias: *Dolce pensiero*, de *Semiramide; ¡Oh quante lacrime*, de la *Donna del lago; Se il padre m'abandona*, del *Otello*; i sobre todo el célebre romance de esa ópera, arrebataban a los aficionados.

Desde entónces, puede decirse, empezó la aficion al canto, i esta aficion tuvo un influjo relativo en la música en jeneral; gran número de personas se dedicaron a su estudio, sobresaliendo entre todas la malograda señorita doña Rosario Garfias, cuya voz prodijiosa no ha tenido aun rival, en particular por su estension de casi *tres* octavas. El *re* sobreagudo lo daba con toda fuerza, afinacion i limpieza, como el *fa* grave, que no recordamos haber visto escrito jamas para voz de mujer:

VII.—En una carta que nos ha leido un apreciable caballero, hemos visto que en 1749 algunas familias notables de Santiago cultivaban con entusiasmo i buen éxito la música, i que los maestros de este arte, como de todos los demas, eran eclesiásticos, nombrándose con distincion a un padre Madux. Algun tiempo despues viene el padre Ajuria, franciscano, que vivió hasta principios de este siglo i cuyas composiciones aun se cantan en algunos templos. Por ellas se conoce que habia hecho algunos estudios sobre composicion.

El bueno del padre quizá no sospechaba que mas tarde en nuestra tierra se podria componer, imprimir i *vender* música, sin que para todo esto se necesitase saber los primeros rudimentos del arte...

VIII.—El año 1822 fué fecundo para la música por casualidades felices. A principios de ese año, o fines del anterior, habian llegado de Mendoza don Fernando Guzman i su hijo Francisco; profesor el primero de piano i el segundo buen pianista i sobresaliente violin. Desde entónces se estableció en Chile esta familia que tantos artistas de mérito ha dado al pais.

Don Fernando fué el primer maestro que hizo estudiar previamente a sus discípulos escalas i ejercicios antes de otra cosa. Los maestros anteriores principiaban desde la primera leccion por un minuet o una contradanza. No necesitamos decir los resultados que podia dar esta enseñanza. Algunos meses despues llegó de Lima don Bartolo Filomeno, violin de mérito i maestro de canto mui notable. Esta es otra familia que en Chile i el Perú se ha hecho conocer por su habilidad para la música.

Un año despues, 1823, llegó a Chile don Bernardo Alcedo, artista peruano, decimos mal, profesor científico; pues que la música, abrazando la composición, es *ciencia, i de las mas profundas*, como dice Rousseau en su *Diccionario de Música*. Esto, sin embargo, que todos saben, parecen ignorarlo los doctores de la Universidad, al colocar la música en el último lugar entre las artes, en su nuevo plan Universitario. Ultimamente ha desaparecido del programa, mas vale así.....

El señor Alcedo es el cantor antiguo i moderno

de las glorias peruanas. Suyo es el himno nacional del Perú, proclamado por San Martin el año de 1821, en un certámen que al efecto tuvo lugar en su presencia i en que varios compositores presentaron sus obras.

En 1847 fué nombrado maestro de capilla de la Catedral de Santiago, cuyo empleo desempeñó hasta 1863 i en ese año fué llamado por el gobierno del Perú para fundar un conservatorio. Aun no se ha planteado este establecimiento; pero aquella nacion, en reconocimiento de su sobresaliente mérito, i por sus servicios musicales en la guerra de la independencia del Perú, le ha asignado cien soles mensuales.

Ha escrito, a mas de sus numerosas composiciones, una obra notable sobre música, i para esa impresion dió aquel gobierno 4,000 pesos. En Chile no hai ejemplo de que el gobierno se haya suscrito *con un centavo* para ningun trabajo ni composicion musical.

La obra del señor Alcedo lleva por título: *Filosofía elemental de la música.*

Por último, a fines de 1822, llegó a Chile el doctor don Juan Crisóstomo Lafinur, natural de Córdoba, República Arjentina. Este jóven, tenia veintiseis años, venia precedido por la fama de polemista, adquirida en Buenos Aires en una cuestion ruidosa con el célebre padre Castañeda, que tanto dió que hacer a los liberales de la escuela de Rivadavia.

Lafinur era excelente pianista como aficionado, i apesar de que en su tiempo gozaba de gran popularidad el fecundo Gelinék con sus innumerables variaciones sobre todos los temas, le tenia cierto odio i no tocaba mas que música clásica. Sabia, poco ménos que de memoria, todo lo que Haydn, Mozart

i Dusek habian escrito para piano. Sin tener buena voz, cantaba bastante bien. Cuando se sentaba al piano era inútil llamarle la atencion a otra cosa: era sordo i mudo, i se le hubiera tenido por una estátua sin los movimientos de la cabeza i la espalda que manifestaban sus impresiones. Se casó en Santiago: su señora viuda aun vive.

Al oir por primera vez nuestra antigua Cancion Nacional, le desagradó, sobre todo por la poesía. Concibió la idea de hacer otra completa, es decir, poesía i música. Llevó a cabo este pensamiento, con mui buen éxito, pues esceptuando la música del coro, algo trivial, la estrofa era mui buena.

Se canto en el teatro i fué mui aplaudida; pero en ese mismo instante cayó en cuenta de que quiza habia herido la susceptibilidad, no solo de Robles, autor de la música, sino tambien la del doctor Vera, autor de la poesía.

La recojio esa misma noche i no se cantó mas. Recordamos aun los ocho primeros compases de la estrofa i todo el coro.

Un año nueve meses despues de su llegada a Chile, murió, teniendo delante de sí un inmenso porvenir a que lo llamaban sus buenas cualidades, sus importantes relaciones, su talento i, mas que todo, su palabra encantadora.

Habia sido libre pensador; pero, al agravarse su enfermedad, se reconcilió con la Iglesia i murió, como en ese mismo tiempo su amigo Camilo Henríquez, ardiente católico.

Murió en la calle de Santo Domingo en la casa que ahora tiene el núm. 30.

Se le llevó el Viático con gran solemnidad. Entre las personas notables que lo acompañaban, iba el

señor don Gabriel Tocornal, próximo a ser presidente de la Corte de Apelaciones de Santiago. Muchos años despues oimos decir a este caballero: «yo no sabia que se podia llorar de gusto, hasta que a mí me sucedió al ver comulgar a Lafinur.»

Al acercarse esos momentos nadie se hace incrédulo; pero, en cambio, casi todos los que lo han sido, vuelven al seno de la relijion, a no ser que lo impidan, como sucede con frecuencia, los que rodean al enfermo....

IX.—Algunos jóvenes entraron tambien con empeño en el estudio de la música instrumental, i solo así puede esplicarse cómo, al establecerse la primera sociedad filarmónica en 1826, pudieron darse las primeras funciones sin el concurso de profesores. El doctor don Gabriel Ocampo i un señor Correa (arjentinos) tocaron en esos conciertos algunos trozos en la guitarra con aceptacion jeneral.

Al siguiente año, llegó a Santiago Massoni, gran violin i aventajado músico italiano, que solo ha sido excedido mas tarde por Sivori.

La adquisicion de este gran artista i la de algunos otros que se habian ido reuniendo, entre otros Herber, excelente fagot frances, hizo pensar en la organizacion de una orquesta que se compuso de dieziseis músicos, inclusos cuatro aficionados, entre ellos el señor don Santos Perez, actual senador i hermano del antiguo Presidente de la República, que bajo la enseñanza de Massoni se habia hecho un notable violin, habiendo ántes recibido nuestras pobres lecciones. El entusiasmo subió de punto, i faltaba lugar en el programa para dar colocacion a las personas que solicitaban tocar o cantar, siendo de advertir

que este programa no contenia en ninguna funcion ménos de diez trozos.

Por muchos años funcionó aquella reunion en la casa calle de Santo Domingo, que ahora pertenece al señor Fernandez Recio; hasta que se hizo objeto de especulacion, apoderándose de su direccion personas que no tenian la menor tintura ni la mas mínima aficion a la música.

Los antiguos directores tuvieron especial empeño en alejar el lujo en los vestidos, como el único medio de hacer duradero aquel establecimiento; los nuevos, que en su mayor parte eran comerciantes, debian pensar de mui distinto modo, i el lujo se introdujo apesar de los reclamos de los antiguos fundadores.

X.—Se trató de hacer economías en los gastos, i, como siempre, se principió por disminuir el sueldo de los músicos; en estos últimos tiempos, cuando hai lo que llaman filarmónica, ha llegado el gasto de la diminuta orquesta a tal grado de mezquindad que, con lo que ántes se pagaban cuatro músicos, hai de sobra ahora para pagarlos a todos.

Por un trastorno de todas las ideas, se llama Sociedad Filarmónica a una reunion de personas que no tienen otro objeto *público* al asistir, que bailar desde que ponen los piés en el salon hasta que lo dejan.

Noche ha habido que en las cinco horas que dura la funcion, se ha bailado *dieziseis veces*. Esto dará una idea del furor pedestre de nuestros *filarmónicos*. Con un bailar tan desmedido, los pobres músicos llevan, como es consiguiente, la peor parte, i no exajeramos, si decimos que se les trata peor que a bestias de carga.

Los acontecimientos políticos de 1829 apresuraron la partida de Massoni i ocasionaron una gran desgracia doméstica a la señorita Zegers, que la obligó a retirarse por mucho tiempo de toda reunion pública, haciendo lo mismo, poco despues el señor Drewetke.

En 1828 dió Massoni su último concierto en el teatro, antes de dejar a Santiago. Se cantó la cancion de Carnicer, que se dice nacional sin que, como la antigua, tenga la autorizacion de un decreto. Cantaron por primera vez las dos voces de la estrofa doña Concepcion Salvatierra, madre de los actores Arana, que no hace mucho tiempo se exhibieron en el Teatro Municipal, i el célebre actor arjentino don Ambrosio Morante. Quizá mas tarde nos permitiremos un análisis de esta cancion que en cerca de medio siglo no ha llegado ni llegará hasta el pueblo, por las dificultades invencibles que ofrece.

XI.— En Mayo de 1830, llegó una compañia lírica italiana, funcionó siete meses, al cabo de los cuales se trasladó a Lima, donde obtuvo gran éxito. Esta compañia contaba con cinco partes principales, sobresaliendo entre ellas la Scheroni i Pisoni. La primera, contralto, el segundo, barítono.

Dió por primera funcion el *Engaño feliz*, de Rossini i del mismo autor, *el Barbero*, *Tancredo*, *Gazza Ladra*, *Eduardo i Cristina*, *La italiana en Arjel*, la *Cenerentola*, como tambien la *Inés*, de Paer; *Elisa i Claudio* de Mercadante; i otra cuyo autor no recordamos, *I Portantini*.

Entónces solo habia un teatro, pero funcionaba constantemente; habia plazas en la Catedral que sin proporcionar un gran sueldo, eran, sin embargo, un recurso seguro; habia filarmónica en que el trabajo

era jenerosamente recompensado, i el gobierno aun no habia dictado sus leyes suntuarias suprimiendo los entierros con música en el Cementerio, que producian considerables ganancias a los músicos.

Por lo que dejamos dicho, fácil es inferir el grado de adelantamiento a que habia llegado la música entre nosotros. Faltaba, sin embargo, un modelo acabado en el mas jeneral de los instrumentos, el piano. Este modelo se presentó en la persona de M. Barré, que llegó a Santiago en 1832.

Barré habia obtenido el primer premio de piano en el conservatorio de Paris, de cuyo establecimiento habia sido alumno.

En los conciertos que dió hizo conocer la música de Herz, tan de moda entónces en Europa, con ese talento correcto, puro i brillante que todos le conocemos. Esto le atrajo la reputacion que aun conserva hasta hoi i que nadie le ha disputado.

Antes de su llegada, la nueva escuela del piano era desconocida en Chile.

Desde el año de 1831 habia el ministro Portales concebido i puesto en práctica la idea de dotar con su respectiva banda de música a cada cuerpo cívico de esta capital. Esto se hizo estensivo despues a toda la república, i es raro el pueblecito donde no se cuente con este recurso, casi indispensable.

El interes con que aquel hombre público miraba este ramo era tanto que, cuando en 1831 nos encargó de la organizacion i enseñanza de la banda del batallon número 4 cívico, de que él era jefe, no faltaba jamas en la tarde al cuartel, que estaba en la Moneda. Hacia bajar la banda que apénas empeza a tocar su primer paso doble, se colocaba al lado de aquellos

músicos que no llevaban bien el paso i no los dejaba hasta que lo hacian como los otros.

Aun recordamos que el muchacho que tocaba el clarin tenia cierto inconveniente para marchar bien. Lo tomó del brazo desocupado i despues de dar con él muchas vueltas en el gran patio, en union de la banda, cayó en cuenta de la dificultad i dijo: *¿cómo diablos ha de marchar bien si es cojo?*, remedándolo.

Cuando apénas comenzaban a estudiar las escalas, llegó un dia, con el numeroso acompañamiento de costumbre, i nos dijo: «Escríbales algo en la pizarra para que toquen *juntos*». Le hicimos ver, en voz baja, que aun no hacian sonar bien los instrumentos i que los desentonos harian huir a todos aquellos señores.

Apénas oyó esto replicó: «Qué defecto, eso es lo que yo quiero».

Contra sus esperanzas, nadie se movió, sin embargo, i todos oian i miraban con la misma atencion que él afectaba prestar.

Era mui aficionado a la música, i no habia olvidado del todo lo que habia aprendido en la flauta con su profesor Bebelagua.

XII.—El coro de música de la Catedral permanecia en un estado de atraso incompatible con los progresos que el arte habia hecho en Chile. El gobierno de entónces (1838), creyendo que para organizar este coro de nuevo no habia otro medio que hacer venir músicos de Europa, hizo un encargo a Francia con este objeto, i un año despues i con grandes sacrificios, nos encontramos con el resultado que era de esperarse, pues los tales *profesores*, con pocas escepciones, eran poco mas que aprendices.

El señor Lanza venia como maestro de capilla i

ciertamente que era necesario todo el mérito de este artista para indemnizar al gobierno del engaño que habia sufrido, sobre todo en *dos* de los supuestos artistas.

Aquel verdadero profesor de canto gozaba en Paris de una distinguida reputacion, i al aseverar esto no nos fundamos en elojios i artículos de periódicos, que con frecuencia no son otra cosa que el resultado de intrigas i bajezas de todo jénero.

El señor Lanza fué recibido como debe serlo un hombre de su mérito; pero sentimos decir que ocupaciones de otro jénero privaron a la juventud amante de la música de sus importantes consejos, sin producir para él resultados ventajosos.

La Sociedad Filarmónica, que aun merecia este nombre, recibió nueva vida, a la que no contribuyó poco la intelijente cooperacion de los señores Solar i Borgoño. Sin embargo, estos eran los últimos alientos de aquella reunion ántes de trasformarse en lo que es hoi.

Las observaciones que nos hemos permitido sobre este establecimiento son a título de Sociedad Filarmónica; pues como *salon de baile*, este es su nombre, no tendríamos nada que decir.

Hai algo inseparable de la música. Este algo es el baile. Esto nos obliga a decir algo sobre el particular.

Los bailes que nosotros no hemos conocido, pero de que hemos oido hablar en nuestra niñez son, el *paspié*, el *rigodon*, etc. Hemos conocido el *minuet*, la *alemanda*, la *contradanza*, el *rin*, el *churre*, especie de gavota, *vals*, la *gavota* i las *cuadrillas* introducidas en Chile el año de 1819. Como bailes a solo, el *fandango* i la *cachucha*, bailada i cantada por

primera vez, por oficiales i tropa del batallon de Talavera.

Respecto a bailes de *chicoteo*, recordamos que por los años 1812 i 1813 la *zamba* i el *abuelito* eran los mas populares; ambos eran peruanos.

San Martin, con su ejército, 1817, nos trajo el *cielito*, el *pericon*, la *sajuriana* i el *cuando*, especie de minuet que al fin tenia su alegro. Estos últimos bailes podrian mirarse como intermedios entre los sérios i los de chicoteo; pues no daban lugar a las desenvolturas que se ven en los otros que nos vinieron del Perú desde el año de 1823 hasta el dia.

Desde entónces, hasta hace diez o doce años, Lima nos proveia de sus innumerables i variadas *zamacuecas*, notables o injeniosas por su música, que inutilmente tratan de imitarse entre nosotros. La especialidad de aquella música consiste particularmente en el ritmo i colocacion de los acentos, propios de ella, cuyo carácter nos es desconocido, porque no puede escribirse con las figuras comunes de la música.

La gavota, baile frances, entre dos personas, principiaba con una especie de minuet i en seguida pasaba a un aire vivo de dos tiempos, en que los bailarines ejecutaban movimientos vistosos i difíciles con los piés. Este baile estuvo mui en moda desde el año de 1823 hasta el 28 o 30 i no hace mucho que han dejado de tocarlo los *organitos*. El habia hecho la gloria del célebre i popular Vestris en Francia hasta los últimos años del primer imperio.

XIII.—Viene por fin el aristocrático i ceremonioso minuet, que tantas veces tocamos para hacer bailar a otros. Por su misma índole no se exijia ser jóven

para ejecutarlo, i era de rigurosa etiqueta dar principio con él a todo sarao, chico o grande. Recordamos con este motivo el gran baile *nacional*, sin duda porque se costeaba con fondos de la nacion, dado por el Presidente Prieto el 25 de Abril de 1834. Se dió principio, para hacer revivir la antigua costumbre, con un minuet *en cuarto*, entre las personas siguientes: la señora doña Cármen Velasco de Alcalde con el Presidente de la República don Joaquin Prieto, i la señora doña Cármen Gana de Blanco, con el señor Bustamante, ministro de la guerra.

Como era natural, esos señores hacia muchos años no se veian en este caso i no andaban mui de acuerdo con la música. Cuando se acercaba el fin del minuet, la señora Velasco manifestaba mas de lo necesario su inquietud; conociendo que iba a sobrar música i faltar baile; miraba con desasosiego a la orquesta que dirijiamos, rascando nuestro violin. Dimos el corte que calculamos necesario; mas este espediente no podia ocultarse a todos los oidos; pero música i baile concluyeron a un mismo tiempo, circunstancia indispensable en el minuet.

El señor Prieto dijo, segun supimos, que *la orquesta habia tocado mal.* Así debió ser; porque es mas fácil que una orquesta toque mal, que no que un Presidente se equivoque, cuando baila.

Esta es la última vez que se bailó minuet en Santiago, podríamos decir en Chile. Sin embargo en otro sarao, *nacional* tambien, que tuvo lugar un año despues, se volvió a bailar; pero con cierta lijereza i poca solemnidad.

Este último sarao no fué organizado, i bien se echó de ver, como el anterior, por el señor don Javier Rosales. Esta fué la vez primera en que se tocó por

papeles todo lo que se bailó. La costumbre hasta entónces era el que alguno de los instrumentos, ordinariamente el clarinete, *rompiera* con el minuet, contradanza, etc., i los otros siguieran como podian; de lo que debia resultar un todo poco uniforme.

Daremos, fiados en nuestros recuerdos, alguna idea del minuet. Se colocaban una o dos parejas, rara vez mas, en los dos estremos del salon, llamado *cuadra* entónces; se saludaban, i adelantándose hasta el centro, partian en seguida para esquinas opuestas, con pasos mesurados, cadenciosos i con la vista recíprocamente fija en el compañero. Volvian otra vez al centro, se daban las manos i se dirijian a las otras dos esquinas del salon. En seguida volvian al lugar de donde habian partido; repetian los pasos del principio i antes de separarse se hacian el último saludo.

La música del minuet, en tiempo de *tres por cuatro*, debia de ser pausada i majestuosa, en tonos de *bemoles*, rara vez de *sostenidos*. En nuestra niñez oimos a nuestros mayores recordar con entusiasmo un minuet llamado del conde de Aranda, célebre ministro de Cárlos III, i mui conocido por su *cariño* a los jesuitas.

Habia en toda reunion o sarao un personaje inevitable, *el bastonero*. Este *funcionario* tenia por oficio anunciar en voz alta lo que debia bailarse; pero ántes debia advertir a las personas que lo hacian, con quien formarian pareja; se entiende, consultando todas las conveniencias. En los grandes saraos habia bastoneros subalternos, sujetos en ciertos casos al jefe.

En los antiguos tiempos, hasta el año de 1810, se observaba la mas respetuosa etiqueta en la combinacion de las parejas. Los oidores i los coroneles, no

habia jenerales, se ponian en baile con las señoras respectivas a su clase. Mas de un sarao, i aun mas de una reunion casera concluyó ántes de empezar por una indiscrecion del bastonero. La familia que se consideraba agraviada tomaba la puerta i era seguida inmediatamente de parientes i amigos.

El bastonero apareció por última vez en los grandes saraos que tuvieron lugar con motivo de la victoria de Yungai.

XIV.—Las funciones dramáticas, únicas conocidas hasta entónces en Chile, si se esceptúa la compañia lírica de que antes hablamos, llamaban esclusivamente la atencion del público. Sin embargo, se hablaba con entusiasmo de una compañia lírica que desde algun tiempo funcionaba en Lima.

Los empresarios del teatro, señores Solar i Borgoño, dieron todos los pasos, que trajeron por resultado la adquisicion de esta compañia, conocida con el nombre de su director, Pantanelli. Dió su primera funcion en el teatro de la Universidad el 21 de Abril de 1844, ejecutando la inolvidable *Julieta* de Bellini.

Esta ópera parecia escrita especialmente para el soprano i contralto de aquella compañia, señora Rossi i señora Pantanelli, i no es estraño que el público, que en su mayor parte gozaba por la primera vez de tantas bellezas reunidas, manifestase, enajenado, su admiracion i entusiasmo por las dos artistas que lo sabian conmover de un modo tan nuevo como agradable.

La aficion al canto se hizo mas jeneral, i las señoras Pantanelli i Rossi eran paseadas en triunfo a *imitacion* de lo que se hace en los pueblos europeos;

pero es sabido que las imitaciones no tienen la consistencia i duracion de los orijinales....

Formaban esta compañia, a mas de algunos cantantes subalternos, la señora Teresa Rossi, soprano: doña Clorinda Pantanelli, contralto; los señores Ferreti, bajo, i Zambaiti, tenor. Contaba tambien con un buen cuerpo de coros de hombres i algunos niños chilenos, contraltos, pues lo que es soprano masculino no es fruto de nuestra tierra. Hasta el momento en que escribimos, no hemos oido jamas un niño que alcance al *sol* sobre la 5.ª línea: rarísimos son los que dan el *re* de la 4.ª sin gran esfuerzo. Hablamos en la clave del *sol.*

Cuando uno vé hasta dónde llega en altura la música de templo que se ejecuta por niños en Europa, se admira de ese fenómeno. Muchas esplicaciones se dan sobre esto; pero ninguna satisface. En lo que están casi todos de acuerdo es en atribuirlo al *cigarro.* Nosotros pertenecemos al tiempo en que los niños no lo usaban; sin embargo, las voces eran lo mismo que ahora.

La señora Rossi tenia una voz de cierta fuerza mui agradable i de estension poco comun, sobre todo hácia los bajos. Vocalizaba con dificultad, i cuando trataba de trinar ponia de manifiesto su poco estudio sobre el particular. Su figura era interesante i simpática.

La señora Pantanelli, que habia hecho como contralto un papel distinguido en Italia, España i poco despues en la Habana, donde nunca faltaban artistas de mérito, era mui notable como actriz. Nadie ha olvidado su sobresaliente mérito a este respecto en *Norma*, *Lucrecia* i otros roles, que sin ser a propósito para su voz, los realzaba con la nobleza i digni-

dad de su porte. En los papeles de contralto no ha tenido rival. Difícil nos parece que en *Semiramis* i *Julieta* volvamos a ver algo igual.

El señor Ferreti, bajo de sobresaliente merito i de figura imponente, no ha sido igualado aun en ciertos papeles. En *Marino Faliero* era mui superior a los que mas tarde han desempeñado ese papel, consiguiendo solo que el público de entónces recuerde con pena a Ferreti.

El señor Lanza se incorporó tambien a esa compañía como barítono, decimos mal se incorporò como *sobresaliente*, así se llamaba en las compañías dramáticas antiguas a los que hacian toda clase de papeles.

La flexibilidad de carácter de este excelente artista, lo hacia prestarse a desempeñar papeles que rebajaban su mérito superior. Basta decir que pocos dias despues de haber cantado el Fernando del *Marino*, que es un tenor de toda forma, ejecutó el protagonista de esa misma ópera que requiere un bajo de primer órden.

El último cantante de aquella compañía que hemos nombrado, Zambaiti, que era el tenor, tenia la particularidad de que, sin ser verdadero tenor, desempeñaba esta parte a satisfaccion del público. A esto contribuia ser un profesor mui notable, sobre todo por su vocalizacion.

Aquella compañía tenia un raro mérito, sin ejemplo posterior: todos, sin escluir ni aun los coros, sabian su arte por principios, pudiendo cada uno cantar su parte sin mas que su estudio particular. Allí no habia lo que ahora hemos visto, primeros actores que han necesitado pagar un maestro, andrajoso a veces, que les enseñe lo que deben cantar...

El señor Pantanelli dirijia la orquesta con tal maestría que en algunos años que formamos parte de ella jamas lo vimos, no diremos equivocarse, pero ni siquiera vacilar en el movimiento que debia iniciar en los numerosos i distintos trozos de que consta una ópera.

El señor Pantanelli dirijia tocando el piano en los recitados de las óperas bufas, i con una pequeña vara en las demas. Este *palito*, que en una orquesta numerosa puede tener su razon de ser, es de una gran ridiculez en orquestas pequeñas. No hace mucho asistiamos a uno de nuestros teatros, i vimos al director en un asiento que por poco no llegaba al techo, con el consabido *palito;* todo ello para dirijir *diez* u *once* músicos, que tocaban polcas, valses i cuadrillas.

Lo que mas nos admira, es la inocencia de los empresarios, que, en vez de tener un director que desempeñe esta funcion tocando algun instrumento, pagan mas caro el *mago* de la varita...

El furor de dirijir ha hecho tales progresos entre nosotros, que en un baile dado no hace mucho en el teatro, hubo *cinco* directores que lo hacian alternativamente. Se cree jeneralmente que todo aquel que lleva el compas es ya todo un director de orquesta, sin comprender que para llevar el compas, en muchos casos, basta tener un oido vulgar i que esta operacion pueden muchos hacerla sin saber una nota de música.

Nuestras bandas militares que, en retretas i otros casos tocan piezas de consideracion, no necesitan que nadie les marque el compas. Si ciertas personas supieran lo que se necesita para ser un verdadero director, se avergonzarian de su ignorancia.

Muchos que creen dirijir, sin saberlo, son ellos mismos dirijidos.

XV.—Por lo demas, el teatro de que eran empresarios los señores Solar i Borgoño, estaba perfectamente servido: funcionaba i lo habia hecho ántes con actores dramáticos de indisputable mérito. Algunos de nuestros lectores, sin ser tan viejos como nosotros, no habrán olvidado aun a doña Teresa Samaniego, en decadencia por la edad, pero que aun dejaba conocer que pudo con justicia compartir en sus buenos tiempos las glorias de la escena con Rita Luna, Marquez i Gonzalez, que mas tarde vino a Buenos Aires. Cáceres nos decia que, cuando por primera vez habia dado en Montevideo con la señora Samaniego *Los Hijos de Edipo*, de Alfieri, haciendo él de *Polinice*, Gonzalez de *Eteocles*, i la Samaniego *Yocasta;* habia hecho temblar a los dos como a niños. Agregaremos tambien a su hija doña Emilia i a doña Toribia Miranda, actriz peruana, mui simpática para el público.

Acompañaban a esta actriz los actores Casacuberta, Fedriani, Jimenez i el admirable gracioso Rendon. El nombre de Casacuberta nos trae a la memoria su inesperado i funesto fin. Permitan nuestros benévolos lectores una digresion mas estensa que la que ya han soportado: es el último tributo pagado a la honradez, al talento i a la amistad.

XVI.—Juan Casacuberta, si no estamos equivocados, nacido en la República Oriental; llegó a Chile en 1841, en compañia del jeneral Lamadrid, perseguido con otros arjentinos hasta la falda oriental de la Cordillera de los Andes por una partida del ejército de Rosas, contra el que habia combatido en esa

república. Tendria cuarenta i cuatro años. La fama de su mérito era conocida en Chile, i la empresa del Teatro de la Universidad se apresuró a contratarlo. Puede decirse que él fué el primero que nos hizo conocer el teatro moderno frances, de que apénas teníamos idea por Fedriani i Jimenez.

Despues de año i medio de trabajo i de aplausos, i próxima a venir la compañia Pantanelli, se dirijió al Perú, donde fué apreciado su talento como merecia. Al cabo de algun tiempo, volvió a Chile a trabajar en el nuevo Teatro de la República, incendiado mas tarde. Al dar sus primeras funciones, llegó nuevamente Sívori a Santiago. Anunció un concierto en el otro teatro, en el mismo dia en que Casacuberta daba funcion en el de la República. A la hora de levantarse el telon, observó el teatro vacío i tuvo que pasar por la dolorosa humillacion de suspender la representacion por haber acudido el público a oir el violin de Sivori...

Concluidos los conciertos de éste, tomó Casacuberta el Teatro de la Universidad en arriendo i, despues de unas pocas funciones ante una escasa concurrencia, anunció su beneficio con el drama *Los seis escalones del crimen*, que, a pesar de su escaso mérito, agradaba al público por la maestría con que el beneficiado desempeñaba el papel de protagonista.

Dias ántes de este desgraciado beneficio se observaba en Casacuberta una tristeza i mutismo, interrumpido solo a veces por algunas palabras irónicas, pero inofensivas, que despues todos interpretaron. Habia desaparecido por completo ese carácter festivo i decidor.

En las tardes se dirijía a casa de un amigo, hombre como él de conducta ejemplar, de mas ilustracion,

pero actor mediocre, don Hilarion Maria Moreno, director mas tarde de un colejio mui acreditado en Santiago.

Casacuberta, como buen arjentino, era aficionado al *mate*. En la tarde, víspera de su beneficio, fué a casa de Moreno. Este, al verlo, con el cariño de costumbre, ordenó al sirviente traerle mate *a Juan*. Casacuberta, al oir la órden, le fijó la vista con cierta espresion estraña, diciéndole:

—Mucho te apresuras en darme mate. ¿Te imajinas que no he comido?

—Cómo he de imajinarme tal cosa. ¿No sabes que yo tambien lo tomo?

La verdad, sin embargo, era lo que Moreno no sospechaba. Casacuberta, no solo ese dia, sino en muchos de los anteriores no habia tenido mas alimento que el que con distintos pretestos le presentaba a veces un fiel negro que lo acompañaba desde el Perú, i era tal su indijencia, que sin las cariñosas industrias de ese criado, no habria tenido ni la luz necesaria para el estudio de sus papeles.

XVII.—Aquí creemos oir esclamar a nuestros lectores: ¿Cómo a un hombre de su mérito, habia de faltarle un amigo a quien dirijirse?—¡Justa observacion! pero ántes es preciso conocer al sujeto de que se trata. Desde nuestra primera juventud tuvimos relaciones con él en Buenos Aires, i notamos, como todos sus amigos, ciertas escentricidades, sobre todo en punto a delicadeza i honradez, que a veces provocaban la risa de los que se le acercaban. Desde entónces hasta la última vez que lo visitamos en Santiago, veíamos frente a su mesa de estudio una especie de cartel que en letras grandes decia:—*Lista*

de lo que debo. En seguida venian los nombres de los acreedores con la suma respectiva; i a continuacion otra lista con estas palabras:—*Lista de lo que me deben.;* pero aquí no se veian mas que las cantidades i las iniciales de los deudores.

Entónces, como ahora, por el conocimiento que teníamos de su carácter i por la idea ventajosa, que con razon él tenia de su persona, le hemos atribuido en su desgracia este raciocinio.—«Un hombre de mis aptitudes i de mi conducta, en un pueblo culto i rico, no puede sin mengua vivir a costa de amigos que no son bastante ricos para socorrerle, sin hacer sacrificios superiores a sus facultades». En cuanto a las personas de alta posicion, se habria avergonzado de manifestarles su dolorosa situacion. Despues se supo que hasta sus mas insignificantes alhajitas habian ido a parar a una casa de prendas, únicamente para sufragar a lo indispensable, pues era de conducta ejemplar.

XVIII.—Llegó por fin el dia del esperado beneficio, calculado por él esa noche en 500 pesos, que debian salvarlo de sus compromisos i proporcionarle lo bastante para regresar a su patria.

En el cuarto acto de aquel drama, que se titula *El robo*, aparece una escalera que debe servir para facilitar al *jugador* la ejecucion de su crímen. En esos momentos subimos al proscenio con otros amigos; encontramos a Casacuberta indicando la colocacion que debia dársele. La primera tabla habia quedado algo separada del suelo. Al observarlo, dijo al carpintero: «Ponga usted aquí otra tabla,» señalando el lugar; i volviéndose a los que allí estábamos añadió: —*¡Yo no me rompo una pierna por 500 pesos!...* ¡Co-

sas del mundo!—Antes de dos horas, sin embargo, perderia algo de mas valor: ¡la vida!

Ese dia habia recibido algunos regalos, i esto le permitió comer bien, quizás mas de lo necesario. El drama es excesivamente fatigoso, sobre todo en las últimas escenas.

Antes de finalizar la funcion nos retiramos. Poco despues Villena, empleado del teatro, nos anunciaba, ahogado en llanto, que Casacuberta acababa de morir instantáneamente, al llegar a su casa, con la añadidura de costumbre, de no haberse encontrado un médico que lo socorriera a tiempo...

XIX.—En un artículo anterior ofrecimos ocuparnos en la actual cancion nacional. Recordaremos lo que sucedió cuando por primera vez se trató de ponerle música a los versos que habia escrito el doctor Vera, a fines de 1819, o principios de 1820. Aseguramos, sin dudar, que con *la música* de Robles se cantó por *primera* vez el 20 de Agosto de ese año, sin que ántes se hubiera hecho con ninguna otra del mismo autor.

El empresario del teatro, que lo era el señor don Domingo Arteaga, encargó a don José Ravanete, profesor peruano de cierto mérito, componer la música para esos versos. Este, no encontrándose capaz de hacer algo orijinal, trató de aplicar a la poesía una cancion española, de las innumerables que se publicaron en aquella nacion cuando la invasion francesa. La cancion arjentina, ménos el coro i la introduccion, es una de ellas.

Al llegar Ravanete a la parte del coro que dice:

«Arrancad el puñal al tirano,
Quebrantad ese cuello feroz,»

se encontró con cuatro notas sobrantes. No se le ocurrió otro espediente que poner a cada nota un *sí, sí, sí, sí*; sílabas que no tenia la poesía i que hicieron levantarse tan alto de su asiento al doctor, presente al ensayo. Cuando éste concluyó, el señor Arteaga le preguntó: ¿qué le parece, señor?—*Tiene visos de goda*, contestó con rabia. La concurrencia de curiosos declaró lo mismo por aclamacion, i se encargó a Robles hacer otra, que es la que se conoce con el nombre de este autor. *Las Bellas Artes* periódico musical publicado en Santiago hace tres o cuatro años, hizo una edicion de una copia que nosotros le dimos, por haberla conservado en nuestra memoria. Los editores hallaron por conveniente agregar a la estrofa una segunda voz. Robles la escribió a una voz sola, esceptuando el coro que tenia tres voces.

El hecho que apuntamos sucedia, en víspera de abrirse el teatro.

Para cumplir nuestra promesa, copiaremos un artículo que hace veinte años escribíamos sobre la nueva cancion en *El Semanario Musical*. Esperamos que nuestros lectores disimularán algunas repeticiones inevitables.

Es probable que no sea ésta la única trascripcion que hagamos de lo que entónces escribíamos.

XX.—«En 1828, la que ahora llamamos Marcha Nacional, llegó a Chile, remitida de Lóndres por don Mariano Egaña, enviado de esta república cerca de aquella corte. La primera vez, como lo hemos dicho, que se cantó esta música, fué en un beneficio de Massoni, dado en el teatro en 1828. Desde entónces ha continuado cantándose i se le ha bautizado con el nombre de *nacional* sin mas autorizacion.

«Chile tenia su Marcha Nacional, cuya letra habia sido mandada reconocer por decreto especial del Gobierno, hasta que la intrusa música de Carnicer vino a interponerse, sin otro mérito que estar mas conforme con la moda reinante posteriormente.

«El 20 de Agosto de 1820, a la misma hora en que se hacian a la vela las últimas naves que conducian al jeneral San Martin con la espedicion libertadora del Perú, se abria un nuevo teatro en Santiago, en la plazuela de la Compañia, en la misma casa que ahora ocupa la señora de Gumucio, número 98. En ese dia se cantó la primera marcha nacional que tuvo Chile, siendo de un año anterior la poesia a la música: la primera del doctor Vera, arjentino, la última de Robles, músico chileno de aventajadas, aunque incultas disposiciones.

«La música de esta marcha tenia todas las circunstancias de un canto popular: facilidad de ejecucion, sencillez sin trivialidad. (Se esceptúa el coro que parece que era de rigor, que fuera en un movimiento mas vivo que la estrofa), i lo mas importante de todo, poderse cantar por *una voz sola sin auxilio de instrumentos.*

«Como se vé, pues, la antigua marcha tenia tantas ventajas como inconvenientes tiene la moderna, i nada prueba mas lo que decimos, que el que en tantos años que lleva de fecha, se canta tan jeneralmente mal como en los principios.

«Ningun interes *musical* tenemos en hacer la defensa de la antigua marcha, que sin vacilar, confesamos ser mui inferior *como música*, a la moderna; pero, como patriotas, nos duele ver preferido un canto que no va acompañado de un solo recuerdo glorioso para un chileno, miéntras la antigua no solo se hizo oir

en Chile, sino en el Perú, donde San Martin condujo nuestro ejército, unido al arjentino.

«Permítasenos un corto analisis de la cancion de Carnicer, que probará lo que decimos.»

XXI.—«No consideramos la introduccion, porque este es un adminiculo desconocido en todos los modelos de esta especie de canto. La *Marsellesa* no tenia en su principio introduccion; no la tiene la inglesa *Good save the King*, apesar de su pequeñez, ni la tenia en su orijen la cancion arjentina, que despues hemos visto preceder de una especie de introduccion que sin duda es una imitacion de alguna antigua misa de *requiem*. La cancion peruana, última de las que hemos nombrado, tampoco la tuvo al principio. Su autor, don Bernardo Alcedo, le puso introduccion a su vuelta al Perú el año 1864.»

Hablaremos desde que entran las voces. Al fin de los trece primeros compaces se encuentra un pasaje de ejecucion que creemos mui difícil hacer con regularidad por personas que no hayan vocalizado ántes algun tiempo. Cuatro compaces, despues hai uno entero de semitonos aun de mayor dificultad, i ántes de la última nota de la estrofa hai tres tresillos contínuos que están en el caso de los retazos citados.

Pero donde como de intento reunió el autor todas las dificultades de entonacion, fué en el coro, es decir, en aquella parte de la cancion en que debió esmerarse para hacerla accesible a todas las voces.

Aquí se encuentra hasta un inconveniente indisculpable en un compositor de la capacidad de Carnicer, la altura de las notas, i este inconveniente es insuperable, pues cantando en tono ménos alto que el del orijinal, las voces bajas no se oirian.

Siendo tan conocido por todos lo *impopular* del coro, nosotros solo haremos una observacion. A los dieziseis compaces despues de la entrada de las voces, hai un compas que empieza por un *acorde de séptima disminuida*, que solo puede ser entonado por cantores mui acostumbrados.

La dificultad de tal pasaje se aumenta mucho desde que se canta sin las *tres voces* que, *a lo ménos*, pide este acorde, llegando esto hasta el caso que, cuando el coro es cantado por una sola persona, ésta tiene que abandonar las notas de la primera voz para tomar parte las del bajo, que es la única que aislada presenta alguna melodía.

Las repetidas interrupciones de la voz, sobre todo, la que precede a la entrada del coro, hacen indispensable el ausilio de instrumentos acompañantes, i este es un gran defecto en composiciones de esta clase.

Nuestras observaciones no tienden en lo menor a menoscabar el mérito reconocido de que goza Carnicer. No criticamos su música como tal, sino como cancion popular.

Por lo demas, lo que de *nacional* tiene esta marcha, se comprenderá bien al saber que la música es de un *español* i los versos de un *arjentino*...

Algo parecido podemos decir del toque de *a la carga*, palabra desconocida ántes de que llegara a Chile San Martin, que ha corrido la misma suerte de la antigua marcha nacional.

La música de este toque, traida por aquel ejercito i que se oyó desde Chacabuco hasta la ultima batalla de la independencia, i aun muchos años despues, ha sido reemplazada con el sistema anárquico de que cada banda de música toque la suya. Con el agre-

gado de variarse a discrecion i segun el gusto de los jefes de batallon.

No es difícil hacer otra, cuya entonacion sea *mas bonita;* pero ¿qué recuerdo, qué glorias nos traeria a la memoria? Mas de una vez tuvimos la idea de dar una sorpresa al jeneral Las Heras, mandándole una banda que lo saludara con el antiguo toque de carga en el aniversario de Chacabuco o Maipo; pero nos retrajo de ese pensamiento el temor de conmover quizá demasiado aquella alma de fuego. Hace algun tiempo la hemos borroneado en un pedazo de papel para que no muera con nosotros...

XXII.—Cuando escribíamos los datos que acaban de leerse sobre la cancion de Robles, lo hicimos con la intencion de rectificar el error en que parece haber caido el señor intendente Vicuña confundiendo, en su decreto de último de Agosto, la poesía con la música de la antigua cancion nacional.

Ahora nos encontramos con que el señor don Miguel Luis Amunátegui cae en el mismo error; pero de un modo mas erudito i terminante; pues dice que «se cree obligado a rectificar» lo que afirmamos al decir que la cancion nacional, con la música de Robles, se cantó por primera vez el 20 de Agosto de 1820.

Si alguna duda hubiéramos tenido sobre este particular, los argumentos del señor Amunátegui la habrian disipado por completo.

Dice este caballero: «La Cancion Nacional se tocó i cantó por primera vez en las fiestas de Setiembre de 1819». ¿Esta cancion que se tocó i cantó fué con la música de Robles? Nó, señor. Pudo cantarse i aun bailarse con el sinnúmero de entonaciones que aparecieron cuando salió a luz la poesía de don Ber-

nardo Vera, ese mismo año; de una de las cuales, que no era la mas fea, aun conservamos parte en la memoria.

Sigue el señor Amunátegui: «El presidente del Senado, don Francisco Antonio Perez, comunicó por oficio de 20 de Setiembre del año citado al director supremo don Bernardo O'Higgins que aquella corporacion habia visto con placer la cancion que éste le habia acompañado, i que ella merecia justamente el nombre de *Cancion Nacional de Chile*, con que el Senado la titulaba.»

¿Donde está aquí, no diremos la música de Robles, pero cualquiera otra? El Senado habla de la poesía, porque a la poesía *sola*, como a la música *sola*, se les puede llamar, i se les llama *Cancion Nacional*.

Pero donde la lójica del señor Amunátegui es matadora, es en lo que sigue: «Puede Vuestra Excelencia, decia Perez a O'Higgins, mandarla IMPRIMIR, repartiendo en todo el Estado ejemplares, i al Instituto i escuelas para que el 28 (¿el 28?) del presente saluden el dia feliz en que dió el primer majestuoso paso de su libertad.

El Senado ponia al Director Supremo en un terrible aprieto, pidiéndole que mandara *imprimir* la Cancion Nacional, música i versos, segun el señor Amunátegui; i esto mui de prisa i en Chile, donde no se conoció el arte de imprimir música hasta *veinte años* mas tarde. El Director debia haber vuelto la mano al Senado convocándolo para preguntarle en qué imprenta o litografía se haria la obra, del mismo modo que el emperador romano, reunió al Senado para consultarle con que salsa guisaria un pescado mui gordo que acababan de regalarle.

Continúa el señor Amunátegui: «El mismo 20 de Setiembre de 1819, el Director O'Higgins promulgó el precedente acuerdo del Senado; i entre otras cosas, ordenó que al teatro se pasaran *cuatro* ejemplares para que al empezar toda representacion se cantara primero la Cancion Nacional.» ¡Cuatro ejemplares! Si eran con acompañamiento de piano, con uno habia suficiente. Si para orquesta, con uno habia de sobra, pues la orquesta de que formábamos parte, no tenia mas que *ocho* músicos. Pero nos olvidábamos de que la *imprenta de música* de don Bernardo se habia anticipado 20 años a su época.

Claro es, pues, que se trata de los versos, pues las tiritas de papel en que Robles habia escrito la música para la orquesta, estaban en el archivo del teatro, con las sinfonías i oberturas que se tocaban en los entreactos.

Añade el señor Amunátegui: «Para que no quede la menor duda acerca de este punto, léase el documento siguiente:

«La cancion patriótica, cuya composicion encargó S. E. el Supremo Director a usted, ha ocupado un distinguido lugar en la fiesta nacional del 18 de Setiembre, habiendo primero merecido el título de *Cancion Nacional* por la sancion de los poderes Lejislativo i Ejecutivo. S. E. tiene la mayor satisfaccion de que usted ha desempeñado su encargo manifestando un entusiasmo i brillantez propios de un acendrado patriotismo i acreditado talento. De órden suprema, tengo el honor de comunicarlo a usted para su satisfaccion. Dios guarde a usted muchos años.—Ministerio de Estado, Octubre 2 de 1819.—*Joaquin Echeverría.*—Señor doctor don Bernardo Vera.»

¿Dónde está Robles i su música? volvemos a preguntar.

Como si lo anterior no fuera bastante para abrirle los ojos a un ciego, aun añade el señor Amunátegui que el 20 de Agosto de 1820 se cantó «por la vijésima o quincuajésima vez» la cancion de Robles.

Lo que hai de cierto es que el señor Amunátegui cae en su error por la cuadrajésima vez, haciendo cantar la música de Robles cuando éste no soñaba en escribirla. Ya ántes habia dicho «que hai *constancia fehaciente* de haber sido compuesta en 1819, no solo la letra de la Cancion Nacional, sino tambien la música.» ¿Qué música? Ya hemos dicho que hubo canciones en gran número, como sucedió ántes en Buenos Aires, i mas tarde en Chile, con motivo del himno de Yungai, del señor Renjifo.

De propósito no hemos querido mencionar ninguno de los muchos datos que, como contemporáneos, podríamos alegar, prefiriendo aquéllos con que el señor Amunátegui cree *rectificarnos*.

Cite este caballero, no ya algun decreto, sino algun documento o escrito en que pruebe con razones, especiosas siquiera, que la música de *Robles*, de *Robles* decimos, se cantó ántes del 20 de Agosto de 1820; i esté seguro de que la primera vez que tengamos el gusto de encontrarnos en su presencia, levantaremos nuestro sombrero mas alto que de costumbre.

XXIII.—En 1845 se trasladó a Valparaiso la compañia Pantanelli, a estrenar el teatro, situado en la calle de la Victoria, construido por don Pedro Alexandri.

Al contratar este empresario a los cantantes tuvo

tambien que hacerlo con la orquesta, que en su mayor parte, la componian los músicos de la Catedral. Organizada la que debia funcionar en Valparaiso, quedó en la Catedral, con solo dos escepciones, una orquesta a propósito para desollar los oidos de los devotos i hacer emigrar las ratas.

Seis meses duró la temporada de Valparaiso i esta circunstancia probablemente sujirió al señor Valdivieso, presentado ya como arzobispo, la idea de reemplazar la orquesta con un órgano, que se encargó a Inglaterra. Llegó el órgano el año de 1849, i con él un organista, encargado tambien.

Organo i organista se merecian. El señor Howell, ingles de nacion, era un consumado profesor i el órgano es superior, no solo a todos los de la América del Sur, sino tambien a los de la del Norte. Este órgano no tiene *triángulo*, *platillos*, *bombo* ni *timbales*, instrumentos repetidas veces prohibidos por la Iglesia, particularmente por el Papa actual.

Esos ruidos hacen abrir tanta boca a los necios, i escitan la compasion de las jentes de juicio, i a quienes duele que de ese modo se ultraje al pontífice i rei de los instrumentos.

XXIV.—Casi a un mismo tiempo que Howell, llegó a Chile M. Desjardin, antiguo organista de San Eustaquio en Paris, i mui notable profesor de *harmonium*, para cuyo instrumento habia escrito un método, que hemos visto.

El señor don Pedro Palazuelos, que desde mucho tiempo habia concebido la idea de fundar un Conservatorio en Santiago, creyó oportuna la adquisicion del señor Desjardin i le facilitó los medios necesa-

rios para que organizara una escuela preparatoria, en una sala de la cofradía del Santo Sepulcro.

Los buenos resultados de este ensayo animaron al señor Palazuelos, alma eminentemente artista, para solicitar del gobierno la fundacion de un Conservatorio. Gran trabajo tuvo para conseguirlo; pero a su entusiasmo no habia resistencia posible.

El que esto escribe, sin desconocer el mérito de Desjardin, deseaba que la plaza de director de ese establecimiento se diera a oposicion, segun lo habia acordado el Senado, a indicacion del señor don Pedro Mena, en la certidumbre de que con este proceder se tendria lo mejor, si el Gobierno, como en otros casos, no hacia de las suyas.

A esto se agrega que el señor Neumanne, gran profesor que habiamos conocido en Lima, estaba próximo a llegar a Chile, como en realidad sucedió. En este caso Neumanne habria sido preferido. Con este motivo dirijimos al señor M. A. Tocornal, ministro de Instruccion Pública, una carta, que con su contestacion se publicó entónces en *El Semanario Musical*, en la que le decíamos: «tan distante estoi de todo interes personal que, respetando como debo toda determinacion que US. tome a este respecto, nada me parece mas justo que, siguiendo el acuerdo del Senado, dar esta plaza *a oposicion*. De este modo se tendrá lo mejor i quizá esto daria por resultado un profesor de primer órden.... No concluiré ésta sin decir a US. que uno que merece este nombre acaba de llegar a Valparaiso.»

El señor ministro tuvo a bien contestar a nuestra carta, en otra en que nos dice entre otras cosas: «Yo doi a usted las gracias por la franqueza e injenuidad de sus observaciones, i aunque no he tomado reso-

lucion alguna sobre este negocio, ni anticipado una simple promesa, si llegase el caso de obrar, no perderé de vista la imparcialidad i justicia con que debe procederse.

«Siempre que usted se sirva hablarme o escribirme sobre materias en que pueda ilustrarme, le quedará agradecido, etc., etc.»

Con gusto trascribimos las palabras de este alto funcionario, reconocido como uno de los hombres mas eminentes de Chile. Si sus palabras nos honran por la justicia que hace a nuestras intenciones, ¿qué elojio no merece el hombre superior que cree puede ser *ilustrado* en ciertos casos aun por aquellos que ocupan un lugar subalterno en la sociedad? No es el señor Tocornal de los que creen que la atmósfera de un salon ministerial infunde ciencia universal.

«Guizot, en un caso idéntico i desempeñando iguales funciones que el señor Tocornal, no creyó que debia lejislar en música sin consultar a hombres intelijentes en la facultad.

XXV.—Esto escribíamos en 1852. Las personas que quieran saber cómo procedió Guizot, de quien quizá podria decirse sin temeridad, que nada ignora, pueden consultar en la Biblioteca el periódico citado.

Salió del Ministerio el señor Tocornal. La política, la pequeña política, metió su cola. Se hizo un embrion del Conservatorio i el acuerdo del Senado no se tomó ni siquiera en consideracion. El favor i los empeños hicieron los nombramientos. Nuestros lectores por lo demas, no nos agradecerian una leccion que saben mas bien que nosotros: que esta es la his-

toria antigua, média i moderna, *de cómo los gobiernos dan los empleos.*

Hai escuela de pintura, de escultura, etc.: ¿cuál de estos establecimientos presta servicios tan útiles i benéficos como el Conservatorio? Ninguno. Baste decir que esta institucion es la única en que tienen parte las mujeres, que la ocupan en su mayor parte, proporcionando a gran número de familias pobres una profesion que las pone a cubierto de la miseria i del vicio.

El Conservatorio es el único establecimiento de esta especie en que el director no tiene sueldo como tal; asi se esplica cómo la Academia de Pintura i la de Escultura tienen casi doble dotacion, gozando sus directores de mas de dos mil pesos de renta.

Hemos sido profesor, director i Presidente de Conservatorio. A todo hemos renunciado; no por la escasez o absoluta falta de honorario, sino por el desden con que, con pocas escepciones es mirado; llegando el caso de haber ministro que no ha sabido donde está situado... No faltan personas que piensan que solo sirve para divertir a los que aprendan.

XXVI.—En 1847 o 1848, el señor don Salvador Sanfuentes, ministro de Instruccion Pública, estableció en laEscuela Normal de Preceptores una clase de canto elemental, de la que fuimos nombrado profesor.

Advertiremos que, si a veces vacilamos en las fechas, es porque escribimos estos «Recuerdos» sin ningun dato a la vista, fiados solo en nuestra memoria; pero aseguramos al mismo tiempo que en caso de equivocarnos; jamas será en mas de *un* año.

El pensamiento del señor Sanfuentes era de gran importancia; porque, fuera de los resultados físicos

que produce el ejercicio del canto para los que lo estudian, hai otros de mas consideracion. En el estenso informe leido ante el Consejo Municipal de Paris en 1835, con el objeto de introducir definitivamente el canto elemental en las escuelas primarias, formulado por *Bauvatier*, *Cochin*, *Orfila*, *Perrier* i *Boulai de la Meurthe*, se dice:

«Los antiguos empleaban este arte como un medio de hacer amar la virtud, de calmar las pasiones, de suavizar las costumbres i de civilizar a los pueblos. Desde luego su poder de moralizacion no es para nosotros un problema. No queremos hablar aquí de sus efectos fisiolójicos, que el estudio de sí mismo ha podido revelar a cada uno de nosotros; queremos hablar de los resultados reales obtenidos en las escuelas donde se enseña el canto.

«No solamente esas escuelas se hacen notables entre las otras por sus resultados i buen porte; sino que en estas mismas escuelas los alumnos de canto se distinguen entre sus condiscípulos por su mayor aplicacion, suavidad de maneras i benignidad...

«Bajo cualquier aspecto, pues, que se mire, moral, normal, económico i nacional, la enseñanza del canto es útil... «El célebre filósofo *Herder* decia: «Una reunion de cantores es una reunion de hermanos.»

Da pena tener que recurrir a esta erudicion *barata* para probar a nuestros hombres públicos el deber en que se encuentran de prestar alguna atencion a este ramo, en que si sus antecesores hicieron poco, ellos no han hecho absolutamente nada.

No les pedimos, que como el Gobierno de 1848, funden una clase de canto en la Escuela Normal; ni, como el de 1852, la creacion de un Conservatorio; pues, pobre como es, ya lo hai. Les pedimos que con

su indiferencia, o con otra cosa peor, no destruyan lo que hicieron sus antecesores.

¡Pobre Conservatorio! ¡Pobre música! ¡Qué de zopapos habeis recibido en estos dias!

XXVII.—Habiendo empezado en 1848 la clase de canto en la Escuela Normal de Preceptores i reduciendo los cálculos a su última espresion, hai de sobra para que en los 24 años corridos se hiciera en todas las escuelas fiscales clase de canto, i para que a la fecha hubiera muchos miles de personas que supieran regularmente música i canto, pudiendo los que no tuvieran buena voz dedicarse a tocar algun instrumento.

Despues de tantos miles de cantores que, segun los cálculos del señor Sanfuentes, debian solemnizar las fiestas cívicas i relijiosas, ¿quiéren saber nuestros lectores en cuántas escuelas fiscales o municipales se enseña la música?—*En ninguna*...

Llevada a cabo, la idea de aquel ministro daria muchos i buenos resultados. Apuntaremos solo los siguientes: en las grandes fiestas nacionales, reunidas las escuelas de una localidad i cantando cosas adecuadas, presentarian un hermoso i conmovedor espectáculo, proporcionando un recurso poderoso que, sin exijir gasto alguno, solemnizaria esas fiestas tan tristes en la mayor parte de nuestros pueblos. «El niño que haya aprendido a cantar canciones de escuela, dice Mainzer, sabrá cantar un dia los cantos de guerra, los cantos de la patria.»

¡Cuántos artistas perdidos por no tener ocasion de ejercitar i desenvolver sus facultades por falta de ocasion!

Los primeros beneficiados serian los preceptores

primarios, a quienes la práctica de la enseñanza pondria en disposicion de dar lecciones particulares, proporcionándoles de este modo una entrada que aliviaria en parte su triste situacion.

XXVIII.—Cuando en 1850, sin ser nosotros naturalista, jeógrafo, marino, astrónomo ni injeniero, se le ocurrió a ese gobierno hacernos emprender un viaje al interior de Chiloé; fuímos a parar a Castro, el pueblo mas *importante* despues de Ancud, la capital. Entre paréntesis, Castro da un diputado i un suplente ¡no lo echen en saco roto los aficionados! Aquel pueblo era i es mas triste que un cementerio. A cualquiera hora del dia i de la noche se oiria el vuelo de una mosca.

Habia dos escuelas, una de ellas fiscal, bastante concurrida. La visitamos i tuvimos el gusto de encontrarnos con un jóven que habia sido nuestro discípulo en la Escuela Normal. Nuestra primera pregunta fué si enseñaba la música; nos contestó que nó, por dificultades que no encontramos convincentes.

Se celebrabá en esos dias la Pascua de Navidad i toda la música de aquella fiesta tan popular se reducia a una especie de viola horriblemente tocada! ¡Cuánta animacion hubiera dado a esa fiesta i a ese pueblo esa escuela, cantando música fácil i a propósito!

Con motivo de esa pobreza de recursos preguntamos al gobernador, comandante Roa, con que recursos contaba para celebrar los dias de la patria. Nos contestó: «la ciudad tiene 18 pesos de entrada anual, *doce* se invierten, con acuerdo de la municipalidad: en los gastos ordinarios de la localidad, i los *seis* restantes en las fiestas del 18.» «Este año ,añadió,

han estado mui buenas; porque les hice pegar fuego a esas montañas que nos rodean, i la ciudad estaba como de dia.»

Los señores don Eusebio Lillo i don Vicente Villarreal, de *paseo* como nosotros, presenciaron este diálogo.

XXIX.—Cuando, en uno de los párrafos anteriores de este artículo, lamentábamos el abandono en que de algun tiempo a esta parte se dejaba al Conservatorio de Música, estábamos mui distante de pensar que escribíamos una especie de epitafio.

Ya que nó en el mensaje presidencial, en el que mas de una vez se ha hecho mencion de este establecimiento, por lo ménos en la memoria del ministerio del ramo esperábamos que se le tomara en cuenta, cual se hace con otros que están mui lejos de prestar al pais tan útiles servicios, como los que ya hemos apuntado en otra parte.

Nos equivocamos; i, valiéndonos de una frase de moda, solo diremos que el Conservatorio en esa Memoria «brilla por su ausencia.»

El Conservatorio decididamente ha pasado a formar serie con otros establecimientos de que solo se acuerdan los gobiernos cuando hai algun ahijado a quien *acomodar*, cometiendo con este fin, las mas notorias injusticias i hasta infracciones de lei....

Tenemos a este respecto un pecado de que, como de otros muchos, aun no hemos hecho penitencia.

Somos causa de que los intendentes de Santiago sean presidentes *natos* del Conservatorio.

Cuando hace cinco o seis años renunciamos esa presidencia, suplicamos a uno de los dos señores, don Manuel Amunátegui o don Carlos Riesco oficia-

les del Ministerio de Instruccion Pública, indicara al señor ministro del ramo, diera en adelante, por razones que hicimos presente, la presidencia del Conservatorio a los intendentes de la provincia. Ese señor, hecho cargo, lo suponemos, de nuestras razones, nos reemplazó, i se ha seguido haciendo como lo habíamos solicitado.

El resultado de esta medida está en nuestra contra, i el pobre Conservatorio ha sido víctima de nuestra imprevisora indicacion, atendida por el señor ministro como no merecia serlo.

Las condescendencias de los intendentes, contrarias en muchos casos a la justicia i al reglamento respectivo, deben cesar en adelante, haciendo retribuir ese trabajo como corresponde.

El mal, por otra parte, no está precisamente en que los intendentes presidan el Conservatorio. Está en que el gobierno, de algun tiempo a esta parte, se ha olvidado de que hai un reglamento que lleva la firma del Presidente Búlnes i del señor Mujica, ministro respectivo. Este reglamento establece una comision que tiene la direccion superior del establecimiento, pero de la que el gobierno prescinde hasta el estremo de haberla abolido tácitamente para entenderse solo con su *ajente constitucional*, el intendente.

Todo lo dicho es sermon en desierto, i las cosas seguirán como hasta el dia, por la razon mui sencilla de que este sistema es mui cómodo para los que mandan.

XXX.—Habiendo llegado lo que hemos escrito sobre *música* a la época presente, que para nuestros lectores es tan conocida como para nosotros, sus-

pendemos *por ahora* nuestros apuntes para dedicarnos a zurcir algunos artículos sobre otras materias.

Damos fin al presente con la noticia que sigue.

XXXI.—En Agosto de 1834 se encontraron reunidos una tarde en el Café de la Nacion, el célebre actor Morante, el bailarin español Cañete, el mui notable actor, español tambien, Domingo Moreno Ramos, (que cantaba como un maestro, sin saber una nota de música) i el autor de estos apuntes.

Morante se quejaba de que, debiendo dar un beneficio a principios del próximo Setiembre, no tenia ninguna novedad que ofrecer al público.

Al oir esto, Moreno dijo a Morante: «Yo tengo en la memoria una hermosa marcha patriótica; pero es preciso que usted le cambie la poesía porque la que yo sé no puede servir para Chile, pues empieza con estos versos:

«Al sepulcro de Bravo i Padilla, etc.»

Apénas oyó Morante la primera estrofa, la reemplazó imitando el canto de Moreno con:

«Al dieziocho inmortal de Setiembre, etc.»

En seguida se convino en que Morante haria las demas estrofas i el coro, i en que nosotros debíamos trasladar al papel lo que nos entonara Moreno, poniéndole acompañamiento de orquesta i enseñándola a los actores que se prestaran a cantarla; lo que todos hicieron sin escepcion. Morante tuvo un buen beneficio.

Este es el oríjen de esta hermosa cancion, que todos nos atribuyen, i en que no tuvimos mas que una pobre cooperacion.

Policía de Seguridad i Garantías Individuales

I.—Nuestros lectores habrán notado mas de una vez en algunos de nuestros anteriores artículos la frecuencia con que citamos el año de 1830. No es culpa nuestra, pues esta fecha se nos presenta involuntariamente, por la naturaleza de los hechos, podríamos decir, como el punto de partida de todos nuestros progresos.

La paz de 40 años, interrumpida seriamente solo tres veces, i por cortos intervalos, ha sido indudablemente el principal ajente de nuestros adelantos, sin ejemplo en la América del Sur.

La Constitucion de 1833, a pesar de los defectos de que se le acusa, si no es el motor de nuestra no interrumpida prosperidad, no ha sido tampoco un estorbo; i ya seria tiempo de que cesaran las vanas declamaciones de políticos de pacotilla.

No hace mucho un orador, contra la voluntad de Dios, repetia en la Cámara de Diputados, la antigua cantinela de «esa constitucion es la causa de todas las desgracias de Chile». Si el señor diputado se hubiera tomado el trabajo de enumerar esas desgracias, es seguro que habria mucho que descontar. Desearíamos saber si las desgracias *permanentes*, de casi todas las repúblicas de esta América, se deben tambien a nuestra Constitucion, i si del caletre del orador habria salido otra que nos hiciera mas adelantados, mas libres i mas felices de lo que somos.

Desgracia es para tales políticos que las cuarenta navidades de la maldita Constitucion la hayan endu-

recido de tal manera que, a pesar de los pinchazos de los reformistas, permanezca aun intacta, i que todavia no estén de acuerdo sobre por dónde deben dar principio al destrozo.

II.—Antes de 1820, no habia mas guardianes de la propiedad que *los guardas de las tiendas*, cuyas funciones se limitaban a cuidar el reducido recinto del comercio, que no se estendia a mas de dos cuadras de la plaza, i no en todas direcciones. El penúltimo jefe de aquel cuerpo, si no estamos equivocados, fué el español don Manuel Imas, asesinado jurídicamente el año de 1817, poco despues de la batalla de Chacabuco.

Este hecho atroz nos trae a la memoria otros análogos ejecutados entre los años 18 i 20, en individuos de esa nacion, a inmediaciones del cementerio, despues de haberlos hecho prestar ciertos servicios. En alguna parte hemos leido que los antiguos reyes de Persia, hacian desaparecer a los ajentes secretos, de quienes se habian servido, para entenderse con los sátrapas de su imperio, en negocios en que un testigo podia ser perjudicial.

Como nada nos consta personalmente, al hacer estas referencias, nos atenemos solo a lo que hemos oido con jeneralidad en esos tiempos, citándose nombres propios que no hemos olvidado pero que omitiremos.

Se decia, por ejemplo, i no hace dos meses lo repetian varios caballeros en nuestra presencia, que el capellan del cementerio, a quien no podian ocultarse aquellos hechos, se dirijió al gobierno para ponerlos en su conocimiento, pero que a las primeras palabras se le mandó callar bruscamente.

Este denuncio del capellan, que nos parece imprudente, pues se añadia que habia nombrado a la persona que presidia aquellos actos, lo confirmamos en cierto modo, mas tarde, por lo que verán nuestros lectores.

Diez o doce años despues de estos rumores, tuvimos relaciones con el denunciado. En una ocasion en que, en presencia de varias personas, se nombró al capellan antedicho, aquel sujeto dijo estas palabras: *ese clérigo me tiene mui agraviado.* Ni él añadió mas palabra, ni ninguno de los que allí estábamos hizo ninguna observacion, cayendo todos en cuenta de cuál podia ser el motivo del *agravio.*

Parece que los hombres de esa epoca, no tanto por venganza como por sistema, trataban de aterrar a los enemigos de la revolucion, sobre todo a los españoles, con medidas estremas.

El primer acto de este sistema en Chile fué la muerte de Imas, que nadie que sepamos ha tratado siquiera de disculpar.

Hasta hace pocos años, nosotros, como todo el mundo, estábamos en la pesruasion de que el autor de este crímen era el jeneral San Martin.

Recordando un hecho, que nada tenia que ver con este suceso, hemos caido en cuenta de nuestro error. Para asegurarnos mas en esta última persuasion, nos hemos dirijido al señor coronel arjentino don jerónimo Espejo, que respetamos como la crónica mas exacta i verídica de esa época.

El señor Espejo no solo nos confirmó en nuestra idea, sino que nos suministró numerosos datos de que San Martin no podia tener parte en lo sucedido. Para desmentir esta imputacion basta saber que la prision i muerte de Imas tuvo lugar en los dias 11 i 12

de Abril de 1817 i que San-Martin habia salido para Buenos Aires el 11 *de Marzo* de ese año, i que el 29 del mismo mes lo saludaba el cabildo de aquella ciudad por su llegada a ese pueblo... Para el odio, la historia i la verdad son mudas.

No ignoramos que para acallar la reprobacion pública se fraguó un proceso vergonzante, o mas bien sin vergüenza, que solo fué conocido de algunos iniciados. I que era tan burda la trama, i hacia un ministro en ella papel tan infame i ridículo, que se concluyó por quemar o esconder el tal proceso.

Muchos años despues el Congreso tuvo que asignar una pension a la familia de Imas....

En 1818, se pronunció un incendio en la Maestranza, situada a la sazon en lo que ahora es Academia Militar. Este incendio, se dijo entónces, habia sido intencional, con el objeto de atribuirlo a los godos, americanos i españoles, residentes en Santiago; consiguiendo así la doble ventaja de atraer sobre ellos el ódio público i hacerlos pagar los perjuicios superabundantemente, pues la cosa en sí fué mui insignificante.

Unas palabras que oimos en los momentos del incendio, que fué de dia, al fraile Beltran, que habia cambiado su hábito de franciscano por la casaca de artillero, i que era jefe de la Maestranza, nos dieron mas tarde mas luz sobre el suceso.

Conversaba con unas señoras frente al Cármen Alto. Al despedirse les dijo: *¡ya yo sé quién ha de pagar esto!* Un incendio igual habia tenido lugar en Mendoza, en vísperas de salir para Chile el ejército de los Andes. No añadiremos sus circunstancias por odiosas i agravantes.

Un año despues, llegábamos a medio dia a la ca-

lle del Estado, i notando muchos grupos de personas que hablaban con grande animacion, preguntamos lo que ocurria. Se nos dijo que hacia poco que, pasando por allí el jeneral San Martin, pasaba al mismo tiempo un individuo que no lo saludó, i que, averiguando que era español, lo habia hecho conducir a un cuartel, atado de las manos a la cola de un caballo.

Si entónces supimos quien era el español, ahora no lo recordamos.

¡Dos o tres años mas tarde, sin el valor i enerjia de nuestro compatriota señor don José Manuel Borgoño, jefe del cuartel de la Merced, en Lima, los innumerables españoles, ancianos casi todos, encerrados allí para ser deportados a Chile, es probable hubieran dado entónces al populacho furioso el espectáculo que mas tarde han dado los Gutierrez, en ese mismo pueblo!

Podríamos referir otros hechos que eran en nuestra niñez contados minuciosamente por todo el mundo, sobre todo algunos de ellos que gozaban de gran celebridad, i que manifiestan la mas completa inseguridad para la vida i propiedad de los vecinos de la capital. Aun referiremos un suceso que hizo gran ruido por las personas que en él tuvieron parte, i sobre todo por su desenlance.

III.—Una noche de verano, en 1811, entre diez i once de la noche, estábamos entretenidos con otros niños de nuestra edad, en la calle de Santo Domingo, una cuadra al oriente de la iglesia. La luna alumbraba como de dia. De repente nos sorprendió un gran ruido de caballos *herrados* (cosa rara entónces) que venian a todo escape del lado del rio, por la

calle de San Antonio. No tuvimos mas tiempo que el necesario para guarecernos en el hueco de la esquina de la casa del señor don Vicente Ovalle, que es ahora del señor don Luis Alcalde.

Un instante despues, i habiendo resbalado en la la losa un caballo, al querer hacerlo cambiar de direccion al oriente, cayó el jinete a nuestros piés dándose un tremendo golpe. Apenas se vió en el suelo, abandonó el caballo i corrió en direccion a la casa antedicha. Casi al mismo tiempo llegaban dos jóvenes oficiales que lo seguian mui de cerca i que, al ver el caballo solo, nos preguntaron: «¿Dónde ha entrado *ese picaron?* En coro contestamos: «*En esta casa*,» señalando la del señor Ovalle.

Se desmontaron, nos encargaron el cuidado de los caballos, i entrando en la casa indicada, encontraron al que buscaban, tras de la puerta de un cuarto del primer patio.

Lo hicieron salir conduciéndolo a pié al cuartel de San Diego, segun se supo al otro dia, pero sin decirle ninguna palabra injuriosa. A una señora que acudió al ruido del suceso, la llenaron de satisfacciones, a que contestó, lo recordamos: *hagan ustedes su deber*.

Al otro dia se supo tambien que el sujeto perseguido formaba parte de un grupo situado en la plazuela de la Recoleta Franciscana, en acecho de aquellos dos caballeros que frecuentaban una casa en esas inmediaciones. Los del grupo, viéndose embestidos por dos oficiales resueltamente, tomaron distintas direcciones, pero ellos se dirijieron contra el que enderezó por el lado del rio, próximo al puente de madera, que es el mismo a quien tomaron prisionero.

Pocos dias despues se supo, que éste habia sido

fusilado con gran solemnidad, pero *con pólvora*..... No necesitamos para nuestra narracion decir cómo se llamaba esta persona, que mas tarde alcanzó los mas altos grados en nuestro ejército, del que fué un buen servidor.

En cuanto a los otros dos actores, mas de un lector sabe ya o ha sospechado que eran Juan José i Luis Carrera.

Al preso se le halló desarmado; pero algun tiempo despues, al sacudir el cuarto donde se ocultó se encontró bajo una tarima un gran trabuco....

IV.—San Bruno, años de 1815 i 1816, habia dado a lo que entónces podia llamarse policia de seguridad, esa forma odiosa i a veces burlona, que ha pasado con horror hasta estos tiempos, sin que para esto hubiera ni siquiera disculpa, pues es sabido que en los dos años cuatro meses trascurridos desde el descalabro de Rancagua hasta la victoria de Chacabuco, el pais en toda su estension se mantuvo en la mas completa sumision al rei de España, sin que la historia tenga que mencionar ni el mas lijero síntoma de trastorno.

Un hecho, entre otros, confirma lo que decimos. Cuando dos o tres dias despues de la batalla de Rancagua entraron a Santiago las primeras tropas realistas, apareció la ciudad completamente adornada con la bandera española. Estas banderas eran flamantes, pues ántes de 1810, no habia costumbre de usarlas con jeneralidad. Agréguese a esto que en esos dias, como es natural, el comercio estuvo completamente cerrado... Claro es, pues, que con nuestra *conocida prudencia*, tales banderas estaban listas, pero guardadas para cuando llegase el caso.... Nues-

tros lectores por lo demas, no estrañarán esta prevision cuando sepan que el dia de la batalla de Maipo el ejército de Osorio recibió de regalo pan *caliente* miéntras el nuestro no lo tuvo ni *frio*....

Es probable, por otra parte, que los 400 patriotas, *mal contados*, que el 18 de Setiembre de 1810 se reunieron en el consulado para testificar *de nuevo* su *obediencia* a nuestro *amado* Fernando, no sospechaban que veinte años despues, un decreto declararia ese dia *el único* en que se compendiarian todas las glorias de Chile.

I tanto ménos lo sospecharian, que muchos de ellos, seis años mas tarde, pedian perdon desde Juan Fernandez, en un documento público, al rei de España por sus estravios...

Don Diego Portales, autor de esta innovacion, por odio al militarismo, no calculó que la tiranía trapacera i enredista de la toga, haria recordar con pena el despotismo franco i glorioso del sable.

Los chilenos no pueden repetir las palabras vanidosas de Ciceron: *Cedant arma togæ.*

¡Pobre 12 de Febrero! ¡pobre 5 de Abril! que nos dísteis patria e independencia, inclinaos ante el *godo* 18 de Setiembre, que no nos dió nada.

En los dias de la entrada de los españoles, hubo iluminacion jeneral.

La base de las luminarias, era un elemento que tenia bien poca analojía con ellas, el barro, o mas bien el lodo.

Habia para esto dos sistemas: el primero usado por las casas acomodadas. Este consistia en cuatro o seis palmetas de madera clavadas en la pared en una altura conveniente. En la parte redonda de esta palmeta se ponia una pelota de cieno, i en ella se en-

terraba la vela de sebo, de las de a cuatro por medio.

El otro modo, el mas comun, era pegar en la pared tantas pelotas de barro como luces debian ponerse.

En algunas casas de lujo se ponia en la palmeta un canuto de lata. Esto, por supuesto, era poco comun.

La clase de acequias de entónces, que corrian por el centro de las calles, proporcionaba todo el lodo necesario para estas operaciones.

Estas se repetian cada vez que habia luminarias. i lo alto de las paredes, tanto por el barro como por el humo de las velas, estaba siempre negro.

El estado de las paredes lo calcularán nuestros lectores, teniendo presente que entónces no habia obligacion de blanquearlas.

La órden que ahora se da anualmente con este objeto, solo data del año 30 o 31.

V.—San Bruno era un hombre de valor. Se le encontraba en las altas horas de la noche en los barrios mas apartados de la ciudad, sin mas acompañamiento que un soldado armado de bayoneta, a mas de media cuadra de distancia. No era estraordinario encontrarlo solo, con su gran sable con vaina de hierro, el primero que nos parece haber visto, ántes de que llegara a Chile el célebre rejimiento de granaderos a caballo del ejército de San Martin.

A veces no temia arriesgarse solo, como en el caso siguiente, que hemos oido varias veces a la misma persona a quien vamos a referirnos.

Sin contar muchos años, algunos de nuestros lectores habrán visto un vehículo que ya no está en uso i que se llamaba *carreton*. Este servia para

trasportar a las familias que tenian quintas inmediatas, i para toda clase de paseos. No tenia sopandas, i por consiguiente, no era mui suave. Los carros de los grandes triunfadores romanos tampoco las tuvieron.

Ordinariamente el carreton estaba en el zaguan o en el primer patio de la casa. Este lugar ocupaba el que habia en casa de las señoras Gúzman, calle de Santo Domingo. Era familia de patriotas, como la del frente del señor Ovalle, de que hemos hablado ántes.

Don José Urriola, hermano del coronel don Pedro, muerto en la revolucion del 20 de Abril de 1851, que aun era seglar, salia una noche de la casa de las señoras Guzman, sin sombrero i dirijiéndose a la del frente donde vivia su hermana doña Pabla, esposa del señor Ovalle. Al llegar al medio del patio de la casa de las señoras Guzman, advirtió que salia del carreton precipitadamente un hombre de levita i sombrero redondo, llamándolo repetidas veces:

—¡Señor don Pedro, señor don Pedro!

—Yo no soi don Pedro.

—¿Quién es Ud?

—Soi José Urriola.

—¿I su hermano?

—Hace dos años que no sabemos de él.

—¿Dónde está?

—Creo que en Mendoza...

Esto pasaba en un patio completamente oscuro i sin un solo testigo. En seguida San Bruno acompañó al señor Urriola hasta la puerta del señor Ovalle en conversacion amistosa, despidiéndose en seguida con mucha cortesía.

VI.—La luz que parece ser un gran elemento de órden, a veces lo es de tiranía. Tan a pechos han tomado esta máxima algunos gobiernos que nosotros hemos visto en 1859 a uno de ellos encender el gas en noche de luna, por temores de revolucion. Pero los gobiernos de aquellos tiempos no ocurrian a este espediente, mui recomendado por Maquiavelo, probablemente por la proverbial mansedumbre de los chilenos.

A las siete de la noche en invierno, i a las ocho en verano, no habia mas luz en toda la ciudad que los poquísimos faroles, sucios siempre, en las calles de que hemos hablado ántes, i los que pertenecian a los conventos, que no eran mas aseados. A las diez, pero infaliblemente a las once, toda luz habia desaparecido.

En 1829, apenas pasada la media noche, nos encontrábamos en una casa situada a poco mas de tres cuadras al poniente de la iglesia de Santo Domingo. Al asomarnos a la calle con otros amigos para retirarnos, no divisamos una sola luz en toda la estension que abarcaba nuestra vista. Empezaba a llover, i por todos estos motivos se creyó una temeridad nuestra resolucion de dirijirnos solos a nuestra casa. Para nosotros, la verdadera temeridad consistia en dormir en casa ajena, en la alfombra del salon, sin mas abrigo que la compañia de doce o quince individuos que estaban resueltos a no recojerse a sus casas.

Nuestra primera operacion al emprender la marcha fué tomar el medio de la calle, cerrar el paraguas i llevarlo horizontalmente para cerciorarnos cuando pudiéramos encontrarnos con algun obstáculo en nuestro camino.

Era tan densa la oscuridad, que el único medio por el cual conocíamos que habíamos llegado a una boca-calle, era el viento norte que soplaba, lo que nos servia para contar las cuadras que habíamos andado.

Al llegar a la boca-calle llamábamos: *¡sereno!* tres o cuatro veces consecutivas, sin que jamas se nos contestara una palabra.

VII.—Habia algunas calles que gozaban de gran reputacion por su soledad. Al hacer esta observacion no nos referimos a los barrios apartados del centro de la poblacion: hablamos de calles mui inmediatas a la Plaza Principal. La de San Antonio, que está a una cuadra al oriente de la misma plaza, se encontraba en este caso; pero sobre todo la que corre de la plazuela de San Agustin hasta la del Teatro Municipal era aterrante hasta por su nombre.—calle de *La Muerte*,—con alusion, segun recordamos, a un esqueleto de madera que la representaba i que los padres agustinos guardaban no mui oculto en un cuarto del convento que tenia ventana a la calle.

No habia en toda esa cuadra un solo habitante, i por gran rareza, se solia alquilar alguna de las varias cocheras que habia en ella.

La Cámara de Diputados se reunia, en 1847, en el lugar en que ahora está el Teatro Municipal, i con este motivo, pasaban por esa calle los diputados. Nadie ignora que un famoso asesino estuvo muchas noches en acecho del señor Manuel Cifuentes en una de esas cocheras, para la que se habia proporcionado una llave; pero se libró aquel caballero, por haber pasado, sin la menor sospecha, siempre acompaña-

do. Al respetable señor Fernando Lazcano, diputado tambien en ese entónces, le hemos oido decir que, al pasar por allí algunas noches, habia visto al asesino; pero sin sospechar ni remotamente sus intenciones.

Mas tarde consumó su crímen en la misma casa del señor Cifuentes; pero lo pagó en el patíbulo.

Las personas acomodadas se hacian preceder por un criado armado de un farol. Las que lo eran ménos, los hombres sobre todo, llevaban linternas que les prestaban el servicio de advertir a los ladrones, *dónde i cuándo* debian embestirles.

En una de estas mismas cocheras, habia, el año de 1810, en vísperas de la revolucion, un carpintero llamado Trigueros. Esta cochera pertenecia a la casa del señor don José Antonio Rojas, el mas antiguo conspirador de Chile, pues habia hecho o tratado de hacer su primer ensayo en 1780.

Los Clodios i Catilinas de peluca i calzon corto, por exceso de precaucion, tenian sus conciliábulos en lo mas apartado de aquella casa, que es ahora de don Domingo Ugarte, recien edificada en la plazuela del Teatro Municipal.

El cuarto en que se reunian estaba pared o tabique de por medio con la carpintería.

Carrasco tuvo noticia, no solo de estas reuniones secretas, sino tambien de lo que se trataba en ellas. Esto lo decidió a tomar presos a tres de los principales concurrentes; lo que dió oríjen, no sabemos con qué datos, a que el denuncio se atribuyera a Trigueros.

Diez o doce años mas tarde lo conocimos de tendero i con el apellido de Solar, que servia de diversion a sus viejos conocidos. Estos i el antiguo car-

pintero, no sospechaban que este cambio de apellido lo emparentaba nada ménos que con uno de los papas de mas rancia nobleza, i con el duque de Valentinois, el discípulo mas *aprovechado* de Maquiavelo.

Los que hemos conocido aquellas épocas no nos quejamos del actual alumbrado, como a veces, sin razon, se critica el de ahora, llevando estas quejas hasta la ridiculez.

Un dia llegábamos a la imprenta de Julio Belin donde, en 1852, se publicaba *La República*. El cronista, que era un señor Frias, nos preguntó si habíamos visto en la noche anterior algun farol que diera mala luz. Contestamos que no nos habíamos fijado. —«No importa, replicó; estoi escribiendo contra el alumbrado, i algun farol ha de haber estado malo anoche.»

Recordamos ahora que aun nada hemos dicho acerca del estado de la prensa periódica en la época a que nos hemos referido. Personas mas autorizadas que nosotros lo han hecho ya, i no somos tan temerarios que nos internemos en este terreno. Referiremos un hecho característico que dice mas que muchas pájinas, i del que hemos hablado hace muchos años en *El Diario de Santiago*.

En el año 1821 apareció en las esquinas de la ciudad un cartel en el que, despues de citar un artículo constitucional que parecia garantir la libertad de imprenta, se anunciaba *El Independiente*.

Dias despues, salió el periódico, i segun recordamos, se reducia a pedir algunas modestas reformas i la reunion de un Congreso. Todo ello con suma moderacion.

El mismo dia fué conducido a la cárcel el autor del periódico, que, segun se dijo, era un sueco.

En seguida se presentó en la prision un edecan del Gobierno i despues de saber de boca del preso que él era el autor, le dijo:

—¿Podrá usted escribirlo de nuevo?

—Sí, señor.

—¿Qué necesita usted?

—Tintero, papel i una botella de ron.

Todo le fué entregado al momento, i segun el señor edecan, el periódico fué redactado, entero, i con una que otra diferencia insignificante.

Esto, sin embargo, no libró al sueco de que se le hiciera salir de Chile, sin que hasta ahora se haya sabido para donde. El Gobierno sospechaba de otras personas, pero nada pudo sacar en limpio.

A la publicidad de este negocio, se añade para nosotros, haberlo oido referir al mismo comisionado, el comandante de prisioneros don Domingo Arteaga, edecan del gobierno.

Suplicamos a nuestros lectores guarden su admiracion, tanto sobre este hecho como sobre otros de que hemos hablado, para cuando, mas adelante, pongamos a su vista la conducta de ciertos gobiernos posteriores, bautizados como adelantados i liberales, i juzguen comparando *las épocas i las circunstancias...*

VIII.—Hemos referido ántes lo que se hizo el año de 1821 con un estranjero que se atrevió a escribir sobre congresos i reformas.

Durante los tres años del gobierno del jeneral Freire, las cosas cambiaron favorablemente, i pudo escribirse con libertad.

Nuestro amigo don Bernardo Alcedo, mui apreciado del señor don José Miguel Infante, i ahora re-

sidente en Lima, nos refirió varias veces lo siguiente, contado por Infante.

«Estaba una vez de visita en palacio, i un sujeto, mui amigo de Freire, le dijo:—¿Hasta cuándo sufre V. E. que se le ultraje por la prensa de un modo tan villano?» Contestó el Director:—Agradezco a Ud., señor don N., el interes que manifiesta por mí; pero yo no puedo tomar ninguna medida porque si hai razon para que se me insulte, seria una ruindad vengarme; si no hai motivo, el público me hará justicia.»

Añadia Infante: «Si no hubieran estado presentes tantos adulones, me habria levantado de mi asiento i le habria dado un abrazo.»

No son estas las únicas palabras que podríamos citar del jeneral Freire, en que se manifiesta su buen sentido i su liberalismo de buena lei. Recordamos una contestacion, que por su oportunidad i laconismo no desmerece colocarse al lado de algunas que nos ha trasmitido la historia, que no la valen.

En 1825 se habia declarado cierta odiosidad contra el ejército en el partido liberal, en que no se omitia ninguna clase de injurias contra ciertos jefes.

En algunas sesiones del Congreso se trató de algo parecido a la supresion del ejército, i alguien preguntó ¿qué harian esos hombres con la disminucion o supresion de sus sueldos? Don Cárlos Rodriguez, que estaba a la cabeza de aquella cruzada, contestó: *¡Que vayan a sembrar papas!*

Estas palabras, aunque con distintas interpretaciones, hicieron fortuna,

A fines de ese mismo año tuvo lugar la última espedicion a Chiloé.

La antevíspera de la batalla decisiva marchaba

toda la infanteria del ejército en direccion de los puntos esenciales del enemigo. El camino era fragosísimo, i en algunos puntos nos enterrábamos en el barro hasta la rodilla.

Llegamos a mediodia a un lugar ménos montañoso i sombrío, haciendo en él un corto descanso.

Al llegar el jeneral Freire a este lugar, el coronel Rondizzoni (jefe de nuestro batallon, i uno de los mas injuriados por los liberales) le dirijió desde alguna distancia, estas palabras: «¿Que tal camino, señor?— ¡BUENO PARA SEMBRAR PAPAS, CORONEL!

En tiempo del sucesor de Freire, el jeneral Pinto, i a principios de su gobierno, se cometió un atentado contra la libertad de imprenta, que no le va en zaga a lo que seis años ántes se habia hecho con el suceso de *El Independiente*.

Otro estranjero, M. Chapuis, frances de nacimiento i escritor de *El Verdadero Liberal*, publicó un artículo sobre un motin que habia tenido lugar en Talca, encabezado por un sarjento i un cabo, dando en cierto modo la razon a los amotinados.

De resultas de este artículo, fué preso e incomunicado *de órden del gobierno*. Fué juzgado el periódico en seguida; pero no se puso en libertad al escritor, a pesar haber sido absuelto, hasta despues de haberle hecho sufrir cinco o seis dias de prision.

Este fué el primer atentado cometido por aquel gobierno, que la pasion o la mala fé han querido hacer pasar a la historia como el tipo de los gobiernos liberales de nuestro pais. Ya lo iremos conociendo *por sus obras*.

IX.—Poco despues se sublevaron en San Fernando el diminuto batallon número 6 i un escuadron o

rejimiento que no llegaba a 200 hombres, encabezados por el coronel don Pedro Urriola i, como segundo jefe, por el comandante de aquel batallon, don José Antonio Vidaurre, posteriormente jefe de la revolucion de Quillota.

El presidente Pinto salió al encuentro de Urriola con triples fuerzas, la mayor parte de guardias nacionales. La refriega no duró diez minutos i el presidente i su ejército fueron completamente deshechos, dejando el camino, desde las Tres Acequias hasta Santiago, sembrado de fusiles, corazas i morriones de acero, de los coraceros que formaban la escolta del presidente. De éste se dijo, no lo vimos nosotros, que habia llegado a palacio sin sombrero, a las cuatro de la tarde.

Esa misma noche, la division de Urriola (400 hombres) tomó cuarteles en la Maestranza, i lo que pinta la época, una hora mas tarde los oficiales de ambos ejércitos se encontraban cenando en el *Café de la Nacion*, (lo presenciamos) contándose sus percances recíprocos, con gran algazara i alegría. La frecuencia quizá de los motines i revoluciones, i la idea de que el que un dia era vencedor podria ser vencido al siguiente, habia introducido esa tolerancia mútua, increible ahora.

Nadie dijo una palabra acerba. Solo al despedirse Asagra, jefe de uno de los batallones vencidos, dijo en alta voz: *hasta mañana, caballeros!*

Por entónces, a lo ménos, habian pasado los tiempos en que algunos parásitos de gobiernos anteriores habian tratado de hacer del odio una virtud militar, si nó republicana. Cuando fué capturada la fragata *María Isabel*, se inventó la odiosa calumnia de que, por unos papeles encontrados en ese buque, se

habia descubierto que don José Miguel Carrera habia estado pocos años ántes en correspondencia con los ajentes del rei de España. Ninguno de los tres autores de esta trama era chileno.

En la noche del dia en que ella circuló, dictó el comandante de armas el *santo* siguiente para el jefe de dia i para los cuerpos de guardia: *¡Los carrerinos son peores que los godos!*

X.—Uno o dos dias despues de la derrota del presidente Pinto, se publicaba un bando en la Plaza de Armas en que los vencedores daban a reconocer, no recordamos bajo qué título, jefe de la nacion a don José Miguel Infante.

Este bando, que el presidente legal oia desde los altos de *Las Cajas*, era arrancado de las esquinas por los amigos del gobierno, apenas era fijado.

La revolucion cayó de por sí por falta de apoyo, i todo quedó como ántes.

XI.—Al dia siguiente, a medio dia, el mayor Quezada pasaba en direccion a la cárcel por la botica del señor Bustillos, (donde estábamos) conduciendo a don Aniceto Padilla de casa del señor Infante, donde estaba de visita.

Este sujeto, desconocido de nuestros contemporáneos, ha tenido, sin embargo, una parte importante en algunos acontecimientos considerables de nuestro pais, por lo ménos en aquellos en que influyó el señor Infante.

Era natural de Cochabamba i mui relacionado con los jefes de la revolucion arjentina. Habia venido a Chile mui en principios de nuestra revolucion, i volvió en el tercer decenio del siglo. Se alababa del

predominio que ejercia sobre Infante; i era la verdad, hasta el estremo de que, cuando el señor Infante hablaba en la Cámara, Padilla desde la barra jesticulaba i accionaba, llegando el caso, que presenciamos, de que, cuando don José Miguel no encontraba en sus discursos la palabra precisa, Padilla la decia en voz baja, haciendo reir a los que estaban cerca.

Se encontraba en Buenos Aires al tiempo de la primera invasion inglesa, en 1806. En la dispersion que sufrió el ejército ingles, Padilla ocultó a un jeneral o jefe de alta graduacion de ese ejército. Esto le valió una pension vitalicia de parte del gobierno ingles o de la familia de aquel jefe.

Esta circunstancia le hizo emprender un viaje a Inglaterra dos años mas tarde. Entónces se dijo que llevaba el encargo de ofrecer a Doumouriez, emigrado en Inglaterra, un mando en el ejército arjentino.

El delito que ocasionó la prision de Padilla consistia en que, siendo consejero del señor Infante, *debia* haber tenido su parte en esa revolucion en que se consideró cómplice a ese caballero.

Sin seguirle causa ni tomarle declaracion alguna, se le hizo salir de Chile, sin que entónces ni despues se haya sabido con seguridad para dónde, exactamente como se hizo con el sueco de marras... Con una diferencia, sin embargo, en contra del gobierno liberal; i es que, en tiempo del jeneral O'Higgins, en que tuvo efecto esa arbitrariedad, año 21, el ejército realista ocupaba una buena parte del territorio chileno, i que en ese mismo tiempo don José Miguel Carrera se dirijia a Chile con éxito favorable hasta entónces, pues su último descalabro no tuvo lugar

hasta tres meses despues de la publicacion de *El Independiente.*

Tan notorio era el influjo poderoso de Padilla sobre don José Miguel Infante, que *El Hambriento*, periódico de esa época, publicaba en una letanía, entre otras estrofas, ésta:

De un *cuico* el mas detestado,
Que su ruin asociacion
Ha minado la opinion
De un chileno majistrado,
Que en el pais no ha figurado
I todos saben por qué.
Libera nos, Domine!

No era el señor Infante, por otra parte, el único de nuestros hombres públicos que se inspiraba en consejos de estranjeros. Podríamos citar otros, pero solo lo haremos con el Doctor Rozas, quien, era cosa sabida, tenia por consejero a un yankee, a quien no conocimos ni de vista, que se llamaba Mr. Procopio, comerciante mui dado a la política.

Esto esplica las ideas mui avanzadas en estas materias que de palabra i por escrito manifestaba el señor Rozas i que sorprendian a sus contemporáneos.

Una sola vez vimos al señor Rozas, probablemente en vísperas de salir para su destierro a Mendoza, de donde no volvió. Salia de Santo Domingo una mañana i se dirijia a casa de don Manuel Salas. Llevaba grandes zuecos de palo, media blanca de algodon, calzon corto, capa parda i sombrero de tres picos, atravesado a lo Napoleon. Nos pareció de un feo algo subido.

XII.—Las *guerras de piedra* de un barrio a otro, de una calle con la vecina, eran la cosa mas corriente del mundo. Pero el verdadero campo de batalla, o mas bien, la Italia de los siglos XV i XVI era la caja del Mapocho, adonde acudian combatientes de todos los barrios, prefiriendo el espacio comprendido desde donde ahora está el puente de la Purísima hasta dos o tres cuadras mas abajo del de Calicanto, es decir, una estension de una milla de oriente a poniente.

En tan largo trecho jamas faltaban guerreros de uno i otro lado del rio, entre *chimberos* i *santiaguinos*. Los dias festivos, esto no podia faltar, i gran parte de la poblacion del sur del rio, por aficion o necesidad, acudia a esas batallas, estando allí hasta algo entrado el tercer decenio de este siglo el único paseo público de Santiago, el *Tajamar*.

A esta circunstancia se agregaba la comodidad que proporcionaba el malecon, desde cuya altura se veia la batalla sin el menor peligro, miéntras los chimberos no vencian a los santiaguinos; cosa rara, porque las fuerzas de éstos últimos eran siempre superiores como lo era su poblacion.

Las grandes batallas eran siempre los dias festivos en la tarde, i éste era otro aliciente mas para los paseantes.

La línea divisoria de ámbos ejércitos era el rio, del cual se preferia la parte mas angosta, tanto para alcanzar a herir al enemigo con ménos esfuerzo, como para pasarlo, en caso necesario, en su persecucion. Esta última circunstancia era solo favorable a los santiaguinos, que llegando casi siempre hasta los ranchos situados en el rio, i encontrándolos abandonados, saqueaban como vencedores esos ranchos,

escapando solo aquellos cuyos dueños eran mujeres indefensas.

Estos saqueos no eran precisamente por robar, pues ya se sabe lo que en un rancho puede tentar la codicia, sino por imitar la guerra en todos sus pormenores, i mas que todo, por el instinto de hacer daño, inherente a los niños.

Los santiaguinos no corrian este peligro, porque la clase de edificios, al sur del rio, no se prestaba al saqueo, i principalmente porque el gran número de curiosos lo habria impedido.

XIII.—Las calles del centro tambien eran teatro de estos combates. Habia una sobre todo en que a veces se improvisaban estas batallas a cualquier hora del dia, i aun de noche. Esta calle era la de San Antonio, en la cuadra que está entre la de las Monjitas i la de Santo Domingo.- Era preferida por una circunstancia mui favorable: en toda ella no habia un solo habitante. El lado oriente no tenia mas que una o dos ventanas de la casa de don Antonio Sol, en la calle de las Monjitas, que ahora pertenece a don Nicolas Larrain i Aguirre, i en el resto de la cuadra sucedia otro tanto con la casa de las señoras Guzman. El lado del poniente lo ocupaba en toda su estension la pared del convento de las Monjitas.

En este barrio vivimos desde 1806 hasta 1824, es decir, casi desde que nacimos. Por consiguiente, hicimos todas esas campañas hasta 1818, en que casi concluyeron por completo entre las dos calles mencionadas.

De esos rudos combates conservamos la cicatriz de una herida que recibimos en la que entónces era nuestra frente; pues, como aquel antiguo persa, que

no tenia mas vestido como el de la Susana de la Esposicion, decia que *todo su cuerpo era cara*, nosotros tenemos ahora una cabeza que casi es toda frente.

Aquellos combates infundian tal temor a los transeuntes de ámbas calles, de Santo Domingo i Monjitas, que, para pasar a la cuadra siguiente, tenian que esperar el momento en que hubiera ménos piedras en el aire, i, aun en ese caso, lo hacian a todo correr, sin que esta precaucion los librara siempre de una pedrada.

XIV.—Tenia esto lugar a una cuadra de la Plaza Principal, donde habia tres cuerpos de guardia; en la cárcel el mas inmediato; los otros dos en *Las Cajas* (ahora el Correo), i el último en el palacio presidencial esquina del poniente. *La guerra de piedras*, segun nuestra cuenta, empezó, o por lo ménos tomó ese grado de encarnizamiento, el año de 1813, al mismo tiempo que principiaba la de la independencia, i desapareció, en gran parte, de las calles del centro de la ciudad el año de 1817. En el rio, continuó aun hasta muchos años despues.

Este hecho solo bastaria a probar la ausencia completa de policia de seguridad. Si ninguna medida se tomaba para reprimir a niños que en su mayor parte apénas tenian 12 años de edad, ¿qué podria hacerse cuando estos desórdenes eran ocasionados por hombres, i sobre todo por los mismos soldados de línea?

XV.—En los últimos meses de 1816, tenian lugar tremendas refriegas entre los batallones Talavera i Valdivia. Este último se componia en su totalidad de chilenos del sur de la república; el otro, con es-

cepcion de *dos* soldados chilenos, era todo de españoles. Estos, que eran los pretorianos de Ossorio i Marcó, jamas salian a la calle sin llevar colgada al costado la bayoneta de su fusil; en tanto que a todo el resto del ejército le era prohibido cargar arma alguna fuera de formacion, esceptuando la oficialidad que usaba espada. De esta desigualdad, provino que, cuando estos dos batallones se hicieron enemigos, los valdivianos acudieron a la piedra, que, como chilenos, manejaban con ventaja.

Habia en la Chimba a inmediaciones del cerro de San Cristóbal, una especie de chingana de *la Plaza*, de gran capacidad, a donde los dias de fiesta acudia el pueblo, atraido por las buenas aceitunas i su indispensable compañera la chicha.

Allí se encontraban en esos dias los soldados de ámbos batallones, que, al retirarse, armaban la refriega. El pueblo, como era natural, se unia al batallon Valdivia, compuesto, como hemos dicho, de chilenos. El éxito no era dudoso; la piedra triunfaba de la bayoneta, i los talaveras eran perseguidos desde aquel barrio apartado hasta inmediaciones de su cuartel, situado en la calle de la Catedral en el patio del antiguo Instituto.

Este escándalo en el ejército realista lo vimos renovarse dos o tres años despues en dos batallones, el 7.° i el 8.° del ejército arjentino. Ambos habian sido formados en su mayor parte en Buenos Aires, i el resto en San Juan i Mendoza. En su totalidad se componian de negros africanos o criollos de esas provincias.

XVI.—Siempre i en todas partes, a las tropas que se mantienen largo tiempo en guarnicion, sobre

todo en las capitales, donde naturalmente son mas atendidas, se las mira con odio i desprecio por las que, al mismo tiempo, sufren las fatigas i riesgos de la guerra. Se ha observado a mas, que esas tropas, en tal condicion, al cabo de algun tiempo, principian por perder el valor i concluyen por ser infieles a sus protectores. La historia abunda en pruebas de lo que decimos.

Durante los dos años seis meses que permaneció en Chile el ejército arjentino. el batallon núm. 8, solo se alejó de Santiago el corto tiempo que pasó en el campamento de las Tablas, ántes de dirijirse al sur, segun nuestros recuerdos, no pasó de tres meses, cumplidos cuando fué a la batalla de Maipo. En seguida volvió a la capital, donde permaneció hasta el año de 1820, en que se reunió con el ejército espedicionario que marchó al Perú el 20 de Agosto.

El batallon núm. 7, que, despues de Chacabuco, habia hecho una larga i penosa campaña en el sur; que habia visto diezmadas sus filas en el asalto de Talcahuano, i que, a mayor abundamiento, habia sido rechazado con el núm. 8 por el solo batallon Búrgos, hasta volver caras en Maipo, (de cuyo descalabro culpaba al núm. 8) dió principio a sus provocaciones, llamando a sus compañeros, con su pronunciacion africana: *¡poyelulo!* (pollerudos), comparándolos con las mujeres.

En estas refriegas, volvió a tomar parte el pueblo, dejándose dirijir por ámbos combatientes, en sentido contrario. Tales proporciones llegaron a tomar estos combates, que tenian lugar siempre en el *Basural*, ahora Plaza de Abastos, que fué preciso, los dias de fiesta sobre todo, mantener sobre las armas al bata-

llon núm. 2 de guardias nacionales, cuyo cuartel estaba allí mismo, para dispersar a los combatientes.

Aquellos dos batallones, de los que se formó mas tarde en el Perú el rejimiento del Rio de la Plata, enemigos en Chile, se unieron, cuatro o cinco años mas tarde para cometer la insigne traicion de entregar las fortalezas del Callao, que les estaban confiadas, a los jefes realistas i ponerse bajo sus órdenes. Nos complacemos en declarar que en este acto vil no tuvo parte ningun oficial, habiendo sido todos ellos encerrados con tiempo por los amotinados, dirijidos por el sarjento Moyano, tambor mayor del batallon núm. 8, cuya fisonomía, que aun recordamos, estaba marcada con el sello de Judas, por medio de un horroroso chirlo que le atravesaba todo un lado de la cara.

Una sola voz protestó de este crímen, i esta fué la del *africano Falucho*, soldado de cazadores del mismo cuerpo, a quien siempre habíamos visto jugando a las *chapitas* con los niños de Santiago. Con su estatura de poco mas de cuatro piés, su gorra sujeta mas bien de la oreja izquierda que de la cabeza, se atrevió a desafiar a sus camaradas de Chacabuco i Maipo, llamándolos repetidas veces *traidores*, i concluyendo por hacer astillas su fusil contra una piedra. Los traidores lo fusilaron!

El jeneral Mitre hace *arjentino* a Falucho, fundado en llamarse Antonio Ruiz, que, sin duda era el apellido de sus amos. Falucho era negro *mula*.

El ejemplo de estas traiciones imitadas por *los negros*, habia sido iniciado ántes por *los blancos*, jefes algunos de ellos. Entre éstos, hubo algunos que habian cambiado de bandera *cuatro* veces. Así se iniciaba la independencia del Perú.

XVII.—Nada diremos de cómo era tratada la propiedad en esos tiempos. Parece que se profesaba el principio, no mui nuevo, de que el enemigo debia costear los gastos de guerra que se le hacia, i ya puede calcularse a qué punto se puede llegar con tal sistema.

Se habia inventado un nuevo delito, *enterrar* su dinero o sus alhajas; como era natural, este delito se hizo endémico, i el gobierno era asediado por innumerables denuncios de este jenero.

Estos *entierros* eran jeneralmente efectuados en casa ajena, a veces en despoblado, i no era raro que el dueño del entierro fuera a parar a la carcel, despues de perderlo...

En 1818, ántes de la batalla de Maipo, tomó esta precaucion, grandes proporciones entre los españoles pudientes. Teníamos a la sazon poco mas de quince años i ya cargábamos nuestro fusil en el batallon núm. 2 de guardias nacionales. Un dia que estábamos de guardia en *Las Cajas*, vimos a un oficial, ya entrado en años, en grandes trajines con unos talegos de dinero. Teníamos amistad con él, i le preguntamos qué era aquello. Nos contestó con rabia: «*plata del godo Alzérreca que hemos desenterrado en un rancho del rio.*»

Algunos años mas tarde, recordándole aquel suceso, nos decia aun de mal humor: «Ese viejo Valderrama, con sus escrúpulos de beata, con quien me comisionó el gobierno para hacer desenterrar la plata, tuvo la culpa de que no nos quedaran mil pesos a cada uno, como se lo propuse, de los ocho mil del entierro, que estaba en pesos fuertes. Yo apenas *agarré* cien pesos, echándome veinticinco en cada bolsillo del chaleco i los calzones.»

Entónces tambien se descubrió en cierta oficina un medio de hacer pagar una contribucion a los que tenian que recibir dinero del gobierno.

Este medio consistia en haber rodeado de una alforza cosida en el interior, por la orilla de abajo, esa especie de bolsa (ántes de jenero, hoi de metal) en que cae el dinero para pasar a la que lo recibe. De este modo una parte de ese dinero, en lugar de caer a la bolsa del acreedor quedaba en la mencionada alforza, pasando en seguida al bolsillo de los autores del invento.

XVIII.—En esos tiempos, notablemente entre los años de 1817 i 1820, en que la guerra debia ser la atencion preferente del gobierno, no era posible ejercer una vijilancia permanente i eficaz en materia de secuestros, contribuciones forzosas i estraordinarias. De manera, pues, que la mala fé i la falta de honradez, podian contar con la mas completa impunidad. Un hecho mui conocido entónces confirma lo que decimos.

De la casa del español Chopitea, situada en la calle de la Catedral, a dos cuadras i media de *Las Cajas*, i ocupada hoi por el señor don Fernando Errázuriz, salieron un dia dieziocho carretas cargadas de efectos *secuestrados*, con direccion a *Las Cajas*. Llegaron a su destino *dos*; las *diez i seis* restantes *se estraviaron*...

Despues oimos decir que habiendo solicitado el mismo Chopitea pasaporte para el Perú, se le concedió, pero en cambio de la susodicha casa. Ciertos grandes potentados adquirieron notable celebridad por los secuestros con que *corrieron*.....

El *penitente* era un personaje, casi diríamos un

mito, que infundia pavor a los habitantes de la capital. La calle en que se anunciaba un penitente solo era transitada por las personas de coraje, pues, en ciertos casos, para la jente ilustrada, no era otra cosa el penitente que un ladron disfrazado.

Su arma *visible* era la disciplina, de que se servia para azotarse las espaldas. Nosotros no vimos jamas nigun penitente de noche, i cremos que en esto habia mucho de cuentos de jente asustadiza. La única vez que vimos uno fué de dia, en unas *Tres Horas* mui solemnes que se celebraron en la iglesia de la Estampa en 1820, i que fueron predicadas por el señor Arzobispo don Manuel Vicuña, presbítero entónces.

Este penitente, como todos, llevaba calzoncillos blancos, mui anchos i hasta los talones, camisa mui larga, corona de espinas, pero solo puesta en la cabeza sin causarle herida alguna, i una disciplina de cordeles, de que no se sirvió, a lo ménos durante las *Tres Horas*. Cargaba tambien una gran cruz de madera.

El penitente no llamó la atencion. Toda ella estaba fija en el insigne misionero que, por su voz simpática i robusta i, mas que todo, por aquellos ojos en que estaba pintada la humildad i respeto a sus oyentes, se atraia la admiracion cariñosa de todo su auditorio.

Los que solo hayan conocido al santo obispo, ya entrado en años, por el retrato que corre, se formarán una idea remota de su fisonomía en su mocedad.

XIX.—El *duende* era otro personaje de distinta especie que, segun algunos escritores contempora-

neos, especialmente Görres, no es tan inverosímil como se cree jeneralmente.

El último de que nosotros oimos hablar, se manifestó entre los años de 1811 i 1812.

Antes de construirse en la antigua Alameda la Cancha de Gallos i los edificios mas al poniente, que principian con la casa i jardin que fueron del señor don Diego Benavente, habia un gran espacio en aquella situacion, donde hacian ejercicio las tropas. Allí vimos por primera vez al jeneral Blanco, recien llegado a Chile e incorporado a nuestro ejército, año de 1814, con el grado de sarjento mayor de artillería. Se ocupaba esa vez en hacer ejercicio de fuego con un mortero, cuyas bombas caian a cierta distancia de ese mismo lugar: Allí tambien concurria la jente con un objeto mui diferente. Se daban misiones. En ese lugar las dió el célebre padre Silva, despues del terremoto de 1822.

XX.—La calle de las Monjitas concluye por el oriente en la que atraviesa el cerro de Santa Lucía en direccion al rio, que ahora se llama de Tres Montes.

Al principiar la cuadra que sigue al oriente i pasando la casa de la esquina, se encuentra en seguida la número 34.

En esta casa apareció el último *duende*, que tanto alboroto causó en Santiago en la época que hemos dicho. Vivia en ella el «guarda mayor» de las tiendas, don Francisco Gonzalez, español desterrado en 1818 a Mendoza, donde murió.

Hizo tal ruido aquel duende, que por espacio a lo ménos de veinte dias, desde que empezaba a oscurecer principiaban a reunirse los curiosos en tanto

número, que apénas podia contenerlo el inmenso espacio que ahora ocupan los edificios antes mencionados.

La operacion esencial de los duendes era arrojar piedras, no tanto a las personas, cuanto a las puertas, ventanas i muebles de las casas que se proponian atacar, buscando siempre el modo de hacer *ruido*.

La casa mencionada, de resultas de esto, se cerraba desde antes de anochecer; lo que daba al asunto cieto grado de certidumbre. Las pedradas en el interior de la casa eran incesantes. El duende se proveia de piedras sacándolas principalmente del tercer patio de la misma casa. A las inmediaciones habia un bodegonero, *ño Chena*, que de cuando en cuando se acerca a la puerta de calle con un cigarro encendido, diciendo a los que allí estaban: «voi a poner el cigarro en el agujero de la llave: si hai duende, debe soplar,» efectivamente, cada vez que hacia esta prueba se veia chispear el cigarro i nadie dudaba de lo concluyente del silojismo de *ño Chena*.

Los dueños de casa, a quienes este hecho llegaba desfigurado, no le daban ningun crédito i creian que era travesura del bodegonero. Estaban en vísperas de desalojar la casa, a pesar de no encontrar quien quisiera arrendarla, cuando sucedió que una ama de leche dirijiéndose una noche al segundo patio, vió que otra criada, de quien ya sospechaba, que iba delante de ella i que se creia sola, tiró una pedrada al farol que alumbraba el pasadizo.

Esto lo descubrió todo, i el duende no era nadie mas que una criada, ayudada de otra, como subalterna.

El duende, a quien vimos ya viejo una sola vez

hace muchos años, murió poco há en casa del señor don Santiago Portales, convertido en una excelente criada, apreciada por este caballero como lo merecia por sus buenos servicios.

Si el señor Portales no lee este libro, es seguro que seguirá ignorando que la criada a quien tanto protejió, es el duende que hace sesenta años hizo tanto *ruido*.

XXI.--Antes de 1830, la policia de seguridad de Santiago estaba reducida al escaso número de serenos que, como su nombre lo indica, solo prestaban sus servicios desde que oscurecia hasta las primeras luces de la mañana.

Los ladrones, a quienes la vijilancia de los serenos impedia ejercer su industria de noche, se guardaban para esa hora, en que las calle quedaban poco ménos que solas, no habiendo entónces para qué madrugar, desde que los que se ocupaban en construcciones de casas i otras obras análogas eran en mui corto número, por los pocos trabajos de esta especie.

La escasa dotacion i recurso del cuerpo de serenos en esa época, la comprenderán nuestros lectores, cuando sepan que su punto de reunion i cuartel, era un *cuarto redondo* situado en el lugar que ahora ocupa la casa del señor don Manuel Montt, a inmediaciones del templo de la Merced.

En este cuarto, i mas tarde en un pequeño corral del antiguo Teatro de la Universidad, tenia su despacho el comandante de serenos; en él se guardaban las armas, sables, la mayor parte rotos, i quedaban detenidos los delincuentes hasta el siguiente dia, en que eran remitidos al juzgado respectivo. Los jefes

de este cuerpo eran en ese tiempo los señores Toledo, i Grez mas tarde.

XXII.—El servicio, pues, no podia estar en peores condiciones ni en mejores los salteos, robos i asesinatos.

El pórtico de la cárcel era el lugar preferido para depositar los cadáveres de los que morian violentamente, si álguien no se comedia a recojerlos. Los lúnes sobre todo, eran los dias en que en aquel sitio aparecian los muertos en mayor número. Recordamos haber visto varias veces hasta *tres* juntos.

Al apreciable jóven, amigo nuestro, don N. Fernandez P., asesinado, segun se dijo, en la plazuela de la Merced, se le atravesó en un caballo i, despues de cruzar toda la ciudad, se le botó en la Pampilla. De allí, se le trajo al dia siguiente al pórtico de la cárcel, sin faltarle una sola prenda de su lujoso traje, i sin que a su mas que presunto asesino se le molestara en lo menor. El crímen habia tenido lugar ántes de media noche.

Un hecho que hemos mencionado en otra ocasion por la prensa, dará una idea cabal del estado de nuestra policia de seguridad en ese tiempo.

En plena cámara, en 1828, el canónigo arjentino don Julian Navarro, diputado por un pueblo del norte, decia estas palabras, que oimos i que han quedado fijas en nuestra memoria: *Este año ha habido ochocientos asesinatos en Santiago.* Nadie desplegó sus labios, no diremos para desmentir este hecho increible, pero ni siquiera para atenuarlo; i es de advertir que esta aseveracion se hacia en presencia de gran número de jueces de los tribunales de la capital, que eran diputados a ese Congreso.

XXIII.—Esta misma cámara si no nos equivocamos, fué la que luego se trasladó a Valparaiso a discutir o mas bien a *firmar* la Constitucion de 1828, obra esclusiva de don José Joaquin de Mora.

Esta Constitucion, tan querida por hombres de cuya sinceridad i honradez nadie duda, ha servido de tema a ciertos liberales falsificados para dirijirle endechas, cuyo objeto a cien leguas se conoce...

Dicen que Tácito encomiaba las virtudes de los jermanos para echar en cara su corrupcion a los romanos. Algunos de nuestros Tácitos, al hablar de constituciones i gobiernos anteriores, con tanto elojio, descubren intenciones idénticas, a las del projenitor de Maquiavelo; pero les falta lo que no puede falsificarse, el talento del gran historiador.

XXIV.—La policia diurna de Santiago no fué conocida hasta mediados de 1830, en que la estableció don Diego Portales, siendo Ministro del Interior. Sus enemigos dieron a esta nueva institucion un sentido siniestro, diciendo que el cuerpo de *vijilantes* no era otra cosa que un vasto espionaje que debia tener al gobierno a toda hora al corriente de los pasos i movimientos de la oposicion.

Sin embargo, el servicio de esta policia era reclamado por los contínuos desórdenes que se cometian en la calle pública. Podia decirse que mas seguridad habia de noche, con el ausilio del diminuto número de serenos, que de dia, en que no se contaba con ningun recurso contra pendencieros i ladrones.

XXV.— El jeneral Pinto que, por renuncia del jeneral Freire, fué Presidente de la República, habia hecho concebir las mas altas esperanzas; no realizó

nada, absolutamente nada, de lo que de su talento se esperaba. En cambio, el patíbulo funcionó por motivos políticos como en ningun otro gobierno, anterior o posterior, aun sin tomar en cuenta una gran hornada, única en Chile, i no sabemos si en América. Nos referimos al fusilamiento de treinta personas en unas cuantas horas, en San Cárlos de Chiloé. ahora Ancud, 1827.

Este hecho horrible tenia lugar despues de concluida la guerra de la independencia, cuyo último acto, a que concurrimos, tuvo lugar en las alturas de Bellavista, a inmediaciones de ese pueblo, el 14 de Enero de 1826.

Mandaba el ejército el Supremo Director Freire. El i el sarjento mayor Maruri, presente en esa batalla con un mando importante, eran los únicos que disparaban los últimos tiros en ese dia, como habian tirado los primeros en 1813, el uno de alféres, el otro de soldado. Aquella escena funesta, tenia, pues, lugar cuando ya el rei de España no contaba con un solo soldado en Chile ni en América.

Hacemos esta observacion porque el motivo de esta carniceria, segun se dijo, era una revolucion a favor de aquel gobierno.

Si no hubiera tanta sangre de por medio, este hecho provocaria la risa por la pobreza de los medios i por su objeto verdaderamente ridículo. Algunos coscorrones habrian sido el único castigo que mereciera semejante disparate.

El digno jefe do esa provincia, sin embargo, atribuyó a este suceso, al que no sabemos qué nombre dar, una importancia que no podia tener; i la ejecucion de esos infelices tuvo lugar con pormenores horribles i fué verificada con gran precipitacion.

Como es mui difícil dejar definitivamente muertas en el mismo instante a treinta personas, algunos trataron de huir del lugar del suplicio, despues de la primera descarga; pero fueron seguidos por la tropa que los rodeaba.

Uno de ellos se metió en un horno inmediato, i allí fué ultimado a punta de bayoneta.

En ese pueblo se conserva fresca la memoria de esta escena horrible, como sucedia ayer.

XXVI.—Nosotros, que muchos años mas tarde estuvimos allí por segunda vez, somos testigos de esta verdad. Entónces lo oimos repetir, entre otros, por un veterano de la independencia que habia concurrido al acto como militar de la guarnicion. No hace tres meses, dábamos al señor don Eusebio Lillo, que oyó esa relacion, memorias de aquel valiente soldado de Maipo, que se las enviaba de un pueblo del sur, donde reside. A esto podríamos agregar, una conversacion que tuvimos poco ántes con un jefe de artillería, que está ahora en Santiago, i que nos hablaba de aquel desgraciado suceso como mui conocido por él en Chiloé. Aun podríamos añadir una conversacion tenida con un ilustrado i apreciable caballero, que hace poco ha visitado aquel pueblo; i a quien hemos oido datos que ignorábamos.

Lo mas estraño para nosotros, no es el hecho (que lo es bastante) sino el silencio de nuestros historiadores, sobre todo de aquellos que han estado en el caso imprescindible de considerarlo. ¿Han creido estos señores que con lo que ahora se llama «la conspiracion del silencio,» descargarian de su inmensa responsabilidad al principal actor de aquel drama sangriento?

Las quejas, justas o nó, de parientes i amigos, de *treinta* ajusticiados, se ahogan a caso con solo taparse los oidos para no escucharlas? Engaño nos parece; i miéntras mas tiempo pase, se hará mas difícil su defensa por la dificultad que habrá mas tarde de proporcionarse los medios de hacerla.

Creemos, por otra parte, que estas ejecuciones debieron ser precedidas de un proceso en regla. La publicacion de este proceso, que suponemos mui sumario, pondria a la vista la realidad de todo lo sucedido.

Solo la justicia nos obliga a espresar este deseo; i nos hacemos un deber de confesar que nace en parte del aprecio i gratitud que tenemos a la persona comprometida.

Cuando, en esa última espedicion a Chiloé, que hicimos con aquel señor, embarcados en la *Golondrina*, al tomar el bote que debia llevarlo a tierra para emprender, como jefe de vanguardia, los primeros movimientos contra Quintanilla, nos encontró ya en el mismo bote. Cansado de aconsejarnos que volviéramos a bordo, nos dijo, con interes marcado de cariño: «*¿I si lo hicren a usted?*» Cedió por fin, i desembarcamos juntos.

Cuando mas tarde fué Ministro de la Guerra, de 1841 a 1847, nos encargó de componer los nuevos *toque de guerrilla*, de que se sirve desde entónces nuestro ejército; hicimos este trabajo, que nos recompesó con jenerosidad.

Por esto se convencerán nuestros lectores que, al escribir las anteriores líneas, no tenemos otro móvil que el de que se conozca este triste episodio de nuestra historia tal cual es.

Chiloé nos trae a la memoria un episodio de la ba-

talla de Bellavista, que presenciamos i que no hemos olvidado por su rareza.

Al abandonar el ejército realista una de sus primeras posiciones, era seguido por nuestra infantería, haciéndose nutrido fuego por ámbas partes.

El primer herido de los nuestros con que nos encontramos fué un soldado mui jóven, a quien una bala de cañon habia llevado una pierna como a distancia de dos a tres metros. Al acercarnos a él notamos sus contínuos movimientos para buscar aunque inutilmente piedras con qué tirar a un perro que lamia la sangre de la pierna, repitiendo furiosamente: *Ah perro! Ah perro!*

Al vernos pasar nos dijo, en tono de súplica: «Señor, espante ese perro que me come la pierna.» Le prestamos este servicio, no sin estrañar su pretension, que despues nos ha parecido mui natural, a pesar de su estravagancia.

XXVII.—Cuando en 1863 tuvo lugar el último incendio de la Compañia, se encontraba don Domingo Faustino Sarmiento, en San Juan, su pueblo natal, en comision del gobierno arjentino. Desde aquel pueblo escribió en un periódico que él habia fundado ántes, *El Zonda*, un artículo, nó para dirijirnos palabras de consuelo en nuestra inmensa desgracia, sino para echarnos en cara que con nuestra propension a las prácticas piadosas en vez de moralizar al pueblo, lo único que conseguíamos era que el pueblo de Chile fuera decidido partidario del robo. Alegaba como prueba de este aserto, la costumbre que habia en Santiago de asegurar con cadenas de hierro los candeleros de los altares.

No negamos que habia esta costumbre, que había-

mos visto, hacía muchos años, en las iglesias de Buenos Aires. Probaremos al señor Sarmiento que este medio de seguridad, que en gran parte ha desaparecido entre nosotros, no estaba en uso solo para los ladrones *chilenos*, sino tambien para otros del oficio que no habian nacido en Chile.

El año de 1830 llegó a Santiago un paisano, i probablemente, amigo del señor Sarmiento. Venia a recibirse de abogado i fué admitido a la práctica en el estudio del de mas crédito en esa época.

Llegó el tiempo de recibirse, i solo le faltaba aprontar el dinero necesario para cubrir los gastos de costumbre.

Una pequeña digresion.

En *El Mercurio Peruano*, periódico de un gran crédito, que se publicaba en Lima desde fines del siglo pasado, hemos leido, hace muchos años que para graduarse de doctor en esos tiempos era necesario dar un capelo a cada doctor, una gran comida, una corrida de toros, etc., suma total: *diez mil pesos*.

Volvamos a la historia del paisano del señor Sarmiento. Encontrándose, pues, nuestro hombre en la imposibilidad de salir de su apuro, ocurrió a un medio fácil en su ejecucion, pero peligroso en sus resultados.

XXVIII.—Nuestros lectores saben que en Setiembre de todos los años se celebra en la iglesia de la Merced una solemne novena en honor de la Vírjen, en la que la iglesia se adorna con gran esmero.

El abogado en ciernes tuvo la feliz ocurrencia de asistir una noche a esa novena.

Al siguiente dia, mui de mañana, al pasar frente al altar mayor, el lego que debia abrir las puertas de

la iglesia, notó al arrodillarse, que faltaban los candeleros *de plata*, cuyas luces habia apagado él mismo en la noche anterior. Su primera dilijencia fué dirijirse a toda prisa a las puertas de la iglesia, para asegurarse de si no habian sido abiertas en la noche. Una vez convencido de que estaban cerradas, volvió al convento para hacerse acompañar de otras personas i rejistrar la iglesia.

Apénas habia empezado esta segunda escursion, divisó un bulto en un confesonario. Se acercó i descubrió a nuestro jurisconsulto, pero no solo, sino acompañado de otro bulto, abrigado por su capa azul con vueltas lacres, que contenia los candeleros, desarmados i perfectamente acomodados en un atado, que debia tomar, al abrirse la iglesia, la direccion del *estudio* del Ciceron *trasandino*.

El comendador, con la mayor reserva i con todas las precauciones necesarias, para no llamar la atencion pública, lo remitió a la policia.

Ya verá, pues, el señor Sarmiento que, como hemos dicho, las cadenas no se usaban solo para los ladrones *chilenos*.

XXIX.—Los que nos lean desearan que, segun la regla, que creemos de Aristóteles, les demos cuenta del fin del héroe. Lo hacemos con tanto mas gusto, cuanto que es imposible que ellos lo adivinen.—Fué condenado, (i cumplió su condena) por los tribunales *de justicia* a ser—*preceptor de instruccion primaria en Copiapó!...*

XXX.—No sabemos si el señor Sarmiento, que diez años mas tarde dirijió en Chile la Escuela Normal de Preceptores, habria admitido en ella como alumno a su paisano, el de los candeleros.

Manuel Robles

I.—Cuarenta i cuatro años hace que la cancion nacional de Robles dejó de cantarse, aun viviendo su autor, que, al recibir el desaire de que se relegara su música al olvido, no manifestó resentimiento alguno por este acto de ingratitud.

La habia escrito sin ninguna pretension i solo por repetidas instancias a que no pudo resistir. Nos complacemos en haber contribuido, no a que se la prefiera a la de Carnicer, cosa difícil, sino a que quede el recuerdo de esas notas que vibraron en los oidos de aquella jeneracion en los últimos años de la guerra de la independencia.

La conservábamos únicamente en nuestra memoria, i cuando hace cuatro años tuvimos la idea de trasladarla al papel, apesar de la seguridad de que nada habíamos olvidado, nos dirijimos a nuestro amigo don Bernardo Alcedo, residente en Lima, que habiéndola enseñado en el Perú al batallon número 4 de Chile, estábamos seguros no la habria olvidado, por haberla oido repetir en las campañas de aquel pais, a que concurrió nuestro ejército, de que él formaba parte.

Contábamos ademas con la buena voluntad de Alcedo, a quien muchas veces habíamos oido lamentar el olvido de nuestro verdadero himno nacional. Efectivamente, nos lo remitió i tuvimos el gusto de ver que el suyo i el nuestro eran iguales.

Lo hemos dicho ántes: como música, la de Carnicer es mui superior; pero tal cual es, jamas, podrá cantarla el pueblo. Lo contrario sucede con la de Robles. A las pocas veces de oirse ya se sabe de

memoria; pero lo esencial es, no que sea bonita, sino los recuerdos que trae a nuestra memoria.

No nos sería difícil probar que mas de uno de esos cantos populares, por lo que algunos pueblos tienen una especie de culto, son inferiores a la música de Robles.

El señor don Miguel Luis Amunátegui ha hecho una especie de biografia de Carnicer. Nosotros haremos algo por dar algunos datos sobre nuestro compatriota i amigo Robles.

II.—Manuel Robles, segun nuestros cálculos, debió nacer el año de 1790. Su padre era músico i maestro de baile.

Hasta algo entrado este siglo habia un paseo anual a San Francisco del Monte, pequeño pueblo situado en el camino de Melipilla, a doce leguas de Santiago. A este pueblo acudia gran parte de la jente acomodada de la capital a principios de Octubre, en que se celebraba la fiesta de San Francisco, en un conventillo de la órden que allí había.

El año de 1819 fuimos invitados a ese paseo por una respetable familia.—No lo estrañen nuestros lectores: entonces empezábamos a aprender el clarinete, i era seguro se nos convidaba por este aliciente... ..

Las corridas de toros, ya en decadencia, aun se conservan en las fiestas de campo. En la plaza donde estaba el convento franciscano, se habia formado una especie de circo con sus respectivos palcos i demas accesorios. Una tarde de funcion habian salido dos o tres toros que divirtieron a los espectadores mediante algunos toreros, ménos que mediocres; pues *ño Montano*, el Milon de la época, no habia acudido,

o por haber engrosado excesivamente o, lo que es mas seguro, por no considerar aquel pobre corral digno de su mérito.

Sálió un cuarto toro, de un aspecto tal que impuso terror al público, incluso los toreros, que al verlo se replegaron casi corriendo a distancia respetuosa del toril. Como de costumbre se le habia hecho rabiar ántes de soltarlo. Hubo un rato de silencio, que fué en seguida interrumpido con gritos i palabras mayores dirijidas a los toreros por su cobardía. Entre esas voces salió una de un palco vecino al nuestro: «¡que lo *torée* Manuel Robles, Manuel Robles!» Como de costumbre, el pueblo repitió este nombre, a gritos i sin saber, como de costumbre tambien, quién era Robles.

Redoblaron los gritos acompañados de palmoteos i esto nos hizo fijarnos en un individuo que se descolgaba de un palco. Se dirijió a uno de los toreros para pedirle su poncho, i en seguida vino al palco de donde habia salido el primer grito. Hizo una cortesía, i despues fué a encontrar al temible toro; le sacó cuatro, ocho, doce i quién sabe cuantos *lances*, hasta que el toro, cansado o aburrido, le dió vuelta, no la espalda, sino *otra* cosa, i se dirijió a los otros toreros que, avergonzado, se disponian a imitar a Robles, con grandes pífias del público, que no cesaba de aplaudir furiosamente *al futre*.

Este volvió al antedicho palco, repleto de jente, i al hacer la cortesía de rigor, cayó sobre él una lluvia de flores i mucho dinero. Guardó las flores i entregó el dinero al que le habia prestado el poncho, todo esto en medio de un ruido atronador.

Robles manifestaba como treinta años de edad. De altura mas que comun, de formas perfectas i de cara

hermosa i simpática. Todo esto acompañado de un traje que llamaba la atencion; pues era todo de seda, inclusos los calzones de punto, mui de moda entónces entre la jente de tono.

Esta fué la primera vez que vimos a Robles, pues antes solo le conocíamos por fama de su violin, el mejor de ese tiempo.

Tocaba mui bien la guitarra i con su mala voz cantaba con una gracia inimitable. Bailaba como nadie, i esto hacia que fuera mui solicitado como maestro de baile. En el juego de pelota no tenia rival, i en cuanto a *comisiones*, para el manejo de estrellas i volantines, era reconocido como el único sucesor de *Pascual Intento*, a quien solo conocimos por su fama. Era lo que se llamaba un hombre *remolcdor*, i no habia diversion para que no fuera buscado. Las horas avanzadas de la noche en que de ordinario se recojia, le proporcionaron algunas discusiones, no siempre *de palabras*, con San Bruno i su policía, en que de ordinario salia triunfante, sin sacar jamas un rasguño. Por lo demas, manso como un cordero.

III.—En Marzo de 1824, se le ocurrió a un amigo nuestro, don Mariano Palacios, invitarnos para hacer un viaje a Buenos Aires.

Esto tenia lugar a las tres de la tarde i la marcha debia emprenderse a las diez de la noche. Aceptamos sin vacilar, apesar de algunos pequeños inconvenientes. Ese dia habíamos amanecido con ocho pesos en el bolsillo; pero cuando nos hablaba el amigo Palacios nos los acababan de ganar al billar. Esto no nos dió gran cuidado, porque nos habia advertido que contaba para el viaje con *veinticuatro onzas*...

El gran apuro consistia en que no teníamos ni ca-

ballo ni montura. Nuestros elementos como artistas (no se usaba esta palabra) consistia en un pobre clarinete que desarmamos i echamos al bosillo para buscar a quien cambiarlo por un caballo. No recordamos por qué motivo nos dirijimos a don Ramon Nieto, cuñado del doctor Lafinur, oficial del ejército i amigo de la niñez. Apenas le propusimos el cambio, lo aceptó i ya nos encontramos con *la mitad* de lo que necesitábamos.

Faltaba la montura, de la que sin trabajo creerán nuestros lectores, no teníamos una sola prenda.

A esa hora, las ocho de la noche, nos echamos en persecucion de nuestros amigos, que en este particular no estaban mas provistos que nosotros.—Uno nos dió un par de espuelas, otro un sudadero, un tercero un freno. Al montar para dijirirnos a la casa en que debíamos reunirnos para salir, caimos en cuenta de que nos encontrábamos con *dos* pares de espuelas, pero sin estribos. Como la hora urjia nos pusimos en marcha con una espuela en cada pié i con el otro par en la mano.

Al llegar al punto de reunion (la Chimba) sufrimos una sorpresa, i era que Robles habia recibido igual invitacion; i que, como nosotros, la habia aceptado, con el bosillo tan *repleto* como el nuestro; pero que igualmente contaba con las *veinticuatro* de nuestro amigo. La falta de estribos se suplió, i las doce de la noche nos dieron frente a la Recoleta Domínica, i en marcha.

IV.—Con un viaje tan precipitado; a nadie se le ocurrió una cosa indispensable entónces,—sacar pasaporte. Ese olvido debia contrariarnos en el viaje. Antes de llegar a Uspallata se nos agregó un huaso

que iba de Aconcagua a comprar mulas a Mendoza. Cuando llegamos al alojamiento, empezó el huaso por hablar de *divertirnos*, i para hacer mas eficaces sus palabras sacó un naipe. No haciendo caso Palacios de la invitacion, se dirijió con empeño a nosotros que por lo que ya saben nuestros lectores no podíamos complacerlo; pero, tanto porfió, que al fin Robles se hizo prestar de Palacios algun dinero i se armó la *primera*.

No pasó mucho tiempo sin que una parte de la plata de las mulas pasara al bolsillo de Robles. El guarda en cuya casa sucedia esto, nos avisó estar ya la comida i Robles se negó a continuar despues, por no abusar de la tolerancia de este empleado.

Antes de llegar a la guardia anterior, los Ojos de Agua, jurisdiccion de Chile, habíamos caido en cuenta de la falta de pasaporte. Estuvimos al tomar un camino estraviado; pero Robles, que se habia convertido en jefe de la partida, nos aseguró que un señor Almarza, jefe de ese punto era su amigo i que pasaríamos como sucedió, sin ningun inconveniente. Estas discusiones pusieron a nuestro huaso en autos.

Al continuar al otro dia nuestro viaje se separó de nosotros, a pesar de los halagos de Robles que sospechó sus intenciones. Efectivamente, cuando dos dias despues llegamos a Mendoza, una partida de policía nos estaba esperando para conducirnos a casa del gobernador, señor Molina.

Este, apénas nos vió, pidió los pasaportes. Nuestras disculpas no lo satisfacieron, i nos preguntó en qué nos ocupábamos. Palacios dijo, i era la verdad, que era comerciante. Robles i yo, músicos. Apénas oyó esto, llamó al secretario, que era, ¡cuánto han cambiado los tiempos! un clérigo. Se hizo leer una

requisitoria que habia recibido de Chile en que se le pedia aprehendiera a unos músicos de un batallon que habian desertado en esa direccion. Le probamos su equivocacion: pero nos insinuó que iríamos a la cárcel miéntras recibia noticias de Chile.

Al oir esto, Palacios i yo estuvimos al caer de espaldas; pero allí estaba Robles, que al oir aquella barbaridad, con el mayor aplomo dijo al gobernador: Daremos fiador:—¿A quién? preguntó sorprendido. A don N. Torres, contestó Robles.—¿Dónde está el señor Torres?—En el patio, i diciendo esto salió a llamar a Torres, que con cierta sorpresa se encontró ser fiador no solo de Robles a quien conocia, sino tambien de otros dos individuos de quienes no tenia ni noticias.

Al llegar nosotros a estramuros de la ciudad, donde vivia Torres, se fijó en la partida que nos conducia i habiendo reconocido a Robles, nos siguió; pero sin hablar con Robles, porque íbamos incomunicados.

Esa noche se nos dejó en libertad, pero obligándose al fiador improvisado por Robles a presentarnos al dia siguiente. Todo se arregló haciéndonos pagar *tres* pasaportes para Buenos Aires, por un precio que para Europa habria sido mui caro: una onza cada uno.

V.—A medio camino de Mendoza a Buenos Aires nos encontramos con un desierto de muchas leguas, donde no se veia mas que desolacion i ruinas, ocasionadas por los indios que hacia pocos dias habian pasado por allí haciendo los mas horrorosos estragos. En todo ese gran espacio no habia un solo habitante. Llegamos a la última posta donde debíamos tomar caballos para esta larga travesía. El *maestro*

de posta, especie de jigante, nos recibió con marcado desden. Al pedirle caballos para continuar nuestro viaje, nos hizo esperar gran rato su contestacion, que se redujo a decirnos: «Caballos hai, pero mui bien pagados». Le contestamos que hasta allí habíamos pagado el precio establecido, un real por legua cada caballo.—«A mí no me *establece* nadie. Desde aquí hasta donde vuelven mis caballos vale doble».

Al oir esto Robles, ya no se contuvo i entre sus palabras dijo una algo dura. Apénas oyó esto el gaucho, echó mano de una tercerola que colgaba a su espalda en la pared. Robles que vió este ademan, olvidando que él ni nosotros teníamos arma ninguna i que habia otros tres gauchos, le arrebató la tercerola i corrió a colocarse en un rincon del rancho amenazando a todo el grupo con ella.

Palacios, hombre de gran calma i de figura i modales aristocraticos, dijo al maestro de posta: «Ustedes son cuatro como nosotros (contaba con el arriero); si ustedes están armados, nosotros tambien lo estamos (no era cierto); lo mejor es que nos arreglemos amigablemente...» Una vez apaciguados los ánimos con recíprocas esplicaciones, Robles entregó la tercerola a su dueño, quitándole ántes la ceba, segun nos lo dijo despues. El gaucho le ofreció el mejor de sus caballos, i efectivamente, en el largo trecho que hicimos no tuvo como nosotros que remudar. Por lo demas, cuando a Palacios o a nosotros nos tocaba, lo que no era raro, un caballo *chúcaro*, Robles se encargaba de arreglarlo i a poco andar lo ponia como seda. Estos *pingos* dieron muchas veces en tierra con nosotros; a Robles una sola le vimos soltar un estribo.

VI.—Llegamos, por fin, a Buenos Aires el Miércoles Santo en la tarde i, al dirijirnos a la fonda de *La Ratona*, tuvimos que pasar por las calles mas concurridas. Por un motivo que no sospecharán nuestros lectores, Robles llamó la atencion de todos. En ese tiempo aun era entre nosotros mui usados los grandes estribos de madera. Los de Robles, regalados talvez como nuestra montura, eran de esta clase. Durante nuestro paso por la ciudad no se oia otra cosa que: *¡Vé los estribos! ¡Vé los baules chilenos!* Esta letania no cesó hasta que llegamos al alojamiento. Las dos primeras i únicas visitas fueron a Robles. La una del señor don Francisco Leon de la Barra, muerto en Santiago hace poco, la otra del teniente coronel o sarjento mayor Merlo, el mismo oficial de su escolta a quien O'Higgins arrancó las charreteras el 28 de Enero de 1823.

VII.—Luego que llegamos a Buenos Aires entramos a formar parte de la magnífica orquesta del teatro, dirijida por el célebre violin Massoni. Robles, que contaba con otros recursos, no se incorporó en ella por entónces.

Era insigne jugador de billar. En Chile no habia tenido mas que dos competidores: don Francisco Iglesias i el coronel español Acosta, que hizo escuela en este juego. En Buenos Aires no los contó en mayor número, estos eran Collao i el ñato Gonzalez, ámbos sujetos decentes. Antes de mucho tiempo, Robles habia dado en tierra con ellos; pero esta circunstancia le perjudicó para sus cálculos, pues en vista de esto, nadie se atrevia a jugar con él sin pedirle ventajas imposibles de conceder.

Por ese tiempo, entró a formar parte de la orques-

ta del teatro, ocupando un lugar distinguido en ella.

En los billares donde jugaba se atraia el cariño de todos los concurrentes, hasta el estremo de comer rara vez en su casa, por el sinnúmero de convites de que era objeto. Sin embargo, el amor a Chile era para él un culto, i un año despues decidió regresar, a pesar de ofertas lisonjeras que se le hizo para trabajar en lo que hubiera querido. Por último, el señor don Julian Navarro, arjentino i canónigo del coro de Santiago, de paseo en Buenos Aires, lo obligó con sus instancias a emprender el viaje mas pronto de lo que pensaba.

El año de 1825 llegó a Chile, donde vivió aun once años ocupado en su profesion. A pesar de la proximidad de los cincuenta años, se casó de un modo novelesco.

Cuando mas tarde llegamos a Chile, nos encontramos con que Robles padecia de cojera.

VIII.—El camino de aquí a Mendoza en ese tiempo era mui peligroso, principalmente en las cuatro o cinco laderas del otro lado de la gran cordillera. Los que ahora transiten esos lugares no podrán formarse una idea, ni remota siquiera, del arrojo de San-Martin al lanzar por el camino de Uspallata el mas transitado hasta hoi, la division del jeneral Las-Heras que debia apoderarse de Santa Rosa. Al llegar allí, la mayor parte de los viajeros se apeaba por creerse así mas seguros.

Al entrar en una de esas laderas, la mula del canónigo Navarro se paró i a cada movimiento o esfuerzo que éste hacia para hacerla andar respondia con un gran corcovo. No se podia volverla, porque la estrechez no lo permitia, estando entre el camino, cortado a

pico, i el abismo. Al ver Robles, que seguia a poca distancia, el peligro de su compañero de viaje, se desmontó precipitadamente, por no ser posible pasar con su mula al costado de la otra para tomar las riendas, que el señor Navarro habia abandonado para asegurarse de la montura con ámbas manos.

Al pasar Robles entre el cerro i la mula recibió una terrible coz en una rodilla, dada con ámbas patas. Pasó, sin embargo, tomó la rienda, tirando la mula con gran trabajo un largo trecho hasta dejar al canónigo en lugar seguro ayudándolo a desmontarse. Este fué su último esfuerzo ántes de caer sin habla por espacio de mas de media hora. El golpe le habia inutilizado una pierna i hasta llegar a Santa Rosa, donde paró algunos dias, era preciso subirlo i desmontarlo.

El señor Navarro no contaba jamas este lance sin admirar el denuedo de Robles i sin dar las mas tiernas pruebas de su agradecimiento.

Este fué el motivo de la cojera, que hasta su muerte le conservó el apodo de *el cojo Robles*.

La enfermedad que lo condujo al sepulcro encontró en su enerjía física i moral gran resistencia; pero al fin fué vencido i tuvo una muerte edificante.

La larga curacion habia concluido con sus escasos recursos; para sepultarlo fué preciso ocurrir a sus amigos, que honraron sus cenizas con jenerosidad.

IX.—En el mismo año, de 1836, murieron tambien los notables actores Morante i Cáceres; i como si el arte no hubiera sufrido bastante, ese mismo año fué demolido el teatro, único en Santiago, de la plazuela de la Compañía. Quedó la capital sin ningun establecimiento de este jénero hasta tres o cuatro años

despues que don Hilarion Moreno, arjentino, i don Juan Peso, español, construyeron por acciones, el de la Universidad, que ocupó el mismo lugar que el actual Teatro Municipal.

Luis Ambrosio Morante

I.—Morante, notabilísimo actor dramático, cuya memoria muchas personas conservan fresca apesar de los años trascurridos desde su muerte, ha adquirido nuevo mérito despues que hemos visto a Rossi, que, en casi todos los papeles que ha ejecutado, no ha tenido rival hasta el dia.

Al ver nosotros por primera vez a Rossi, esperimentamos una sorpresa agradable que no pudimos ménos que comunicar a las personas que estaban a nuestro lado. Jesticulacion, andar, movimientos, declamacion, todo nos recordó instantáneamente a Morante; i es de advertir que entre el aspecto i figura de uno i otro no hai ni la mas remota analojía. Rossi es un buen mozo en toda forma, Morante era exactamente todo lo contrario.

Bajo i grueso de cuerpo, de vientre abultado, de color moreno, era, sin agraviarlo, feo; pero de él podia decirse, sin faltar a la verdad, lo que siempre se dice de los feos i las feas, que era *simpático*. I lo era sobre todo cuando hacia papeles de barba, sacerdote, etc., etc.

II.—Morante era natural de Montevideo; pero desde mui jóven se estableció en Buenos Aires, donde se habia dedicado a la carrera dramática.

Su voz poderosa i agradable, su accion propia i natural i su pronunciacion clara i correcta, le conquistaron las simpatías del público, nada induljente, de aquella capital.

Pocos años despues de haberse exhibido en público Morante, llegó a Buenos Aires, Cúbas, actor español mui notable i del que Morante aprovechó todo lo bueno que la escuela española tenía en esa época.

El ejército de San Martin i los emigrados chilenos que con él habian vuelto a Chile dieron a conocer la fama de que gozaba Morante en Buenos Aires.

La falta absoluta que habia en el teatro de Santiago de un actor modelo que dirijiera la enseñanza de los prisioneros españoles, que el comandante de ellos, don Domingo Arteaga, empresario de esa época, habia dedicado a esa carrera, hacia desear un artista de la capacidad de Morante.

En los dos años que hasta entónces llevábamos de teatro *permanente*, no habian tenido estos actores improvisados mas maestro ni director de escena que el coronel La Torre, prisionero tambien, i fanático aficionado al teatro. El fué el primer maestro que tuvieron Cáceres, Peso i demas actores que despues hemos conocido.

Escribió un cuaderno que llamó *Alcoran del Teatro*, en donde habia consignado algunos preceptos sobre la declamacion, acompañados de trozos sacados de las trajedias i comedias ya representadas. El estudio del tal cuaderno habia servido de bien poco a los actores, i eran éstos tan escasos en conocimientos profesionales, que a veces decian en alta voz, dirijiéndose al público o los actores, los *apartes*.

De los trajes nada diremos. Las trajedias griegas o romanas eran las únicas en que habia alguna vero-

similitud aunque mui remota. Los personajes de la edad media se presentaban casi siempre vestidos de frac o levita, i mas ordinariamente, con el traje militar del dia.

Morante fué el primer actor que se vió en Chile vestido con propiedad aunque sin lujo. Su espada romana, que remitió al señor Arteaga anticipadamente, llamó mucho la atencion.

III.—Llegó a Santiago el 1.º de Noviembre de 1822. Habia sido compañero de viaje, hasta Mendoza del doctor Lafinur, su mas entusiasta admirador; pero éste no llegó hasta fines del mismo mes.

Su sueldo por contrata, era de 60 pesos mensuales, comida i casa en la del empresario. Estas dos últimas ventajas las tuvo Morante sobre Camilo Henriquez, que con la misma dotacion vino a Chile, poco mas o ménos, en ese mismo tiempo de Montevideo, llamado por el Director O'Higgins para redactar *El Mercurio de Chile.*

Henriquez prometió a sus amigos Benavente, Gandarillas i Vial, emigrados como él, que se serviria de ese mismo periódico para *echar abajo a O'Higgins.*

El antiguo hijo de San Camilo ofrecia mas de lo que podia cumplir, pues ni O'Higgins era hombre para dejarse hacer la guerra con sus mismas armas, ni Henriquez tenia la mala fé i el valor necesario para intentarlo.

Morante dió por primera representacion *El Duque de Visco*, trajedia en tres actos de Quintana. Esta trajedia, en boga de toda la América entónces, habia sido representada muchas veces por Cáceres con gran éxito. Morante haciendo como Cáceres de protagonista, tenia que luchar con la opinion de que

éste gozaba en el público i con algo que vale mucho en todo caso: con la mas arrogante figura que hemos visto en nuestro teatro.

El público de entónces era mui avaro de aplausos i, para conseguir algo en este sentido, era necesario conmoverlo de un modo estraordinario. El aparato, inusitado hasta entónces, que preparó Morante en el proscenio, un trozo de música de orquesta, al levanterse el telon, adecuado al caso i otros pormenores no consiguieron que al presentarse se moviera una mano para aplaudirlo.

La acojida glacial del público debió afectarle de un modo doloroso por lo inesperada que debe suponerse; sin embargo, no mostró desagrado ni sorpresa, confiado sin duda en que su talento triunfaria al fin de la indiferencia que entónces se le mostraba.

En el segundo acto, hai una escena, la mas notable de la trajedia, i en que el público habia aplaudido con entusiasmo a Cáceres. El duque aparece despavorido pidiendo socorro a sus dos criados negros, a consecuencia de un horroroso sueño que acababa de sufrir, en que se creyó trasportado a las tumbas de su castillo «donde descansan.»

«De mis nobles abuelos las cenizas
Bajo el mármol de honor que las agobia.»

La descripcion de ese sueño, en que sus abuelos le echaban en cara sus crímenes i le hacian las mas terribles amenazas, es a propósito para aterrar al espectador. Morante desempeñó esta escena con admirable maestría i propiedad. Al fin, cuando debia esperar, como de costumbre en otros teatros, un torrente de aplausos, no oyó mas que a don José Mi-

guel Cruz que, con voz perceptible, nasal i burlona, le dijo: *¡bueno hombre!*, especie de refran de moda entónces.

Morante, como en el primer acto, no se dió por entendido i concluyó la trajedia como la habia principiado, sin hacer gran caso de lo sucedido.

El público en su totalidad reconocia la superioridad de Morante sobre Cáceres; pero con la restriccion de no tener *naturalidad*. Algunos lo encontraban *exajerado* en ciertas escenas.

Esta palabra que con porfia hemos oido repetir respecto de Rossi i de la señora Paladini, no es de ordinario mas que un recurso de la ignorancia presuntuosa que, no puede de otra manera i con mas facilidad emitir su opinion en un arte que desconoce. Almas de hielo a quienes nada conmueve, no comprenden como las pasiones se manifiestan en su mas alta espresion, i encuentran *exajerado* lo perfecto.

IV.—Despues de *El Duque de Viseo*, representó Morante *El hombre agradecido*, comedia de costumbre de mediano mérito, pero cuyo protagonista, simpático para el públicó, fué caracterizado por Morante admirablemente. En esta vez fué aplaudido varias veces. Morante quedó contento, pero no satisfecho.

Se anunció en seguida *El abate de L'Epée*, comedia séria, nueva en Chile, pero que el público conocia por los elojios que los arjentinos residentes en Santiago hacian de él, i sobre todo por la fama que Morante habia adquirido haciendo el papel de abate.

Apénas asomó a la escena fué saludado por un largo i no interrumpido aplauso. Vestia como era de

rigor, el traje correspondiente a su papel, i ya hemos dicho que en estos casos se traia las simpatias del público. Hacia el interesante papel del jóven mudo la señora Lucia Rodriguez, la actriz chilena mas hermosa i de mas mérito que hemos tenido. La ilusion, pues, era completa.

En el 2.° acto el abate se presenta en casa del abogado que ha elejido para que defienda a su pupilo, que desde un pueblo de provincia, fué mandado botar, vestido de andrajos, por su tutor en las calles de Paris, para usurparle sus bienes.

La relacion que hace de lo sucedido desde que recojió i educó al niño, poniéndole en disposicion de que pudiera darle informe sobre su oríjen i familia; las penurias de un largo viaje a pié i, por último, su reciente llegada a Tolosa donde el niño habia reconocido la casa de sus difuntos padres, de la que habia sido arrojado: todo esto relatado con voz conmovedora, con una accion nobilísima i con la uncion mas persuasiva, enajenó de tal modo al público, que entre el fin de la narracion i el estallido del aplauso, hubo un intervalo de silencio que jamás hemos visto despues ni habíamos visto ántes.

Solo conocemos un caso idéntico, sucedido diez años mas tarde, cuando por primera vez se dejó oir Paganini en Paris.

Creemos, sin embargo, que entre ámbos casos debió haber una diferencia i es la siguiente:

Asistia esa noche, como todas las veces que habia funcion, el señor Fuentes, asíduo como nadie al teatro. Era aficionado sin igual a la lectura i alimentaba esta pasion con la historia griega i romana, que sabia de memoria en sus menores ápices. No siéndole desconocida ninguna obra notable del antiguo teatro

español, no habia mas que insinuarle algun soliloquio para que él lo continuara sin equivocarse.

Era portero, pero de cierto tono, de la Corte de Apelaciones de Santiago. Usaba gran cantidad de colgajos en la cadena del reloj, lo que habia dado lugar a que se le llamara *Doctor Carabanas*.

Su asiento, como es de suponerse, estaba de los mas cercanos al procenio i era el iniciador de todos los aplausos, jamas de las pifias.

Nosotros que formábamos parte de la orquesta, no perdíamos ninguna de sus palabras i movimientos.

Cuando Morante dijo la última palabra de su interesante narracion, impresionado Fuentes como todo el público, tampoco aplaudió, mirando a todos lados como quien interroga. Su silencio no podia ser largo i lo interrumpió para esclamar en alta voz: *¡ni en los infiernos lo hacen mejor!* Esta fué la iniciativa de los grandes i repetidos aplausos que se dieron a Morante, en los que indudablemente habia tenido su parte *Carabanas*.

V.—Esa noche cesó toda vacilacion en el público. i Morante fué desde entónces su actor favorito. Ni concluida la funcion, ni ántes, fué llamado a la escena, como ahora se hace, a veces sin motivo. Esta costumbre era desconocida i solo empezó a ponerse en práctica a la llegada a Santiago de la compañía Pantanelli.

Pronto puso Morante en escena una trajedia del español Cabrera Nevares, que era un ataque a toda relijion positiva i una prédica incesante del mas resuelto deismo. Morante era Volteriano i, al decirnos que le arregláramos un coro que debia cantarse en

la trajedia, añadió al nombrarla. *¡qué ruinas de Palmira ni qué nada!*

Se dió la trajedia con aplauso de una parte del público a quien las recientes lecturas de Rousseau, Voltaire i, mas que todo, de las mismas *Ruinas* de Volney, habian entusiasmado.

Creemos que entónces no habia censura en el teatro, porque de haberla, no hubiera sido fácil que permitiera la representacion de esa trajedia. Desde entónces, cada vez que se anunciaba, no faltaban reclamos, aunque inútiles, de algunos eclesiásticos; pero es de advertir que no faltaba tampoco uno que otro de estos mismos que, complacidos concurrian a verla.

Estos eclesiásticos, que no eran mas que *dos* o *tres* hacian el papel de algunos abates franceses en 1789. Es verdad que se les parecian *en todo*...

Morante no perdia alusion o palabra que pudiera interpretarse como desfavorable a la relijion, sin recargarla para hacerla notar. Cuando esto no se encontraba en el orijinal, lo agregaba. En una comedia, una de sus favoritas, le decia su criada al oirlo quejarse de la gota: «¿por qué no toma, señor, el *elixir milagroso?*»—Contestaba: «madama Bran, yo no quiero nada que *huela a milagros*».

Esta, por supuesto era una añadidura que no tenia «*La reconciliacion de los dos Hermanos*».

VI.—En el año de 1823, segun nuestros recuerdos, se empezó a usar por primera vez el apodo de *pelucon*, aplicado a ciertos hombres de alta posicion i de ideas *conservadoras*. Este último calificativo, aplicado mas tarde a un partido políticos, no era co-

nocido en Chile, ni tampoco en Francia, de donde lo hemos tomado despues.

El apodo de pelucon fué aplicado a este partido por los *liberales*, nombre que se daba a un partido que empezaba entónces a retoñar. Como es de suponerlo, Morante pertenecia a él.

Se cantaba en una representacion una tonadilla española, mui conocida del público hasta hace poco tiempo, con el título de *El Tripili Trápala*, música graciosa i alegre como su poesía. Morante era uno de los tres que la cantaban i, cuando en una parte de la tonadilla, debia decir: *peluquin, peluquin de Anton*, se le ocurrió un lijero cambio, i dijo: *peluquin, pelucon de Anton.*

No habiendo nosotros concurrido esa noche al teatro, no supimos hasta el otro dia que Morante habia estado próximo a ir a la cárcel.

VII.—Suplicamos a nuestros lectores nos permitan consigar aquí una observacion que desde muchos años atras venimos haciendo i que resumimos en pocas palabras: «Los partidos deben aceptar el nombre con que los bautizan sus enemigos.»

¿Quién llamó *sans-cullote* en Francia a los revolucionarios exaltados?—Sus enemigos.

¿Quién llamó *pelucones* a los conservadores de Chile?—Sus enemigos.

¿Quién, dos años mas tarde, llamó *pipiolos* a los liberales?—Sus enemigos.

¿Quién en nuestros dias ha llamado *montt-varistas* a un partido que se daba el nombre de *nacional?*—Sus enemigos.

Como era natural, esos partidos que a porfia se habian dado nombres honrosos, rechazaban con in-

dignacion sus respectivos apodos; pero lo único que con eso consiguieron, fué una porfiada insistencia de parte de sus contrarios, que al fin i al cabo triunfó, hasta tal punto que los que al principio miraban esos nombres como una injuria los aceptaron mas tarde como timbre de honor.

¿Cuál de los últimos restos o de los descendientes de pelucones i pipiolos no se honra del apodo que al principio rechazaron esos partidos?—Nadie; porque en estos casos el nombre, cualquiera que sea, no cambia la esencia de la cosa, i *sans-cullotte*, ahora *rojo*; quiere decir, *exaltado*; pelucon, *conservador*; i pipiolo, *liberal.*

Para que no haya sermon sin San Agustin, ¿quién por apodo llamó a los hijos de San Ignacio *jesuitas*? —Sus enemigos; i ¿hai algun padre de la Compañía que no se honre de que así se le llame?

El partido montt-varista aun se resiste a llevar este nombre, porque cree que así se convierte en partido personal. ¡Patarata! Los carrerinos i o'higginistas estaban en el mismo caso i a fé que no se avergonzaban ni entónces ni ahora de ello.

El partido montt-varista tiene una particularidad, quizá sin precedente, sobre todo por su duracion; tiene *dos* jefes que apénas son *prójimos* entre sí, i entre los que hasta hora no hai noticia de la mas mínima disidencia *en nada*,.....

Estos dos señores han desmentido a Napoleon, que decia: «mas vale *un* mal jeneral que *dos* buenos.»

VIII.—Las anteriores observaciones no son escritas a humo de paja; se dirijen tambien, i mui particularmente, a nuestros amigos, los *pechoños* cuyo

nombre segun parece es de todo el gusto de sus contrarios.

Justamente por eso, debemos apechugar con él con mas cariño.

Pechoño es sinónimo de clerical, conservador, jesuita, ultramontano, papista, retrógrado, fanático i sacristan. ¿Qué significa todo esto en el lenguaje de nuestros adversarios?—Católico, i nada mas que católico. Dejemos, pues, esos nombres, que son europeos, para De Maistre, Bonald, Chateaubriand, Audin, Montalembert, Champagny, César Cantú i hasta para Guizot i Thiers, a quienes han sido aplicados, i aferrémonos al primero, que es esencialmente chileno, i *pechoño me fecit.*

IX.—A principios de Marzo de 1824 llegó a Santiago el señor Muzzi, Nuncio Apostólico, solicitado, segun nos parece, por el gobierno de Chile. Despues de algunos meses de residencia en la capital, i no habiendo podido llenar su mision, se volvió a Roma, con gran complacencia de los liberales.

Acompañaba al Nuncio el canónigo Mastai Ferreti, actualmente Pio IX.

Morante encontró, con motivo de aquel suceso, un pretesto para dar espansion a sus ideas anticatólicas. Desenterró, no sabemos de dónde, una antigua comedia que nadie en Chile habia oido nombrar, i a la que dió un sentido que no tenia. *El falso Nuncio de Portugal,* se prestó a las mil maravillas para excitar la burla contra el verdadero Nuncio que acababa de salir de Chile.

Se representó con gran aparato; a lo que contribuyeron inocentemente algunas de nuestras sacristias prestando sus ornamentos. La primera entrada

del Nuncio se hizo por la platea, atravesándola ántes de subir al proscenio. Al fin de un numeroso acompañamiento de eclesiásticos de todas jerarquía, venia Morante con hábito cardenalicio, repartiendo bendiciones.

Como era preciso imitar en un todo a la persona que se trataba de exhibir, Morante no omitió ningun detalle. El señor Muzzi tenia un ojo ménos; Morante se tapó un ojo i apareció tuerto.

Esta comedia, que se repitió varias veces, i *Felipe II*, trajedia a la que, por odio a los reyes, hizo más feroz que lo que la habia escrito Alfieri con todo su republicanismo, fueron sus últimos triunfos ántes de regresar, en Abril de 1825, a Buenos Aires, para donde habia sido contratado ventajosamente.

X.—Morante volvió a Buenos Aires despues de una residencia en Chile de dos años i medio. Allí se le aguardaba con gran interes, porque, en su ausencia, no habia tenido quien lo reemplazara, pues Velardé con sus buenas dotes apenas lo suplia.

Entónces se organizaba una compañia de ópera en aquel pueblo, que contaba entre su personal a Vacani, bajo, aunque ya algo cascado, de reputacion europea i el mismo de quien habla Breton de los Herreros en una de sus comedias.

En ese mismo tiempo volvió Cáceres a Santiago, de donde habia estado ausente cerca de dos años en la Serena.

Cáceres no habia podido resignarse a verse pospuesto a Morante. Salió furtivamente para ese pueblo, porque formaba parte del cuerpo de prisioneros, que no obtuvieron su libertad hasta que ascendió al mando de la república el jeneral Freire.

La presencia de este actor consoló al público de la ausencia de Morante i satisfizo a sus numerosos apasionados.

Con Cáceres sucedió lo que de costumbre en estos casos que «ya no era tan buen actor como ántes.» ¡Engaño! Cáceres, en los dos o tres meses que habia trabajado al lado de Morante, habia adelantado considerablemente. A lo que debe agregarse que, durante su permanencia en Coquimbo, se habia dedicado con teson a la lectura, i ya podia considerársele como un hombre de instruccion poco comun. Lo que hai de cierto es que Morante estaba *ausente* i la ausencia habia aumentado su reputacion. Esta es la historia de siempre.

Morante llegó a Buenos Aires a mediados de 1825.

Se le hizo un recibimiento espléndido, i pocos dias despues dió principio a sus tareas como actor i director de escena.

Sucedió en Buenos Aires, en parte, lo que era natural, que como a Cáceres en Santiago, no encontraron a Morante «tan gran actor como ántes.» Sin embargo, su éxito fué completo.

Despues de algunos meses de trabajo, le asaltó una enfermedad (aneurisma), que diez años mas tarde debia llevarlo al sepulcro.

La familia en cuya casa estaba alojado habia notado que, acercándose a él se sentia una especie de arrullo semejante al de una paloma. Se notó igualmente que este ruido despues de algun tiempo aumentaba en intensidad.

Vivia con Morante nuestro compañero de viaje i paisano, don Mariano Palacios, conocido de nuestros lectores. Dormian en un mismo cuarto. El ruido del

pecho de Morante era perceptible para todos los que se le acercaban, ménos para él mismo.

Una noche en que se habia recojido a su cama miéntras Palacios escribia, dice Morante:—*Don Mariano ¿se nos ha metido el gato aquí?—Creo que sí*, contestó Palacios. Se levantó en seguida, abrió la puerta i finjió espantar al gato. Volvió Palacios a su asiento, i apénas se disponia a continuar su ocupacion vuelve Morante a decir: *el gato no ha salido.* Palacio creyó inútil todo disimulo i contestó: *aquí no hai gato ninguno, lo que usted oye lo hemos oido todos hace mucho tiempo; ese ruido sale de usted mismo.*

Morante, como quien cae en cuenta, oyó a Palacios sin sorpresa i determinó una junta de médicos.

XII.—En ese tiempo en Buenos Aires, i aun en toda la República Arjentina, se habia apoderado de las jentes tal furor por el *pan quimagogo*, que no era raro encontrar personas que se hubieran administrado este evacuante, trescientas, quinientas, i aun mas veces.

Los médicos de Buenos Aires, con una sola escepcion, hacian a Le Roy una guerra a muerte, sobre todo por la prensa. La escepcion de que hemos hablado, era un doctor español, *medico del puerto*, conocido con el nombre de *don Pedro el físico*. De una i otra parte se escribian artículos violentos de ataque i defensa del medicamento. Don Pedro tenia todas las simpatías del público.

Tuvo lugar la junta llamada por Morante. Este habia encargado a Palacios se colocara en un lugar en que sin ser visto de los médicos, oyera la disco-

sion sobre su enfermedad, que él no hallaba como caracterizar.

El dia convenido, tomaban sus asientos los cinco médicos citados, al mismo tiempo que Palacios, colocado en un cuarto contiguo, aplicaba el oido desde un lugar, donde no perdió una palabra de la discusion.

La sesion fué larga, mui larga i animada. Al cabo de tres cuartos de hora, se retiraron los doctores, i Palacios pasó a dar cuenta a Morante del resultado de la junta, cubriendo préviamente a cada uno de esos señores el honorario de costumbre.

Apénas lo vió Morante, que ese dia permaneció en cama por si se le queria examinar, le preguntó:

—¿Qué dicen los médicos de mi enfermedad?

—Nada.

—¡Cómo! ¿Nada?

—Ni una palabra.

—¿En qué se han ocupado entónces?

—En convenir en lo que han de contestar a don Pedro el físico.

—Pero es imposible que no me hayan nombrado siquiera.

—Sí, al último dijieron al doctor Arjerí, médico de cabecera: *siga con lo mismo*...

Desde el dia siguiente llamó Morante al defensor del pan quimagogo que le volvió la salud casi completamente. Un mes despues empezó a representar sin inconveniente ninguno. Este mismo médico nos limpió cuanto ganamos en Buenos Aires. Jugábamos mas que el al billar; pero sus burlas nos quemaban la sangre. Era andaluz!

XIII.—Las representaciones dramáticas estaban en decadencia en Buenos Aires al llegar Morante, a consecuencia de funcionar allí una compañía lírica, diminuta, pero que como hemos dicho contaba con cantantes de mérito, Anjela Tani i Rosquellas, entre ellos. A mediados de 1825 aquella compañía se completó. La música de Rossini, que recien empezaba a oirse, contribuyó mas que todo a que el público prefiriera los espectáculos líricos a los demas dramáticos.

Morante no podia luchar solo contra este torrente; pues el resto de la compañía dramática era de mui escaso mérito. En estas circunstancias llegó Cáceres a Buenos Aires. Entre él i Morante ya no cabia rivalidad racional. Aquel, en todo el vigor de la edad i el talento, debia necesariamente ejecutar los galanes de trajedias i comedias. Morante, en decadencia por su edad i sus achaques, era llamado a desempeñar los *barbas* i a dirijir la escena, en lo que no contaba con ningun competidor. Esto los unió en estrecha amistad hasta la muerte, que para ambos tuvo lugar en el mismo año i por decirlo así a pocos dias de distancia, i en Chile.

XIV.—Dos años, poco mas o ménos, pasó Morante en Buenos Aires, volviendo en seguida a Chile contratado nuevamente por el señor Arteaga. Morante en esta nueva contrata propuesta por él mismo, no tenia asignado sueldo fijo. Su remuneracion consistia en una funcion mensual que no podria llamarse *beneficio* sino funcion *extraordinaria*.

XV.—Cuando el 20 de Agosto de 1820, se abrió aquel teatro, lo hizo con una compañía dramática

tan numerosa como no se ha visto jamas. Tres primeros galanes, cuatro barbas, tres graciosos, siete actrices, e infinidad de partes de por medio.

Esto solo supone un gasto enorme en sueldos; pero eso no era posible, si se considera lo exíguo del valor de palcos, entradas i asientos. El palco valia dos pesos, la entrada dos reales i la luneta uno.

Escepto Perez i Hevia, i no sabemos si las actrices, chilenas como aquellos, todos los otros actores eran pagados por *funcion*; de suerte que el que no trabajaba no tenia nada que cobrar. Cáceres, que era el primer actor, ganaba *seis* pesos por noche. Siendo los otros mui inferiores, debia en proporcion ser su honorario, si puede usarse esta palabra con aprendices de cómico.

La orquesta fluctuaba entre siete u ocho músicos, los únicos que podian llamarse tales en Santiago, que costarian de 20 a 22 pesos por noche. Esto nos trae a la memoria que la orquesta situada en el mismo lugar que ahora ocupa, tenia una particularidad. Aquel lugar no estaba ni entablado ni enladrillado, de suerte que, cuando Robles, director de orquesta, marcaba el compas con el pié, por tener ocupadas las manos con el violin, levantaba una gran polvareda mas que visible al público. Aquel lugar no se barria jamas.

XVI.—Los *fines de fiestas* eran hasta el año de 1830, sainetes, tonadillas españolas i a veces baile. Desde 1824 hasta 1826 desempeñaba esta parte doña Rosa Lagunas, limeña, i don José Pose, español.

Cuatro años ántes, doña Anjela Calderon, favorita del público por su hermosa figura i buena voz,

cantaba una tonadilla a una sola voz en que representaba a una ciega, que vendia almanaques.

La tonadilla era fea i desde el principio se notaron muestras de desagrado en un palco de gran tono.

Este descontento cundió hasta hacerse jeneral en el público.

La Calderon acostumbrada solo a escuchar aplausos, no fué dueña de sí misma i, dando algunos pasos en direccion al público, le dirijió las palabras siguientes, que conservamos letra por letra en la memoria: *pueblo indecente de m..... que por tres reales que paga, con licencia de la jente.*

Con esta última palabra cayó el telon, sin que el público se diera *por aludido*; sin embargo, la Calderon, en la funcion siguiente, dió una satisfaccion, redactada por el doctor Vera, i todo quedó olvidado.

Lo preferido, sin embargo, era el sainete, casi siempre sacado del inagotable don Ramon de la Cruz.

Algunos se repetian con frecuencia, entre ellos *San Tristezas Tongarini.*

* Se daba este sainete una vez en circunstancias de hallarse en Santiago gran número de coquimbanos, recien caido don Bernardo O'Higgins. En este sainete tenia lugar una procesion en que el gracioso Pedro Perez era paseado en el proscenio en andas, disfrazado de santo, cantando los alumbrantes esta copla:

El señor San Tristezas
Al pueblo de Coquimbo.
Sea bienvenido.

Los coquimbanos, que se daban los aires de haber

derrocado a don Bernardo O'Higgis, se consideraron insultados i amenazaban con un reclamo.

Morante dió, por la prensa, a nombre de la empresa, una satisfaccion en que decia que no se habia dicho o tratado de decir pueblo de Coquimbo, sino pueblo de *Apoquindo*. Esta mentira era grosera, porque esa vez i siempre se habia cantado Coquimbo.

Habia otro sainete que tambien se repetia mucho. No recordamos el título: pero en él se simulaba un entierro en que, al pasearse por el proscenio los acompañantes, cantaban a dos coros alternados estas estrofas:

PRIMERA ESTROFA

1.er *coro*. Por qué van a los duelos tantas visitas?
2.° *coro*. Por tomar chocolate los nueve dias.

SEGUNDA ESTROFA

1.er *coro*. Por qué lloran las viudas dando chillidos?
2.° *coro*. Porque antes no enterraron a sus maridos.

Al fin de cada estrofa se decia:

El preste. ¡Dinero i descanso tengamos!
Coro. ¡Amen!

Esto se cantaba imitando las entonaciones usadas en estos casos por la Iglesia. Se preferia el 8.° tono.

XVII.—El alumbrado era otra especialidad. El de bastidores, palcos, platea i salones era de velas de sebo, que solo podia reanimarse despavesándolas en los entreactos.

El alumbrado del proscenio o carro de Febo, como algunos dicen, consistia en seis u ocho candiles o tasas de barro ordinario. El líquido que alimentaba

estas luces era sebo. Durante la representacion solian esos candiles despedir un humo denso por falta de pabilo o mala colocacion de las mechas, i era preciso sufrirlo hasta que caia el telon. A veces ese humo era jeneral en todos los candiles, hasta el estremo de interponerse entre el público i los actores una especie de niebla insoportable por su hediondez.

En los entreactos salia un muchacho a sumerjir de nuevo las mechas i reanimar de este modo el alumbrado. La postura del muchacho, en cuclillas, solia ofrecer ciertos inconvenientes....

El alumbrado duró tanto como el Teatro Principal, es decir, hasta 1836, en que fué demolido.

XVIII.—Nos falta hablar del *anunciador*, cuyo papel hacia temblar a los que lo desempeñaban, i por lo cual en todas partes se encomendaba a los graciosos, a no ser que se contara con algun actor especial, como lo era Pino entre nosotros. El anuncio por impresos no se conoció de un modo estable hasta despues de 1840, en el teatro de la Universidad.

El exordio obligado del anuncio era: «para tal dia se convida a tan respetable público, etc». El fin de este anuncio jamas dejaba de ser saludado con alguna palabra burlesca o con silbidos de muchachos, i esto solo cuando el actor no habia cometido alguna lijera equivocacion; pues en este caso la pifia era jeneral.

Otras veces, cuando lo que se anunciaba no era del agrado del público éste protestaba con gritos jeneralmente, pidiendo otra trajedia o comedia mas de su gusto.

Esto daba lugar a ciertos diálogos mui vivos entre el público i el anunciador que, no pudiendo resolver

nada sobre lo que le exijia, tenia que escuchar lo que en voz baja le soplaba el empresario, colocado a sus espaldas tras del telon, i que siempre se oia por una parte del público.

La mayor dificultad consistia, como a veces sucede en nuestras cámaras, en saber dónde estaba *la mayoría*.

El triunfo era siempre, tambien como en las cámaras, de los mas porfiados, majaderos i de mejores pulmones, i, *oido el empresario*, se les daba gusto.

XIX.—A su vuelta Morante se estrenó, *a peticion jeneral*, esta vez no era mentira, con la obra favorita *El abate de L'Epée*.

El público, sin embargo, no saludó a su actor predilecto ni con una palmada al presentarse por primera vez. Hemos dicho que era avaro en aplausos. En esta vez fué una cosa peor; i para desagraviar a Morante fué necesario una ovacion estrepitosa ántes de caer el telon en el último acto.

En las diez funciones estraordinarias que en los diez meses i medio de la temporada dió Morante cada año, representó obras enteramente nuevas que habia traducido él mismo del italiano i del frances, idiomas que le eran familiares.

Algunos actores ignorantes i envidiosos de su mérito le declararon una guerra sistemática.

Al recibir los papeles de estudio que Morante repartia para sus funciones, buscaban alguna palabra cuya acepcion les era desconocida i tomaban de refran para repetirla en todas partes como inventada para aquél, lo que servia de tema para desacreditar sus beneficios.

Recordamos dos palabras que levantaron entre ellos gran algazara.

La primera fué *espelunca*, sustantivo poco usado en el dia, pero castellano.

La otra, *sonámbula*, tan castellana como la anterior; pero que aquellos ignorantes burlones oian probablemente por primera vez.

Por estos medios i otros idénticos, conseguian anticipadamente desacreditar las funciones de Morante, i los dos años que duró esta contrata, no solo vió frustradas sus esperanzas sino que tuvo el pesar de ser víctima de la mas estúpida malignidad.

Esto le hizo contraer una deuda considerable con el empresario que jamas pudo cancelar.

Para esa clase de pícaros hemos visto hace años un modelo de contrata formulada en un teatro de Paris, i no seria el único, en que tanto a músicos como a cantantes se les imponia una fuerte multa en caso de saberse que desacreditaban las óperas en estudio.

XX.—Durante la ausencia de Morante i Cáceres habia venido de Buenos Aires doña Teresa Samaniego, actriz de quien ya hemos hablado.

La Samaniego, concluidas las funciones que dió en Santiago, se dirijió al Perú, i don Domingo Arteaga volvió a Santiago con la compañía, a la que se incorporó Villalba, el gracioso de mas mérito conocido hasta entónces; pues el famoso Rendon no debíamos verlo hasta 1841.

XXI.—Llegó en ese tiempo Rivas, catalan i trájico de notable mérito, que luego debia de ser rival temible de Cáceres.

No pasó mucho tiempo sin que éste llegara tambien de Buenos Aires en compañía de don Domingo Moreno, excelente actor español, i de doña Trinidad Guevara, actriz favorita de aquel pueblo.

Entre Rivas i Cáceres se dividieron los pareceres. Cáceres tenia sobre aquél su magnífica figura i su voz agradable i poderosa. Rivas, por su accion, i mas que todo, por su admirable jesticulacion, contrabalanceaba a aquellas ventajas. Los señores don Andres Bello i don Ventura Blanco Encalada eran partidarios decididos de Rivas.

El señor Bello publicó algunos artículos sobre teatro en que, sin desconocer el mérito de Cáceres, dejaba entender mui claramente que preferia a Rivas. El público se dividió en dos bandos siendo el mas numeroso el de los amigos de Cáceres. El otro suplia el número con la opinion importante de aquellos dos señores.

Los artículos del señor Bello fueron atribuidos a Morante, que, sin razon, suponian enemigo de Cáceres. Eso prueba, por otra parte, la elevada idea que se tenia del talento de Morante, pues se le confundia con aquel eminente literato.

Las cosas habian llegado a término que fué necesario recurrir a un espediente, usado a veces en estos casos. El público exijió ver trabajar a los dos rivales en idénticos papeles en dos noches consecutivas.

La obra elejida fué *Los hijos de Edipo*, trajedia mui conocida del público, i en que Cáceres i Rivas se habian hecho aplaudir con entusiasmo.

En una noche debia uno de ellos hacer el papel de Eteocles, ejecutando el otro el de Polinice; en la noche siguiente al reves.

La concurrencia, como debe suponerse, fué inmen-

sa. Las opiniones, como tambien debe suponerse, no variaron, i Cáceres i Rivas no fueron ménos excelentes actores que ántes para sus respectivos partidarios.

En una escena ocurrió un incidente que aterró al público mas que todas las de esa terrible trajedia.

En la segunda representacion, i seguramente por ser del caso, ámbos hermanos que tantas pruebas habian dado de su odio recíproco, i que el público habia personificado con aplausos imprudentes, sacan a un mismo tiempo las espadas. Rivas i Cáceres se acercan en aire amenazante i tan a lo vivo, que una gran parte del público, lleno de angustia, dió un grito unánime: *¡nó nó!*

Mas de una persona se levantó en ademan de lanzarse sobre el proscenio, creyendo una desgracia inminente...

Ambos actores, de valor probado, no habian llevado, sin embargo, hasta ese estremo su rivalidad de artistas.

XXII.—Poco despues Cáceres i Rivas se dirijieron, éste a Méjico, aquél al Perú.

Morante, a pesar de que su enfermedad se habia declarado enteramente, aun conservaba su antiguo prestijio i no sin razon.

Se anunció el *Aristodemo*, en que ántes habia hecho de protagonista. En esa vez se debia representar sin que él tomara parte. Pero ántes de levantarse el telon se avisa al empresario que Peso, que hacia el papel del rei, que da el nombre a la trajedia, no podia representar por una enfermedad repentina. Por el mal efecto que siempre causa en el público un cambio repentino, fué preciso recurrir a Morante

para que reemplazara a Peso, en un papel que jamas habia tenido ocasion, ni siquiera de leer, i es de advertir que, como es de regla, la trajedia era en verso endecasílabo.

Morante no tuvo mas tiempo que el necesario para vestirse i salir a la escena en seguida.

A poco andar el público empezó a observar que al personaje del rei, que Peso, con ser uno de los mejores actores no habia conseguido hacer notar, Morante le daba una importancia de primer órden, sacando aplausos de pasajes en que nadie se habia fijado. Este tambien era su último destello.

Continuó representando papeles de barba i dirijiendo la escena; pero la enfermedad hacia visibles progresos.

Llegado el año de 1835 o 1836, volvió Cáceres del Perú a mui buen tiempo por lo decadente de las funciones dramáticas. Fué contratado i dió principio con *Montegon i Capuleto*, trajedia en que hizo, como siempre, el primero de estos papeles con éxito completo. Este tambien fué el último triunfo de Cáceres, atacado ya de la misma enfermedad de Morante, i de la que murió pocos meses despues en Valparaiso en ese año; segun nuestros cálculos, de 42 de edad.

Luego dejó Morante de representar. Vivió con los escasos recursos que algunos amigos le proporcionaban, i sobre todo con los del señor Arteaga, que en escasa fortuna no lo abandonó jamas.

XXIII.—El arzobispo Vicuña, noticioso del estado de peligro en que se encontraba Morante, encargó a un amigo de éste le hicieran ver la necesidad de reconciliarse con la Iglesia a quien habia hecho tan cruda guerra. El señor Vicuña ignoraba que el co-

misionado tenia en relijion las mismas ideas de Morante. Apesar de eso, aquél cumplió su encargo, como era de esperarse, sin ningun resultado. En la primera visita, i despues de las palabras de costumbre, dió principio a su mision diciendo a Morante, con aire distraido:—«Me parece que he visto salir de aquí un padre de la Merced?»—Contestó Morante: «Si viera el hábito de un fraile en mi casa, me daria fiebre».—«Sin embargo, la relijion tiene sus pruebas i han creido i creen en ella hombres mui grandes». Morante mudó de conversacion i ya no se habló mas sobre la materia.

XXIV.—El mal, a pesar de su gravedad, daba todavía mucha espera. El presbítero, despues canónigo, don Miguel Mendoza, amigo de Morante, le hizo algunas visitas que le agradeció vivamente. Esto alentó a Mendoza; quien, conociendo que él no era hombre para Morante, solo trató de atraerlo con palabras cariñosas, evitando toda discusion a que éste parecia inclinado. Por este medio ganó su voluntad i consiguió por fin confesarlo.

El mismo dia en que esto sucedió, Morante como volviendo en sí, hizo llamar en la noche a don Mariano Palacios, su antiguo compañero i nuestro, llegado de Buenos Aires. Al verlo le dijo: «Esta mamañana he tenido una debilidad: me he confesado; pero voi a protestar de lo que he hecho.» Dictó en pocas palabras la protesta i encargó las fórmulas a Palacios, próximo a recibirse de escribano, encargándole traer todo escrito para firmar al siguiente dia

Al retirarse Palacios encontró cerca de la casa de Morante dos clérigos, de los que solo conocia al se-

ñor Mendoza. Se detuvo i los vió entrar en la casa de Morante. Despues se supo que el otro eclesiástico era el señor don José Iñiguez, sacerdote de maneras sencillas, de eminentes virtudes i de gran saber.

Mendoza, habiendo presentado al señor Iñiguez i al cabo de una conversacion en que Morante tomó parte como en perfecta salud, se retiró solo.

Despues de una larga conferencia privada i en voz baja, se retiró tambien el señor Iñiguez.

Morante llamó en seguida i encargó, si no estamos equivocados, a don Anselmo Silva, residente ahora en Rancagua, dijera al señor Mendoza lo esperaba al dia siguiente. El señor Silva, que, con un cariño i fidelidad altamente laudables, no se separó de Morante hasta el cementerio, cumplió sin duda su encargo.

XXV.—Palacios se dirijió en la mañana siguiente a casa de Morante, sin llevar la protesta escrita porque se proponia hacerlo bajo su dictado.

Apénas entró al patio, oyó con sorpresa la voz robusta del señor Mendoza que dictaba a Morante palabras de arrepentimiento i consuelo, i que Morante repetia con fervor i entonacion que apagaba la de aquel antiguo sochantre de la Catedral.

Palacios habló con la señora de Morante sin dejarse ver de éste, i se retiró.

Segun nuestra invencible costumbre, de no visitar enfermos de gravedad, de acuerdo con Palacios, lo esperábamos en el Café de la Nacion con el mayor interes. Allí supimos todo lo que hemos referido i calculamos lo siguiente respecto a las últimas resoluciones de Morante.

Al retirarse el señor Mendoza el dia anterior, des-

pues de haberlo confesado por primera vez, debió pensar que aquel acto habia tenido lugar, mas por condescendencia que por conviccion. (Esto lo prueba la protesta proyectada.) El señor Mendoza no encontrándose capaz de convencer a Morante, acudió al señor Iñiguez que por lo visto lo consiguió completamente en la conferencia referida.

XXVI.—Morante despues de recibir los sacramentos, vivió aun muchos dias, dando pruebas de la sinceridad de su arrepentimiento, sino tan espléndidas como las de sus antiguos admiradores Lafinur i C. Henriquez, no ménos claras i sinceras.

Su edad seria de 52 a 54 años.

Morante dejó varios manuscritos: entre ellos *Los Templarios*, trajedia traducida por él del frances, en verso, i de cuyo autor no estamos seguros, por haber conocido otras sobre el mismo argumento.

Morante, al traducirla, la habia acompañado de estensas i numerosas «notas históricas» en que manifestaba su vasta erudicion.

Hasta hace poco hemos conservado una *Despedida de mi patria i de mis amigos*, que suponemos escrita al emprender su último viaje a Chile.

En esta composicion hacia recuerdos de su niñez i de su madre, que no era posible leer sin conmoverse. Era notable, sobre todo, el fin, por la exactitud con que describe el desamparo de los últimos años de su vida.

La revolucion de 1810

PEQUEÑOS INCIDENTES

I.—En la tarde del 25 de Mayo de 1810 se encontraban reunidos en la casa del señor don José Antonio Rojas, los señores don Juan Antonio Ovalle, don Bernardo Vera, don José Miguel Infante i don José Maria Infante, su primo.

La casa del señor Rojas era la mas frecuentada por los revolucionarios, a causa de su situacion central. Está en la plazuela del Teatro Municipal i tiene el núm. 27 en su reciente construccion.

Se discutia con mucho calor el significado de una lei o real cédula en que debia apoyarse la formacion de una Junta Gubernativa durante la prision en Francia del rei Fernando VII.

Para cortar toda cuestion, don José Miguel Infante mandó a don José Maria a su casa, distante solo dos cuadras, en la calle del Rei, entónces, i ahora del Estado, núm. 33, a buscar un libro en que se encontraba la lei o cédula en cuestion.

Infante, impaciente por convencer a sus amigos i mortificado por la demora del mensajero, salió a toda prisa en la misma direccion. Apenas habian pasado algunos minutos llegó a casa del señor Rojas la tropa, que al mando de un oficial i por órden de Carrasco, le tomó preso; en seguida lo fueron los señores don Juan Antonio Ovalle i el Dr. Vera.

Por aquel incidente solo fueron sorprendidos los señores Ovalle, Rojas i Vera. Infante i su sobrino escaparon mediante su ausencia momentánea. Algunos dias despues fueron conducidos esos tres se-

ñores a Valparaiso para seguir su viaje a los castillos del Callao. El doctor Vera quedó en Valparaiso *por enfermo....*

II.—Cerca de mes i medio despues de estas prisiones apareció en la plaza de Armas, a las ocho de la mañana, una reunion como de doscientas personas respetables, que luego se duplicó con los curiosos: pidió a unos cuantos cabildantes, que allí se encontraban, que citaran a sus compañeros a un *cabildo abierto.*

Esta reunion no se hizo esperar, i ántes de dos horas se comisionaba a don Agustin Eyzaguirre i al doctor don José Gregorio Argomedo para pedir esplicaciones a Carrasco sobre su falta de palabra, para hacer volver a Santiago a esos señores que estaban presos en Valparaiso, a bordo.

Carrasco se mostró altanero al principio; pero al fin, aconsejado por dos oidores, concurrió a la Audiencia para contestar a los cargos que se le hacian.

Entre los concurrentes se encontraba don Luis Carrera, de edad apenas de diez i nueve años.

Cuando el valiente doctor Argomedo dirijió a Carrasco su elocuente i conocido discurso, al decir:

—«En la plaza hai dos mil hombres decididos a hacer respetar los derechos que defiendo.»

Carrera, abriendo su capa i mostrando un par de pistolas, añadió dirijiéndose a Carrasco:

—«I todos vienen como yo!»

Este segundo epílogo decidió a Carrasco a *prometer* todo lo que ántes habia negado

---

Los dos sarjentos

O LA PRIMERA REVOLUCION DE LOS CARRERAS

I.—Cuando en 1811, los Carreras i sus amigos, descontentos con la marcha irresoluta de aquel gobierno, proyectaron una revolucion que pusiera los destinos del pais en otras manos; una de sus primeras diligencias fué solicitar la cooperacion de dos sarjentos de artilleria, que debian facilitarles un movimiento que los hiciera dueños de ese cuerpo i de los recursos de armas i municiones depositadas en el cuartel.

Un sarjento en aquellos tiempos gozaba de mucha mas consideracion que en el dia. Podríamos comparar su representacion, por lo ménos, a la de un oficial subalterno de nuestra época.

Los sarjentos mencionados, a quienes se dirijieron los Carreras, fueron don Antonio Millan i don Ramon Picarte, los mas notables de ese cuerpo.

Millan se negó rotundamente con estas palabras:

«Si el asalto tiene lugar estando yo de guardia, me haré matar en mi puesto; pero si me niego a la solicitud de ustedes, pueden sin embargo contar con mi silencio. Yo no soi delator.»

Picarte no puso mas inconveniente que los que le dictaba su conocida prudencia; pero fueron allanados, i se comprometió con los revolucionarios, fijándose el dia.

II.—El cuartel de artillería estaba entónces mas al oriente del lugar que ocupa el de la escolta del Presidente de la República. Los Carreras vivian, o

disponian de la casa, ahora nueva, en la calle de las Agustinas, esquina opuesta a la del jeneral Blanco, a espaldas del cuartel, i que ahora lleva el número 46.

Tenia esa casa, como la actual, una puerta de servicio a la calle de Morandé, a poco mas de media cuadra del mencionado cuartel, i que ahora tiene el número 49.

Los revolucionarios debian reunirse en esta casa i salir por aquella puerta sin que pudieran ser vistos por la guardia del cuartel hasta el momento de caer sobre ella. Se fijó el dia 4 de Setiembre, entre una i dos de la tarde. A las doce se encontraban ya juntos los asaltantes, que no llegaban a cuarenta, i que se habian reunido poco a poco, entrando por la calle de las Agustinas i de Morandé, de uno en uno.

Poco despues pasaba Millan por la calle del poniente de la plazuela de la Moneda, es decir, por la de Teatinos, en direccion del reñidero de gallos, situado entónces en la esquina noreste de la que es ahora plaza de abastos. Tenia para ese mismo dia una pelea *armada*, i llevaba su gallo él mismo, lo que no era raro entónces.

Al pasar por allí vió a don José Miguel Carrera, que, vestido con su gran uniforme de húsar, se paseaba a lo largo de la plazuela con otra persona mas, pero seguido a distancia por algunos curiosos, jente toda del pueblo; siendo este barrio poco frecuentado entónces.

Era en ese dia oficial de guardia del cuartel el capitan Barainca, dueño o administrador de la chacra de este nombre, ahora seminario. En ese momento estaba en la cochera inmediata al cuartel, que servia de habitacion a los oficiales de guardia.

Los revolucionarios, cosa combinada, mandaron tres individuos a solicitar de Barainca una órden para que el mayordomo de la chacra recibiera algunos caballos a talaje. Apénas Barainca se puso a escribir la órden, uno de los comisionados, que se habia quedado en la puerta de la cochera, hizo una seña a otro, que, situado en la esquina, la repitió a un tercero que la aguardaba en la puerta del patio donde estaban los amotinados, entre los que habia varios oficiales i soldados del ejército.

Salieron inmediatamente: al llegar a la puerta del cuartel i habiendo encontrado una resistencia obstinada en el sarjento Gonzalez, fué muerto de un balazo por don Juan José Carrera, i el cuartel quedó, sin otra resistencia, en poder de los asaltantes.

Barainca no pudo impedirlo porque los del *rancho* se lo estorbaron.

Sin mas que este movimiento parcial hubo cambio de gobierno. ¿I quién se habria atrevido a moverse contra los que se habian *tomado* la artillería?

Por espacio de cuarenta años los revolucionarios de Santiago no se separaron una línea de esta idea,—dígalo el 20 de Abril de 1851. Se creia que el que *se tomaba la artillería* podia echarse a dormir: todo era suyo...

Como es natural, despues del triunfo vinieron los ascensos. Al sarjento Picarte, que habia tenido en él una parte importante, se le dió el *grado* de alférez. Al sarjento Millan, que solo cooperó con su silencio, se le premió con el ascenso de alférez *efectivo*.

Esta conducta de Carrera, que encierra una alta leccion, no necesitamos esplicarla a nuestros lectores. Ella nos trae a la memoria un hecho análogo

de Napoleon, que ha sido mui encomiado por los historiadores i que por sabido callamos.

Picarte i Millan estaban llamados a representar un noble papel en nuestra historia militar.

Millan tiene una hermosa pájina en el sitio de Chillan i el de Rancagua.

Picarte llevó una vida llena de contratiempos i espuesta a grandes peligros, que siempre arrostró con valor heróico. El motin de la guarnicion de Valdivia, sofocado por él solo, con una prontitud i enerjía inauditas, seria suficiente para colocarlo entre nuestros mas notables militares.

El año de 1830 cayó con el partido liberal a que pertenecia: ocupó su lugar entre los jefes i oficiales que dió de baja el ministro Portales.

Despues de esto, en una transaccion *iniciada* entre el partido liberal i el gobierno, Portales habia indicado a Picarte para intendente de Coquimbo; pero una trama revolucionaria, descubierta en esos dias, i en que Picarte apareció complicado, dió en tierra con esa combinacion.

Portales, al saber algo mas tarde que se hallaba gravemente enfermo i sin recursos, hizo llegar hasta él una suma considerable, (500 pesos) ocultándole cuidadosamente quién le prestaba este servicio. No fué esta la única prueba de la predileccion con que lo miraba.

Millan se retiró del servicio activo con el grado de teniente coronel. Picarte habia llegado a coronel cuando se le dió de baja. Sin la interrupcion de su carrera, habria sido mui pronto jeneral. Su carácter serio, su talento i su valor lo llamaban a ocupar los primeros puestos del ejército, a que entónces no se llegaba con tanta facilidad como en el dia.

Don Luis Carrera

En 1815 se encontraba en Buenos Aires don Luis Carrera. Asistió una noche al único teatro que habia entónces, inmediato a la iglesia de la Merced i que ha desaparecido. Se representaba *El Chismoso*, comedia de costumbre, cuyo protagonista desempeñaba el célebre actor Ambrosio Morante.

Dos Luis ocupaba una luneta bajo un palco en que estaba una familia con varios niños de corta edad. Como era natural, i por el poco cuidado de sus padres, no solo hacian ruido con sus conversaciones, sino tambien con sus contínuos movimientos, subiendo i bajando a la barandilla del palco.

La situacion que ocupaba Carrera i el poco cuidado que se tenia con los niños lo hizo fijarse, previendo lo que no podia ménos de suceder. En una disputa por ocupar el lugar mas alto, uno de ellos, de edad de tres o cuatro años, cayó a la platea.

Apénas lo vió Carrera, i aun antes de que la madre diera un grito, se puso de pié para recibirlo. La poca altura del palco i su talla aventajada facilitaron la operacion, pero no sin que al vecino que tenia a su izquierda le pisara un pié con fuerza.

Esa persona desahogó su dolor diciendo: *¡Badulaque!* Miéntras don Luis ponia al niño en manos de su padre, subiéndose para esto sobre su asiento.

En seguida se dió vuelta i preguntó al sujeto aquel:

—¿Con quién habla usted?

—Con usted, por impolítico...

Correra dió por única contestacion a su interlocu-

tor un gran bofeton a mano abierta que resonó en todo el teatro.

El público, sobre todo el de la platea, se levanto para gritar contra el que aparecia como único agresor, pues las pocas personas que estaban en autos de lo sucedido no podian hacerse oir, ni tomaban en esto mucho empeño por temor a la inmensa mayoría, prevenida contra Carrera por imputaciones calumniosas, i aun no desvanecidas del todo, sobre su lealtad en el desafío con el coronel Mackenna; a lo que debe agregarse que el abofeteado era arjentino... Este a su vez habia hecho uso de su baston, pero con poco éxito.

La representacion fué interrumpida por algunos minutos.

Esto sucedia en el último acto de la comedia. Durante el intermedio i el sainete,—*La muerte del Diablo*,—ninguno de los dos contendores se movió de su asiento, atrayendo sobre sí todas las miradas del público.

Concluida la funcion, don Luis esperó para salir que se despejase la platea; pero, viendo que nadie se movia, i que se manifestaba cierta impaciencia en el público, se dirijió a la única puerta que tenia el teatro; pero ántes de salir a la calle, una voz dijo, dirijiéndose al piquete de guardia:

—¡Ese es, sujétenlo!

Apenas oyó esto Carrera, se dirijió a la pared de la izquierda, que daba frente a la guardia, i metiendo ámbas manos a los bolsillos de los pantalones, como en ademan de sacar armas, contestó mirando a la concurrencia:

—¿Quién me sujeta?

Todos los curiosos estaban del lado de adentro

del teatro, i en el zaguan solo se veian la guardia i Carrera. La actitud amenazante de éste impuso a todo el mundo; pero no era esto solo: el padre del niño, despues de darle las gracias desde el palco, bajó a la platea, i acercándose a todos los corrillos, contaba conmovido el suceso; por consiguiente se habia efectuado una reaccion, en una parte del público, favorable a Carrera.

A su pregunta, i despues de un corto silencio, el mayor Ramirez, que mas tarde conocimos de coronel de artilleria (año 25), contestó:

—Señor Carrera: si usted da su palabra de presentarse mañana a las 12 en la comandancia de armas, puede retirarse sin ningun inconveniente.

— ¡Corriente! contestó Carrera.

I todo concluyó esa noche.

Al siguiente dia concurrió a la cita. Lo esperaba su adversario, el padre del niño i éste mismo, que al ver a Carrera corrió a él presentándole un ramo de flores i pidiéndole, a nombre de su madre, permiso para besarle las manos.

Las primeras palabras de la entrevista fueron agresivas por ámbas partes; pero todo se arregló amigablemente por el interes que en ello tomaron aun personas estrañas.

Se exijió a los dos actores que dejaran al menos por un mes de concurrir al teatro: Carrera contestó:

—¡Anoche me he despedido del teatro para siempre!

Don José Miguel Carrera

Cuando en Abril de 1818, tenia lugar en Chile la victoria de Maipo, se encontraba asilado en Montevideo don José Miguel Carrera, que un año ántes i con gran trabajo i peligro habia podido escaparse de un buque en que el gobierno arjentino lo tenia preso en la bahía de Buenos Aires.

Los gobiernos chileno i arjentino se prestaban estos servicios mútuos. Las prisiones arjentinas estaban abiertas para los chilenos hostiles al gobierno de nuestro pais; las de Chile lo estaban para los arjentinos que se encontraban en el mismo caso....

La familia Carrera era perseguida en Chile con mas encarnizamiento i crueldad que los mas decididos partidarios del rei de España.

El gobierno se habia echado sobre todas sus propiedades, dejándola perecer en el destierro, i aun en Chile, falta de todo recurso. Si esta política era inevitable, fatal, no nos toca a nosotros decidirlo.

Don Juan José i don Luis, sorprendidos en su tránsito para Chile en meses anteriores, permanecian presos en Mendoza, donde se les seguia una causa con mucha lentitud, por conspiracion intentada desde su prision.

A fines de Marzo del mismo año llegó a ese pueblo la noticia del descalabro de Cancha Rayada, que puso a Chile al borde de su ruina.

Fué trasmitida con toda celeridad a Buenos Aires i a Montevideo.

Como era natural, aquel suceso causó en los ánimos gran zozobra. Un correo posterior de pocos dias consoló a los patriotas, haciéndoles saber que una

gran parte de las fuerzas dispersas en Cancha Rayada se encontraba reunida mui próxima a Santiago, dispuesta a disputar la victoria al ejército de Osorio.

Don José Miguel, los dos Benavente, don Manuel Gandarillas, don Pedro Vidal, Camilo Henriquez i otros chilenos partidarios de Carrera, asilados, como él, en Montevideo, esperaban con el mayor interes noticias del resultado de la batalla decisiva que se preparaba, como tambien del desenlace de la causa que con tanta calma se seguia a don Juan José i a don Luis, aunque sin temer un resultado sangriento, a que no daba lugar la naturaleza de esa misma causa.

Una mañana, a eso de medio dia, hora ordinaria en que se reunian diariamente los señores mencionados para comunicarse los rumores que cada uno habia recojido en la ciudad, el último que llegó trayendo la noticia que ya todos sabian de la victoria de Maipo, añadió que se decia, aunque con reserva, que don Juan José i don Luis habian sido fusilados el 8 del mes corriente en Mendoza.

Aun cuando no se hallaba presente don José Miguel, ninguno de los otros habia querido añadir, apesar de saberlo, este funesto apéndice..... Por momentos i con la mayor ansiedad lo esperaban, no dudando de que a esa hora no podia ignorar su inmensa desgracia.

La mayor dificultad para dar crédito a la noticia, era, que hubiera llegado desde Mendoza a Montevideo en seis dias i algunas horas; pero luego se supo que el correo que la habia llevado a Buenos Aires desde Mendoza, habia andado aquellas trescientas leguas en cuatro dias i medio.

Este correo, por rara coincidencia, fué el famoso

Escalera, el mismo que diez años ántes habia salvado en veintitantos dias la enorme distancia (creemos que de mil leguas,) que hai de Buenos Aires a Lima llevando la noticia del fracaso de la segunda invasion inglesa.

Tardaba don José Miguel, mas que de costumbre, i ya don Manuel Gandarillas se disponia a buscarlo en casa de don Nicolas Herrera, arjentino i amigo comun, cuando oyeron que desde el zaguan de la casa, casi corriendo, i golpeando las manos, gritaba:

—¡Viva Chile: victoria completa!.....

Al oirlo, todos se miraron con dolorosa sorpresa: pero él, sin fijarse en la espresion indefinible de aquellas fisonomías, añadió:

—¿Qué dicen ustedes de los reclutas chilenos que se baten como leones?

Una sonrisa forzada de asentimiento, sin una palabra articulada, fué la única contestacion..... ¡Todos habian caido en cuenta de su ignorancia!

Entónces, sorprendido i mirando sucesivamente a todos, dijo:

—¡Cómo! ¿Se han convertido ustedes en godos acaso?

Como nadie contestaba, añadió.

—¿O hai algo mas que yo no sé?

El mismo silencio.

—¡Ah! ¡Han fusilado a alguno de mis hermanos!... ¿A los dos quizá?... Sí, ¡no me digan nada!

I dando un gran golpe con ámbos puños en la pared, permaneció vuelto a ella un largo rato, dando libre curso a sus lágrimas.

En seguida tiró el sombrero, añadiendo:

—Basta de lágrimas; los vengaré o perderé la vida!...

Desde el siguiente dia empezó a cumplir su palabra, i sus escritos, vehementes hasta entónces, fueron en adelante incendiarios. Esto no era bastante: luego cambió la pluma por la espada, que no dejó de la mano hasta concluir su vida en el mismo pueblo, en la misma plaza i en el mismo rincon en que tres años i medio ántes la habian perdido sus hermanos.

El año 19 vimos en la pared oriente de esa plaza, las huellas de las balas que habian atravesado el pecho a los primeros; el año 24 vimos aun las que habian dejado las que atrevesaron el suyo...

Entre Chacabuco i Maipo

VIRUTAS HISTÓRICAS

I.—El 20 de Marzo de 1818, entre doce i una de la noche, hablaba con el centinela (que entónces no faltaba en la esquina de la antigua cárcel) don Francisco Fontecilla, intendente de Santiago. A ese tiempo pasaba por allí el teniente de artilleria de Chile (habia entónces un cuerpo de artilleria de los Andes) don Antonio Vidal. Despues del saludo, Fontecilla dijo a Vidal:

—Acompáñeme usted hasta la Cañada, nombre que entónces tenia la Alameda de las Delicias.

La ciudad estaba silenciosa como un cementerio.

Nadie ignoraba que el encuentro de nuestro ejército con el realista, debia tener lugar en esos momentos, i que del éxito de una batalla estaba pendiente la suerte de Chile. Çomo siempre, en esos

casos, circulaban rumores mas o ménos alarmantes.

Los godos no disimulaban su alegria, no solo por la retirada de nuestro ejército, despues de la sangrienta derrota de Talcahuano, sino tambien por el considerable refuerzo recien llegado del Perú a los realistas, con el que venia Osorio, el vencedor de Rancagua.

Fontecilla i Vidal tomaron la direccion de la calle del Estado. Al llegar a la plazuela de San Agustin, les llamó la atencion el paso de un caballo cansado i con las herraduras rotas, que venia del lado de la Cañada en direccion a la plaza de Armas. De comun acuerdo, ámbos se ocultaron en el rincon que ocupaba, como ahora, la porteria del convento. El ruido de un sable les advirtió que el que montaba el caballo era un militar, al cual saliéndole al encuentro, preguntó Vidal:

—¿Quién vive?

—La patria.

—¿Qué jente?

—Oficial del ejército

—¡Alto!

Al acercarse a él, conocieron que hablaban con Samaniego, teniente de caballería, chileno i mui conocido en Santiago.

Sorprendido el intendente de aquel inesperado encuentro, preguntó:

—¿De dónde viene usted?

—Del ejército.

—¿Dónde está el ejército?

—Anoche estábamos cerca de Talca; pero a las nueve nos asaltaron los godos i nos han dispersado completamente.

—Apéese usted i marche para San Pablo.

Samaniego quiso añadir algo, pero se le hizo callar por el teniente Vidal, diciéndole:

—¡Obedezca usted al intendente!

Este silencio no fué interrumpido en todo el camino.

II.—En San Pablo estaba acuartelado un rejimiento de caballería de milicias, que mandaba don Pedro Prado, vocal de una de las antiguas juntas; pero que en ese momento no estaba en el cuartel, i no costó poco trabajo que el teniente don Juan María España, oficial de guardia, abriera la puerta. Conseguido esto, las tres personas mencionadas se encerraron en la mayoría, donde Samaniego dió todas sus esplicaciones sin vacilacion alguna, añadiendo al terminar:

Tras de mí viene todo el ejército.

La mayor dificultad para el señor Fontecilla era que en 28 horas hubiera podido este oficial recorrer las 80 leguas que entónces se suponian entre Talca i Santiago. A esto contestó Samaniego, que las veces que habia cambiado caballo para acelerar su viaje, lo pedia en nombre del gobierno, mostrando un papel que decia ser un oficio urjente, pero callando lo sucedido.

Al retirarse el intendente, dió órden terminante de poner al preso dos centinelas, prohibiendo toda comunicacion.

De ahí se dirijió, siempre seguido del teniente Vidal, a casa de dos o tres personas de alta posicion para referirles lo sucedido, pero dudando de la verdad. Al llegar a la casa de la última de estas personas, ya viniendo el dia, la encontró en pié i con la noticia que acababan de darle, de que don Bernardo

Monteagudo, auditor del ejército, habia llegado, refiriendo el mismo suceso, con pormenores aun mas alarmantes que los que ellos sabian. Ya no era posible la duda i solo se trató de ocultar la catástrofe al público.

Todas las precauciones, sin embargo, fueron inútiles, pues el 21, Sábado Santo, a las diez de la mañana, las noticias de nuestro ejército estaban en boca de todo el mundo, con dolorosos pormenores.

La noche de ese dia i la del domingo inmediato fueron aterradoras. Algunas tiendas de comercio fueron saqueadas, teniendo esta preferencia las de algunos entusiastas patriotas. Pero nada mas siniestro que ese mismo domingo. Al medio dia empezó a levantarse una nube de polvo por el lado del sur, próximo a la ciudad, que por momentos se hacia mas densa, aumentando el espanto de los habitantes de Santiago.

III.—Entónces el llano de Maipo no tenia un solo arbusto i sus siete leguas de anchura no eran mas que un arenal no interrumpido entre el Mapocho i el Maipo, por no correr por esa gran estension ni un hilo de agua.

Esa polvareda la levantaba la multitud de jente de a caballo i de a pié de los pueblos del sur, que buscaba un asilo en la capital.

Entre esa multitud de familias, pobres casi en su totalidad, venian gran parte de soldados i no pocos oficiales del ejército mas brillante que hasta entónces habia tenido Chile. Lo que mas desconsuelo causaba era ver ese sin número de militares avergonzados i abatidos, sin formacion alguna, i la mayor parte desarmados; que en lugar de tomar cuarteles

en Santiago, pasaban de largo, en direccion al norte, es decir a Mendoza, que miraban como el único punto de seguridad.

El 23, dia lunes, puede decirse que todo el mundo se disponia a emigrar en esa direccion. El que estas líneas escribe tuvo un buen empeño para incorporarse en el equipaje del jeneral O'Higgins, que marchó en direccion a Mendoza a cargo del padre Jara, relijioso domínico.

Compramos en *doce reales* una yegua, o mas bien, una armazon de yegua, que con gran trabajo nos condujo hasta inmediaciones de Santa Rosa de los Andes, de donde regresamos despues, al saber el triunfo de Maipo. En nuestra compañia iba un cadete, mas tarde jeneral, que despues vimos *condecorado* con la medalla que se concedió a *los vencedores de los vencedores de Bailén*... Así se dan a veces los premios, i no será este el único caso de ese jénero a que nos referiremos en el presente artículo.

IV.—En estas circunstancias apareció don Manuel Rodriguez, que infundió aliento en unos i desconfianza i recelo en otros.

Este personaje, que tanto contribuyó a la restauracion de nuestra patria, fué relegado al olvido despues del triunfo de Chacabuco:—decimos mal, en el tiempo que corrió desde esa batalla, hasta la de Maipo, se le tuvo presente para perseguirlo sin descanso; pero no es esto lo mas raro, sino el empeño que se ha puesto en atribuir al jeneral San Martin la parte principal en estas persecuciones.

Tan léjos está esto de la verdad, que en todas las dificultades que se ofrecian entre el gobierno de don Bernardo O'Higgins i Rodriguez, éste acudia a San

Martin, que siempre se prestó gustoso a zanjarlas. San Martin no solo dió a Rodriguez pruebas de cariño, sino de confianza, nombrándolo auditor de guerra del ejército que organizaba en Las Tablas, pocos meses ántes de la batalla de Maipo.

Nadie ignora quién fué el que solicitó al capitan Zuluaga, arjentino, i mas tarde al teniente Navarro, español, ámbos del batallon 1.° de los Andes, para asesinar a Rodriguez.

Cuando esto sucedia, San Martin estaba en Buenos Aires, donde llegó la noticia de la muerte de Rodriguez con posterioridad.

Se ha dicho por algunos, que aquel jeneral dominaba en Chile con su ejército, sin recordar que el ejército arjentino, despues de la batalla de Maipo, era inferior al de Chile en mas de mil hombres; pues de los cuatro mil con que contaba en Chacabuco, habia perdido cerca de mil en las campañas del sur, anteriores a la batalla de Maipo; esto sin contar que el jeneral O'Higgins era director supremo de la república.

No fué San Martin, quien, tres años mas tarde i residiendo en el Perú, dió un alto grado en el ejército de Chile al gobernador de Mendoza, Godoi Cruz, que fusiló a don José Miguel Carrera; acompañado este nombramiento de una rica casaca, correspondiente al empleo. Como el grado se evaporó mas tarde, la casaca corrió la misma suerte, viniendo a parar al teatro de Santiago, donde murió entre los desechos del actor Peso, a quien le fué vendida por su dueño, emigrado en Chile. La tal casaca habia ocasionado un mal rato en Buenos Aires a su poseedor, por haber tenido el arrojo de presentarse en paseo público de gran parada.

Llamó la atencion, sobre todo, por su alta graduacion i por ser desconocido de todo el mundo.

Al dia siguiente se le notificó por la Comandancia de Armas la órden verbal, de no volver a presentarse en público con ese traje. A esta órden, hemos oido en Buenos Aires añadir palabras que por su dureza creemos inverosímiles.

V.—Como todos saben, el pueblo, o lo que se llama tal, asoció a Rodriguez con el coronel don Luis Cruz, que momentáneamente reemplazaba en el mando supremo de la república al jeneral O'Higgins. Contando con los recursos que este cargo le proporcionaba, organizó un rejimiento de caballería de quinientas a seiscientas plazas, que llamó *Húsares de la Muerte*. Los oficiales, en su totalidad eran carrerinos, lo que no era una garantía de fidelidad para San Martin ni O'Higgins, pues estando don Juan José i don Luis a cien leguas de Santiago, presos en Mendoza, no era imposible que ámbos se presentaran el dia ménos pensado en Chile, donde contaban con numerosos i decididos partidarios, aun en el ejército.

Tan cierto es esto, que el frances don Ambrosio Crammer, teniente coronel i comandante del batallon 8 de los Andes i el italiano don José Rondizzoni, sarjento mayor del número 2 de Chile, fueron separados violentamente de sus puestos en esos dias por sospechas de carrerismo, pues ámbos habian venido de Norte-América con don José Miguel.

En esa misma época se hizo igual cosa con el jeneral frances Brayer, últimamente incorporado a nuestro ejército, i que, habiendo venido del mismo punto con Carrera, se prestaba a las mismas sospechas.

A esta última separacion se le dió como motivo el

mal éxito del asalto de Talcahuano, en Diciembre del año anterior; sin embargo, de que la empresa se acometió con aprobacion i bajo las órdenes del jeneral O'Higgins, jefe del ejército i Supremo Director, siendo Brayer jefe de estado mayor. Pero, como es sabido, en estas desgracias siempre se busca a quien echar la culpa, i, ¿quién mas a propósito para este caso que un estranjero, i a mas de esto, carrerino?

Brayer, pues, fué el *autor esclusivo* de uno de los mas grandes descalabros que sufrió nuestro ejército en la guerra de la independencia, i una licencia de pocos dias que pidió para tomar los baños de Colina, fué el motivo ostensible para separarlo del ejército, apesar de haberse presentado siete dias ántes de la batalla de Maipo solicitando su incorporacion.

El habia agriado los ánimos de O'Higgins i San Martin con sus palabras i conducta mas que imprudentes en un militar. En esos dias se le veia a todas horas acompañando a Rodriguez que habia asumido el papel del mas exaltado tribuno.

Sin embargo, este notable jefe de los ejércitos del primer imperio, i que, aunque por algun tiempo perteneció al nuestro, es desconocido de casi todos nuestros lectores. Esto nos obliga a decir algunas palabras sobre su persona.

VI.—Cuando don Miguel Brayer llegó a Chile, en 1817, tendria 48 a 50 años de edad. De elevada estatura i color moreno, tenia la figura mas arrogante i marcial que hemos visto. Su presencia imponia respeto.

En la primera caida de Napoleon fué tratado con mucha consideracion por Luis XVIII, hasta el punto de confiarle el gobierno de Lyon. Desempeñaba este

cargo cuando desembarcó Napoleon de la isla de Elba. Brayer se declaró por él, entregándole ese pueblo importante.

Despues de Waterloo emigró a Norte-América. Allí lo encontró don José Miguel, que, como a otros que se hallaban en el mismo caso, lo solicitó para que lo acompañara en su espedicion a Chile, que no tuvo lugar por haberlo impedido el gobierno arjentino, al arribo de esa pequeña escuadra al Rio de la Plata.

Libres por este contratiempo, la mayor parte de aquellos militares tomaron servicio sucesivamente en el ejército de los Andes, a las órdenes de San Martin.

Napoleon conservó por Brayer gran estimacion hasta sus últimos momentos. En su testamento, que todos conocen, i que el gobierno frances impidió que se cumpliera, le dejaba un legado de cien mil francos.

Antes de la batalla de Maipo se retiró de Chile a Montevideo, despues de una discusion acalorada con San Martin, de cuya presencia se retiró sin saludarlo, habiendo mediado ántes las siguientes comunicaciones.

«Durante una carrera de treinta años de servicios el honor ha sido siempre mi guia. Conducido por mi patriotismo a la América del Sur, creo haber merecido la estimacion del ejército. Bajo este supuesto, me dirijo a V. E. con toda confianza, suplicándole me conceda algun mando en las tropas que se reunen para rechazar al enemigo.

«Mi salud, destruida por heridas graves, me deja solo una existencia dolorosa, cuyos restos ofrezco en obsequio de la independencia del pais que me ha

acojido en mi desgracia. Me atrevo a esperar esta gracia de la jenerosidad i justicia de V. E.

«Dios guarde a V. E. muchos años.

«Santiago de Chile, Marzo 27 de 1818.—MIGUEL BRAYER.—«Excelentísimo Capitan Jeneral don José de San Martin.»

(Contestacion)

«La salud de US. es mui interesante, i por lo mismo, deberá reponerla por medio de una curacion formal; logrado este objeto se proporcionará el destino que US. solicita a beneficio del pais.

«Dios guarde a US. muchos años.

«Cuartel jeneral en el Llano de Maipo, Marzo 29 de 1818.—JOSÉ DE SAN MARTIN.— Señor jeneral don Miguel Brayer.»

A esta contestacion irónica, i demas incidentes, respondió Brayer mas tarde desde Montevideo con un manifiesto que hemos visto sobre su conducta en Chile i sus disidencias con San Martin. La redaccion de este escrito se atribuyó a don José Miguel Carrera.

VII.—Los cinco o seis dias que trascurrieron desde la dispersion de nuestro ejército en Cancha Rayada, hasta la llegada a Santiago de San Martin i O'Higgins, los empleó Rodriguez en armar malamente su rejimiento, con los escasos restos que habian quedado en la maestranza, que apénas habia podido suministrar lo mui preciso para armar los siete mil hombres que habian marchado al encuentro de Osorio.

Las noches las empleaba en recorrer la poblacion i visitar los cuarteles, reducidos en su mayor parte a diez o doce inválidos que los custodiaban.

Los dos únicos batallones de milicias que habia entónces cubrian todas las guardias. Una compañía de comerciantes arjentinos, numerosos en Santiago, acuartelados en San Agustin, rondaban la ciudad i en particular el comercio, amenazado seriamente.

Rodriguez se empeñaba, sobre todo, en desterrar el pánico que se habia apoderado de todo el mundo. Se presentaba a caballo, a cierta distancia, en los cuerpos de guardia donde habia centinelas esteriores, i al preguntársele ¿quién vive? contestaba clavando las espuelas al caballo en ademan de atropellar al centinela.

Al que abandonaba su puesto, que no eran pocos, se le castigaba con un corto arresto, no siendo posible otra cosa por ser cívicos en su mayor parte, o con una burla mortificante. El que se conservaba en él recibia muchos elojios i algunas monedas.

VIII.—A la llegada de O'Higgins i San Martin, a Santiago, Rodriguez se contrajo esclusivamente a la disciplina de su cuerpo, que siendo voluntario i sin sueldo determinado, no tenia mas estímulo que su entusiasmo, contrariado con frecuencia por los pocos i tardíos recursos que recibia. Esto, i la índole política de los que lo componian, lo mantenia a cierta distancia del Gobierno, que lo miraba con mal ojo. Por lo demas, esto le daba cierta independencia poco avenible con la disciplina, sobre todo en esas circunstancias.

IX.—A pesar del entusiasmo que la presencia del

Supremo Director i del jeneral San Martin habia inspirado en muchos, la emigracion iba en aumento, i el camino de Aconcagua no era mas que una fila interminable de jente que abandonaba la capital en direccion a la otra banda. Entre esa multitud, vimos con estrañeza a un valiente jefe arjentino, don Mariano Necochea, que, seis años mas tarde, se cubrió de gloria en Junin, acompañado del célebre médico español Grajales. Una herida casual de una mano, fuera del campo de batalla, era el motivo. ¿No podia esperar en Santiago el último resultado de la contienda? Si esta clase de hombres nos abandonaban sin la menor reserva, ¿quién podria infundirnos aliento? No es, pues, estraño lo que vamos a referir.

X.—Hemos dicho ántes que habia en la capita en ese tiempo dos batallones de guardias nacionales. No tomamos en cuenta un cuerpo de caballería compuesto de *jente decente*, que poco ántes de la batalla se dispersó, yendo algunos de los mas valientes a engrosar el ejército... ¡de Osorio!

De los dos batallones mencionados eran jefes, del núm. 1, don Francisco Elizalde, arjentino, muerto honrosamente en Lircai, en las filas del jeneral Freire. Del núm. 2 lo era don José Santiago Aldunate. Ambos cuerpos ocupaban el antiguo edificio del Instituto. Una tarde, en vísperas de la batalla, se reunieron con gran solemnidad. El señor Elizalde les dirijió un discurso entusiasta i conmovedor, que concluyó por estas palabras: «Ciudadanos: el que esté dispuesto a vencer o morir al lado de nuestro valiente ejército, dé dos pasos al frente». Los dos batallones, sin una sola escepcion, lo hicieron a los gritos de «¡Viva la patria i mueran los godos!» Esa noche

quedaron acuartelados, disponiéndose para marchar. A las cuatro de la tarde del siguiente dia, salieron ámbos cuerpos acompañados por gran parte del pueblo. Alojaron a la salida de la ciudad, formando pabellones, con numerosos centinelas, quizá no tanto para cuidar las armas cuanto a los que las llevaban.

Al venir el dia siguiente, se tocó diana por los cuatro tambores que tenian las dos bandas *reunidas*. A esa hora empezó a notarse que habia mas fusiles que soldados; pero se creyó que, como se habia acampado mui cerca de la ciudad, habrian ido a *remoler* a las inmediaciones, como cuatro años ántes habia sucedido con la desgraciada division de don Manuel Blanco Encalada en Talca, con el enemigo al frente. Pero despues de hacer circular en todas direcciones a los tambores, tocando llamada por mas de una hora, se cayó en cuenta de que la tropa que habia formado, no era suficiente ni para acarrear al cuartel los fusiles sobrantes.

En vista de esto, se determinó volver a la ciudad, pero esperando la noche para ocultar al público lo sucedido, i trayendo los fusiles en carretas.

XI.—En esos dias, el teniente del número 3, don José Antonio Alemparte, herido de gravedad en el asalto de Talcahuano, se hacia conducir a la Plaza de Armas en una silla, i con voz casi estinguida, trataba de excitar el entusiasmo i la venganza contra los invasores.

Desde la catástrofe de Cancha Rayada los jefes del ejército i don Bernardo O'Higgins, como los demas, tenian un temor:—*un asalto nocturno*.

La víspera de la batalla preguntaba el Director al teniente Vidal, que venia del campamento:

—¿Cómo está el ejército?

—Bien, señor, si no nos embisten de noche.

Don Bernardo movió la cabeza en signo de asentimiento, pero sin decir una palabra.

A este respecto se referian varios incidentes que confirmaban este temor.

Se dió por fin la batalla. Hubo un momento de vacilacion en el ejército patriota, cuando el magnífico batallon Burgos, hizo volver caras a dos de los nuestros, el 7 i el 8. Poco despues la victoria se declaraba por nosotros, i ámbos batallones recuperaban el terreno perdido.

XII.—El rejimiento de Rodriguez no concurrió a la batalla. ¿Cómo se esplica que un cuerpo organizado en los momentos del conflicto i formado por patriotas decididos i de conocido valor, faltaran en su puesto a la hora crítica? No hemos leido a todos los historiadores que han tratado de este episodio de nuestra revolucion, i en los que hemos visto, no encontramos nada que satisfaga ni remotamente esta duda, que debe ocurrirse a todo el mundo.

Sin que el que esto escribe se quiera dar los aires de hombre de importancia, casi está seguro de ser el único que sobrevive a los pocos que estuvieron en el secreto de este hecho, puesto en su noticia por un testigo de toda responsabilidad.

XIII.—El año 31 o 32 llegó a Chile don Ramon Allende, despues de doce años de ausencia, por haber sido desterrado por carrerino en el gobierno de O'Higgins. Este i su hermano don Gregorio, víctima de igual persecucion, habian pertenecido a nuestro ejército desde la campaña de 1813 i habian conquistado gran fama por su raro valor.

A don Ramon, que hace algunos años murió en Valparaiso de comandante de serenos, hemos oido referir lo que vamos a relatar. Adviértase que era capitan del rejimiento de que se trata i por mil motivos amigo de Rodriguez.

XIV.—La víspera del combate se convocó, con la mayor reserva, a una junta a que solo debian asistir el primero i segundo jefe del cuerpo i los capitanes.

La junta tuvo lugar i casi no hubo discusion, porque la uniformidad en las opiniones era completa; de manera que sin la menor vacilacion se convino por unanimidad en no concurrir a la batalla, dando como motivos, entre otros, los siguientes:

El rejimiento estaba, esceptuando la oficialidad, si no toda, malísimamente montado, i con armas la mayor parte inservibles. Este cuerpo, en tales condiciones, debia representar un pobre papel al lado de nuestra numerosa e irresistible caballeria tanto chilena como arjentina, con que contaba el ejército.....

En caso de ganarse la batalla, se trataria de conservar a todo trance el rejimiento, con la casi seguridad de que próximamente debian llegar a Chile don Juan José i don Luis Carrera, presos en Mendoza, pero cuya libertad era inminente. En todo caso se contaba con don José Miguel, libre en Montevideo. En suma, el rejimiento debia ser la base de una revolucion contra aquel órden de cosas, que para ellos no era mas que una persecucion permanente, la cual tomaria mayores proporciones una vez pasada la presente situacion.

Si la batalla se perdia, el rejimiento estaba llamado a prestar valiosos servicios a la patria, retirándose al norte i sublevando esa gran provincia, que mas

tarde ha sido dividida en tres, contra el gobierno español, pudiendo contar desde luego con el denuedo i patriotismo de los aconcagüinos. En todo caso estaban decididos a no emigrar por segunda vez.

Hé aquí, omitiendo pormenores, lo que no solo a nosotros referia el señor Allende, sin reserva alguna.

XV.—Los sucesos posteriores confirmaron la prevision de esos señores. El rejimiento fué disuelto bruscamente, sin esperar que volviera a Santiago de una escursion que se le habia ordenado al sur, a que no habia concurrido su jefe. Esto sucedia cinco o seis dias despues de la batalla.

Diez o doce dias mas tarde de aquel acontecimiento, una reunion pacífica de las personas mas importantes de Santiago, pedia respetuosamente al Director algunas modificaciones en el réjimen estrictamente dictatorial que entónces imperaba.

La contestacion no se hizo esperar; Rodriguez, que se encontraba entre los peticionarios, fué tomado preso i conducido con numerosa escolta al cuartel de San Pablo, de donde no salió hasta un mes despues con el batallon número 1.° de los Andes, con direccion a Quillota. Todos saben que en Tiltil concluyó su viaje... i su vida...

Aquí habríamos terminado nuestro artículo; pero recordamos haber ofrecido decir algo sobre el modo cómo a veces se conceden condecoraciones, i vamos a cumplir nuestra palabra, refiriéndonos a lo que contaba *un condecorado* con franqueza i gracia inimitables.

XVI.—Nuestros lectores recordarán que, cuando el intendente Fontecilla se presentó en el cuartel de

San Pablo, lo recibió como oficial de guardia el teniente Egaña. Pues bien, a este mismo oficial, perteneciente a una familia que por su talento i patriotismo, desempeña un gran papel en nuestra historia, le tocó la guardia del cuartel en vísperas de la batalla de Maipo. Su familia habia emigrado ántes, i se encontraba alojada cerca de la cordillera, esperando el resultado final. El, que no se creia ménos comprometido que su familia, abandonó la guardia i se fué a reunir con ella.

Al verlo llegar, su padre le reconvino duramente por haber abandonado su rejimiento, sin saber en ese momento que estaba de guardia. En la mañana del 6 de Abril llegó la noticia de la victoria. Nuestro oficial, aprovechando la alegría de su padre, le confesó la verdad entera. Nueva pero mas dura reprimenda.

Volvió la familia a Santiago, i en medio del júbilo con que celebraba tan fausto acontecimiento, llega un soldado del rejimiento con una órden del coronel para que el teniente Egaña se presentara a la mayor brevedad en la mayoría del cuartel. La sorpresa de todos fué cual debe suponerse. El padre, impuesto de la órden, se dirijió a su hijo, diciéndole:

—Tu delito no tiene mas que un castigo,—la muerte;—pero en estas circunstancias quizá no te se aplique el rigor de la Ordenanza. Te conmutarán el castigo en un largo encierro en un castillo, gracias a mi amistad con el coronel. Preséntate en el cuartel, veremos lo que se ha de hacer, i avisa con tiempo a dónde se te ha de mandar la cama i la comida.

En ese momento no habia en la casa mas hombre que el padre de nuestro oficial, enfermo de resultas

del viaje, e imposibilitado para acompañarlo. Tuvo que ir solo.

Al cabo de dos horas, volvió el teniente Egaña acompañado de uno de sus hermanos. Apénas los vió el padre, se dirijió al primero preguntando sorprendido.

—¿Qué hubo?

—Nada, señor.

—¡Cómo, nada? Dímelo todo, sin omitir una palabra.

—Apénas me vió el coronel, me dijo: «¿Cómo te va, Juanito? i mi compadre, ¿está bueno?» En seguida añadió: «El jeneral me pide una razon circunstanciada de la comportacion del rejimiento en la batalla, i te he llamado para que la escribas.» Luego dictó el parte; añadiendo al fin una recomendacion nominal de todos los oficiales.

Al oírmelo leer, me dijo:

—¿I tú no te pones?

Viendo que no le contestaba:

—¡Seria orijinal que yo omitiera al hijo de mi compadre! agrega:

«El teniente don J. M. Egaña no se condujo con ménos valor i entusiasmo que los otros oficiales.»

—¿I eso escribiste?

—Sí, señor: me lo ordenó terminantemente.

—¡Bendito sea Dios! ¡i así hai patria!

Por lo demas, el señor Egaña conservaba, segun decia, su medalla con su respectivo diploma.....

Un escritor notable de la República Arjentina nos escribe desde Buenos Aires, con fecha 31 de Mayo de este año, i con respecto a este artículo, lo que sigue:

«Tengo a la vista *La Estrella de Chile*, la que contiene las VIRUTAS HISTÓRICAS, episodios que precedieron a la batalla de Maipo. Su contenido es de una irreprochable verdad, i me consta toda su narracion; porque de alguna parte he sido testigo, i del resto, su notoriedad es su mejor justificacion.

Voi a dar a usted una lijera idea de mi análisis,» etc.

La persona mencionada es el señor coronel don Jerónimo Espejo, alférez de artilleria en Chacabuco, que hizo todas las campañas de Chile hasta su marcha al Perú con el ejército libertador, i a quien San Martin decia, ántes de partir para Europa, en un documento público:

«Le autorizo por el presente para que pueda recordar con orgullo a cuantos participen de los beneficios de la independencia, que tuvo la gloria de ser del ejército libertador... *i lo declaro acreedor al reconocimiento de la patria i de la posteridad*».—SAN MARTIN».

Don Diego Portales

JUICIO HISTÓRICO POR J. V. LASTARRIA

> Si es verdad que en ninguna época se ha tratado tanto de historia como en la nuestra, jamas tampoco la historia ha sido tan sistemáticamente falseada bajo el punto de vista de los partidos i de las escuelas.
>
> LENORMANT.

Con motivo de la publicacion de las MISCELÁNEAS del señor don Victorino Lastarria, de que hablábamos con un amigo nuestro, éste nos remitió en dias pasados un folleto que, con el título que encabeza estas líneas, publicó aquel caballero el año de 1866 i que nos dicen hace parte de esa publicacion.

Desde las primeras pájinas notamos que el autor no ha tenido, al parecer, otro propósito que rebajar el indisputable mérito de aquel eminente patriota a quien tanto debe Chile, i cuyo prestijio aumenta a proporcion de la lejanía de su tiempo i de los aullidos del espíritu de partido.

Sin la capacidad necesaria, i aun sin el tiempo que esto requiere, nos hemos resuelto a *rectificar* mui a la lijera, no todos, sino una parte de los errores que están a nuestro alcance, con hechos positivos i no con cuentos i deducciones antojadizas. En suma, —la injusticia i el encarnizamiento con que se ataca a Portales i a su partido nos han puesto la pluma en la mano.

Advertiremos una vez por todas, que si con frecuencia opinamos de distinta manara que el señor Lastarria acerca de las ideas i actos del partido liberal, no es nuestra intencion atacar al *verdadero* partido que llevó ese nombre, que es conocido en Chile i del que aun quedan pocos pero honrosos restos. Lo que el historiador presenta ordinariamente es una entidad desconocida para los coetáneos de esa época.

I.—Empieza el señor Lastarria por escandalizarse de que se presente a Portales como «el primer estadista de América». Este pecado lo cometia don José J. de Mora, que como sabe el señor Lastarria, no era amigo de Portales.

«Aunque era jóven cuando estalló la revolucion de la independencia, no se apasionó por ella.» No *todos* los jóvenes de su tiempo se apasionaron por la revolucion. Hubo muchos indiferentes i gran número de godos. Portales no fué ni uno ni otro, i mas de un acto de su vida lo prueba.

«El público de entónces se aficionó a cierto gracejo con que *El Hambriento* ridiculizaba a los pipiolos, poniéndoles apodos, notándoles sus defectos personales i hasta sus faltas privadas i sus vicios». El señor Lastarria que menciona a *El Hambriento* para censurarlo, se olvida que ántes de ese periódico publicaban ciertos pipiolos los suyos, con esos mismos adornos, i que primero que *El Hambriento*, en que indebidamente hace tomar parte a Portales, Meneses i Rodriguez, aparecieron *El Monitor Imparcial* i su *Boletin*, *El Pipiolo*, i los asquerosos *Canalla* i *Descamisado*, contemporáneos de *El Hambriento*. Los redactores de esos periódicos, en lugar de la indisputable gracia de este último, no hacian

mas que verter las injurias mas groseras, cuando no, las obcenidades mas repugnantes.

Para anunciar la salida de uno de estos periódicos se ponia una vez en los lugares públicos un aviso que empezaba así, con referencia a don M. Gandarillas:

«Tuerto, borracho, ladron, etc.»

No recordamos si en *El Descamisado* o en *El Canalla* se encuentran unos versos cuyo principio, refiriéndose al mismo caballero, es éste:

«Se me saltó el ojo izquierdo
Con el humor de robar,
De beber i tunantear, etc.

En la biblioteca se encuentra el comprobante de lo que decimos. A don Manuel Renjifo i a otros aun se les trataba peor; pero el señor Lastarria parece creer que solo *El Hambriento* insultaba.

II.—«El partido liberal habia surjido naturalmente de las reacciones i peripecias políticas, etc.» El partido liberal, i aun la palabra, fueron importados en Chile por don Manuel Gandarillas i don Diego Benavente, a su vuelta de Buenos Aires, i el primer periódico que se tituló *Liberal*, fué escrito por Gandarillas.

«El pago del ejército, la contabilidad, la organizacion de los tribunales de su fuero, i todos los demas puntos de este negociado habian sido reglamentados con oportunidad i dilijencia.» Reglamentar no es *pagar*, señor don Victorino. Dirijase usted a cual-

quiera de los militares i empleados de esa época, i ellos le dirán cómo andaba este *negociado*.

Nosotros hacíamos parte de aquel ejército i nuestro sueldo era de cincuenta pesos. Solo recibíamos, como todo el mundo, *buenas* cuentas, las mayores de a veinte pesos.

A nuestro retiro del servicio se nos debia una cantidad considerable, que se nos cubrió con un papel *contra pagarées de aduana*; pero como para que a uno le llegara su turno, era necesario *hacer cola*, i como a esta cola no teníamos esperanza de verle la raiz, por el inmenso número de acreedores mas antiguos, tuvimos que vender nuestro documento, perdiendo por lo ménos la mitad, al señor don Manuel Huci, próximo a ser ministro de Hacienda. El negocio de compra de papeles lo hacian varios especuladores, de quienes eran víctimas casi todos los empleados.

«La sublevacion militar que destronó a los liberales en 1829, vino a encontrar en pié esos preciosos trabajos, etc.» El señor Lastarria llama *sublevacion militar* a una revolucion nacional apoyada únicamente en un batallon incompleto, el Carampangue; en el rejimiento de Granaderos a caballos, igualmente incompleto, i en dos piezas de artillería, situada toda esta fuerza en el sur de la república. El gobierno tenia a la mano tres batallones, tambien incompletos, Chacabuco, Maipú i Pudeto; el rejimiento de Cazadores, el escuadron de Coraceros, dos batallones de guardias nacionales, i una numerosa ártilleria, contando dos compañias situadas en Valparaiso. No contamos un rejimiento o escuadron, los *hilvanados*, que se organizó en esos dias para reemplazar a los cazadores que con toda calma i en medio del día

salieron de su cuartel situado, puede decirse, en el mismo palacio presidencial, para incorporarse a la division sublevada. La fuerza total con que se movió del sur el jeneral Prieto, no llegaba a mil hombres, miéntras el gobierno tenia todo el resto del ejército, que segun el señor Lastarria lo ha dicho ántes, ascendia a tres mil quinientos hombres; a lo que debe agregarse sus brillantes jefes i oficiales, que sin agravio de nadie, puede decirse, no los ha tenido superiores posteriormente nuestro ejército.

Noten nuestros lectores que a esto llama el señor Lastarria *sublevacion militar*, miéntras el motin de Quillota, sin ninguna ramificacion segun dice, lo llama *revolucion*. Don Federico Errázuriz en su MEMORIA sobre el año 28 dice que la revolucion del 28 es la mayor despues de la de la Independencia.

III.—«El Congreso liberal instalado en 25 de Febrero de 1828, habia cerrado sus sesiones el 2 de Febrero de 1829, despues de haber dado la Constitucion de la república i las leyes principales para su planteamiento, inclusa la lei sobre abusos de libertad de imprenta, la mejor i mas sábia que hasta ahora se haya dictado en los Estados que han tenido la pretension de reglamentar el uso de la palabra escrita.» Esta lei de imprenta que tanto alaba, i con razon, el señor Lastarria, rijió durante toda la administracion del gobierno *reaccionario* de Prieto, i cinco años del gobierno *conservador* de Búlnes. Fué reemplazada por la que ahora tenemos, año de 1874, por los *recientes* amigos del señor don V. Lastarria i contra la decidida oposicion de los *retrógrados* Tocornal i García Reyes.

«Pero nada mas digno de atencion, entre esos

trabajos públicos, que la Constitucion sancionada por aquel Congreso, (él de 1828). No es ésta ocasion oportuna de analizarla, pero sí lo es de espresar un voto de admiracion i gratitud por aquellos lejisladores, etc...» Para ser justo, señor Lastarria, su voto de admiracion debia principiar por don José J. de Mora, autor único i esclusivo de esa Constitucion. Su voto de *gratitud* debe ser para aquel Congreso que solo *sancionó* la Constitucion.

«El gobierno habia ensayado sin tino la clemencia i el rigor, i al lado de los patíbulos de Trujillo, Paredes i Villegas, oficiales subalternos sorprendidos en conspiraciones militares, habia puesto el perdon de otros conspiradores mas tenaces i el disimulo de las faltas i de las traiciones de persónajes que contaba por amigos.»

Aquel gobierno solo fusilaba soldados, cabos i sarjentos. Tambien fusilaba *subtenientes*, con tal que hubieran principiado su carrera *desde soldados*.

A los conspiradores de mas graduacion i nobleza, aunque fueran reincidentes, se les hacia dar un paseo, por pocas semanas, en algun pueblo subalterno, con su sueldo respectivo, por supuesto.

El gasto del patíbulo lo costeaba *la vil multitud* o *la clase abyecta*, como llaman al pueblo los liberales de 1825, en un Manifiesto: *Los Estratócratas*.

IV.—«El ejército insurrecto habia llegado hasta las puertas de la capital a fines de 1829. Se apellidaba *Libertador*, en tanto que los fautores de esa revolucion no tenian otro propósito que reaccionar contra la única administracion liberal que habia tenido la república». De manera que para el señor Lastarria la administracion del jeneral Freire, en

que por primera vez se daba a Chile libertad de imprenta, sufrajio al pueblo i *elecciones libres*, no fué liberal, i esto apesar de haber tenido por ministros a don Joaquin Campino, a don Ventura Blanco, a don José Maria Novoa, a los jenerales Rivera, Pinto, etc. Nosotros creíamos que si no en mérito de todo esto, a lo ménos por haberse efectuado entónces dos hechos mui *liberales:* el asalto *a media noche* a los bienes de la Iglesia, i el destierro de un obispo, por motivos ridículos, deberia el señor Lastarria acordar sus simpatías a esa administracion. En cuanto al primer atentado vemos, sin sorpresa, que mas adelante tiene la aprobacion del señor Lastarria.

No estará demas que se sepa que cuando aquel destierro tuvo lugar, el Director Freire se encontraba en Valdivia, de paso para Chiloé, i que el principal autor de esta medida fué don J. M. Infante, a quien el obispo Rodriguez habia llamado dieziseis años ántes, en presencia del presidente Toro, *rotoso*....

La intemperancia liberal que se ha apoderado últimamente del señor Lastarria, es capaz de conducirlo hasta negar el liberalismo de Marat, Carrier, Fouquier Tinville i Ca.

«El presidente Pinto no habia tomado una sola medida contra la insurreccion, i ántes bien, habia dejado el puesto, haciendo una renuncia en que formulaba como causales de su separacion las mismas que los revolucionarios invocaban para justificar su movimiento. No era estraño: una fraccion de los pelucones, que entónces se llamaban de los o'higginistas, se habia aprovechado de la liberalidad i de los puestos que en él tenia para insinuarse en el ánimo del jeneral Pinto, etc.» Algunas líneas mas adelante se lee: «El ilustre jeneral Freire se habia negado a

mandar aquel puñado de valientes (el ejército liberal), porque sus relaciones con Benavente i los demas estanqueros lo tenian neutralizado, etc.»

El señor Lastarria es inflexible, una fraccion de o'higginistas, disponia a su antojo del jeneral Pinto, hasta el estremo de hacerle llamar *infractores* de la Constitucion a sus amigos los *liberales* que componian la inmensa mayoria del Congreso.

Don Diego Benavente *i algunos estanqueros*, disponian tambien del jeneral Freire. Los convertirá en autómatas ántes de confesar que esos jefes importantes volvieron la espalda al partido liberal en fuerza del descrédito que ciertos hombres le imprimian, esterilizando los esfuerzos de honradez i patriotismo del jeneral Pinto.

«La votacion del Congreso debia determinar la eleccion de vice-presidente. Dos o'higginistas, Ruiz Tagle i el jeneral Prieto, al cual habian logrado aquellos colocar en el mando del ejército, habian obtenido votos con don Joaquin Vicuña, que era el candidato liberal. El presidente se empeñaba por el primero, pero el Congreso elijió al último. Hé aquí la causa del rompimiento entre el Congreso i el Presidente. Los o'higginistas no se conformaron i la revolucion estalló aclamando la nulidad de la eleccion i protestando contra el despotismo del Congreso.»

Para ser mas lacónico i exacto debia el señor Lastarria haber dicho: no habiendo obtenido ninguno de los candidatos a la vice-presidencia los votos requeridos, i teniendo el Congreso en estos casos la facultad de elejir entre ellos, fué elejido por la mayoria *liberal* el que habia obtenido *ménos votos* en las elecciones populares, porque así convenia al par-

tido, que no era tan necio como los electores que se habian pronunciado por Tagle que no era de la cofradía.

Despues de los tratados de Ochagavía i ántes de la batalla de Lircai, hace el señor Lastarria la siguiente observacion:

«Aquella era propiamente la primera guerra civil que habia manchado la historia de Chile despues de su independencia.»

La palabra *propiamente* se ha puesto aquí, con la intencion de no tomar en cuenta la batalla dada a inmediaciones de Santiago, entre los Carreras i O'Higgins en 1814, con la circunstancia agravante de que cuando esto tenia lugar, el ejército de Osorio venia, puede decirse, sirviendo de retaguardia a la division del último. Allí se vió con dolor pelear en distintas filas a los dos hermanos Freire; don Ramon, teniente entónces, venia con O'Higgins.

No tomamos en cuenta la revolucion de Figueroa, anterior, i que se encuentra en el mismo caso.

«La policia de Santiago, despues de la caida del partido liberal, quedaba organizada para perseguir, por medio de un reglamento que atribuia a los vijilantes numerosas i temibles facultades. El ejército estaba bien pagado, etc.»

La organizacion de la policia tambien es un cargo que el señor Lastarria hace a la administracion de Portales. Tiene razon: cuánto mejor estábamos dos años ántes, cuando era preciso felicitarse el dia en que en el pórtico de la cárcel solo aparecia *un* cadáver apuñaleado, cuyo asesino quizá estaba entre los curiosos espectadores, o cuando, como ántes hemos dicho, el canónigo Navarro decia en plena cámara, en presencia de varios jueces:

—Este año, 1828, hemos tenido *ochocientos asesinatos* en Santiago!!

Atengámonos a las primeras palabras: «la policia de Santiago quedaba bien organizada:» lo demas no es otra cosa que las mismas majaderias que aun hoi se repiten contra ese cuerpo.

El señor Lastarria dice que el ejército estaba *bien pagado.* ¡Pobre ejército! Esto prueba que *ántes* no lo estaba, lo que daba lugar a contínuos motines de cuartel i a escenas ridículas en los congresos, que no lo referimos por vergüenza i por no alargar mas este escrito. Desde el año 30, desapareció de las puertas de *las cajas*, ahora Correo, una nube de oficiales que obstruian el paso a todas horas del dia para preguntar, siempre inútilmente, ¿hai plata? Es de advertir que cuando habia solo era para recibir *buenas cuentas*, que lo que era sueldo íntegro, jamas.

En ese tiempo don José Miguel Infante presentó una mocion a la Cámara, que debe estar en el archivo, para que las entradas fiscales se repartieran entre *todos* los empleados, rata por cantidad; pues, segun decia este señor, las oficinas pagadoras habian dado en la flor de pagarse íntegra i mensualmente, lo que ocasionaba disminucion para los otros, que eran pagados como ya hemos visto. No faltan viejos en el dia que, cuando se trata de algun negocio con un militar lo miran de arriba abajo, porque creen que aun estamos en aquellos tiempos felices.

«En Setiembre de 1830 habia devuelto (el gobierno) a las comunidades de regulares los bienes que por la lei de Setiembre de 1826 se habia mandado vender, tomando aquella resolucion a consecuencia de las solicitudes que al efecto habian hecho las municipalidades de Santiago i Concepcion, i que el Eje-

cutivo habia recomendado. Esta manera de iniciar reformas retrógadas por medio de solicitudes, etc.» En el diccionario político i económico del señor Lastarria, *retrógrado* significa devolver lo ajeno, sobre todo cuando es robado. Dios nos libre de que las teorias del señor Lastarria hagan fortuna en Chile.

«La porcion retrógrada de nuestra sociedad, por tanto, ha tenido varios hombres grandes de su gusto que admirar, pero ningun estadista a quien la historia deba aplausos.»

¿No nos haria, el historiador, la gracia de decirnos cuántos estadistas ha producido *su porcion* liberal?

«Los documentos públicos de esa época nos dan, pues, noticias de cinco revoluciones abortadas en ese tiempo mismo, etc.» El señor Lastarria que nos da cuenta de cinco revoluciones *abortadas* en dos o tres años en tiempo de Portales, haria un servicio a la historia, enumerando las que tuvieron lugar desde 1827 a 1829. Estas últimas no abortaban, a pesar de su repeticion; nacian a su debido tiempo, i por consiguiente dieron sus verdaderos resultados de hacha i bala.

En tiempo de ese gobierno tuvo lugar una revolucion de nuevo jénero, la de *los inválidos*, por falta de pago. Tambien costó sangre sofocarla, por el coronel Rondizzoni, brillante oficial de Napoleon.

VIII.—Al hablar el historiador de la espedicion que desde el Perú emprendió el jeneral Freire sobre Chiloé en 1836, dice: «La gran mayoria de la nacion, no obstante, estaba a la espectativa de los sucesos, haciendo votos en el fondo de su corazon por el buen éxito de la empresa de los liberales, cuyas desgra-

cias los habian hecho altamente simpáticos; pero como el temor inspirado por la política del gobierno, habia aniquilado el espíritu público e introducido la desconfianza, todos callaban i disimulaban sus esperanzas.»

El señor Lastarria atribuye a los liberales en esta empresa una parte principal, i, sin embargo, la verdad es que nada hicieron ni ántes ni despues de emprendida, siendo todo ello, obra sola del jeneral Freire; i esto es tan cierto, que ántes de hacerse a la vela, se dirijió desde Lima con preferencia a don Diego Benavente i a otros que no eran liberales, i con quienes no estaba hacia mucho tiempo en relaciones.

Tan poco se hizo por la *empresa*, que el jeneral Freire cayó en manos del gobierno en Chiloé, sin haber recibido un aviso, que no se intentó siquiera, que pusiera en su conocimiento la defeccion del mejor buque que traia, i en el mismo que tuvo tiempo sobrado el gobierno para hacerlo tomar por el coronel Cuitiño. Mil pesos, quizá ménos, habrian salvado al jeneral Freire de la humillacion de hacerse sacar de un buque ballenero en que se habia asilado, i de sus sufrimientos en la bahia de Valparaiso; pero ya se vé, mas fácil es *disimular sus esperanzas* que gastar mil pesos.

IX.—Se empeña el señor Lastarria en contar al jeneral Freire en las filas liberales; sin embargo, lo contrario es lo cierto. El jeneral Freire era *liberal* en obras, no en discursos hablados o escritos; i cuando por circunstancias imprevistas se unió a ese partido, fué para arruinarse, como veinte años mas tarde sucedió a los jenerales Cruz i Baquedano.

Tan poco liberal de esa escuela era Freire, que el jeneral Prieto, pelucon, no se habria movido del sur si no hubiera estado seguro de su cooperacion contra el gobierno de entónces: daremos algunas pruebas al señor Lastarria, que es el único que parece ignorarlas.

Cuando el 7 de Noviembre de 1829 se hizo la poblada contra el gobierno *liberal*, que tuvo lugar en el edificio del consulado, ¿qué nombre fué el primero que se proclamó para componer la junta *revolucionaria* que debia reemplazar a ese gobierno? El de Freire, que aceptó, o mas bien que ya habia aceptado. Cuando llegó el caso de que los ejércitos, pocos dias despues, apelaran a las armas, nos ha dicho ya el señor Lastarria:—«El ilustre jeneral Freire, se habia negado a mandar a aquel puñado de valientes,» es decir, al ejército liberal: i cuando un mes despues se celebraban los tratados de Ochagavía, el ejército *revolucionario* nombraba al mismo jeneral Freire como su primer plenipotenciario.

Tambien admitió este cargo.

Todo esto lo ha dicho ya el señor Lastarria, i, sin embargo, no dejará de insistir en contar entre *sus* liberales a la persona que fué la causa principal de que ese partido fuera *destronado*, como lo dice mas arriba.

Mas tarde tomó el mando del ejército liberal, i sin necesidad de variar de opinion, cumplió con un deber sagrado, a que el jefe del ejército revolucionario habia faltado con pretestos frívolos. Su estrella se eclipsó, porque no habia nacido para triunfar en guerra fratricida.

X.—Al dar cuenta de la guerra que hizo Chile a

Santa Cruz, dice el señor Lastarria: «Así es que en esa época, en que el gobierno apelaba al patriotismo para salvar el honor nacional empañado, los enemigos del gobierno acudian tambien al patriotismo para reconquistar las libertades públicas, conspirando a merced de la situacion. No habia en esto sino un resultado mui lójico de la política restrictiva e inflexible del ministro Portales, que le enajenaba la voluntad de la gran mayoría i lo hacia antipático aun en la empresa mas patriótica que habia acometido.»

Poco honor hace a los liberales el señor Lastarria a quienes supone conspirar cuando se trataba de *salvar el honor nacional empañado.* Si hubo entónces conspiradores, es *mui lójico* colocarlos al lado de Talleyrand, Bourmont i Fouché, insignes traidores que se aliaban con los estranjeros para conspirar contra Napoleon, so pretesto de libertar a la Francia de su tiranía. Las palabras del señor Lastarria nos advierten que para ciertos liberales hai *dos* patriotismos opuestos entre sí: el que se sacrifica por la patria, i el que conspira contra ella.

«En Noviembre de aquel año denunciaba, el ministro ante el Congreso una nueva conspiracion, la mas atroz que hasta entónces se habia descubierto, porque estaba fundada en el propósito de asesinarlo.»

El historiador bautiza con el nombre de conspiracion el simple hecho de un asesino consuetudinario, sorprendido con el puñal en la mano, de noche i a inmediaciones de la habitacion del ministro. Por lo demas, el señor Lastarria se equivoca calificando lo que él llama conspiracion, de—*lo maz atroz* que hasta entónces se habia descubierto. Ha olvidado la

que ha pasado a la historia, con el nombre significativo de revolucion *de los puñales*, anterior al intento de asesinato, i verdaderamente atroz por sus horribles propósitos. Esta, cosa rara entónces, no habia sido denunciada, solo fué descubierta en el momento de ponerse en ejecucion, por un rarísimo accidente. Por las calles de Santiago se pasea el autor de este casual fracaso.

«El gobierno arrastró a las cárceles i al presidio de Juan Fernandez a multitud de ciudadanos, haciendo cesar un periódico independiente que se habia fundado con el título de *El Barómetro*». Al hacer esto el ministro Portales, seguia el ejemplo que el gobierno liberal habia dado ántes en plena paz, aprisionando a M. Chapuis, redactor de *El Verdadero Liberal*, i reteniéndole en prision despues de absuelto por el jurado.

Para que la imitacion fuera mas completa, la administracion *reaccionaria*, al aprisionar i confinar ciudadanos, debia tener presente lo que se habia hecho ántes por el gobierno *liberal* con don Aniceto Padilla, sacado por el mayor Quezada en medio del dia, de casa de don José Miguel Infante, donde estaba de visita, *por suponerlo* inspirador de este caballero, otro liberal *por fuerza*, que hizo la guerra mas tenaz a la administracion *liberal* del jeneral Pinto.... Véase *El Valdiviano Federal.*

Padilla fué inmediatamente estrañado de Chile, como hemos dicho, sin que se le siguiera causa alguna.

Aquí es ocasion de recordar lo que ántes hemos leido en una nota del folleto: «*El Araucano*, dirijido entónces por don Manuel José Gandarillas, tratando de refutar un luminoso i patriótico artículo de don Ventura Marin, contra la reforma de la Constitucion

del 28, etc.» Es decir, que aquel gobierno, cargado de maldiciones por el señor Lastarria por su tiranía, franqueaba las columnas del periódico *oficial* para que se atacara lo que mas interesaba a su política.

El gobierno del señor Perez, el mas libre que ha tenido Chile, dudamos mucho que hiciera otro tanto.

XI.—«Un mes despues ya esos consejos manchaban nuestra historia con la sangre de tres víctimas acusadas de una conspiracion aislada, sin elementos, sin acto alguno que la comprobase; i tres meses mas tarde caian otros *nueve* desgraciados bajo la cuchilla de aquellos sangrientos tribunales.... No toquemos el velo del olvido que encubre tan atroz hecatombe ofrecida en aras del despotismo. Lloremos sí el estravío de la política que busca el respeto de las instituciones en la violacion de las leyes sacrosantas que aseguran los derechos naturales del hombre.»

El señor Lastarria, que no tuvo una sola palabra de compasion al dar cuenta de los patíbulos de Trujillo, Paredes i Villegas, oficiales *subalternos*, inmolados por el gobierno liberal, nos invitá a llorar el estravio de la política que mas tarde mandó al suplicio *nueve* víctimas. A nuestro turno, nosotros le suplicamos reserve algunas lágrimas para una *hecatombe* TRES VECES mayor, que tuvo lugar en *una* sola vez en Chiloé, i en tiempo del gobierno liberal, por *conato* de conspiracion; pero «*no toquemos el velo del olvido.*»

XII.—Al concluir el señor Lastarria su *Juicio Histórico*, da cuenta de la muerte de don Diego Portales, i continúa:

«Al anochecer del dia 6 llegó a Santiago la noti-

cia de los sucesos de la mañana, i gran multitud de jente se agolpó a las puertas del palacio del Presidente que estaban cerradas. Todos guardaban silencio i se comunicaban en secreto; la noche era tenebrosa, húmeda i fria, i aquellos grupos de hombres embozados e inmóviles hacian mas siniestras las sombras. De repente las puertas se entreabrieron i el coronel Maruri pidió al pueblo en nombre del Presidente que se retirara:—«El ministro ha sido asesinado, dijo, i volvió a cerrar con estruendo las puertas. Un rumor sordo, prolongado, parecido al eco del huracan, llenó los ámbitos; era *un viva* a media voz, un viva inhumano, terrible, pero espontáneo i demasiado espresivo de la opinion que rechazaba la dictadura.»

No sabremos decir el efecto que ha causado en nosotros esta mentirosa narracion, que con sus afeites de melodrama no es mas de una vulgar invencion para deslumbrar al lector; encubrir la ignorancia de los hechos, por no decir el odio a las personas.

Es de advertir que el folleto de que nos ocupamos se ha escrito viviendo aun gran número de personas contemporáneas del suceso; pero se ha contado, i con razon, por lo visto, con la impasibilidad de nuestro carácter, que a veces raya en la mas fria indiferencia. El *viva* es completamente falso. El único efecto que produjo la noticia dada por el coronel Maruri, conocida ya de muchos, fué un doloroso silencio. Lo contrario solo habria sido digno de un pueblo infame i cobarde.—Chile no es ni lo uno ni lo otro...

Veinte años ántes, i en esa misma plaza se habia ejecutado un gran acto de justicia en la persona de

un ajente subalterno de la tiranía, el odioso San Bruno; i solo habian trascurrido diez i seis años desde la muerte de Benavides, criminal insigne, sin rival por los inmensos males que hizo sufrir a Chile i que pagó en la horca, suplicio aplicado por ultima vez.

El pueblo de Santiago, innumerable en ámbos casos, que no tuvo una palabra injuriosa para aquellos feroces verdugos, ¿la habria tenido para Portales, despues de muerto?

Esto podria concebirse persuadiéndonos de que en treinta años de vida republicana, solo habíamos conseguido convertirnos en antropófagos.

Chile estaba entónces dividido en dos partidos: el conservador, que era gobierno, i el liberal, que era la oposicion. Es claro que el grito salvaje no pudo ser dado por el primero, del que era jefe Portales; luego debió serlo por el segundo... Ni por uno ni por otro, decimos nosotros, i es la verdad. El historiador no advertia que la infamia de esta conducta echaba una mancha indeleble sobre el partido liberal, al que parece pertenecer, i al que jamas sus mas encarnizados enemigos han podido con justicia atribuirle un solo acto deshonroso.

Concluiremos este episodio con el testimonio de un testigo intachable i mui conocido en Chile.

En aquellos momentos no estábamos en la plaza de Armas, pero el señor don Bernardo Alcedo nos llevó la noticia a nuestra casa esa misma noche. Esta circunstancia nos ha hecho dirijirle una pregunta, en carta de Agosto de 1874.

Su contestacion, fechada desde Lima, es la que a continuacion copiamos, del mismo mes i año:

«Sobre la noticia que dió Maruri de la muerte de Portales, recuerdo habérsela llevado yo a usted, con

la observacion de no haber ni un *viva*, ni gritos a este respecto. Dígalo usted que yo se lo comuniqué como he dicho».

La primera noticia que hemos tenido del *viva*, es la que da el autor del «Don Diego Portales».

Concluye su Juicio Histórico el señor Lastarria diciendo: «Si nos ha faltado tino en la esposicion, no nos ha abandonado la imparcialidad para aplicar los juicios que nos han dictado nuestros principios i convicciones. Si hemos herido recuerdos simpáticos, habrá sido a nuestro pesar, no por odio, ni por mala voluntad. Respetamos al personaje i su memoria, i respetamos sus intenciones».

La *imparcialidad* del señor Lastarria es ejemplar, como ya lo han visto nuestros lectores, i como podrán verlo con mas estension en el folleto. A vuelta de declamaciones i reticencias, encontrarán en cada pájina los amables adjetivos de *estanquero*, *reaccionario*, *godo*, *servil*, *fanático*, etc., etc., aplicados al partido conservador. Pero todo esto nada significa, porque este caballero advierte que lo hace *sin odio ni mala voluntad*...

XIII.—El congreso constituyente de que con tantos elojios nos habla el señor Lastarria, era digno de que algun curioso hubiera escrito su rara i sucinta historia, donde abundan las ridiculeces i las mas increibles miserias.

Sus primeras sesiones tuvieron lugar en Santiago i en una de ellas *oimos* el disparate mas solemne que ha pronunciado boca humana. El diputado liberal don Manuel M.... era uno de los *tres* únicos de ese congreso que se oponian a que se trasladase a Valparaiso.

Agotada la discusion, pidió aquel señor la palabra, i dijo testualmente lo siguiente:

«Todo el mundo está en espectacion nuestra: ¿quién nos asegura que, estando el congreso en Valparaiso, no venga una espedicion de España *i agarre* a los diputados i se los lleve?

Gran trabajo tuvo don José Maria Novoa, que presidia, en ahogar una gran carcajada de la cámara i de la barra. El señor don Manuel Carmona que, en compañia de don Francisco Solano Perez, ya muerto, hacia sus primeros ensayos como taquígrafo, i que reside en Valparaiso, no ha de haber olvidado este incidente.

XIV.—Dos años despues, año 30, el respetable padre Mujica, domínico, que por encargo de su convento se habia trasladado entónces a Valparaiso para jestionar la devolucion de las propiedades de que se habia apoderado hacia cuatro años un ministerio liberal, nos mostraba una carta, tapando la firma, en que un diputado le decia: «Anoche he quedado debiendo cien onzas; si su paternidad me las facilita, puede contar con toda seguridad con mi voto.»

XV.—En esos dias llegó a noticia de estos célebres lejisladores que el gobierno podia disponer de *dos* mil pesos que destinaba al pago de las viudas que recibian pensiones del gobierno. Los Solones i Licurgos de Valparaiso, a quienes no se habia cubierto sus dietas, cuatro pesos diarios, se dirijieron al Presidente Pinto, reclamándolas con urjencia. El Presidente se disculpó alegando el destino sagrado a que estaba comprometida esta suma; pero tuvo que ceder a la exijencia del congreso, que obtuvo, no

solo, que se le diera la razon, sino, lo que vale mas, *los dos mil.....*

En los diarios de ese tiempo se encontrarán los documentos de este árduo negocio...

APÉNDICE

El mismo amigo de que ántes hemos hablado, nos leia hace poco algunas pájinas de un libro del señor Vicuña Mackenna en que se trata de don Diego Portales. De esas pocas pájinas sacamos en limpio que, si el señor Lastarria lo pinta como un *ministro sin piedad que se burla de la desgracia que causa*, el señor Vicuña exhibe una especie de truhan, a quien no sabemos si le hace *tamborear* en las arpas de las chinganas.

El haber perdido el pelo a la edad de cuarenta años, le ha valido, por parte del señor don Benjamin, ser comparado por sus costumbres, con uno de los tipos mas acabados de la corrupcion antigua, con César. Mejor librado habria salido teniendo un ojo ménos, pues entónces le habria buscado su igual en alguno de los cuatro tuertos célebres del paganismo, que hacen gran papel en la historia sin haber dejado mas recuerdo odioso que el de su astucia.

Los chismes i la historia

«Toda buena crítica histórica descansa sobre dos fundamentos: los testimonios i la verosimilitud.

THIERS.

ADVERTENCIA

Despues de escrito este artículo, hemos caido en cuenta de que versando todo él sobre la revolucion de 1829, «la mas grande despues de la de la independencia,» debíamos decir algo, aunque someramente, sobre el estado del pais al tener lugar aquel acontecimiento que tanto ha influido en la suerte de nuestra patria.

Pero no estando seguros de hacer con acierto estas apreciaciones i temiendo alargar este escrito, acudiremos a unas pocas palabras que decíamos en el número 5 de *La Estrella de Chile*, a propósito de aquellos tiempos.

«En cuanto a nosotros, recordamos aquella época, sin reticencia, como la mas feliz de nuestra vida. Vivíamos en perpétua excitacion por la frecuencia de sucesos variados e interesantes, aunque no felices para Chile.

«Nuestra primera dilijencia entónces era, al salir de nuestra casa, dirijirnos a la Plaza de Armas, a *saber noticias*, i pocas veces perdíamos nuestro viaje; pues, cuando no habia novedad en Santiago, las provincias se encargaban de suplir esta falta. ¡Qué época aquella!!!

Algunos apreciables amigos nos han puesto en un

tácito compromiso con los lectores de nuestros RECUERDOS DE TREINTA AÑOS. Ellos han llevado su *amabilidad* hasta anunciar por la prensa que nos ocupábamos en compajinar algunos artículos que debian formar la «segunda parte» de aquella publicacion.

Nos hallamos, pues, en el caso de no ser descorteses, i hemos emprendido este *trabajo*, que para otros seria un juguete.

El material de que para esto disponíamos era poco abundante, i a fin de formar un pequeño volúmen, nos hemos visto en la necesidad de recurrir a las vejeces que conservamos en nuestra memoria, o a los escritos de personas que nos recuerdan hechos antiguos, que hemos presenciado i sabido en el momente en que tenian lugar.

Pero como estos hechos los sabemos en muchos casos de distinto modo del que son referidos en esos escritos, nos hemos tomado la libertad de rectificar, (no encontramos otra palabra para espresarnos), algunos de ellos.

Entre las publicaciones a que nos referimos se encuentra una MEMORIA escrita por el señor don Federico Errázuriz, actual Presidente de la República, que emprendió esta obra por encargo del señor Rector de la Universidad, dejando a la eleccion del escritor el tema de ese trabajo.

El autor tituló su MEMORIA: *Chile bajo el imperio de la Constitucion de 1828*.

Este libro nos fué obsequiado, a solicitud nuestra, por un deudo inmediato del señor Errázuriz

Nos llamó la atencion desde luego su marcada parcialidad, no solo en las apreciaciones, sino tambien en el modo de referir los sucesos. Las repetidas

manifestaciones de odio al partido pelucon i de tierno cariño al partido pipiolo, atendidas las circunstancias del autor, nos parecieron, por lo ménos, inverosímiles por su excesiva exajeracion.

Sea de esto lo que fuere, lo que ahora hemos hecho no ha sido mas que dar mayor estension a los apuntes que entónces hicimos al márjen del libro de que ahora se trata, no por defender al partido pelucon, al que no pertenecíamos *ni podiamos pertenecer*, sino en obsequio de la justicia i de la verdad.

Por espacio de treinta años formamos de último soldado en las fila liberales, no tanto a título de liberales, sino a título de *opositores*, porque, por instinto i aun ántes de haber leido a *Chateaubriand*, practicábamos su máxima: «La razon del mas fuerte me ha hecho ponerme siempre de parte del mas débil, porque no puedo soportar el orgullo de la victoria.»

I.—El señor Errázuriz hace referencia en la pájina 19 de su MEMORIA, a una escena que tuvo lugar en el salon principal del Consulado, dos o tres dias despues de haber entrado triunfantes en Santiago, Julio de 1828, los cuatrocientos hombres que, al mando del coronel Urriola, habian derrotado al vice-presidente Pinto en el llano de Maipo.

Con pasmosa credulidad, el historiador se hace eco de falsedades orales o escritas, que la mas mínima atencion habria sido suficiente para desechar.

En la pájina 20 dice:

«No es posible pasar en silencio un rasgo magnífico de este episodio revolucionario. En esos momentos de angustia para todos los corazones, los miembros de la asamblea provincial de Santiago juzgaron

oportuno constituirse mediadores entre el gobierno i los revolucionarios. Reunidos, al efecto, en presencia del pueblo, en la sala de la asamblea, con comisionados de los amotinados, uno de éstos principió su discurso diciendo que no podia haber tratados entre vencedores i vencidos. Instantáneamente fué interrumpido por el ciudadano don Pedro Palazuelos Astaburuaga, que con esfuerzo poderoso esclamó:

«—*¡El pueblo jamas es vencido!* ¡Grito sublime de la inspiracion! ¡Arranque espontáneo i jeneroso del alma, que haciendo eco en todos los corazones i tocando sus fibras mas delicadas i sensibles, fué repetido inmediatamente con profundo entusiasmo por millares de voces! Ese grito elocuente i solemne interrumpió i puso fin a la reunion, saliendo el pueblo de la Sala a las aclamaciones ardorosamente repetidas: *¡El pueblo no está vencido! ¡El pueblo jamas es vencido!*»

Todo este ditirambo está fundado en un hecho o mas bien en una palabra inventada por los amigos de aquel gobierno al dia siguiente del suceso. Ya que la falta de atencion no ha hecho sospechar al escritor el embuste, nosotros que estábamos presentes, referiremos el hecho tal como fué.

II.—Los tres comisionados por los revolucionarios para entenderse con la asamblea provincial fueron don José Miguel Infante, don Nicolas Pradel i don Manuel Magallanes.

El primero que tomó la palabra fué el señor Infante. Principió por hacer cargos graves al Congreso, que funcionaba en Valparaiso. Este discurso fué, teniendo presente el estado de los ánimos, excesivamente largo e inconducente.

En seguida habló el señor Pradel, quien, con el

fuego i enerjía que aun no ha perdido, dijo: «Se nos ha llamado para una transaccion, a la cual yo no le encuentro una base razonable. ¿Qué transaccion puede haber entre un vencedor i un vencido?» Estas palabras fueron interrumpidas por el señor Palazuelos, con estas otras: «EL GOBIERNO *no está vencido.*

—*Sí* lo está contestó Pradel.

—*No* lo está, replicó Palazuelos.

Cada cual de esta inmensa concurrencia, dividida en dos partidos, repitió, de estas palabras, la que mas cuadraba a su opinion.

Quien no está cegado por el espíritu de partido, conoce que *el vencido* a que se referia el señor Pradel no era, ni podia ser otro que el gobierno, que acababa de ser derrotado, i no el pueblo, que no tenia para qué venir a cuenta.

Pero, aun cuando el pueblo hubiera sido vencido, cosa siempre difícil de comprobar, i que a veces sucede, por mas que diga el historiador, no es el señor Pradel un necio para repetírselo, con insistencia en sus mismas barbas.

Hace dos o tres años, leíamos un escrito en que se mencionaba esta majaderia. Con este motivo nos dirijimos al señor Pradel, residente como hasta hoi, en Valparaiso, diciéndole que ya era tiempo de poner atajo a la repetida circulacion de esta mentira. Este señor nos contestó: «Estoi tan acostumbrado a la falsificacion de nuestra historia, dictada con frecuencia *por la cocinera de casa*, que ya nada de lo que se escribe me sorprende.»

A esto i no mas que a esto queda reducido el *grito sublime i elocuente repetido por millares de voces.*

III.—Continúa la MEMORIA: «Ciudadanos notables

por sus antecedentes i recomendables por sus cualidades eran aquellos de que el vice-presidente se habia rodeado, llamándolos al servicio de los diversos ministerios de Estado. Don Cárlos Rodriguez, abogado de crédito, senador i ministro de la Suprema Corte de Justicia, manejaba la cartera del depacho en los ramos del Interior i Relaciones Esteriores.»

Un hecho, el primero que se nos ocurre, probará al lector cómo era tratado el señor Rodriguez por los mismos hombres a quienes prestaba sus servicios.

A mediados o a fines de 1827, aparecieron despues de medio dia, en el patio del Consulado, varios grupos de amigos del gobierno, que en el espacio de dos horas, aumentaban o disminuian alternativamente, hablando con reserva i en voz baja, a consecuencia de la entrada o salida de ciertos ajentes que comunicaban a los grupos órdenes o noticias.

Al cabo de esas dos horas, esta reunion misteriosa concluyó por disolverse, dejando a los curiosos sin saber qué pensar de lo ocurrido.

En la noche de ese dia circuló en el público que aquello habia sido un proyecto de poblada, organizada por el gobierno para pedir la caida del ministro del Interior, don Cárlos Rodriguez, i la del juez de letras don I. Palma.

Es de advertir que el señor Rodriguez, cuando estalló la revolucion de Urriola, no se separó un momento del lado del presidente Pinto, desplegando gran valor i enerjía cuando los partidarios del éxito flaqueaban.

La poblada fracasó por falta de cooperadores; pero sirvió para dar a conocer qué clase de gobierno

tenia Chile. Muchos amigos le volvieron la espalda, los vacilantes se hicieron enemigos.

Este hecho, mui notorio entónces, lo leíamos algunos meses despues, año 29, con minuciosos detalles en uno de los primeros números de *El Sufragante*, periódico sério redactado por don Manuel Gandarillas.

IV.—El señor Errázuriz, que carga de maldiciones al partido *pelucon*, (este adjetivo se repite hasta el fastidio) cuando a su parecer infrinje la Constitucion, solo tiene disculpas cariñosas, i aun elojios mal disimulados, cuando menciona la enorme infraccion cometida por el presidente Pinto que, arrebatando sus facultades al Congreso, dió una *amnistía* de su propia autoridad, contra el testo espreso del artículo 46, inciso 13 de la Constitucion de 1828.

Con este criterio, o mas bien, con estos dos criterios, ¿puede esperarse imparcialidad i justicia en el historiador?

Hé aquí, pues, que la adorada Constitucion del 28, tuvo como estreno una flagrante infraccion. Por desgracia no fué la única.

V.—El capítulo IV de la MEMORIA empieza con una digresion sobre los partidos de esa época, 1829, dando cuerpo a una sombra que llama partido *monarquista*, i que tenia por jefe a don José Antonio Rodriguez Aldea, por haber sido secretario de Gainza en 1813; sin recordar que este mismo *godo* habia dado las pruebas mas notorias de patriotismo, aun ántes de ser ministro del Director O'Higgins.

Si entónces habia quien *opinara* por la monarquía, en el dia no falta quien piense lo mismo, sin

que a nadie se le ocurra decir que en Chile hai un *partido monarquista.*

Si el haber servido al rei es un motivo para ser calificado como *monarquista,* raro, rarísimo seria el hombre notable de ese tiempo a quien no pudiera llamársele *godo.* Pero el historiador ignora lo que todo el mundo sabe...

VI.—El folleto enumera *seis* partidos mas o ménos numerosos; pero todos ellos enemigos del gobierno liberal. ¿Qué tal gobierno seria ese?

«Esos partidos necesitaban un jefe que manejase *tantos* elementos dispersos, haciéndolos servir de concierto al fin que se proponian. En un principio se *lisonjearon* con atraerse al jeneral Freire, esplotando *los celos* i sentimientos personales *que abrigaba* contra el jeneral Pinto».

No es esta la única imputacion ofensiva que el folleto hace al jeneral Freire. A las pocas pájinas mas adelante, dice, al dar cuenta de una junta de guerra a que asistió este jeneral: «Freire creyó, *o finjió creer,* etc.» De manera que para el historiador, Freire era *hipócrita i envidioso!* Esto no se rectifica, i los elojios alegóricos que vienen en seguida no lavan esas injurias. «La alabanza se pone aquí para que pase la injuria, i el movimiento del incensario para justificar el bofeton».

VII.—Al dar cuenta de la reunion que tuvo lugar en el Consulado el 7 de Noviembre de 1829, con pormenores inexactos, se hace una imputacion deshonrosa al señor Prado Montaner, intendente de Santiago en esa época.

La calumnia de que el historiador se hace eco, ha

tenido que ser confesada paladinamente ante los respetables i numerosos testimonios exhibidos por el señor don Francisco Prado Aldunate, hijo celoso de aquel funcionario.

Si el señor Errázuriz hubiera concretado en su escrito sus asertos, no seria ésta la única palinodia que habria tenido que cantar.

La numerosa reunion del 7, compuesta de las personas mas respetables de Santiago, *ménos una*, «nombró una junta de gobierno compuesta del jeneral Freire, en quien residiria el mando de la fuerza armada, de don Francisco Ruiz Tagle i de don Juan Agustin Alcalde». Estos dos señores habian hecho un notable papel en la revolucion del año 10.

Ya verá, pues, el lector que no *en vano se lisonjeaban* los pelucones contando con la decidida cooperacion del jeneral Freire, que no habria sido nombrado sin su prévio consentimiento

«Libres ya de todo cuidado, levantaron una acta en la que, despues de diversos considerandos, que establecian las *pretendidas* infracciones de la Constitucion, etc.»

Entre estas *pretendidas* infracciones está la que el escritor confiesa, con ciertas reticencias, en la pájina 62:—la célebre amnistía, i las que calla, como la de obligar al Congreso a reunirse en Valparaiso, a peticion de la *minoría* pipiola, etc., etc.

En efecto, el acta la dictó don Manuel Gandarillas, i la escribió don Manuel Cavada, que ocho años mas tarde debia morir, mártir de su lealtad, al lado de don Diego Portales.

VIII.—La reunion del Consulado nombró una comision que pusiera en conocimiento del señor don

Francisco Ramon Vicuña, que *se decia* vice-presidente interino, que el vecindario de Santiago desconocia todas las autoridades, inclusa la del mismo señor Vicuña, por su oríjen ilegal, i que acababa de nombrar una junta de gobierno, etc.

El señor Vicuña se negó a reconocer la junta, i los comisionados volvieron al Consulado a dar cuenta de lo sucedido. En vista de esta negativa, el concurso se dirijió a la sala de gobierno, cuya entrada no pudo impedir la guardia.

«En el momento son invadidos el patio del palacio i las salas del gobierno, i al bullicio de una griteria destemplada, mediante la cual cada uno pretendia hacerse oir i valer, el desórden aumenta i toma por momentos mayores proporciones.» El señor Vicuña se negó a dar su dimision, que era lo que se le exijia, i se retiró del salon.

«En este momento se oyen grandes gritos i fuertes voces que aclamaban al jeneral Freire en las puertas de la plaza i de los patios del palacio. Efectivamente, se presentaba este personaje vestido de todas sus insignias, pues lo habian ido a buscar i lo train los pelucones para valerse de su prestijio. Con su presencia se calma el tumulto, se restablece el órden e impera el silencio donde poco ántes reinaba la confusion i la algazara. En el exceso de su entusiasmo toman en brazos al jeneral Freire, que fué conducido así hasta la sala de gobierno por dos hombres aparentes por su corpulencia i robustez, el clérigo Meneses i don Agustin Larrain. Llegados a la sala i agobiados de fatiga, depositan éstos su CARGA en la silla presidencial, con tal precipitacion, que quebraron a ésta los brazos.»

IX.—Trabajo nos ha costado llegar al fin de esta inverosímil i falsísima narracion. En ella, como en muchas otras partes de la MEMORIA, está de manifiesto hasta donde puede llegar una idea preconcebida i mal intencionada...

Esta misma idea no ha permitido dudar de nada al historiador. Dado el caso de que los dos Hércules hubieran podido salvar *con su carga*, i al traves de largas escaleras, la gran distancia que separaba el patio *de la silla* presidencial, el jeneral Freire ¿habria permitido que se ajara su persona hasta ese estremo? La respetable reunion que acababa de elevarlo al mas alto puesto de la República, i que tenia por él una especie de culto, ¿habria permitido, ni a pretesto de *entusiasmo*, tal ultraje? Pero está visto: infieles consultores han abusado de la credulidad del historiador, mui dispuesto a dejarse engañar.

Añadiremos aun otro dato, a saber: que de las doce o quince personas que aun viven i que tomaron una parte importante en esos acontecimientos, *firmando* el acta del 9 de Noviembre, nos permitiremos nombrar algunas que residen en Santiago, i que ni vieron, ni oyeron, estamos seguros, hablar de la *silla rota*; son los mui respetables señores don Rafael Valentin Valdivieso, seglar entónces, don Manuel Montt i don Manuel Camilo Vial. Nos parece inútil nombrar otros.

X.—En el mismo capítulo ántes citado, párrafo VII, dice la MEMORIA: «El motin popular del dia 7 habia sido, pues, de estériles resultados para sus autores.»

Uno de estos *estériles* resultados lo ha consignado el mismo historiador, dos pájinas mas adelante, di-

ciendo, entre otras cosas: «El dia 12 se *trasladó* el Gobierno a Valparaiso. Los motivos de esta determinacion se encuentran consignados en un manifiesto publicado el dia 13 en aquella ciudad por el mismo presidente provisorio,» etc.

Entre los considerandos que el autor copia, se encuentra el último, que dice: «No debiendo el Presidente esponer la República a las fatales continjencias de la acefalía en que quedaría sumerjida si el jefe supremo fuese privado de su libertad *o de su vida*, decreta:» etc.

El escritor llama *estéril resultado* el que, *cinco* dias despues del *motin*, hacia abandonar la capital al presidente de la república, por temor de ser privado de su libertad *o de su vida*. Si esto es *estéril*, no sabemos lo que será fecundo.

La Memoria refiere aun otro hecho falso en la pájina 128, a saber: «Consecuentes a este plan, se reunieron EN LA NOCHE del dia 9, en el primer patio del Instituto Nacional, por haber encontrado cerradas las puertas del Consulado.»

Facilmente se calcula el respeto que podia inspirar un Gobierno que echaba llave al Consulado, edificio *fiscal*, para impedir que se reunieran los que desconocian su autoridad; i no pudo impedir que a cincuenta pasos de distancia i en otro edificio, *fiscal* tambien, el antiguo Instituto, se firmara un acta *el lúnes*, en que se reiteraban las protestas *del sábado*.

Poco diremos de aquello: *se reunieron en la noche*. Este es uno de los muchos cuentos de que ha sido víctima el historiador.

Para gobierno como esos, lo mismo era reunirse de dia que de noche, siendo aquel preferible como ménos incómodo.

Ya hemos nombrado tres *amotinados que firmaron* el acta, *de dia*: añadiremos algunos otros, que aun existen, i son: los señores don Santiago i don Juan José Gandarillas, don Francisco Marin, don Vicente Larrain Espinosa, don Nicolas Pradel, don Miguel Dávila, etc., etc. Entre estas etcéteras se encuentra nuestra pobre firma. Hai una cosa digna de observarse i es, que esa inmensa lista, toda de personas conocidas, la encabeza un pariente inmediato del autor de la MEMORIA, i es el señor don Javier Errázuriz, siendo de notar que este apellido i el de Tagle son los que mas se repiten en aquel documento. Falta, sin embargo, en él, la firma del señor don Ramon Errázuriz, vivo tambien, pero eso no fué un obstáculo para que pocos meses despues fuera ministro del Gobierno «*reaccionario, representante del atraso, enemigo de la libertad i del derecho*,» como dice la MEMORIA, es decir, del Gobierno pelucon.

Por lo demas, los pocos dias que duró este señor ministro no fueron *estériles* en persecusiones a los liberales. Véase la *Carta Monstruo* del señor coronel don Pedro Godoi, *uno de los favorecidos*....

XI.—La Constitucion del 28, no da al presidente ni a nadie facultades estraordinarias, pero no importa: aquel Gobierno, *sin infrinjirla*, se las proporcionaba con frecuencia. Otro caso. En esos dias se dictó el decreto siguiente: (a) «Artículo 1.° Se suspende la libertad de imprenta hasta nueva providencia del Gobierno.—2.° En consecuencia no se imprimirá papel alguno sin la revision *del ministro del Interior*,

(a) Biblioteca Nacional. «Documentos para la historia,» tomo 10, pájina 124.

bajo la pena de perdimiento de la imprenta, si lo contrario se hiciere.»

A este decreto que haria honor a Rosas i a Melgarejo, al notificárselo a don Ramon Renjifo, dueño de imprenta, contestó con una protesta, invocando los artículos siguientes de la Constitucion: «Art. 10. La nacion asegura a todo hombre, como derechos imprescriptibles e inviolables, la libertad, la seguridad, la propiedad, el derecho de peticion *i la facultad de publicar sus opiniones.*»—«Art. 18. Todo hombre puede publicar por la imprenta sus pensamientos i opiniones. Los abusos cometidos por este medio serán juzgados en virtud de una lei particular i calificados *por un tribunal de jurados.*»

Los amigos del Gobierno, como es natural, se sometieron i encabezaban o concluian *sus papeles* con estas palabras: *con la revision necesaria.* Esto era una gran mentira, pues siendo los escritores partidarios del Gobierno, era escusado ese trámite.

La imprenta del señor Renjifo, aunque con ménos frecuencia, contestaba a estas provocaciones, *sin* la revision; lo que le valió un asalto, *en la noche*, de una partida de policía. Como este asalto se supo con anticipacion, al llegar la fuerza, se encontró con una numerosa i respetable reunion dispuesta a impedir este atropello, i efectivamente lo impidió. Pero, ya sabemos que esto i la persecucion anterior al redactor de *El Verdadero Liberal*, etc., etc., no son mas que *pretendidas* infracciones.....

Ocho meses despues, las célebres ordenanzas sobre imprenta que, comparadas con el decreto que hemos citado, eran liberalísimas, dieron en tierra con Cárlos X. Era natural: en Chile mataba la prensa el

gobierno liberal; en Francia la restrinjia un pelucon: ¡abajo los pelucones!

XII.—Aunque saltuariamente, hemos llegado con nuestras rectificaciones a la pájina 130 de la MEMORIA. No concluiremos este primer artículo, quizá sin segundo, sin poner ante la vista de nuestros lectores un bello rasgo de justicia i de republicanismo, trazado por el presidente actual, hace 13 años, es decir, *cuando formaba en las filas de la oposicion....*

Al dar cuenta del resultado de las elecciones en que el jeneral Pinto fué elejido Presidente de la República, como tambien de los numerosos votos que obtuvieron otros candidatos, añade:

«El resultado de esta votacion nos hace ver que en aquellos tiempos no era costumbre que hubiese en las elecciones *la admirable uniformidad que se nota en nuestros dias*. Es que entonces la autoridad respetaba la espontaneidad en la espresion de los deseos del ciudadano i habia dignidad en el individuo. El solo hecho de esta eleccion, unido a la minoría que los pelucones tenian en el Congreso de 1829, que seria como una tercera parte de sus miembros, nos da la mejor prueba de la libertad i legalidad que reinaron en las elecciones durante el gobierno pipiolo.»

Este rasgo de patriotismo del escritor no se comenta. Lo único que nos atreveríamos a pedir al señor Errázuriz seria que en las próximas elecciones *tuviera presente al Gobierno pipiolo*, del que se olvidó en las pasadas, hechas *con admirable uniformidad....*

Santiago, Mayo de 1874.

Santiago, los Talaveras i San Bruno

DOCE DE FEBRERO DE 1817

"El mayor patriotismo es la verdad".—MONTALEMBERT.

I.—A medio dia del 12 de Febrero de 1817 se declaró derrotado el ejército español, mandado por el coronel de Talavera don Rafael Maroto, que no alcanzó a reunir en el campo de batalla 1,500 hombres, porque las estratajemas de San Martin, dirijidas desde Mendoza, habian tenido engañado a Marcó acerca del punto por donde seria invadido Chile por el ejército de los Andes. La infantería, en su mayor parte, fué muerta o prisionera, por el gran despoblado en que tuvo lugar la batalla, i por ser perseguida en su derrota por cinco escuadrones de caballería, intactos i perfectamente montados.

Los primeros rumores del triunfo de los patriotas se empezaron a difundir en Santiago entre cuatro o cinco de la tarde; pero los realistas tuvieron cuidado de desfigurarlos, hasta atribuirse la victoria. Solo a las ocho de la noche para nadie era dudoso que el triunfo era de San Martin.

A esas horas se mandó iluminar la ciudad, i todo el mundo, con deseos opuestos, ocupaba las puertas de calle; pero sin que nadie se atreviera a comunicarse con sus amigos o vecinos en voz perceptible. El miedo todo lo dominaba, apesar de que los terribles talaveras no dejaban por su ausencia, oir sus amables interjecciones, que habian formado escuela en muchos chilenos, i que desde entónces se nos han hecho familiares. ..

A las once, puede asegurarse, que habia desaparecido de Santiago toda autoridad alta i baja, pues, no solo habian abandonado la ciudad los militares i empleados civiles, sino tambien gran número de españoles i chilenos partidarios de aquel gobierno i mas realistas que el rei.

A media noche, la ciudad era un desierto. A esta hora nos dirijimos con gran cautela a la plaza de Armas, donde advertimos un grupo movedizo en la puerta del palacio de Marcó, que ha sido *retocado* hace poco por el intendente Vicuña Mackenna.

Al acercanos a este edificio notamos gran cantidad de *pueblo* que entraba i salia. Penetramos allí, i tuvimos la agradable sorpresa de ver que aquellos *ciudadanos*, que entraban con las manos vacias, o, cuando mas con un cabo de vela encendido, se retiraban con algo que habia pertenecido al presidente prófugo.

Mentiríamos si dijiéramos que oimos disputa o siquiera discusion sobre la propiedad de algun mueble o utensilio, en que tanto abundaban los numerosos salones, cuartos i aun patios de palacio; cada uno se apropiaba lo que encontraba a mano o mas le convenia i se retiraba mui tranquilo. Aquello parecia una escena de sordo-mudos perfectamente ensayada, i nos dió una idea de lo que despues leímos en Chateaubriand: lo que es *el órden en el desórden*; i no hai que olvidar que allí habia gran número de niños, i sobre todo de mujeres, que nuestros lectores calcularán que no eran las ménos activas.

Al retirarnos pasamos por el *cuartel de Dragones*, que era el mismo que en la calle del Puente es ahora cuartel de bombas. Allí se repetia una igual *repar-*

ticion del magnífico vestuario de la tropa de caballería que ántes lo habia ocupado.

II.—No crean nuestros lectores que en aquel tiempo ese cuartel era como lo fué mas tarde, *cuartel de la escolta*; nó, señor, los presidentes godos Carrasco, Osorio i Marcó, no usaban escolta. El pobre Chile no hacia este enorme gasto que, unos por lujo, otros por miedo, i algunos por miedo i lujo, han hecho inseparable de su importante persona; aquéllos se paseaban por las calles de Santiago, de dia i de noche, sin mas acompañamiento que una o dos persona, jeneralmente inofensivas.

Don Bernardo O'Higgins con su escolta plajió a San Martin, que la trajo a Chile. San Martin habia plajiado a Napoleon, que se la organizó en las primeras campañas de Italia a consecuencia de haber estado en peligro de caer en manos de una partida austriaca.

La tal escolta se convirtió mas tarde en un verdadero ejército, que llegó a tener 25,000 hombres de las tres armas, i se llamó *La guardia*, que segun algunos historiadores, causando celos en el ejército, no prestó servicios equivalentes a los sacrificios que imponia.

Parece que esta es enfermedad de todas las escoltas. El año 28 se vió en el llano de Maipo correr a la escolta del presidente Pinto al solo amago de los granaderos, revolucionados por don Pedro Urriola, dejando el camino hasta Santiago sembrado de corazas i morriones de acero. Quedando entre esos despojos el sombrero del presidente, que llegó a palacio en cabeza, donde fué recibido por el loco Pardo, que lo apostrofó en presencia del pueblo con estas

palabras: «Principe mio, ¿quién os ha arrebatado vuestra corona?»

El 20 de Abril del 51 la escolta del presidente Búlnes hizo algo peor en la calle del Estado, seguida por un roto que la amenazaba con un fusil... *sin llave*.

III.—Despues de esta digresion, que hemos alargado por complacer a ciertos amigos que nos tachan de *lacónicos*, i sobre todo al señor W. M., volvemos a nuestra narracion.

Al siguiente dia, 13 de Febrero, fueron saqueadas muchas tiendas de comercio, i con preferencia, la administracion del estanco. Esa noche se esperaba el diluvio; pero una pequeña partida de caballería, a las órdenes del mas tarde célebre Aldao, i algunas horas despues el rejimiento de granaderos a caballo, volvieron la tranquilidad a los ánimos.

IV.—Se ha hablado mucho del odio que el pueblo de Santiago tenia a los Talaveras, que jamas dejaron esta ciudad. Quizá se confunde el odio con el miedo. Segun el señor Amunátegui, cuando despues de Rancagua entró en Santiago el ejército real, no habia en las puertas de calles ménos de *seis mil* banderas realistas. En otro escrito hemos hablado de este entusiasmo por el rei. El mismo autor dice: «Al pasaje de cada batallon, desparramaban de los balcones grandes azafates de flores, i algunos altos personajes, arrebatados por su entusiasmo, arrojaban puñados de dinero, que los soldados en su marcha no se detenian a recojer.»

A la entrada de los vencedores de Chacabuco, que fué por la Cañadilla i calle del Puente, no recorda-

mos haber visto ni una sola bandera, i lo que es flores, i sobre todo dinero, ni la sombra. Los altos personajes que cita el historiador, nos recuerdan, que uno de esa altura, i gran patriota, que despues alcanzó los mas altos puestos en la República, mandó de regalo a Osorio la víspera de la batalla de Maipo, un magnífico caballo con herraduras de plata. No fué este el único obsequio que recibió Osorio.

V.—Como en el ejército real no venia mas banda de música que la detestable del batallon Chiloe, los Talaveras suplieron esta falta para celebrar su triunto. A poca distancia i frente a la cárcel, circunstancia significativa, se armó un tabladillo, que mui luego i a toda hora del dia i de la noche se llenó con gran número de cantores i guitarristas que, de este batallon, se reunian en alegre algazara a cantar tonadas españolas, que se oyen por todo el mundo con gusto por sus graciosas i agradables melodías.

El pueblo gustaba mucho de esta música, i esto dió a los Talaveras cierta popularidad. Los versos de esta música, poco edificantes, eran interrumpidos con gritos i aplausos del mismo jénero. Entónces, i por primera vez, se oyó la eterna *cachucha* que ha dado la vuelta al mundo. Recordamos una de esas tonadas i algunos versos, de los que ponemos aquí una estrofa, la mas pulcra:

«Se queria coronar
El maldito de Carrera,
Ya le pondrán la corona
Si no se vá a la....»

Estos filarmónicos de nuevo jénero eran innume-

rables, hasta el caso de que a cualquiera hora, al pasar por los cuerpos de guardia, se les oia cantar en coro acompañados por la inseparable guitarra.

Este batallon de quinientas o seiscientas plazas, se hacia admirar del público por el lujo de su uniforme, mui variado; por la elegancia, soltura i uniformidad de su marcha, i hasta por el movimiento lateral de los fusiles.

En el dia esto no llama la atencion; pero la llamaba entónces, al comparar estas tropas con nuestros reclutas que de ordinario salian, por las exijencias de la guerra, sin la menor instruccion i sin saber ni siquiera marchar medianamente. A esto hai que agregar una circunstancia que vale mucho,—la buena figura, poco comun, por no decir rara, en nuestros soldados.

VI.—Al principio alojó el batallon en la Plaza de Armas, en el antiguo palacio de los presidentes, por no haberlo ocupado Osorio. La lista de la tarde tenia lugar en la misma Plaza, donde solian ejecutar algunas maniobras al son de una magnífica banda de tambores, pífanos i *cornetas*, que por primera vez se oian en Santiago.

Los Talaveras tenian un privilejio sobre todo el ejército real,—salir a la calle, aun sin estar de servicio, con su bayoneta al costado. Esto, la predileccion con que los miraba el Gobierno i sus partidarios, españoles i chilenos, i hasta el sueldo, mui superior al del resto del ejército, les daba una decidida superioridad sobre él. Esta superioridad la reconocia el público dando, hasta a los soldados rasos, el tratamiento de *don*. No solo los oficiales, sino aun los individuos de tropa, eran admitidos en ciertas familias aristocráti-

cas i mas de un sarjento casó en ellas. Si el temido San Bruno hubiera querido hacer otro tanto, podria haberlo efectuado en alguna de esas familias, donde era recibido con gran cariño. En una de ellas lo trataban con tal confianza, que un dia le pusieron en el sombrero sobre la escarapela realista otra patriota, con la que, sin advertirlo, atravesó gran parte de la ciudad.

Se habla tambien del odio que el pueblo profesaba a San Bruno: esto tiene su esplicacion.

A los asesinatos cometidos en la cárcel de Santiago, a principios de 1815, a que prestó feroz i activa cooperacion, debe agregarse que era, puede decirse, la única policia de la ciudad, i ya pueden calcular nuestros lectores, por lo que se vé aun en el dia, cuánto seria el cariño que el pueblo podria profesarle. Algunos años mas tarde, i en el Gobierno de Pinto, un intendente de Santiago, que por su cargo, desempeñaba algunas de las funciones que ejercia San Bruno, i que era el hombre mas benévolo que hemos conocido, don Rafael Bilbao, alcanzó el alto honor de que se le llamara Arranca Brazos, en recuerdo de un famoso esbirro que el pueblo recordaba con horror. Su celo por cumplir con sus deberes le adquirió... este título.

San Bruno representaba cuarenta años.—Era de estatura mediana, de nariz aguileña, color algo sanguíneo i de vientre abultado; de ojos mui vivos i de mirada alegre, casi risueña. Empezaba a perder el cabello, pero tenia bigote abundante i rubio.

VII.—Los gobiernos de Osorio i de Marcó, duraron veintiocho meses, i en todo este tiempo nadie en Chile entero concibió ni siquiera un proyecto revo-

lucionario. El jeneral Sebastianí podria haber dicho entonces con mas verdad que en las cámaras francesas mas tarde: *La paz reina en Chile*... Nadie ignora que los asesinados en la cárcel de Santiago, que hemos mencionado, no tuvieron mas delito que el deseo inofensivo de recobrar su libertad. En toda nuestra historia revolucionaria solo hai un hecho parecido, aunque mas horrible por sus circunstancias i proporciones:—el de Chiloé, doce años despues, bajo un Gobierno liberal, i que, segun nos parece, hemos sido los primeros i únicos en referir en nuestros «Recuerdos de 30 Años.»

Como prueba del temor que inspiraban los Talaveras, copiaremos otro acápite del historiador que ya hemos citado.

«Las primeras ocasiones que le tocó salir de patrulla (a San Bruno) visitó las chinganas donde se agrupaba el populacho» (i tambien la jente decente) «i aunque casi solo, arreó con el sable a los infractores de los bandos con tanta facilidad como un pastor su rebaño.» Lo que sigue, como otros muchos datos del historiador, no lo trascribimos..... por vergüenza!

VIII.—Referiremos por último un hecho que presenciamos.

Al siguiente dia de la batalla de Chacabuco nos dirijíamos del oriente de la calle de Santo Domingo a la Plaza de Armas. Al llegar a aquella iglesia nos sorprendió la presencia de un soldado de Talavera que venia como de la plaza ya citada, vestido con tal esmero i limpieza que parecia salir en ese momento de casa de su lavandera. Traia el fusil tercia-

do al hombro i marchaba con un aire i confianza admirables. Serian las seis de la mañana.

Numeroso pueblo caminaba en direccion opuesta; pero al acercarse a él todo el mundo cambiaba de vereda, dejándolo marchar solo por la que llevaba. Eso sí, cuando se alejaban de este raro personaje repetian sucesivamente i a gritos: *quítenle el fusil!* Detuvimos nuestra marcha, i a las tres o cuatro cuadras lo perdimos de vista sin que nadie se le acercara!!!

IX.—Lo cierto es, aunque parezca estraño, que entónces habia, i aun se conserva, cierta predileccion por los españoles, que no es ménos efectiva, apesar del calificativo de *godo*, que ha perdido su odioso significado.

Nadie habrá olvidado lo que sucedió con los prisioneros de la *Covadonga*. A su llegada a Santiago fueron abundantemente obsequiados por familias respetables con toda clase de refrescos. Esto es noble; pero no lo habria sido ménos si las personas obsequiosas hubieran tenido presente a la escolta que los custodiaba, que en estos dias no tuvo mas refrijerio que el agua de la pila inmediata, que entónces no era potable...

La caida de O'Higgins

28 de enero de 1823

Los episodios de este acontecimiento que vamos a referir, no tienen mas interes que ser desconocidos o no publicados, que nosotros sepamos, hasta hoi por nuestros historiadores.

Omitimos varios hechos con ellos relacionados, por no considerarlos necesarios, o porque son jeneralmente conocidos.

I—El antiguo batallon de la «Guardia de Honor» se habia elevado a rejimiento por el aumento de fuerzas que últimamente habia recibido. Era su jefe el bizarro coronel arjentino, don Luis Pereira, i segundo el sarjento mayor don Manuel Riquelme, tio materno de don Bernardo O'Higgins.

El dia arriba mencionado se habia dado órden en el rejimiento para que nadie saliera del cuartel, situado en San Agustin. Despues de medio dia se colocó en la torre del norte de la iglesia un piquete a las órdenes del capitan ingles Young, con órden de hacer fuego al mismo Director si se acercaba al cuartel.

A las cuatro de la tarde se vió un grupo, que de la Plaza de Armas se dirijia a ese punto por la calle del Estado. El coronel Pereira, que reconoció en aquel grupo al Director, que montaba un magnífico caballo i era seguido del mismo modo por sus cuatro edecanes, como única escolta, mandó al ayudante don Justo Arteaga, ahora jeneral, que se adelantara i pusiera en su conocimiento la órden que le impedia

pasar adelante. Esta órden fué comunicada a media cuadra del cuartel. El Director, sorprendido con desagrado al oirla, hizo, por medio del mismo señor Arteaga, llamar al coronel. Este vino, i al acercarse, don Bernardo le dijo:

—*Coronel, vuelva usted a su cuartel.*

Pereira obedeció, acompañándolo hasta allí.

Poco despues salia el rejimiento en direccion a la Plaza de Armas, con O'Higgins i Pereira a la cabeza. Formó en batalla en el costado del poniente i allí, paseando a su frente, permaneció recibiendo atentas i casi suplicantes invitaciones de la reunion que lo esperaba en el gran salon del Consulado, para que se presentara en este lugar.

Para doblegarlo se acudió a influencias increibles. No solo se solicitó el empeño de su señora madre, que se negó a intervenir, sino tambien el de su antiguo ministro Rodriguez, a quien la opinion pública culpaba de los odios que el Director habia llamado sobre su persona. El ex-ministro prestó gustoso i con buen éxito este servicio que con urjencia se le pedia; pero esto no lo libró de ser, pocos dias despues, arrastrado a una prision...

O'Higgins cedió al fin, i acompañado de su escolta, a la que habia dado un nuevo jefe momentos ántes, llegó a la plazuela de la Compañia, ahora de O'Higgins. Dejó la tropa en las gradas de la iglesia, situadas como a cuarenta metros frente al Consulado, i casi solo se dirijió a este lugar, al que con trabajo pudo penetrar, por la numerosísima concurrencia que lo ocupaba.

II.—Con raras escepciones, todos los presentes estaban armados i en actitud amenazante. Su exal-

tacion habia subido de punto al saber las palabras despreciativas con que el Director se habia espresado con las comisiones que se le habian dirijido. Muchos de los que lo vieron entrar no creyeron verlo salir. La escolta, que quedaba mui distante, no era una garantía de su vida. Esto hizo que el célebre actor arjentino Morante, recien llegado a Chile, al verlo entrar esclamase en alta voz: *¡No espero ver mas en hombre!*

El tono i ademanes insultantes, que no le abandonaron en toda la conferencia, provocaron la ira del Doctor Vera hasta recorrer el salon repitiendo a media voz: *¡La cesarina, la cesarina!* Esta provocacion al asesinato era tanto mas grave cuanto se hacia al fin del dia, casi en la oscuridad, por la suma escasez de luces que alumbraban el salon.

Felizmente, si allí habia gran número de enemigos que tenian mucho de que vengarse del Director, no habia, apesar de lo que se ha dicho, ningun asesino.

Antes de las nueve de la noche, i despues de haberse despojado de las insignias del mando, se retiró, en medio de vivas atronadores, dando el brazo a don Antonio Mendiburu, en cuya casa, al poniente del Consulado, vivió los pocos dias que permaneció en Santiago ántes de su salida para Valparaiso.

III.—A poco de haber salido O'Higgins del Consulado, la Guardia de Honor i la escolta se recojieron a sus cuarteles. Algunos pocos oficiales i soldados de los dos batallones de infanteria de que constaba la guardia nacional de Santiago, que con gran trabajo se habian reunido en el cuartel de San Diego, i una compañia de artilleria, a las órdenes del coronel don Francisco Formas, que se habia pro-

nunciado por la revolucion, permanecian en actitud hostil contra la Guardia de Honor, pero sin moverse de su cuartel. Despues de entrada la noche, los artilleros habian hecho desde ese punto disparos por alto contra el cuartel de San Agustin, pero sin nigun resultado.

La oficialidad de la Guardia, casi en su totalidad, era adversa al Director, con solo *cinco* escepciones, contando entre ellas al capitan de cazadores, don Joaquin Arteaga, hermano del ayudante de que hemos hablado. Esta compañia se hacia notar por su disciplina, por su fuerza, 120 hombres, i por su jefe, de conocido valor.

Este oficial, partidario entusiasta de O'Higgins, no habia podido mirar con indiferencia las provocaciones de los artilleros, i al recojerse al cuartel con su compañia, pudo, sin llamar la atencion, sacarla i tomar la direccion de San Diego, de donde habian salido los disparos, con la intencion poco disimulada de contestar aquel insulto.

Felizmente, el coronel Pereira supo a tiempo lo que sucedia i corrió a impedirlo, persuadiendo con palabras cariñosas al capitan Arteaga a volver a su cuartel. Sin este incidente ¡quién sabe qué rumbo hubieran tomado, al ménos por corto tiempo, los acontecimientos! En esos momentos se obraba, tanto en la tropa como en el pueblo, una reaccion o'higginistas.

IV.—Los escritores que hemos leido sobre este suceso, están mas o ménos de acuerdo en elojiar con entusiasmo el valor *heróico* del pueblo de Santiago en este dia. Aunque no hubiéramos presenciado los

hechos. la lectura de esos escritores bastaria para persuadirnos de parte de quien estuvo el valor.....

Los señores don José Maria Guzman i don Fernando Errázuriz, que en esa ocasion desplegaron rara enerjía, no ignoraban que en esos momentos el Director no contaba con mas apoyo que el de su espada; pues la Guardia de Honor, ademas de los compromisos privados de casi toda su oficialidad, habia empeñado su palabra públicamente, por medio de su jefe, de no hacer armas contra el pueblo.

En cuanto a la escolta, desmoralizada con el cambio violento de su antiguo jefe, hecho en esos momentos en un militar de mérito, pero estraño, al cuerpo, contaba con varios oficiales mal dispuestos.

No necesitamos decir que los señores Pereira i Merlo, tambien arjentino, i jefe de la escolta, depuesto por el Director por su decision por el pueblo, recibieron mui pronto el pago republicano: *El que sirve a muchos a nadie sirve*, dice Rousseau.

Uno de nuestros mas notables historiadores ha dicho, al narrar estos sucesos: «El 28 *de Enero* es una fecha que el vecindario de la capital puede escribir con letras de oro al lado del 18 *de Setiembre de* 1810.

Estamos de acuerdo en cuanto a la identidad de ámbos acontecimientos; pero diferimos respecto *al metal* en que deben hacerse las inscripciones. Pensamos que la hipocrecía i el miedo del 18 de Setiembre, i el miedo i la hipocrecía del 28 de Enero pueden inscribirse en letras... *de plomo*.

Las últimas elecciones

BAJO EL GOBIERNO PIPIOLO

I.—En 1829 tuvieron lugar las elecciones jenerales en la República, i los dos partidos, pipiolo i pelucon, se disponian a dar una batalla decisiva, que venia preparándose desde cinco a seis años atras, tiempo en que habian nacido ámbos partidos con esos nombres.

Por la primera vez en Chile se organizaron i presentaron en público sociedades políticas. La mas séria i numerosa fué la que formaron los pipiolos, amigos del jeneral Pinto, Presidente de la República a la sazon.

Se reunia en público, en el gran salon en que la primera i *verdadera* sociedad filarmónica que hubo en Santiago daba sus conciertos, en la calle de Santo Domingo, en la casa que ahora ocupa la familia Fernandez Recio, dos cuadras al oriente de ese templo.

El tiempo que duró aquella sociedad, tuvo como único presidente a don José Maria Novoa, abogado i hombre público notable por mas de un concepto. A principios del tercer decenio de este siglo, i aun ántes, habia tomado parte, tanto en Colombia como en el Perú, a pesar de ser chileno, en importantes acontecimientos. El año 23. si no estamos equivocados, desempeñó el Ministerio de la Guerra en el Gobierno de Riva Agüero.

II.—Llegado a Chile durante el Gobierno del jeneral Freire, fué nombrado Ministro del mismo ramo, de cuyo cargo se retiró de un modo ruidoso. En las Cámaras posteriores a ese Gobierno ocupó un lugar

distinguido, i mas de una vez las presidió con notable habilidad. De fácil palabra i de voz magnífica, era escuchado con agrado, aun por la indomable barra de entónces, que no le era adicta, i que no habria tenido la mansedumbre de desocupar la sala con la resignacion que ahora lo hace. Aquellos concurrentes no habrian tolerado impasibles que por un aplauso, dado al fin de una votacion, se les llamara, como hace poco, por el presidente del Senado:—BADULAQUES... (Nos tocó la rociada).

Se discutia en una sesion nocturna, un asunto de gran interes de partido i la discusion estaba agotada. En ese apuro se acerca un diputado pipiolo al señor Novoa, que presidia, i en voz baja le dice: «Estamos perdiendo por un voto i se ha mandado buscar a Urízar.» Novoa sacó con disimulo el reloj, i finjiendo que tosia, contestó en el mismo tono: «busquen a otros, yo hablaré mas largo que ántes.»

Así sucedió, i mas de media hora despues, cuando llegó el señor Urízar, moribundo i entre dos personas que lo conducian del brazo, el señor Novoa resumió con toda calma su discurso; hizo votar i la cuestion se ganó por un voto. El Urízar de que se trata, es padre del señor Urízar Garfias, muerto hace poco.

III.—El partido pelucon no se reunia como sociedad política, pero el coronel don Enrique Campino formó en la calle de las Monjitas, una sociedad numerosa, dividida en tres secciones: la primera, de personas importantes; la segunda, de individuos de ménos categoria; i la tercera, de artesanos. Estas secciones se comunicaban i entendian por medio de comisiones respectivas.

En esta sociedad, habia gran número de empleados

dos de todas categorías i aun oficiales subalternos del ejército, que trabajaban en público i abiertamente con los enemigos del gobierno. En estas filas era el mas asiduo el capitan entónces i mas tarde jeneral Vidaurre. Aun no se habia convertido a los empleados públicos en ciegos instrumentos de opresion, i esto esplica la admiracion que causó hace poco la conducta digna i enérjica del señor don Pacífico Jimenez, que renunció su gobernatura de Linares, ántes que prestarse a servir de máquina de elecciones, como se lo exijía el Ministro Altamirano.

El partido pelucon formó o fomentaba una gran sociedad de artesanos que, como la anterior, era notoriamente hostil al Gobierno.

Las elecciones fueron en su mayor parte favorables a éste; pero la oposicion estuvo representada en las Cámaras, en las Municipalidades i en las asambleas provinciales por un número respetable de sus adeptos!

Cuando decimos que el triunfo, en su mayor parte, fué de los amigos del Gobierno, no debe creerse que éste prescindiera del todo de tomar una parte en las elecciones, como habia sucedido en el Gobierno del jeneral Freire: la intervencion asomaba ya la cabeza; pero ni como sombra de lo que se vió despues i mucho ménos de lo que ahora vemos, que por sus excesos debe ya tocar a su fin, si es cierto que *los estremos se tocan.* Los destinos de Chile no habian caido aun en manos de abogados sin pleitos, de médicos sin enfermos i de covachuelistas, que por su número i sueldos son una amenaza a la fortuna pública i privada de nuestra patria.

IV.—Al principiarse esas elecciones, principiaron

tambien las maniobras preparadas de antemano. Los pelucones no llamaron la atencion pública por su actividad i disciplina. Por este motivo solo daremos cuenta de la organizacion i maniobras del partido pipiolo, dirijido por el señor Novoa.

Se nombraron, entre otras, tres comisiones que debian funcionar incesantemente al rededor de las mesas receptoras; estas comisiones tenian los títulos siguientes: *Comision Negociadora*, *Comision Apretadora* i *Comision Arrebatadora.*

Pocas palabras esplicarán el respectivo objeto de estas comisiones. La *negociadora* se empleaba en la compra de calificaciones i del voto, si se podia, de los que se dirijian a votar; la *apretadora*, mui numerosa, en impedir acercarse a la mesa a los enemigos. Cuando estos medios eran insuficientes, la *arrebatadora* ponia en ejercicio su título en el momento en que el votante sacaba su calificacion.

El que arrebataba una calificacion debia, para evitar reclamos i alboroto, abandonar inmediatamente la mesa en que lo habia hecho, i dirijirse a otra de la parroquia mas inmediata, de donde venia al momento su reemplazante.

Estas comisiones, compuestas únicamente de partidarios decididos, algunos de ellos de cierta representacion, ejercian sus funciones de preferencia con individuos de menor cuantía. No habíamos llegado a los felices tiempos en que la policía de seguridad, i sobre todo, la policía *secreta*, suministraran el personal que debe facilitar o impedir la emision del sufrajio de los ciudadanos, que a veces tienen que luchar con bandidos de quienes es preciso defender el reloj, el pañuelo i aun el sombrero. Esos mismo bandidos han amenazado mas de una vez la seguridad

pública, cuando, llegada la noche, al volver al cuartel de policía i desnudarse del disfraz, no se les ha pagado su *trabajo* pronta i debidamente.

V.—Para el acto de votar no se exijia entónces la comparecencia del sufragante. Cualquiera individuo podia votar por una o mas personas con solo exhibir las calificaciones respectivas. Esto daba lugar a que algunos se presentaran a votar por otros con abultados paquetes de calificaciones, que eran admitidas sin la menor dificultad.

Este sistema era ménos complicado i mas económico que el usado en el dia, pues una vez comprada la calificacion, no habia que dar *nueva* gratificacion al *digno* ciudadano que la vendia, mientras ahora hai que pagarle dos veces: cuando la vende i cuando vota (1).

VI.—Terminada la eleccion, que entónces duraba dos dias, se hacia el escrutinio en el último. Las cajas que contenian los votos quedaban depositadas durante la primera noche en un lugar público i ce-

---

(1) Dos o tres horas ántes de concluirse la votacion del último dia, los vocales de la mesa de la Catedral, a quienes se les habia concluido sus calificaciones, determinaron, de propia autoridad, que todo el que quisiera votar con calificacion ajena, debia acompañarla con el *poder* del dueño.

Como esto era imposible i contra la práctica, se reclamó, pero inutilmente, i no hubo mas remedio que inventar poderes a nombre de los dueños de las calificaciones.

Esta operacion duró mas de dos horas, de modo que cuando se presentaron los *apoderados*, la mesa cesaba en sus funciones, dejando en poder de la oposicion gran número de esos papeles inútiles.

rrado, sobre una mesa bien alumbrada i vijilada por comisiones de todos los partidos.

La caja de la parroquia de la Catedral se depositó esta vez, como siempre, en una pieza del poniente del pórtico de la cárcel, sobre una mesa separada de la calle por el grueso de la muralla, con la ventana abierta i con las luces consabidas.

Recien colocada allí la caja, don Cayetano O'Ryan, entusiasta pipiolo, se introdujo en ese cuarto sin ser visto por los cuidadores, por una puerta lateral que se abrió para él solo; en seguida, i gateando para no ser visto de aquellos, se colocó tras de la mesa, cubierta en gran parte por la caja. Permaneció allí mas de una hora sentado o de rodillas alternativamente. En ese tiempo se ocupó en introducir por una rendija casual o a propósito, valiéndose de un cuchillo, trescientos votos pipiolos.

Concluida esta operacion, i al pasar cerca de los Argos que desde la plaza cuidaban la mesa, les dijo: «No hai que descuidarse; el que pestañea pierde». Nadie conoció la ironía del consejo hasta muchos dias despues, en que la maniobra se hizo pública.

Grande fué el asombro de los comisionados pelucones que, segun *sus apuntes*, ganaban en esta mesa por mas de cien votos, al ver que en el escrutinio, perdian por mas de doscientos....

VII.—La conducta hipócrita i de aparente prescindencia de aquel Gobierno no lo libró de la responsabilidad que sobre él recayó por los abusos cometidos por sus partidarios. Algunos meses despues, partidarios i Gobierno vinieron a tierra para no levantarse mas.

El temor a una revolucion en esos tiempos no era,

como en el dia, un medio de Gobierno, por las numerosas i aventuradas especulaciones que ahora pueden verse comprometidas a la menor amenaza de un trastorno político.

El ilustre Infante, que no era economista ni profundo político, decia en ese tiempo: «El dia en que el Gobierno consiga formar un banco que esté a sus órdenes, tendrá un instrumento mas de opresion.»

Si hubiera vivido hasta nuestra época, habria visto que, para que esta clase de instituciones hagan pusilánimes a los hombres, no se necesita que esten a las órdenes de un Gobierno. La mayor parte de los que tienen *papeles* preferirian el peor de los Gobiernos a una revolucion que cure los males radicalmente. Por lo demas, los repetidos empréstitos del Gobierno, han realizado los temores de aquel gran patriota.

Esto lo sabe el gobierno i porque lo sabe no teme cometer ninguna clase de atentados, seguro de la impunidad.

Luis Blanc hace una observacion que debe meditarse. Sus palabras son mas o ménos las siguientes:

«Cuando la Francia sufrió la mayor desgracia que puede sufrir una nacion, *la invasion estranjera*, los papeles de banco SUBIERON....»

El adusto socialista nos trae a la memoria a una persona que no se le parece.

En los primeros años de nuestra revolucion habia en Santiago un comerciante, don Roque Huici, cuyo principal negocio era de azúcar i yerba. El primer artículo solo venia del Perú, así como la yerba no venia mas que de la otra banda. Ambas remisiones cesaban alternativamente, segun los sucesos de la guerra, por las incomunicaciones consiguientes. Cuando a *don Roque* le preguntaban algo sobre las noti-

cias que corrian, contestaba: «La única noticia que yo sé es que, si gana el rei, *baja* la azúcar i *sube* la yerba; i si gana la patria, *baja* la yerba i *sube* la azúcar.

Con raras escepciones, cada uno de los que tienen *papeles* en el dia puede llamarse *don Roque.*

Don Manuel Harbin

I LA MONEDA DE COBRE

Para indicar con exactitud las fechas a que vamos a referirnos habríamos necesitado recurrir a la Biblioteca Nacional; pero al escribir este artículo estábamos en vacaciones. Despues de abierta, no hemos estado en disposicion de hacerlo; sin embargo, por lo que aquí decimos, pueden buscarse estas fechas.

Advertiremos que casi todo lo que referimos es desconocido del público hasta ahora.

I.—Hace cuarenta i cinco años, poco mas o ménos, circula en Chile la moneda de cobre, cambiada últimamente por la de níquel, i es casi seguro que ninguno de los que las usan saben a quien deben este beneficio, i mucho ménos los sacrificios de todo jénero que costó al autor *único* de este adelanto.

Hasta esa época los valores que esa moneda representa lo eran por pequeños pedazos de plomo, lata o suela, con el sello o nombre de los bodegoneros que la emitian, i que eran cambiados por ellos

mismos con mucha frecuencia, sin amortizar la que ántes habian puesto en circulacion.

Estas monedas, ya que es necesario darle este nombre, se llamaban *señas o mitades* i equivalian a un centavo i medio de nuestra moneda del dia: por consiguiente, era ménos divisible que ésta, pues 64, que era la última subdivision, componian *un peso.*

La moneda mas pequeña de plata era el *cuartillo* o cuarto de real, que equivalia a tres centavos de la actual. El cuartillo era mui escaso i las *mitades* solo eran recibidas por los mismos que las sellaban; de suerte que su circulacion era mui limitada i acompada siempre del temor de un cambio de que usaban los bodegoneros a su antojo, i, como hemos dicho, sin amortizar las anteriores, que en este caso quedaban sin valor alguno.

II.—Estos i otros abusos que omitimos hacian mui difíciles las transacciones al menudeo, siendo, como siempre, en estos casos, la víctima obligada la clase pobre.

Todo el mundo se quejaba de este desórden, pero nadie indicaba el remedio. Pocos años ántes la Municipalidad de Santiago se habia dirijido, no recordamos bien si al Congreso o al Gobierno, con este objeto; pero nada se consiguió. Camilo Henriquez i don Manuel Salas escribieron tambien algo, en los primeros años de la revolucion, relativamente a la moneda de cobre, pero sin resultado práctico alguno. El remedio vino por fin de donde nadie lo esperaba.

III.—Entre los años de 20 a 24 llegó a Chile, de la República Arjentina, don Manuel Harbin, comer-

ciante español, que poco despues dió punto a sus negocios por su mal éxito. Sin embargo, no abandonó este pais en que se habia arruinado. Concurria diariamente al café de Hévia, que por su situacion, donde está ahora el palacio arzobispal, i otros motivos, era entónces el mas concurrido.

Harbin era buscado por los concurrentes por su jenio festivo i por su amena i chistosa conversacion. Este café era el teatro de sus prédicas sobre mejoras de toda especie para Santiago; muchas de las que se han efectuado mas tarde eran indicadas con empeño por él. Es la primera persona a quien oimos hablar de un *túnel* frente a la calle de las Agustinas, que debia comunicar la calle de Breton con la parte oriental del Santa Lucia, i, segun sus cálculos i combinaciones, la obra costaria una cantidad relativamente pequeña.

Pero nada llamaba tanto su atencion i por nada manifestaba mas empeño que por pesuadir a sus oyentes a poner un pronto remedio a la anarquía que reinaba en la moneda de última clase.

IV.—Despues de mas de dos años de discusion i de haber reducido al silencio a sus contradictores, se convenció de que nada conseguiria si no acudia a la prensa; pero, ¿como hacerlo? El no habia escrito jamas un artículo de periódico. En Santiago no habia mas órgano *frecuente* de publicidad que El Mercurio de Valparaiso, que con gran trabajo facilitaba sus columnas a escritores acreditados, i los que esta circunstancia no tenian, acompañaban el valor del escrito, mui subido entónces.

A esto se agrega que ese único diario de Chile tenia mui reducida circulacion; pues, fuera de los po-

cos números que recibia el Gobierno para repartirlos en Santiago i las provincias entre sus empleados, no contaba en la capital con mas de doce o quince suscritores. Dos o tres asistentes obligados i asíduos al mencionado café leian en alta voz, para poner al corriente del contenido de El Mercurio o de algun otro periódico eventual, a los *aficionados*... Año mas o ménos, estamos a fines del tercer decenio de este siglo. Algunos años mas tarde (i despues de algunos meses de fundado El Progreso, primer diario de Santiago) le preguntábamos al señor Sarmiento, su fundador, cuántos suscritores tenia. Contestó: «Al principio tuvo como 200, pero despues han disminuido.»

V.—En esos dias la conversacion de Harbin se hizo agresiva, sin perdonar ni a las personas que habitualmente lo rodeaban, que no se daban por notificadas, por su conocida buena intencion i porque al fin de la perorata habia de venir un chiste que pondria a todo el mundo de buen humor.

VI.—Poco despues apareció en El Mercurio el primer artículo sobre la urjencia de sellar moneda de cobre. Este artículo fué seguido a largos intervalos de otros. Facilmente se calcula que la intermitencia de estos escritos no tenia otro motivo que los escasísimos recursos del que los escribia, que no era otro que Harbin, a costa de increibles sacrificios.

No recordamos si encontró contradictores en la prensa; pero sí estamos ciertos de que en el Gobierno los tuvo tenaces i poderosos. Se recordaba lo sucedido algunos años ántes en el Perú al emitir esa clase de moneda, sin fijarse en el gran desacierto que

en este caso se habia cometido, dando a la moneda de cobre un valor excesivamente subido, i sin ninguna garantía segura por este exceso en caso de amortizacion. Harbin, sin embargo, no se desalentaba i tentó un recurso que creyó decisivo: escribió uu artículo acompañado de varios modelos, impresos en el mismo diario, de las distintas formas de monedas de cobre usadas en otros paises, cuyos ejemplares le fueron facilitados, segun recordamos, por el señor don Pedro Lira.

Este artículo tambien era su último esfuerzo: para pagarlo le fué necesario empeñar su viejo reloj, que lo acompañaba desde su juventud i que no volvió a recobrar...

Nos trae a la memoria este caso al célebre químico que, agotados sus últimos recursos en una operacion decisiva, repetida muchas veces, haciendo su última prueba i temeroso de un mal éxito por falta de combustible, arrojó al fuego su catre de madera; con la diferencia de que a éste, una vez acertado su esperimento, le aguardaban la gloria i la riqueza, miéntras que Harbin solo podia esperar, como sucedió, el olvido...

Poco despues el Gobierno se decidió por fin a mandar sellar a Europa una cantidad de la mencionada moneda. Harbin habria dado como ya vivido el tiempo que habia que aguardar. Por último, despues de algunos meses, un dia se le vé entrar al café, contra su costumbre, con paso apresurado i con un pequeño envoltorio que levantaba en alto sin pronunciar mas palabras que: *¡Ya llegó, ya llegó!* tirándolo sobre una mesa. Todos se apresuraron a desdoblarlo. Su contenido se reducia a *dos* monedas de cobre; fué todo el premio de sus sacrificios, *un cen-*

tavo i *un medio centavo*, nombre que se dió a esa moneda, sin corresponderle, por su valor intrínseco.

No sabemos de quién fué la culpa, pero al recibirse la primera remesa se cayó en cuenta de que el valor de la nueva moneda era casi doble del nominal. Esta ocurrencia obligó al Gobierno a darle mas valor; de suerte que un peso lo formaban, en lugar de *cien* monedas de las grandes, *sesenta i cuatro*, i el doble de las chicas.

Tenian que pasar mas de veinte años para que pensáramos en establecer el sistema decimal, rechazado aun por la nacion mas rica i comercial del mundo, la Inglaterra, i que, segun la esperiencia, aun no es comprendido por la jeneralidad en ninguno de los pueblos en que se ha establecido desde mui atras.

VII.—En una de las obras de Proudhon hemos leido que las dificultades que ofrece este sistema nacen de que es *contrario a la naturaleza*, que no ejecuta ninguna de sus operaciones por el órden decimal. Esta observacion la apoya en numerosos hechos que prueban lo que dice. Antes de Proudhon, Millin habia dicho: «El sistema decimal es de tal modo vicioso, que sus denominaciones a veces significan lo contrario de lo que espresan, etc.»

VIII.—No sobrevivió mucho tiempo el señor Harbin al costoso triunfo de su idea, i no hemos olvidado que murió sumamente pobre i sin haber merecido su memoria ni un triste recuerdo de la prensa. Conservó su carácter hasta sus últimos momentos. Pocos dias ántes de morir atravesaba la Plaza de Armas la carreta en que llegaba del campo, donde, aunque inutilmente, habia buscado la salud. Al ver que se

estaba colocando la fuente que ahora la adorna, hizo parar la carreta i, dirijiéndose al que ordenaba el trabajo, le hizo notar, con palabras burlescas, pero cariñosas, el disparate que se cometia, sobre todo por lo desproporcionado de la base, demasiado baja. Tenia razon: esta falta se corrijió mas tarde, como todos lo hemos visto.

IX.—La carreta se dirijió en seguida... al hospital! donde murió Harbin, sin que lo libraran de esta desgracia la regular fortuna que trajo a Chile ni su honorable conducta.

Noticias menudas

I.—La revolucion del año 10 no introdujo por de pronto ningun cambio en nuestros hábitos i modo de vida. Los títulos nobiliarios i sus signos esteriores se conservaron intactos. Tan cierto es esto, que cuando, despues del triunfo de Chacabuco, año de 1817, volvieron los patriotas confinados en Juan Fernandez, el dia en que avistaron a Valparaiso, cada uno de los *titulados* desempaquetó su respectiva placa o condecoracion i con este adorno desembarcaron todos en ese puerto, con gran asombro de los militares arjentinos que cubrian la guarnicion, i para los cuales eran cosa nueva estos relumbrones, desconocidos en su pais.

Nadie ignora que los escudos de armas desaparecieron, i no del todo, del frente de las puertas de calle en ese mismo año, por órden del director O'Higgins.

II.—En pos del ejército de los Andes vino gran número de arjentinos, sobre todo, comerciantes, que introdujeron nuevas modas en el vestido. Antes de esta época todo era español i nuestro modelo era Lima. Con la moda cambió el nombre de los objetos del vestuario. El *armador* fué reemplazado por el *chaleco*; el *volante*, por el *frac*; el *citoyen*, por el *capote* o *capoton*, etc. Por los nombres *casi* franceses que citamos se conoce el oríjen de esas modas.

Los arjentinos introdujeron tambien el uso de un arete en la oreja izquierda: algunos usaban dos, uno en cada oreja.

III.—Del año 18 al 30 el traje de verano, entre los hombres de medianas facultades, era el siguiente:

Sombrero de castor; chaqueta o levita (esta no era comun; se prefería el frac) de seda, i calzon de lo mismo, a veces de espumilla; zapato recortado de becerro i media de seda blanca o color carne. Los precios eran poco variables. Un par de medias de vena, tres pesos, i veinte reales si eran lisas. El par de zapatos ingleses, mui en moda, tres pesos. El uso de las medias de seda era dispendioso, sobre todo por una circunstancia.

El zapato de becerro (no era conocido el charol, a lo ménos para el calzado) exijia el uso frecuente del betun para lustrarlo. Este betun imprimia mui pronto en la media una ancha lista negra en toda la orilla del zapato, de suerte que se hacia necesario cambiar medias por lo ménos cada dos dias. La cosa era seria, i vamos a comprobarlo con un hecho.

IV.—En una de las innumerables «Memorias» que se publicaron despues de la caida de Napoleon, hemos leido, hace muchos años, lo que sigue:

Lebrun, duque i gran chambelan del imperio, tenia, en razon de este último empleo, la obligacion de asistir a la corte diariamente, con escepcion de los dias feriados. En estas asistencias era de rigor presentarse de calzon corto i media de seda blanca. El inconveniente del betun, de que hemos hablado, obligaba a Lebrun a cambiar medias diariamente, lo cual contrariaba sus hábitos económicos.

Un dia llamó a su ayuda de cámara mas temprano que de costumbre, ordenándole con urjencia hiciera venir a su zapatero.

Apenas llegó éste, le dice Lebrun:

—Necesito tres pares de zapatos lo mas pronto.

El zapatero contestó:

—Dentro de dos dias estarán aquí.

—Pero ántes, añadió el primero, oiga usted lo que yo quiero: los tres pares de zapatos han de ser en esta forma: un par, igual a los que usted me hace ahora; el otro, media pulgada mas embotinado; i el tercero, el doble mas que este último.

Este espediente produjo los mas felices resultados: el gran chambelan se ponia sus medias limpias el lunes; el martes, mediante el segundo par de zapatos, no aparecia la lista negra, ni el miércoles tampoco, porque quedaba oculta con lo mas embotinado del tercer par de zapatos. El jueves se ponia un segundo par de medias limpias, que pasaba hasta el sábado por la misma maniobra. De esta suerte, el servicio que ántes le costaba *seis* pares de medias semanales, lo hizo en adelante con *dos*.

Los que no éramos ricos, por no decir los que éramos pobres, hacíamos servir las medias dos o tres dias mas, tirándolas para la punta del pié para ocultar la maula.

V.—Por lo comun el único cambio de ropa al entrar el invierno consistia en guardar la de seda para reemplazarla con jéneros de mas abrigo. Con esta escepcion, la jeneralidad usaba la misma ropa en todas las estaciones. Aun para las personas entradas en años la capa era poco comun. El alto precio, por otra parte, de una capa hacia poco comun el uso. La capa color *grana* i *blanca* solo la usaban los *nobles*. Para los nacidos en España no habia dificultad, porque en jeneral esta circunstancia era signo de nobleza... Las personas acomodadas iniciaban el verano el 29 de Setiembre, dia de San Miguel, con el estreno de capa de seda, asistiendo en ese dia a una funcion de toros que se daba frente a esa iglesia, situada en el mismo sitio que ahora, i en el lugar donde se construye el Templo de la Gratitud Nacional. El uso de la capa de seda habia concluido ántes del año 10. La moda de los colores privilejiados desapareció en parte a principios de la revolucion; pero en muchos casos esas capas se conservaron hasta mui tarde, como recuerdos honrosos. El año 23 vimos teñir una, variando el color antiguo.

VI.—Las modas no cambiaban entónces, ni con mucho, con la frecuencia que ahora. Entre esas modas las habia mui incómodas: citaremos dos de ellas.

La primera fué la de usar *dos* chalecos de distinto color, que si para el invierno podia ser conveniente, para el verano era insoportable. Del chaleco de abajo solo debia verse la orilla de la parte de arriba. Esta moda no debió venir de Buenos Aires, como las otras, porque cuando en Chile estaba en toda su fuerza, año 24, nos presentamos con ella en ese

pueblo, en un billar mui concurrido, i del que tuvimos que retirarnos mui pronto, por haber llamado la atencion de aquellos señores de un modo poco conveniente a nuestra persona. Al retirarnos, dirijimos a los burlones algunas palabras que nos parecieron de gran efecto, i con las que conseguimos hacer estallar una gran risotada unísona i estrepitosa..... Nuestros chalecos eran rojo el de abajo i amarillo el de encima.

Pero nada mas terrible que las *dos* corbatas: la de abajo *blanca*, i *negra* la otra. De la primera solo debia verse la orilla superior, que servia de *vivo*. A esto debe agregarse que la corbata de arriba contenia en su interior una almohadilla de algodon que aumentaba el volúmen, hasta el estremo de hacer desaparecer en muchos casos el cuello, i dificultando sus movimientos. En verano estas corbatas eran un verdadero suplicio; pero era *moda*, i basta.

El guante era poco usado, sobre todo en verano, en que invariablemente era de seda. En invierno se usaba de ante amarillo.

VII.—Tampoco se temia al frio, que ántes del año 20 no recordamos haber visto ninguna ventana ni puerta interior con vidrio. Respecto a las ventanas con vista a la calle, podemos asegurar que no habia ninguna en Santiago que los tuviera.

Cuando las ventanas a la calle correspondian a piezas de habitacion, una reja tupida de alambre las garantía de la curiosidad de los transeuntes. Aun recordamos, año 18, que una ventana de la casa de los señores Figueroa, situada en la calle de las Monjitas, nos suministraba, sin la voluntad de su dueño, pedazos de alambre amarillo para hacer sortijas.

Las puertas i ventanas, en lugar del vidrio ahora en uso, tenian balaustres de madera de prolijo trabajo. En la *cuadra*, que ahora se llama *salon*, circulaba el aire libremente; pues los bailes i reuniones se hacian a ventanas i puertas abiertas, dejando toda libertad a las *tapadas* para ejercer la mas rigurosa inspeccion i crítica, de ordinario no mui caritativas.

A esta cuadra no la cubria enteramente la alfombra: por lo comun solo lo estaba la mitad; en lo demas estaba descubierto el enladrillado. La alfombra se estendia sobre una tarima de madera de tres o cuatro pulgadas de altura. Allí se colocaban los asientos de preferencia, que no tenian espaldar ni brazos, i se llamaban taburetes. Estas alfombras se trabajaban casi en su totalidad en la Ligua.

El empapelado, desconocido entónces, se reemplazaba con damasco de seda carmesí o anteado. Esta tapicería era poco comun por su alto precio.

El material de las murallas de las casas, i aun de la mayor parte de las iglesias, era invariablemente de adobe, i la enmaderacion de canelo. Esta madera, sin uso en el dia, es de una increible duracion, a pesar de su debilidad aparente. La capilla de *La Soledad*, situada a pocos metros al poniente de San Francisco, i contemporánea de su fundador Pedro Valdivia, fué reconocida hace veinte años, i su enmaderacion, de canelo, estaba intacta.

Hasta hace ménos de cuarenta años, solo recordamos tres casas de dos pisos i de ladrillo i cal, que aun se conservan: la del señor don Juan Alcalde, calle de la Merced, núm. 95; la que fué de don Juan Manuel Cruz, calle del Estado, núm. 44; i la del Obispo Aldunate, en la Cañadilla, núm. 45. De piedra, como hasta ahora, solo habia la que habita

el señor don Juan de Dios Correa, que fué del Conde Toro, calle de la Merced, núm. 80.

No recordamos, hablamos del año 10 al 20, haber visto en Santiago mas de treinta i tantas casas de dos pisos, de varios aspectos i dimensiones. La mayor parte de estas casas eran de balcones salientes, de madera, i pertenecian a épocas remotas. En jeneral nadie habitaba el segundo piso. En la época en que esas casas se construyeron se necesitaba ser *noble* para el uso de balcon a la calle. Segun nuestros recuerdos, la última edificada con este adorno, que conocimos, fué la que en la calle de Santo Domingo lleva ahora el númera 49, despues de haber variado tres o cuatro propietarios i de haber sufrido dos transformaciones.

En nuestra niñez oimos repetir que su primitivo dueño, cuyo apellido, estinguido ya, recordamos, pagó doscientos pesos de multa por faltarle el requisito consabido.

VIII.—Al leer lo anteriormente escrito, notamos que hubiéramos podido dar mayor amplitud i mas conveniente continuacion a estos datos; pero no hemos podido resolvernos a emprender este trabajo, por temor de alargar este artículo mas de lo conveniente. Mas tarde, *si el tiempo lo permite*, agregaremos lo que en éste falta sobre trajes del otro sexo, carruajes, objetos alimenticios i modo de servirlos.

Concluiremos por ahora con pocas palabras sobre el mas caro i escaso de esos alimentos.

El pescado solo estaba al alcance de la jente acomodada. Los dias de *vijilia*, i sobre todo los jueves, se vendia en escasa cantidad en el mercado, pues no era permitido venderlo en otra parte, i mucho mé-

nos en las calles, donde eran perseguidos sin piedad *los revendedores*.

Entónces hábia una frase que espresaba la venta de este alimento.

Desde mui antiguo era costumbre, aun subsiste, tocar los jueves en la tarde la gran campana de la Catedral, a *Escuela de Cristo*; distribucion que tiene lugar en la noche de ese dia. Al oir esta campana se decia: *a pescado*.

Esta frase, i aun la campana misma, quizá de otra forma, es de la mas remota antigüedad. Vamos a probarlo.

Hemos leido en uno de los antiguos historiadores de Grecia, o de un escritor que a ellos se refiere, lo siguiente:

Un orador de esos tiempos arengaba al pueblo en una plaza de Aténas. En medio de su fogoso discurso notó que sus oyentes, sin el menor miramiento al orador ni al interesante negocio de que les hablaba, abandonaron la plaza a toda prisa, quedando de aquella gran multitud un solo individuo, que le escuchaba con gran atencion.

Sorprendido i mortificado por este desaire, se dirijió a este único oyente, colocado próximo a la tribuna, diciéndole:

—Te doi las gracias, porque tú eres el único que no has cometido la grosería de retirarte como los demas, apenas han oido tocar la campana *a pescado*.

El elojiado que, siendo sordo, no habia oido la campana, preguntó al orador:

—¿Han tocado ya?

—Sí, por eso se han ido.

—*¡Pues yo tambien me voi!*

Noticias locales de Santiago

Bajo este título vamos a reunir algunos datos acerca de las casas en que nacieron, vivieron o murieron muchas de las personas notables que han figurado en Chile en los primeros cincuenta años de este siglo.

Este jénero de noticias ha de parecer frívolo e insignificante a algunos de nuestros lectores; sin embargo, otros las apreciarán i recojerán como datos curiosos con el mismo interes con que son recojidos i consignados en libros serios i eruditos los que se refieren a muchas ciudades europeas i aun americanas.

Aunque hemos tenido empeño en consignar aquí el mayor número de noticias de esta clase, no nos lisonjeamos con la idea de haber agotado este tema, i solo creemos haber abierto el camino a las investigaciones de los futuros historiadores de nuestra capital.

Para hacer mas fácil la consulta de estas noticias, hemos adoptado el órden estrictamente alfabético de los apellidos de las personas de quienes se trata.

Lo principal i mas difícil de este trabajo es la certidumbre del número que tienen hoi las casas que ocuparon las personas de que se trata, sobre todo en sus últimos años, i creemos que en este dato no hai un solo error; sin embargo, si alguna persona lo descubre, le suplicamos se sirva advertírnoslo del modo que le sea mas conveniente para rectificarlo.

Nos falta solo testificar nuestro agradecimiento a dos apreciables caballeros, a quienes sucesivamente hemos consultado: el señor don Francisco de P. Fi-

gueroa, que nos suministró gran número de datos interesantes, i el señor don Diego Barros Arana, que llevó su amabilidad hasta escribir él mismo gran parte de este trabajo, a que habíamos pensado dar una forma mui sucinta. Debemos tambien algunas indicaciones al señor don Francisco Prieto del Rio.

A

Alcalde don Juan Agustin, Conde de Quinta Alegre, miembro de una junta de gobierno, senador i consejero de estado. Vivió la mayor parte de su vida en la casa número 95 de la calle de la Merced. Esta casa, que fué por muchos años una de las mas hermosas de Santiago i que conserva hasta hoi su aspecto monumental, fué construida a principios de este siglo, segun los planos del célebre arquitecto italiano Toesca, para don Francisco Ramirez, caballero español que en el comercio hizo a fines del siglo pasado una de las fortunas mas considerables del pais. La casa del señor Alcalde era, desde 1820 hasta la muerte de este caballero en 1859, uno de los centros de reunion de la aristocracia santiaguina.

El señor Alcalde poseia en el Tajamar, un poco al poniente del Seminario, una espaciosa quinta que fué algunas veces lugar de reunion de los patriotas ántes de la revolucion de 1810.

Aldunate don José Antonio Martinez de, fué Rector de la Universidad de Chile en 1764, gobernador del obispado de Santiago durante una ausencia del obispo Aldai, obispo de Guamanga en el Perú, desde 1803, i por último obispo de Santiago en 1810. El señor Aldunate fué tambien miembro de la primera junta de gobierno instalada en Santiago el 18 de Se-

tiembre de este último año; pero no llegó a esta ciudad sino en Octubre de ese año; i a consecuencia de los achaques de su avanzada edad, de 81 años, no tomó parte alguna en los negocios administrativos, i murió el 8 de Abril de 1811 en la casa en que habia vivido, que es una quinta situada en la Cañadilla, de dos pisos i de aspecto imponente, la cual se conserva en su mismo estado i lleva el número 45.

Aldunate don José Santiago, jeneral de brigada, intendente de Chiloé, dos veces intendente de Valparaiso, ministro de la guerra i senador. Vivió en sus últimos años i murió en la calle de las Delicias, número 39.

Andía de Irarrázabal don José Miguel, nació en 1800 i murió en 1848. Fué miembro de la convencion de 1823 i de la de 1833. A los 36 años fué elejido senador, cargo que desempeñó sucesivamente hasta su muerte.

En 1841 fué nombrado Ministro del Interior i su sueldo lo cedió al Instituto de Caridad Evanjélica. Fué tambien miembro de la Facultad de Leyes de la Universidad.

Murió en la calle de los Huérfanos, número 47.

Argomedo don José Gregorio, doctor de la Universidad de San Felipe, procurador de ciudad en 1810 i secretario de la primera junta de gobierno, i mas tarde presidente de la Corte Suprema de Justicia, habia nacido en San Fernando el año de 1767, i murió en Santiago el 5 de Octubre de 1830 en la casa número 75 de la calle de Santo Domingo, que habitaba desde años atras.

Astorga don José Manuel, miembro de una junta de gobierno en 1817, empleado largos años en la aduana, mientras esta oficina estuvo establecida en San-

tiago. Vivió i murió en la calle de Agustinas, en una casa que tenia cierto aspecto notable, i que ha sido casi reedificada; lleva al presente el número 3. Mas que por los empleos que desempeñó era famoso por su saber en materia de jenealojia de todas las familias chilenas.

B

Balmaceda don Francisco Ruiz de Ovalle, presbítero, nació en Santiago en 1772. En su juventud administró él mismo su considerable patrimonio, repartiendo todo su producto entre los pobres: no pareciéndole esto suficiente, entregó todos sus bienes al hospital de San Borja, reservándose únicamente una casita de pobrísimo aspecto i mil pesos anuales para sus gastos: de éstos ahorraba aun la mayor parte para repartirla en limosnas.

El señor Balmaceda es mirado en Chile como el tipo mas acabado de todas las virtudes cristianas, sobresaliendo entre ellas su caridad sin límites. Vivió i murió en la calle de las Monjas Rosas, número 52.

Barros don Diego Antonio, senador, consejero de estado, comerciante acaudalado e influyente en la política desde 1827, comandante del escuadron Orden, compuesto de comerciantes. Vivió desde 1817 hasta su muerte, en la calle de Ahumada, número 39. En esta casa vivió el jeneral arjentino Soler en 1817. Fué de unos españoles ricos apellidados Barrena. En ella se reunian con frecuencia los pelucones, sobre todo en los años que trascurrieron desde 1828 hasta 1841.

Beauchef don Jorje, frances, oficial del ejército del primer imperio, empleado en el servicio de Chile

desde 1817, donde alcanzó al grado de coronel, distinguiéndose siempre por su valor a toda prueba, su espíritu organizador i la sinceridad i rectitud de sus principios liberales. Vivió en la calle de las Monjitas, número 75, donde murió en 1840.

Bello don Andres, oficial mayor del Ministerio de Relaciones Esteriores, senador, Rector de la Universidad, etc. Recien llegado a Chile, en 1829, vivió en la calle de Santo Domingo, número 30. Mas tarde adquirió por compra la casa número 100 de la calle de la Catedral, donde pasó muchos años hasta su muerte, ocurrida en 1865.

Benavente don Diego, antiguo jefe del ejército, diputado a muchos congresos, consejero de estado, senador i contador mayor, fué dueño de la casa que cierra por el poniente la Plaza de Bello, i allí vivió muchos años hasta su muerte, ocurrida en 1867.

Blanco don Manuel, nació en Buenos Aires en 1790. Teniente jeneral, último de este grado, i vice-almirante de Chile.

Vivió en sus últimos años i murió en la calle de Agustinas, número 20, el 5 de Setiembre de 1876, de 86 años de edad.

Blanco don Ventura, ministro de estado en 1826 i 1827, secretario del Senado i decano de la Facultad de Filosofía i Humanidades de la Universidad de Chile.

Vivió en la calle de Agustinas, número 34, donde falleció en 1856.

Borgoño don José Manuel, jeneral de brigada, diputado a muchos congresos, ministro de la guerra, i ministro plenipotenciario de Chile en España.

Vivió, despues de haber sido dado de baja en 1830, en una chacra al oriente de San Bernardo, des-

pues en la calle de los Huérfanos, número 11, i por último en la misma calle, número 64, donde murió en 1848, siendo ministro de la guerra por segunda vez.

Brayer don Miguel, frances, jeneral del primer imperio, vino a Chile en 1817, fué jefe del estado mayor de nuestro ejército, se desprestijió por el mal éxito del asalto de Talcahuano, pero quedó hasta despues de Cancha-Rayada i se retiró poco ántes de la batalla de Maipo. Habitó en Santiago la casa número 80 de la calle de la Merced, secuestrada entónces por el Gobierno.

Búlnes don Manuel, jeneral del ejército de Chile, gran mariscal de Ancachs, Perú, Presidente de la República de Chile, senador i consejero de estado.

Vivió muchos años i murió en la casa que él mismo edificó en la calle de la Compañía, número 126.

Esta casa perteneció a la señora madre del jeneral Búlnes, i la habitaba desde años atras, de manera que cada vez que el jeneral venia a Santiago, se hospedaba en ella, como sucedió despues de la campaña de la restauracion del Perú i de la guerra civil que terminó en los campos de Loncomilla.

Bustamante don José Antonio, natural de San Fernando, principió su carrera desde cadete en 1798, siendo subteniente en 1811. Tomó una parte importante en la revolucion de Figueroa a causa de una delicada comision que se le encargó, en la cual espuso su vida. Hizo la campaña de los años 13 i 14, encontrándose en todas las acciones de guerra hasta el sitio de Rancagua.

Volvió en la emigracion con San Martin, encontrándose en Chacabuco. A su llegada a Santiago se le encargó la formacion del primer cuerpo cívico de

esta ciudad. En la batalla de Maipo mandaba el batallon de Infantes de la Patria, i por un atrevido movimiento influyó poderosamente en la derrota del ejército español. Fué condecorado varias veces i llegó el año 1822 hasta el grado de jeneral, conferido por el Director O'Higgins al darle el mando de la provincia de Coquimbo, despues de haber sido vice-presidente de la gran Convencion el mismo año.

Los achaques, consecuencias de sus heridas, le obligaron a retirarse del servicio activo el año de 1823.

Vivió en sus últimos años i murió en la calle de San Antonio, número 8.

C

Campino don Enrique, jeneral de brigada, militar de la independencia desde 1810, muerto en el año corriente de 1874.

Vivió largos años en la calle de la Compañía, en la casa que lleva el número 81, donde falleció.

Campino don Joaquin, hermano mayor del anterior, ministro de estado en 1825 i 1826, ministro diplomático de Chile en los Estados Unidos i mas tarde empleado de hacienda.

Vivió muchos años en los altos de la casa número 173 de la Alameda de las Delicias, donde sostenia una tertulia mui concurrida por muchos caballeros distinguidos de la sociedad santiaguina.

El señor Campino vivió mas tarde i murió en la calle de Lira, número 58.

Carrasco don Francisco Antonio, brigadier de injenieros del ejército español, presidente interino del reino de Chile desde 1808 hasta 1810.

Vivió en el palacio viejo en la Plaza de Armas o de la Independencia miéntras tuvo el mando superior; pero despues de su separacion del gobierno se trasladó a la calle de la Recoleta i habitó la casa que tiene el número 69, donde vivió hasta fines de Abril de 1811, época en que salió de Chile i pasó al Perú.

Carrera don Ignacio de la, padre de la ilustre familia de los Carreras, brigadier de milicias, miembro del Cabildo de Santiago bajo el réjimen colonial i de la primera junta de gobierno en 1810.

Nació en 1747 en la calle de las Monjitas, número 63, vivió largos años en la calle de los Huérfanos, número 29, i por último en la calle de las Agustinas, número 46.

Habitó esta última casa desde los primeros dias de la revolucion, i allí fué donde sus tres hijos prepararon la revolucion del 4 de Setiembre de 1811.

Carrera doña Javiera, hija del anterior, patriota célebre, nació en la casa de sus padres, número 29 de la calle de los Huérfanos, i vivió allí hasta la famosa emigracion de 1814.

A su vuelta a Chile, en 1823, habitó la casa número 47 de la calle de los Huérfanos; pasó largos años en su hacienda de San Miguel, departamento de Melipilla, i murió el 21 de Agosto de 1862 en la Alameda de las Delicias, número 96.

Carrera don Luis, hermano de la anterior, nació en 1791 en la misma casa de la calle de los Huérfanos, número 29.

Fué mas tarde coronel comandante de artilleria del ejército patriota; se ilustró en las primeras campañas de la independencia, i por último fué fusilado en Mendoza en 1818.

Carrera don José Miguel, famoso caudillo de

nuestra revolucion, presidente de dos juntas de gobierno, jeneral del primer ejército de Chile, nació en 1785 en la casa número 29 de la calle de los Huérfanos, habitó durante su grandeza i poderío en la casa número 46 de la calle de las Agustinas, i murió fusilado en Mendoza el 4 de Setiembre de 1821.

Don José Miguel Carrera es el miembro mas ilustre de esta célebre familia, i la historia de su vida encierra por completo el primer período de la historia de nuestra revolucion.

Carrera don Juan José, hermano mayor del anterior, nacido en Santiago el 17 de Julio de 1782 en la casa de sus padres, calle de los Huérfanos, número 29.

Fué fusilado en Mendoza en Abril de 1818.

Cerda don José Nicolas, mayorazgo acaudalado, miembro del Cabildo de Santiago, vocal de una junta de gobierno en 1812 i patriota mui considerado por el prestijio de su fortuna i de su familia i por las dotes de su carácter caballeroso.

Nació en Santiago, en la calle de los Huerfanos, número 17, i murió en la calle de la Merced, número 71, en una espaciosa casa que habia pertenecido poco ántes a don José Manuel Lecaros.

Cienfuegos don José Ignacio, eclesiástico notable por su piedad, por su ilustracion i por su ardoroso patriotismo.

Fué miembro de una junta de gobierno en 1813, gobernador del obispado de Santiago desde 1817 hasta 1822, i senador durante este período.

Hizo dos viajes a Roma como enviado del gobierno chileno cerca de la Santa Sede, i fué mas tarde obispo de la Concepcion, destino que renunció en

los últimos años de su vida para dedicarse al cultivo de las virtudes privadas.

Nació en Santiago en 1762, i murió en Talca en 1845, legando sus bienes a los establecimientos de caridad i al liceo de ese pueblo.

En Santiago habitaba una quinta de su propiedad, en una casa que lleva el número 271 de la Alameda de las Delicias.

Cruz don Luis, jeneral del ejército de Chile, nació en Concepcion en 1768. Desde principios de este siglo desempeñó, tanto en el pueblo de su nacimiento como en Santiago i fuera de Chile, numerosas e importantes comisiones.

Fué miembro de la primera junta revolucionaria de Concepcion, diputado a varios congresos i miembro de la junta de gobierno que reemplazó al Director Supremo O'Higgins en 1818, durante su ausencia en el sur. Habiendo tenido lugar entónces el descalabro de Cancha-Rayada, Cruz desplegó grande actividad i enerjía para mantener el órden en la capital e infundir aliento en los ánimos, sumamente alarmados a consecuencia de aquel lamentable suceso.

Dos años mas tarde acompañó al jeneral San Martin al Perú con un cargo importante en el ejército espedicionario.

De una inflexible rijidez en el servicio, era, sin embargo, amado de todo el mundo por la finura de su trato i por sus maneras esquisitas, exornadas por una de las mas hermosas figuras de nuestro ejército.

Murió fuera de Santiago en 1828, habiendo desempeñado como último cargo la comandancia de armas, i ocupando sus oficinas i habitacion la casa número 30 en la calle de la Compañia.

D

Dauxion Labaysse don José Francisco, escritor frances, dado a los estudios políticos i a la historia natural.

Despues de haber vivido algunos años en los Estados Unidos i de haber visitado a Venezuela i las Antillas, sobre cuyos paises escribió un libro, que no carece de interes, desempeñó una comision de Luis XVII cerca de la República de Haití.

El mal éxito de esta mision i otros hechos que no es del caso mencionar aquí, le obligaron a pasar a los Estados Unidos i despues a la República Arjentina.

Mal visto allí por sus compatriotas a consecuencia de las declaraciones que prestó en el proceso seguido a dos oficiales franceses que habian venido con don José Miguel Carrera, Dauxion Labaysse pasó a Chile i se ocupó aquí en la enseñanza.

En 1823 el gobierno del jeneral Freire le confió el encargo de recorrer el pais i de escribir un viaje o descripcion científica de él. Esta obra, superior sin duda a las aptitudes de Dauxion Labaysse, quedó en proyecto, i solo despues de la muerte de éste, ocurrida en 1829, el Gobierne confió este encargo a don Claudio Gay.

Dauxion Labaysse vivió mucho tiempo en la Serena, en la casa del intendente de esa provincia, don Francisco Antonio Pinto.

Cuando residia en Santiago vivia en la Maestranza, en el mismo local que ahora ocupa la Escuela Militar.

Donoso don Justo, padre recoleto-domínico, padre domínico en seguida, clérigo secular, rector del se-

minario de Santiago, miembro de la Universidad de Chile, obispo de Ancud i mas tarde de la Serena, i por último ministro de justicia, habia nacido en Santiago en Julio de 1800, i falleció en la Serena en Febrero de 1868.

El señor Donoso fué un canonista de un saber sólido cuyas obras son consultadas en Chile i en toda la América.

Vivió en Santiago, en la calle de la Recoleta, número 28.

E

Echeverria Larrain don Joaquin, ministro del interior del Director O'Higgins, nació en la calle de los Huérfanos, número 32 i murió en la calle de las Delicias, número 96.

Egaña don Juan, senador, autor de varias constituciones, escritor político i poeta, abogado célebre i gran patriota.

Nació en Lima en 1769, i murió en Santiago en 1836 en la casa número 13, calle de Teatinos.

Egaña don Mariano, hijo del anterior, patriota ilustre, ministro de Chile en Lóndres, senador, fiscal de la Corte Suprema, ministro de estado i autor de la Constitucion de 1833.

Vivió i murió en la casa número 13 de la calle de Teatinos.

Elizondo don Diego Antonio, diputado al primer congreso i obispo de la Concepcion. Monjitas número 76.

Encalada don Martin, miembro de una junta de Gobierno. Calle de las Agustinas, número 34.

Errázuriz don Fernando, miembro de una junta

de gobierno i mas tarde presidente de la República. Calle de las Monjitas, número 60.

Eyzaguirre don Agustin, cabildante del año de 1810, miembro de una junta de gobierno i vice-presidente de la República el año de 1826. Huérfanos, número 32.

Eyzaguirre don Jose Alejo, dean de la Catedral de Santiago i mas tarde nombrado arzobispo.

Renunció a este cargo ántes de ser consagrado.

A sus altas virtudes reunia una humildad ejemplar, que no era, sin embargo, un obstáculo para que, cuando era del caso, desplegara una santa enerjía de que dió varias veces público testimonio.

Vivió muchos años i murió en la calle de las Monjitas, número 57.

F

Fontecilla don Francisco, intendente de Santiago en 1818. Monjitas, número 76.

Fontecilla doña Micaela, eminente patriota mui perseguida por los realistas. Santo Domingo, 44.

Freire don Ramon, último capitan jeneral, Supremo Director i mas tarde Presidente de la República, cuyo cargo renunció.

Nació en la calle de Santo Domingo, número 36, el año de 1787.

Mas tarde vivió hasta su muerte, en 1851, en la calle de la Merced, número 69.

Figueroa don Tomas, valiente militar, coronel español que encabezó la contra revolucion del 1.° de Abril de 1811.

Fué fusilado en la cárcel de Santiago a las dos de la mañana del 2 del mismo mes.

Vivió en la calle de las Monjitas, número 63.

G

GANDARILLAS don Manuel, patriota distinguido, ministro del interior bajo el gobierno de Freire i mas tarde ministro de la Suprema Corte, nacido en Santiago en 1790.

Vivió i murió en 1842 en la calle de las Claras, número 23.

GAY don Claudio, sabio frances, autor de la *Historia física i política de Chile*. En la época en que hacia sus estudios, desde 1834 hasta 1841, tenia su residencia, cuando venia a Santiago, en la calle de Morandé, número 44.

GORBEA don Andres, célebre matemático español, profesor en Chile desde 1825 hasta 1852, en que murió, decano de la Facultad de Matemáticas i director del Museo Nacional, tan notable por su saber como por la elevacion de su carácter i la amenidad de su trato.

GRAJALES don Manuel, célebre médico español que vino a Chile por primera vez por los años de 1805 o 1806 a propagar la vacuna, i volvió poco mas tarde al Perú, de donde el virrei Abascal lo despachó de nuevo a Chile como cirujano del ejército español. Apresado en Talcahuano por los patriotas el buque en que venia, Grajales prestó sus servicios de cirujano en el ejército patriota, i quedó en Chile hasta 1826, adquiriendo en nuestro pais una alta reputacion por su saber i por su carácter bondadoso i caritativo.

Vivió en la calle del Puente, número 9, i despues en la de la Bandera, número 31, que era entónces la casa del marques don José Toribio Larrain.

Guzman don José Maria, miembro de una junta de gobierno e intendente de Santiago en el gobierno de O'Higgins.

Fué una de las personas que mostró mas enerjía contra aquel gobierno en el memorable 28 de Enero de 1823. Huérfanos. número 34.

H

Henriquez Camilo, padre de la Buena Muerte, publicista célebre de nuestra revolucion i redactor de la *Aurora*, nacido en Valdivia en 1769 i muerto en Santiago en 1825.

Vivió i murió en la calle de Teatinos, número 33. En esta casa vivió mas tarde el famoso actor Ambrosio Morante.

Hermida don Antonio, patriota entusiasta, en cuya casa se reunian los revolucionarios del año de 1810. Delicias, número 139.

Infante don José Miguel, procurador de ciudad en 1810, diputado varias veces, miembro de dos juntas de gobierno, ministro de hacienda de O'Higgins i juez de la Corte de Apelaciones de Santiago. Calle del Estado, número 33.

Irisarri don Antonio José, natural de Guatemala, Supremo Director interino en 1814, ministro del interior en el gobierno de O'Higgins i escritor ardoroso en defensa de la independencia. Monjitas, numero 70.

J

Jara doña Pabla, matrona mui influyente ántes i despues de la revolucion de 1810. Monjitas, número 20.

L

Larrain don Diego, alferez real en 1810, rejidor del cabildo i patriota entusiasta. Plaza de la Independencia, portal Mac-Clure, número 36.

Larrain don Joaquin, fraile de la Merced, i provincial de la misma órden, secularizado mas tarde, patriota exaltado que se distinguió durante toda la revolucion, hasta la caida de O'Higgins.

Vivia en la calle de los Huérfanos, número 14, donde se reunian muchos patriotas como C. Henriquez, Vera, Infante, etc., etc.

Las Heras don Juan Gregorio de, jeneral arjentino, distinguido por su valor, por la entereza de su carácter i por su talento militar, que despues de haberse ilustrado en la guerra de la independencia de Chile, desempeñó en la República Arjentina el puesto de presidente de aquel Estado.

Vivió i murió en la calle Nueva de San Diego, número 36.

Contra lo que puede creerse, el apellido de este ilustre jeneral era Gregorio de Las-Heras. Parece que la primera de estas palabras fuese el nombre de bautismo.

Lastra don Francisco, jeneral i Supremo Director en 1814. Monjitas, número 38.

M

Marin don Gaspar, doctor i miembro de la Suprema Corte, nació en la Serena en 1772, fué secretario de la primera junta de 1810, diputado a varios congresos i miembro de una junta de gobierno en los primeros años de la revolucion. Es padre de la señora doña Mercedes, eminente matrona, poetisa i literata, como asimismo del sabio don Ventura.

Vivió siempre en la calle de las Monjitas número 54, i murió en 1839 en una quinta, calle de las Delicias, número 6.

Marin don Ventura, hijo del anterior, nació en Santiago en 1806 en la calle de las Monjitas, número 53.

Fué profundo filósofo, teólogo, jurisconsulto, publicista, literato, poeta, en una palabra, hombre enciclopédico, habiendo dejado numerosos escritos que lo acreditan.

Fué venerado desde sus tiernos años por su caridad sin límites i por su admirable santidad, que llevó hasta el caso de pasar los últimos años de su vida en el convento de la Recoleta franciscana, sujetándose voluntariamente a todas las prácticas de la comunidad.

Cuatro dias ántes de su muerte se hizo conducir a casa de su hermano don Francisco, calle de Santo Domingo, número 27, donde murió el 12 de Abril de 1877, de edad de 71 años; haciéndose vestir, para lo que tenia licencia, el hábito de lego de aquella relijion, despues de haber profesado el dia anterior.

Mastaí-Ferretti Pio IX, secretario del señor Muzi en Chile, año de 1824.

Vivió en la calle de la Bandera, número 17.

MAROTO don Rafael, coronel del batallon español Talavera; despues de la batalla de Rancagua, brigadier, en cuyo grado mandó el ejército español en Chacabuco. Huérfanos, número 18.

MÁRQUEZ DE LA PLATA don Fernando, español, oidor de la Audiencia de Lima, rejente de la Audiencia de Chile i vocal de la primera junta de gobierno de 1810. Agustinas, número 56.

MENA don Pedro, presidente de la Sociedad de Agricultura, ministro de hacienda de Freire i senador. Catedral, número 140.

MENDIBURU don Antonio, coronel en la primera época. Plazuela de O'Higgins, en la casa que ocupa el Banco Hipotecario.

MENESES don Juan Francisco, doctor en leyes, secretario de Marcó, ministro jeneral en 1830 i posteriormente dean de la Catedral de Santiago. Ramadas, número 29.

MONASTERIO doña Agueda, célebre por sus sacrificios i sufrimientos por la causa de la independencia. Es madre del valiente coronel Latapiatt.

Vivió muchos años a inmediaciones del Mapocho; pero mas tarde ocupó hasta su muerte la casa número 40 de la calle de la Merced.

MONTT don Manuel, es el hombre que ha recorrido en Chile la escala mas estensa i variada como funcionario público.

Principió su carrera de inspector del Instituto Nacional; en seguida, rector del mismo establecimiento; ministro de justicia; ministro del interior; juez de la Corte Suprema i presidente del mismo tribunal.

Presidente de la República, enviado estraordinario i ministro plenipotenciario al congreso americano,

reunido en Lima, cuando la última guerra con España, del que fué elejido presidente.

Murió de presidente de la Corte Suprema, en Octubre de 1880, en su casa, calle de la Merced, número 68.

Muñoz Urzúa don Manuel, miembro de la última junta de gobierno en 1814, cuando tuvo lugar la batalla de Rancagua.

Vivió en la calle de la Merced, número 69. En esta misma casa habian vivido los dos Gamero, oficiales de esa época.

O

Ovalle don José Tomas, miembro de una junta de gobierno el año 1830 i presidente de la República en el mismo año.

Vivió en la calle de Santo Domingo, en la casa número 111, pero murió fuera de Santiago.

O'Higgins don Bernardo, nació en Chillan en 1776. Director Supremo, capitan jeneral del ejército de Chile i gran mariscal del Perú.

Vivió desde 1817 en el palacio presidencial, Plaza de Armas; pero despues de su abdicacion, el 28 de Enero de 1823, se trasladó a la casa ántes mencionada de don Antonio Mendiburu, hasta su salida para el Perú.

Osorio don Mariano, coronel en Rancagua i mas tarde brigadier del ejército español.

Vivió la mayor parte del tiempo que pasó en Santiago, en la calle de Huérfanos, número 29.

P

Perez don Francisco, senador i miembro de una junta de gobierno, Huérfanos, número 14.

Pinto don Francisco Antonio, nació en Santiago en 1785, jeneral de brigada, ministro del interior en el gobierno de Freire i mas tarde presidente de la República.

Antes de desempeñar este cargo vivió en la calle de la Bandera, número 17, i en sus últimos años, hasta su muerte, en la calle de las Delicias, número 225.

Portales don Diego, ministro del interior el año 1830 i ministro de la guerra en 1835. Nació en Santiago en 1793.

Vivió por los años 25 i 26 en la calle de Ahumada, número 22, i en sus últimos años, ántes de salir para Quillota, donde murió, en la calle de la Catedral, número 22.

Prado Jaraquemada don Pedro, miembro de una junta de gobierno. Murió calle de la Compañía, número 108.

Prieto don Joaquin, nació en Concepcion en 1786. Jeneral del ejército de Chile, diputado a varios congresos i presidente de la República.

Despues de los diez años de su mando vivió, hasta su muerte, en 1844, en la calle de Agustinas, número 27.

Puente don Francisco, español de gran saber a quien muchos servicios debe la instruccion en Chile. Nació en Burgos en 1774 i entró de relijioso franciscano, en cuyo carácter vino a Chile en 1793, secularizando despues i siendo canónigo de nuestra Catedral.

Despues de haber lucido sus talentos en la ense-

ñanza en las aulas de su convento, fué profesor de la Academia de San Luis, del Instituto Nacional a su fundacion i de la Academia Militar i de colejios particulares. Fué mas tarde Rector del Instituto i miembro de la Universidad en dos facultades. Escribió un *curso completo de matemáticas*, un *Tratado de gramática castellana*, i se dice que dejó un *curso completo de teolojía*.

En 1849, ya de 85 años, murió en la casa número 55 de la calle Nueva de San Diego, hoi reconstruida.

R

Recabarren doña Luisa, eminente patriota, esposa del doctor don Gaspar Marin i madre de la señora doña Mercedes Marin de Solar. Notable por su ardoroso entusiasmo por la independencia i por la tenacidad con que fué perseguida por los realistas.

Nació en la Serena, i al trasladarse a Santiago, ocupó la casa número 54 en la calle de las Monjitas, donde murió.

Rodriguez Aldea don José Antonio, nació en Chillan en 1779. Despues de haber desempeñado empleos de importancia en el ejército español, fué ministro de hacienda del Director O'Higgins.

Habitó muchos años i murió en su casa, calle de Santo Domingo, número 37.

Rodriguez Ballesteros don Juan, español, rejente de la Audiencia en 1808.

Vivió en la calle de Santo Domingo, número 36.

Rodriguez don Cárlos, ministro del interior en el gobierno del jeneral Pinto, i mas tarde miembro de la Suprema Corte.

Vivió i murió en la calle de las Agustinas, número 44.

Rodriguez don Manuel, célebre revolucionario, teniente coronel i auditor de guerra en vísperas de la batalla de Maipo.

Vivió en la calle de Agustinas, número 27. Murió asesinado en Tiltil.

Rodriguez Zorrilla don Joaquin, doctor de la Universidad de San Felipe, miembro del Cabildo de 1810, asesor de Osorio i mas tarde ministro de la Corte Suprema.

Murió en 1831 en su casa, calle de la Compañia, número 123.

Rodriguez Zorrilla don José Santiago, obispo de Santiago, vivió en la Plaza de Armas en el lugar que ocupa el Pasaje Matte. Mas tarde se trasladó al palacio episcopal, situado, como ahora, en la misma plaza. Allí fué preso en 1825 i desterrado a España, donde murió.

Rojas don José Antonio, iniciador de la revolucion del año 1810.

Murió en 1817 en su casa, en la calle de San Antonio, número 27.

Rosales don Juan Enrique, miembro de la primera junta de gobierno i padre de la familia de ese apellido, que hizo notable papel en la revolucion de la independencia. Calle de la Compañia, número 126.

Rosas don José María, pariente inmediato de don Juan Martinez de Rosas. Entre varios cargos importantes que desempeñó, fué uno de ellos el de senador bajo el gobierno del Supremo Director O'Higgins.

Vivió muchos años i murió en la calle de la Catedral, número 109.

Rosas don Juan Martinez de, nació en Mendoza el año de 1759; fué miembro de la primera junta de gobierno en 1810. Dos años despues fué desterrado a Mendoza, donde murió en 1813.

Vivió en casa del señor don Manuel Salas, en la calle de San Antonio, número 10.

S

Salas Corbalan don Manuel, una de las personas que mas influyeron en la revolucion del año 10.

Vivió siempre en su casa, calle de San Antonio, número 10; pero en vísperas de su muerte fué llevado a casa de la señora doña Antonia, su hija, calle del Estado, número 56, i allí murió en 1841.

San Bruno don Vicente, español, sarjento mayor del batallon Talavera, i presidente del tribunal de Vijilancia. Este tribunal funcionaba en las habitaciones de San Bruno, en los altos del actual Palacio de los Tribunales, en las salas en que ahora está establecida la oficina del Conservador número 22.

Sanfuentes don Salvador, literato i poeta, intendente de Valdivia, secretario jeneral de la Universidad i despues decano de la Facultad de Humanidades, fué dos veces Ministro de Justicia, Culto e Instruccion Pública. Liberal moderado i de bellísimo carácter.

Vivió en sus últimos tiempos i murió en la calle Nueva de San Diego, número 18.

San Martin don José de, jeneral de los ejércitos arjentino, chileno i peruano. Su residencia en Santiago, despues de Chacabuco, fué en la calle de la

Merced, número 76 i posteriormente en el palacio arzobispal, a cuyo frente se leia:

Libertad e independencia,
De Chacabuco herencia.

Sazie don Lorenzo, famoso médico cirujano frances, tan notable por su ciencia i su talento como por su espíritu caritativo para con los pobres i su bondad inalterable. Vino a Chile en 1834, en la época de la fundacion de nuestra escuela de Medicina, de que fué uno de los mas ilustres profesores hasta el año de 1865, en que murió.

El pueblo agradecido le levantó un monumento en el cementerio jeneral de esta ciudad, i el gobierno frances le envió la medalla de la Lejion de Honor. El doctor Sazie fué ademas, i por muchos años, decano de la Facultad de Medicina i Miembro de la Municipalidad de Santiago. Una lei del Congreso le concedió la ciudadanía chilena.

Vivió en los altos de la casa número 45 de la calle de los Huérfanos, i mas tarde en la casa número 7 de la calle de Santa Rosa.

T

Tocornal don Gabriel José, asesor del Cabildo de 1810 i mas tarde rejente de la Corte de Apelaciones.

Vivió i murió en la calle de las Monjitas, número 63.

Tocornal don Manuel Antonio, nació en 1817, fué varias veces diputado, ministro de justicia, culto e instruccion pública bajo el gobierno de Búlnes, i

mas tarde ministro del interior en el gobierno de Pérez. Fué uno de nuestros mas notables oradores i mui respetado por la rectitud e integridad de su conducta como hombre público i privado. En sus últimos años habia llegado a la cumbre de los honores, siendo a la vez presidente del Senado, consejero de estado i Rector de la Universidad.

Vivió algunos años en la calle de las Agustinas, número 42, i despues, hasta su muerte, en una hermosa casa que edificó en la calle de la Bandera, número 32.

TOCORNAL don Joaquin, diputado varias veces, Ministro de Hacienda i mas tarde del Interior durante la presidencia de Prieto. Es padre del anterior.

Vivió i murió en la Alameda de las Delicias, número 72.

TORO don Mateo, Conde de la Conquista i primer presidente de la primera junta de 1810.

Murió en 1811 en su casa, calle de la Merced, número 80.

V

VIAL DEL RIO don Juan de Dios, Ministro de Estado, senador i Presidente de la Corte Suprema. Bandera, número 17

VIAL SANTELICES don Agustin, nació en Concepcion en 1778; fué abogado notable, diputado a varios congresos i tres veces Ministro de Hacienda.

Patriota abnegado i entusiasta, de estenso saber, de palabra fácil e instructiva i de rara modestia: era quizá el único que ignoraba el interes con que se le oia. No enumeraremos los numerosos empleos lucra-

tivos que se negó a desempeñar ni los que ejerció gratuitamente, sin ser rico.

Vivió hasta su muerte, en 1838, en su casa, calle de la Compañía, número 32.

VIAL SANTELICES don Juan de Dios, nació, como su hermano don Agustin, en Concepcion, quince o veinte años ántes.

Abrazó con entusiasmo, como toda su familia, la causa de la revolucion. Cuando el 1.° de Abril de 1811 tuvo lugar el intento contrarevolucionario del coronel Figueroa, Vial, como jefe superior de la guarnicion de Santiago, acudió a la Plaza de Armas a sofocarlo con la parte de la tropa que le obedecia. Por consiguiente, la primera voz de *fuego* que se oyó en Chile en defensa de la causa nacional, fué la suya: por esto algunos historiadores, en su entusiasmo, lo han llamado *el primer patriota.*

Algunos dias despues del triunfo de Chacabuco se le encargó la formacion del primer batallon chileno, que se llamó número 1 de Chile.

A los pocos años, i habiendo prestado desde su juventud importantes servicios a su patria, murió en la casa de su propiedad, calle de los Huérfanos, que ahora lleva el número 80

VICUÑA don Manuel, primer arzobispo de Santiago, recordado con admiracion por sus grandes virtudes. Agustinas, número 100

VICUÑA don Francisco Ramon, diputado i senador a varios congresos, i el año de 1829 Presidente de la República. Compañía, número 85.

VICUÑA don Pedro Félix, hijo del anterior, nació en Santiago en los primeros años de este siglo.

Desde mui jóven tomó una parte activa en la po-

litica, distinguiéndose por su acrisolada honradez i acendrado patriotismo.

Fué escritor notable, varias veces diputado i por último senador.

Murió en su casa, número 76, calle de Santo Domingo, el año de 1874.

VIDAURRE don José Antonio, coronel del batallon número 6 i jefe de la revolucion de Quillota, en que murió el ministro Portales. Fué fusilado en Valparaiso. Antes de esto vivió en la calle de Teatinos, número 45.

VIEL don Benjamin, oficial del primer imperio; llegó a Chile en 1817 i se incorporó a nuestro ejército, distinguiéndose en él por su gran valor, lo que le valió para llegar hasta el grado de jeneral de brigada, a que no habia llegado en Chile ningun europeo en la guerra de la independencia; el segundo fué Rondizzoni.

Vivió en sus últimos años en la calle de las Ramadas, número 8.

VILLEGAS don Hipólito, arjentino de nacimiento, Ministro de Hacienda en el gobierno de O'Higgins. Fué uno de los tres ministros que firmaron en Concepcion la declaracion de la independencia en 1818. Agustinas, número 60.

Z

ZENTENO don José Ignacio, patriota tan ilustre por su infatigable laboriosidad i por su talento claro como por la rectitud i la entereza de su carácter, sobre todo en el tiempo en que, Ministro de Guerra i Marina bajo la administracion del jeneral O'Higgins, fué necesario crear ejército i escuadra para afianzar nues-

tra independencia i llevar la libertad al Perú, i todo esto en medio de las dificultades de la política interior i de la pobreza casi inconcebible ahora de este pais, que, como decian los españoles, era hasta 1810, el mas pobre i atrasado de todos los que estaban sometidos a España.

El jeneral Zenteno vivió por muchos años en la calle del Puente, número 3, frente a la Plaza de Abastos; pero habiendo comprado a los padres franciscanos un sitio en la Alameda de las Delicias, edificó una modesta casa en que vivió i murió el año de 1847.

Esta casa tiene ahora el número 94, pero ha sido reedificada hace pocos años.

No terminaremos estos apuntes sin consignar el sitio en que funcionó la primera prensa que hubo en Chile. La imprenta de *La Aurora*, que trajo de Estados Unidos don Mateo Arnaldo Hœvel en 1812, estuvo establecida en el edificio de la antigua Universidad. Se sabe que este local, en que tambien funcionó la Cámara de Diputados por largos años, i en cuyo patio central se levantó un teatro provisorio en 1839, es el mismo en que ahora se ha construido el suntuoso Teatro Municipal.

Las casas que se encuentran en el mismo estado que tenian a la muerte de las personas ántes mencionadas, o que han sido refaccionadas sin haber perdido su forma primitiva, son las de

Alcalde.
Aldunate dòn J. A.
Aldunate don J. J.
Bello.
Beauchef.
Borgoño.
Maroto.
Mena.
Meneses.
O'Higgins, palacio presidencial.
Pinto.

Búlnes.
Campino don E.
Campino don J.
Carrasco.
Carrera doña J.
Cienfuegos.
Donoso.
Echeverria.
Elizondo.
Encalada.
Errázuriz.
Freire.
Gandarillas.
Gorbea.
Guzman.
Jara doña P.
Las Heras.
Rodriguez Aldea.
Rodriguez B.
Rodriguez Zorrilla don Joaquin.
Rosas don J. M.
Sazie.
Salas.
San Bruno.
Toro.
Tocornal don J.
Tocornal don M. A.
Vera.
Vial.
Viel.
Zenteno, calle del Puente, número 3 i Delicias, número 94.

Las restantes han sido reedificadas.

RECTIFICACION

A UN HECHO CONTENIDO EN EL LIBRO DEL SEÑOR CANÓNIGO ALBANO

Sobre el jeneral O'Higgins

Uno de nuestros historiadores, el señor prebendado don Casimiro Albano, hace una observacion a propósito de este acontecimiento. Por el número de arjentinos que a su parecer tomó parte en él, esta revolucion fué arjentina.

Pues bien, nosotros, que la vimos mui de cerca, aseguramos que de esta nacionalidad solo *cuatro* personas tomaron parte en ella; i algunas con poca decision.

El mas notable por su entusiasmo fué el doctor Martin Ojeda, que desde ese dia fué bautizado por el pueblo con el nombre de *Tribuno*, i el doctor Bernardo Vera, que en voz baja pedia la *¡cesarina!*

Los otros dos fueron el coronel Pereira, jefe de la Guardia de Honor, i el sarjento mayor i jefe de la Escolta presidencial, don Mariano Merlo.

La observacion del señor Albano habria sido mas exacta aplicada a la revolucion del año 10. Ella tuvo como promotores o activos cooperadores a los señores siguientes, todos arjentinos:

Maza Juan Vicente.—Doctor de la Universidad de Chile en 1810. En 1839 miembro de la Alta Corte de Justicia i presidente de la Cámara de Representantes de Buenos Aires. Iniciado en una revolucion contra Rosas, éste lo hizo asesinar una noche en la secretaria de la Cámara. Un hijo suyo, mezclado en el complot, fué fusilado el dia siguiente.

Martinez de Rosas Juan.—Dr. Vera i Pintado

Fretes Juan Pablo.—Canónigo.

Tollo Bartolomé.—Id.

Oro Justo.—Domínico i mas tarde obispo de Cuyo.

Videla Lorenzo.—Dr. domínico.

Bazaguzchascúa José Maria.—Franciscano; mas tarde obispo *in partibus*.

Arana Felipe.—Fué presidente de la Corte de Justicia de Buenos Aires, de la Sala de Representantes i Ministro de Relaciones Esterio-

Bernardo.

Villegas Hipólito.—Ministro de O'Higgins i doctor.

Troncoso Joaquin.—Primer alcalde de Santiago.

Dorrego Manuel, que en la revolucion de Figueroa, año 11, tomó una parte principal por la Junta.

Echagüe Gregorio.

Echagüe Francisco.

Velez N.

Bauza José Antonio.—Franciscano, despues canónigo.

Alvarez Ignacio.—Mercedario.

Godoy Santiago.—Padre del jeneral de este nombre, i comandante del batallo Comercio.

Godoy Jorje.—Hermano del anterior i cabildante.

Godoy Domingo.—Id. i capitan de milicias.

Gomez Gregorio.—Enviado secreto de la Junta de Buenos Aires dos meses ántes de la revolucion de Chile.

res de la confederacion desde 1836 hasta 1851.

Jil Ramon.—Gran músico i maestro de canto. Al estallar la revolucion en Chile abandonó sus ocupaciones i admitió el empleo de oficial de nuestro ejército, que con instancia se le ofreció. Murió en el sur, en los primeros encuentros, el año 13.

Alvarez Jonte José Antonio.—Español enviado por la Junta cuatro meses despues. Se graduó de doctor en Chile, donde se casó. El año 25 vimos a sus descendientes en Buenos Aires en escasa fortuna.

Zudañez Jaime.—Dr. orijinario de Buenos Aires, llegó a Chile en 1812.

Zudañez N.—Id. id.; i hermano del anterior, con quien llegó en la misma fecha.

El historiador Benavente hace de Jil grandes encomios.

Este mismo, poco amigo de los arjentinos, i como testigo en esa campaña, refiere lo que sigue en la tercera edicion de su libro:

«El siguiente rasgo de valor personal no debe sepultarse en el olvido. Un cabo del cuerpo de auxiliares de Buenos Aires, Manuel Araya, viendo a un oficial enemigo que, con suma intrepidez, animaba su tropa, marcha sobre él, mátalo i vuélvese montado en el caballo del enemigo a su formacion.»

ÍNDICE

Pájs.

Advertencia..... 3
Introduccion..... 7
El Presidente Carrasco..... 19
La Policía de Aseo i Salubridad..... 23
La Escuela Primaria..... 29
Cafées, Fondas i Chinganas..... 39
Música, Teatro i Baile..... 49
Policía de Seguridad i Garantías Individuales..... 97
Manuel Robles..... 138
Luis Ambrosio Morante..... 149
La revolucion de 1810..... 177
Los dos sarjentos..... 179
Don Luis Carrera..... 183
Don José Miguel Carrera..... 186
Entre Chacabuco i Maipo..... 189
Don Diego Portales..... 208
Los chismes i la historia..... 229
Santiago, los Talaveras i San Bruno..... 244
La caida de O'Higgins..... 253
Las últimas elecciones..... 258
Don Manuel Harbin..... 265
Noticias menudas..... 271
Noticias locales de Santiago..... 279
Rectificacion a un hecho contenido en el libro del señor canónigo Albano sobre el jeneral O'Higgins..... 307

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

F 3094 Z3 Zapiola, José
Recuerdos de treinta años

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 20 07 06 003 5